

ESTEBAN NAVARRO



**LA SUERTE
DEL DEBUTANTE**

LA SUERTE DEL DEBUTANTE

© Esteban Navarro Soriano. Octubre 2021

Corrección: Ester Soteras

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo público de ejemplares.

Simón, un adolescente de una población costera cuyos padres están enfermos, decide cometer pequeños hurtos con la intención de ayudarles económicamente. En unas semanas se da cuenta de que robando se puede ganar más dinero, y más rápido, que trabajando. Cuando se entera de que un compañero del colegio y una chica del barrio, mayor que ellos, hacen lo mismo, los tres deciden asociarse. Pero en los primeros repartos de las ganancias surgen desavenencias, al percatarse sus compañeros de que Simón tiene una extraordinaria suerte en todo lo que hace.

A Ester

A Raúl

Y a los que ya no están para leer esta dedicatoria

*«Como es bien sabido,
aquello de lo que hemos sido testigos durante niños
determina nuestra vida ulterior».*

Ordesa, Manuel Vilas.

Los lugares que aparecen en esta novela están inspirados, con libertad de creación, en lugares reales. Algún personaje, y algunos hechos narrados, se inspiran en sucesos reales, pero con la misma libertad en su recreación. Esta novela ha de considerarse, en todos los casos, fruto de la invención del novelista, y no debe ni inducir ni atribuir conductas, acciones o palabras a ninguna persona real. La población de Roquesas es ficticia, así como cuantas otras poblaciones aparecen en la novela. Cualquier parecido con la realidad no es más que una coincidencia.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Capítulo 67](#)

[Capítulo 68](#)

[Capítulo 69](#)

[Capítulo 70](#)

[Capítulo 71](#)

[Capítulo 72](#)

[Capítulo 73](#)

[Capítulo 74](#)

[Capítulo 75](#)

[Capítulo 76](#)

[Capítulo 77](#)

[Capítulo 78](#)

[Capítulo 79](#)

[Capítulo 80](#)

[Capítulo 81](#)

[Capítulo 82](#)

[Capítulo 83](#)

[Capítulo 84](#)

[Capítulo 85](#)

[Capítulo 86](#)

[Capítulo 87](#)

[Capítulo 88](#)

[Capítulo 89](#)

[Capítulo 90](#)

[Capítulo 91](#)

[Capítulo 92](#)

[Capítulo 93](#)

[Capítulo 94](#)

[Capítulo 95](#)

[Capítulo 96](#)

[Capítulo 97](#)

[Nota del autor](#)

[Otros títulos que te gustarán](#)

Capítulo 1

La falta de dinero es la raíz de todo mal.

Mark Twain

—¡No se muevan del interior del coche! —gritó desde la carretera un hombre que tenía la voz grave—. ¡Y coloquen las manos donde podamos verlas!

A través del destello de los faros del vehículo que tenía detrás, y de las luces de las linternas, Simón identificó la sombra de al menos dos personas. Uno de ellos se acercaba por su lado, con cautela.

—Recuerda lo que hemos hablado —susurró el padre de Magdalena desde el asiento trasero—. No te pasará nada si haces lo que te he dicho.

La chica, que estaba sentada a su lado, en el asiento del copiloto, no miraba hacia él, se había quedado en shock, inerte, con los ojos perdidos en la oscura carretera.

—¡Me cago en la puta! ¡Me cago en la puta! —repitió su padre varias veces.

Mientras lo hacía, daba puñetazos en el respaldo del asiento. El cuerpo de Simón se balanceaba hacia delante y hacia atrás.

—¡Tranquilízate, papá! —amonestó Magdalena—. Gritando y dando golpes no nos vas a sacar de aquí.

A lo lejos, desde la parte trasera, se vio el reflejo de dos faros más, los agentes habían pedido refuerzos y llegó otro coche de policía. Y por la carretera delantera vieron llegar otro más, seguramente llegaría desde la comisaría de Sinera. Ya eran tres los coches que cercaban el Seat 124 Sport: dos por la parte trasera y uno enfrente.

—¡Bajen las ventanillas y saquen las manos para que podamos verlas! —gritó uno de los policías a través de un megáfono que tenía tan mal sonido que apenas se le distinguía bien la voz.

Simón giró la manilla y el cristal comenzó a descender. Magdalena hizo lo mismo en la suya, mientras que su padre se quedó inmóvil, ya que la ventanilla trasera de ese vehículo no se podía bajar.

—¡Eh, el del asiento de atrás! ¡Baje la ventanilla y saque las manos! —insistió el policía.

—No se puede en ese modelo —intervino uno de los agentes, corrigiendo a su compañero.

—¡Despacio! ¡Despacio! —siguió ordenando a Simón y Magdalena, mientras giraban la manilla.

Dimas había enmudecido. Ni en sus peores previsiones pensó que la policía los iba a sorprender. ¿Cómo era posible que Simón, en el primer robo con fuerza que participaba, les hubiera traído tan mala suerte? Se preguntó.

—¡La culpa es tuya! —explotó Magdalena.

—¿Mía? —preguntó Simón, en cuanto bajó su ventanilla del todo.

De reojo percibió el revolver del policía que tenía a su izquierda. En la parte derecha, a la altura de la ventanilla trasera, asomaba el cañón de otra arma. El coche que llegó por la carretera de Sinera ya se había detenido y distinguieron las dos sombras de los agentes, que se habían situado delante, a una distancia prudencial; parecía que todavía no tenían controlado el interior

del Seat 124 Sport. Uno de ellos portaba un arma larga en sus brazos y la balanceaba como si fuese un niño pequeño.

—¡Sí! —exclamó Magdalena—. Toda la culpa es tuya porque nadie es afortunado en el juego y en el amor al mismo tiempo.

—¿Qué quieres decir, Magda? —interrogó su padre.

—Que este imbécil nos ha traído la desgracia —soltó mientras daba un fuerte golpe en el salpicadero—. Se ha enamorado de Dorata y ella le ha robado la buena suerte.

—¡A tomar por culo la suerte del debutante! —gritó Dimas, justo en el intervalo que el cañón del arma de uno de los policías se introducía por la ventanilla del conductor y le ordenaba a Simón que bajara del coche con las manos en alto.

En ese instante, el chico tenía catorce años.

Capítulo 2

Vivimos de nuestros deseos más que de nuestras obras.

George Moore

El bar se llamaba *Parada* y lo había fundado un iluronense a finales de los años sesenta en la calle Rosellón, uno de los barrios más populosos de la ciudad. En sus inicios era un bar de tapas, pero Camilo enseguida se percató de que, sirviendo tapas, cervezas y vinos, tardaría mucho tiempo en amortizar la inversión.

Durante varios años se esforzó en aunar su negocio, ofreciendo menús a bajo precio y descuentos en los bocadillos con refresco que servía por las mañanas, en los desayunos. Pero el gran salto lo dio cuando, casi a finales de los años setenta, construyeron una zona de ocio en las inmediaciones, donde había un par de discotecas y varios locales de entretenimiento.

Un día un chico joven de no más de quince años le preguntó si tenía *chocolate*. Camilo enseguida supo que se refería al hachís. Él estuvo trabajando en la construcción, en las primeras urbanizaciones que se edificaron en el boom de los años sesenta, y había fumado porros. Al igual que hacían los pescadores de Barcino y todos los jóvenes de su generación. El consumo de hachís y marihuana era tan habitual como el consumo de cigarrillos y cerveza.

—Aquí no vendemos de esas cosas —respondió con dureza.

El chico lo miró con un mohín de disgusto dibujado en la frente, como si se hubiera sentido decepcionado por la respuesta de Camilo.

—¿Sabe dónde puedo comprar una *piedra*?

—Ni lo sé, ni me importa saberlo.

El fin de semana siguiente, el sábado, se sentaron en una mesa del bar tres chicos y una chica joven. La chica, que vestía con ropa de fiesta, como si fuese una cabaretera, se acercó hasta la barra y le pidió a Camilo cuatro cervezas, que ella misma se encargaría de servir. Mientras las abría y dejaba sobre el mostrador los cuatro vasos, vio como los chicos sacaron sus paquetes de tabaco y los repartieron sobre la mesa donde se habían sentado. Uno de ellos sacó papel de fumar y deshizo un cigarrillo. Camilo, al comprender qué es lo que iba a hacer, salió de la barra y se lo recriminó.

—¡Chicos, no fuméis porros aquí!

—¿Qué ocurre? —intervino la chica, acercándose hasta la mesa con dos de las cervezas que había cogido de la barra.

—No quiero que en mi bar se fumen porros —respondió Camilo.

—Vamos, tío —se dirigió a él uno de los chicos, el que tenía el papel de fumar en la mano—, no me seas mojigato. Los porros son fuente de sabiduría.

—Lo que tú digas, pero si fumáis aquí os tendré que echar a la calle.

—Perderás unos buenos clientes —le dijo la chica, trayendo desde la barra las otras dos cervezas que le quedaban por servir—. Y es una pena, porque este bar nos gusta.

Esa chica no tendría más de diecisiete años y hablaba como si tuviera muchos más. Camilo se sorprendió de su madurez y que fuese la líder de ese grupo de chicos, alguno de los cuales incluso ya había cumplido los treinta. Pero ella era la que cortaba allí el bacalao.

—No me importa que fuméis porros —siguió hablando Camilo—. Lo que me importa es que lo hagáis en mi bar. No quiero problemas con la policía.

—La policía no te dará problemas, si tú no se los das a ellos —le dijo la chica, arrugando los labios con coquetería.

Unos meses más tarde, Camilo había comprendido que el negocio de la venta de hachís le podía proveer de ingresos extras en el bar, y se convirtió en uno de los mayores traficantes de toda la zona.

Un contacto de Barcino le traía el género los jueves por la tarde, oculto en una bolsa de lona, y él lo guardaba en el interior de la bodega del bar. Luego, durante el fin de semana, lo vendía a los clientes que lo solicitaban. La venta del hachís era al contado, en billetes de quinientas o mil pesetas, y Camilo no podía ingresarlo en el banco sin levantar sospechas, por lo que todo ese dinero lo almacenaba en una caja metálica que se hizo instalar en el suelo del sótano, entre dos congeladores.

Tuvo que emplear a un chico para que atendiera el bar, mientras él vendía la droga a los clientes que la solicitaban, y una chica para que entregara el costo en la calle, una vez lo hubieran pagado. Esa chica fue la misma que le dijo que la policía no le daría problemas si él no les daba problemas a ellos, el hecho de ser menor de edad facilitaba su impunidad.

A partir del jueves por la tarde el bar se convertía en una procesión de jóvenes que pasaban por allí antes de acudir a las discotecas de Iluro. Ellos entraban por la puerta principal, se dirigían a la barra, y le solicitaban a Camilo la cantidad que querían. Él recogía el dinero y le hacía una señal a la chica que esperaba en la calle. El comprador salía por la puerta de la cocina, donde estaban los cubos de basura, y esa chica le entregaba la droga, que guardaba en el interior de su sujetador. En esos años no había mujeres en la policía y los agentes varones no podían cachear a una mujer, por lo que era complicado hallar droga cuando se la escondían en partes íntimas.

El domingo por la tarde, antes de cerrar, Camilo pagaba al empleado del bar y a esa chica. Y el resto lo guardaba en la caja de la bodega.

Llegó a tener tanto dinero almacenado, que se dijo que tendría que ingresarlo de alguna forma en el banco, sin levantar sospechas. Para ello contrató a un gestor que le llevaba la contabilidad del bar y le dio instrucciones de que maquillara las cuentas lo necesario para que lo recaudado con la venta del hachís pudiera pasar por dinero ganado en el bar. El gestor le dijo que así lo haría, pero que tardaría varios meses en cuadrar la contabilidad para que la Agencia Tributaria no lo detectara.

Para principios de verano del año 1979 había acumulado en esa caja casi doce millones de pesetas.

Capítulo 3

*No basta con oír la música,
hay que verla.*
Ígor Stravinski

Simón se confesó por primera vez unas semanas antes de cumplir la primera comunión. Su madre le había insistido en que los niños no tenían pecados. Pecar, así se lo hizo saber, era patrimonio de los adultos. Esa idea, la de que los niños no eran responsables de sus actos, fue macerando en su frágil conciencia y lo revistió de una coraza que le protegía de cualquier fechoría que pudiera hacer.

Allí, arrodillado, sintió una enorme vergüenza, encerrado en aquel pequeño habitáculo de madera. En silencio. Con una lóbrega oscuridad que le impedía ver los ojos del cura. Santiago, un compañero de clase, le dijo que se trataba de contarle a un hombre al que no conocía, cosas de las que se debería arrepentir, pero de las que, en realidad, no se arrepentía.

—¿Y de qué tengo que confesarme? —le preguntó a su madre.

—Tú cuéntale todo lo que creas que haces mal —le dijo—. Y él te dirá que Dios te perdona.

—¿Y por qué no se lo cuento directamente a Dios?

—Porque el cura es su representante en la tierra —concluyó su madre.

Simón detectó que el cura parecía sentir cierta satisfacción con sus declaraciones susurrantes, conmoviéndose dentro de esa especie de jaula eclesiástica. Le debía parecer excitante escuchar como un niño de doce años, que aparentaba quince, por su altura, se sinceraba con él y le decía que sentía placer cuando se acariciaba el pene.

—¿Y te tocas mucho, niño? —le preguntó.

Simón había reparado que el párroco tenía la mandíbula muy ancha. Ese detalle, unido a la distancia excesivamente corta entre sus ojos, le atribuía una inexplicable desconfianza.

—Varias veces al día, pero trato de evitarlo todo lo que puedo. Sobre todo, me toco por la noche, antes de dormirme —respondió.

—Eso no está bien.

—Lo sé, padre. Pero créame que rezo después de hacerlo. Nunca antes, se lo juro —comentó el niño con un exceso de sinceridad que le arrancó una sonrisa al clérigo.

Pedro fue el primero que les contó que el cura también le acariciaba la pierna cuando se confesaba.

—¡Qué dices, tío! —le recriminó Santiago, que había heredado la bravuconería de su padre, militar de profesión—. ¿Te toca la pierna? A mí me hace eso y le arranco la cabeza de un puñetazo.

Pedro era tan guapo que parecía una niña. Algunos chicos se burlaban de él y lo llamaban marica, pero sus amigos lo defendían. Para ellos, Pedro no era marica, pero sí que tenía ciertos gestos afeminados. Un día le confesó a su padre que le gustaba hacer ganchillo y le comunicó su intención de ser modista. Entonces, su padre le pegó una paliza y le dijo que los hombres tenían que hacer trabajo de hombres, porque, si hacían cosas de mujeres, acabarían por ser como ellas, unas inútiles.

—No deberías decirle a tu padre lo que quieres ser de mayor —censuró Santiago—. Créeme, cuanto menos sepan los padres de nosotros, mejor.

—Pues yo creo que hace lo correcto —medió Andrés—. Si no le podemos decir la verdad a nuestros padres, entonces... ¿Para qué sirven?

Andrés se había mudado a Roquesas con su madre —soltera—, cuatro años antes, cuando él tenía ocho años. Como era una familia con pocos recursos económicos, alquilaron un piso en la zona del puerto, donde las viviendas eran más baratas. En esos años no se miraba con buenos ojos a una madre soltera, y mucho menos en las poblaciones pequeñas, por lo que era constantemente señalada y la trataban de lo que no era. Pero el vínculo entre Andrés y su madre era tan estrecho que prácticamente no se ocultaban nada. En el mismo bloque residía Dorata, una niña de su misma edad, de origen haitiano, que se había mudado allí el verano anterior. Su padre, Etienne, trabajaba en la cementera de Iluro, la misma donde llevaba empleado Jorge, el padre de Simón, desde hacía veinte años.

—¿Tú se lo dirías a tu madre si quisieras ser modista? —le preguntó Santiago.

—Claro —asintió Andrés.

—¿Y si fueras una chica y quisieras ser prostituta, se lo dirías? —siguió preguntando.

—¡Ya vale! —intervino Matías, visiblemente molesto.

—¡Qué no! —insistió Santiago—. A los padres no hay que decirles nada, porque ellos no nos entienden.

—Pues yo a mi madre no le digo ni la hora —comentó Matías.

Los demás se silenciaron, porque conocían lo que hacía su madre. A Matías lo conocían como el hijo de puta, y no era por insultarle, sino porque su madre era puta. Fue él, precisamente, el que les contó a los chicos que lo de hacerse pajas era algo natural.

—Fijaos si es natural que hasta el cura se las hace —afirmó.

—¡Oh, no! —rechazó Santiago—. Ahí no te puedo dar la razón, porque los curas no se pajea.

—¡Qué sí! —insistió Matías—. Y lo sé porque mi madre me ha dicho que uno de sus clientes es un cura.

La madre de Matías estuvo contando que entre los clientes del puticlub Marta había un cura. Y el cura resultó ser el de Roquesas. Ellos se enteraron el día que lo echaron del pueblo. Y durante unos meses en el pueblo no hubo cura. Hasta corrió el chiste que preguntaba: ¿En qué se parece Roquesas al cáncer? La respuesta era obvia: en que ninguno de los dos tiene cura.

Águeda, la madre de Simón, hacía unos meses que había sido diagnosticada de un cáncer de pecho. Y su padre, Jorge, comenzó a tener unos irrefrenables temblores que le impedían moverse con naturalidad. La enfermedad de sus padres inculcó en el chico un sentimiento religioso que le coartaba para hacer cualquier cosa que pudiera disgustarles. Fue por eso que hasta que no cumplió los trece años era el más sano de la pandilla. No fumaba, no bebía, pero tampoco quería distanciarse de los que habían sido sus amigos durante toda la educación básica. A esa edad, el mundo de todos consiste en las amistades. Y Simón reía, cuando ellos reían. Y, en alguna ocasión, propinó un sorbo a una lata de cerveza, pero enseguida rechazó seguir bebiendo, porque su sabor amargo no era de su agrado. Fueron varias las ocasiones en las que Matías se burló de él por su comportamiento tan santurrón y porque, de todos, era el único que iba cada domingo a misa. Que un niño de trece años vaya a misa cada domingo, rece, y no fume ni beba, era un blanco seguro de las burlas de los demás niños de su edad. Ahí se inició un distanciamiento entre

lo que profesaban sus padres y lo que hacían sus compañeros. Había llegado el momento de elegir entre un bando u otro. En una parte estaba su madre, su padre y el abuelo, y los antecedentes familiares de que quien hace el bien siempre obtiene una recompensa. Y en el otro lado estaban sus amigos.

Dos personas le marcaron a esa edad: Dimas y su hija, Magdalena. A Dimas lo conoció unas semanas después de cumplir los trece años. Era originario de Francia y su aspecto recordaba a la representación en el cine de los mesoneros de la Edad Media. Tenía cincuenta años y, por aquel entonces, trabajaba de bodeguero en el bar de la bolera. Los chicos se sentaban en unos bancos de piedra que había al inicio del parque, bajo el reflejo tornasolado de los fresnos, y Santiago iba dando viajes hacia el bar, donde Dimas le entregaba un paquete de cervezas frescas, que sacaba de la nevera, y un paquete de cigarrillos rubios. Fue el francés el que decidió que fuese Santiago el que sacara la bebida y el tabaco, porque, al ser hijo de militar, sabía que nadie se atrevería a pegarle si lo pillaban robando. En esos años, pegar al hijo de un militar era algo así como una declaración de guerra. Y le podía acarrear serios problemas al autor.

—¡Qué no te vea el Manco! —advirtió Magdalena.

Los chicos contemplaban a su hija con expectación, sobre todo cuando daba esos prolongados sorbos a la lata de cerveza e hinchaba los carrillos para tolerar el gas que se le acumulaba en la boca. Y cuando propinaba las ruidosas caladas a los cigarrillos, que se fumaba como si no hubiera un mañana. Y cuando sobre su vientre berroqueño se acumulaban pequeñas gotas de sudor que sobresalían sobre el color tostado de su piel. Magdalena despuntaba como una belleza de exuberantes atributos femeninos que no podían disimular las encajadas camisetitas cortas que vestía. No era muy alta y conservaba un aspecto aniñado, por lo que no desentonaba cuando se juntaba con la pandilla. Y no solo era atractiva por su aspecto físico, sino por el aire de afianzada seguridad que emanaba y el humor irónico que imprimía en todo lo que decía. La chica se movía con un ademán felino que hacía enloquecer a los chicos. Alguien en el pueblo había comentado que su padre no era su padre, porque no se parecía en nada a su hija, y dijeron que realmente eran amantes. Pero a los chicos les daba igual lo que dijeran, porque ellos la contemplaban como una belleza majestuosa atrapada en el cuerpo de una ninfa. Todos ansiaban estar junto a ella, sentir su compañía, arrancarle una sonrisa con algún comentario absurdo, surgido de la mentalidad infantil de unos niños que iniciaban la adolescencia con pasos torpes.

La chica había cumplido los dieciocho años y vivía con su padre en una caravana que habían aparcado, desde que llegaron, en un rincón del terreno que había comprado en la parte alta de la riera, con los pocos ahorros que trajeron de Francia.

—No me gusta que te juntes con esa chica —insistió la madre de Simón.

—¿Por qué, mamá? A mí me cae bien.

—Desconfía de las personas que se arriman a otras personas con las que no tienen afinidad. Una chica de dieciocho años, que le gusta estar en compañía de niños de trece, no tiene que ser de fiar. Y encima su padre tiene unas pintas que parece gitano.

Al final de ese verano, el de 1977, el dueño de la bolera despidió a Dimas cuando lo pilló robando en la caja registradora.

Capítulo 4

*En la vida hay algo peor que el fracaso:
el no haber intentado nada.*

Franklin D. Roosevelt

En Roquesas solo había un policía, al que todos conocían con el remoquete del Manco. Decían que perdió el brazo en la guerra, en la División Azul. Y los que habían estado en la División Azul eran algo así como dioses terrenales que podían hacer y decir lo que les viniera en gana. El padre de Santiago fue el que les dijo que cuando alguien perdía un miembro, la fuerza se le iba al miembro que le quedaba. Así que el Manco tenía que tener una fuerza hercúlea en el brazo derecho. Pedro lo supo la tarde que lo pilló robando una revista picante en el quiosco de la estación y le soltó tal bofetón que le giró la cara. Los dedos de la mano derecha del Manco los llevó dibujados en su rostro durante varios días.

El Manco fue el primer temor de la infancia y la preadolescencia de Simón. Cuando tenía once años, se tuvo que esconder debajo de la cama un día que lo vio caminando por su barrio. Seguramente pasó por allí porque tenía que entregar una citación judicial, pero coincidió que Simón estaba en el balcón, asomado a la calle, y el Manco accedió por la esquina de los dos puentes. Fue tal el espanto que le asaltó, que corrió, ante las risotadas de su padre, y se cobijó debajo de la cama de matrimonio.

A los niños de Roquesas les habían metido miedo con el Manco, al que representaban como si fuese una especie de ogro. Incluso lo conocían en Iluro, la capital de la provincia, donde decían que el Manco fue policía municipal cuando todavía tenía los dos brazos. Comentaron que los chavales de allí protestaron por su excesiva dureza. Solía pasear por delante del colegio y, cuando veía a algún mozalbete fumando, le arreaba una hostia con toda la mano abierta y el chico llegaba a su casa con la cara marcada. Entonces, el padre, cuando lo veía en ese estado, le preguntaba si se había peleado en el colegio. Y cuando el niño le respondía que fue el policía municipal quien se lo hizo, el padre replicaba que bien merecido se lo tenía, porque seguro que algo había hecho. El padre de Santiago fue el que les dijo que cuando acabó la guerra civil se le daba más crédito a la autoridad que a un hijo. Si un policía decía que eras un ladrón, entonces significaba que lo eras. Y si un maestro de escuela le propinaba un par de bofetadas a un niño, entonces su progenitor le daba dos más. Sin preguntar.

Dimas causó simpatía entre la pandilla, porque en cierta manera representaba todo lo contrario de los padres de esos niños. Era un trotamundos que no tenía nada. Y lo poco que tenía lo compartía. Cuando lo despidieron de la bolera comenzó a recibir a los chicos en su finca. Le gustaba que cuando salían del colegio por las tardes se reunieran allí. Les proveía de cigarrillos y les dejaba disparar con dos escopetas viejas de balines. Por aquel entonces no había ningún árbol de la parte alta de la riera que no tuviese un perdigonazo.

El hecho de que a un adulto de cincuenta años le gustara juntarse con unos mozalbetes de trece años, estaba mal visto. Pero en aquella época nadie lo cuestionó, porque lo desconocían. Ninguno de los progenitores sabía a dónde iban sus hijos cuando salían del colegio.

Probablemente, si lo hubieran sabido, alguno de esos padres, como el de Simón, que trabajaba en la fábrica de cemento de Iluro; el de Santiago, que era militar; el de Matías, que era pastelero; el de Andrés, cuya madre era soltera; o el de Pedro, cuyo padre le propinó una paliza cuando le dijo que quería ser modista, lo desaprobarían.

Etienne fue el único que no dejó que su hija se juntara con Dimas y Magdalena. Dorata era una atractiva mulata de la misma edad que esos chicos y su padre no quería ni que se burlaran de ella ni que se encaprichara de alguno de esos mozos. Le prohibió, de forma tajante, que fuese al terreno. Un inmigrante negro, que no había nacido en el pueblo, desconfiaba de todo y de todos.

—La gente odia a los que son diferentes —le había repetido muchas veces a su hija.

Dimas los adiestró en dos cosas que él creía que eran lo suficientemente importantes como para que unos niños de trece años las tuvieran que saber. Una, era la de disparar. Y la otra, conducir.

—Tenéis que ser autosuficientes para no depender de nadie y para que nadie esté por encima de vosotros —les dijo, con el marcado acento francés que lo caracterizaba—. Si no sabéis conducir un coche, no iréis a ningún sitio. Y si no sabéis disparar, no os respetarán. Y la pérdida de respeto es el primer paso para la sumisión.

Ahí, en ese instante, fue cuando Simón conectó una serie de conceptos dispersos, pero que juntos conformaban lo que sería su futura desgracia: conducir, disparar, pérdida de respeto y sumisión.

Les enseñó a conducir con un Seat 1430 de color rojo, que rugía como un Ferrari. En el frontal llevaba seis faros que sobresalían por delante de la carrocería, dos de ellos con luces amarillas. Y Dimas le había incrustado en la parte trasera, entre la luna y la puerta del maletero, un alerón. Ese coche, visto de perfil, parecía un avión. Cuando caía la tarde, y comenzaba a oscurecer, todos los chicos fueron conduciendo, por orden, el 1430, desde la parte alta de la riera hasta la zona de las primeras casas. Sabían que más arriba de esas casas el Manco jamás patrullaba.

—¿Por qué tiene las luces amarillas? —le preguntó Simón, cuando reparó en los faros del Seat.

—Así se ilumina mejor la carretera de noche —aseguró Dimas—. En Francia es el color obligatorio de los faros de los coches.

Capítulo 5

*El que va demasiado aprisa llega tan tarde
como el que va muy despacio.*
William Shakespeare

Simón tenía trece años y Magdalena dieciocho la primera vez que los dos se sentaron juntos en un coche, como si fuesen una pareja. Ella le cogió su mano y le sonrió con dulzura.

—¡Acelera! —alentó cuando bajaban por la riera a bordo del 1430.

El coche se iba deslizando desde atrás, dando bandazos de un lado hacia otro, mientras Simón apretaba el acelerador hasta el fondo. La tracción trasera movía las ruedas con furia mientras el motor rugía soltando ráfagas de humo gris por el tubo de escape. Hubo un momento de lujuria en que Magdalena sacó la escopeta de perdigones por la ventanilla del copiloto y comenzó a disparar contra los árboles.

—¿Qué haces?! ¿Te has vuelto loca?!

—Tranquilo, Clyde.

Simón la miró sin saber a qué se refería.

—¿Clyde?

—Sí, tonto, como Bonnie y Clyde. —Al ver que Simón no sabía de qué estaba hablando, se explicó—. Dos fugitivos de la América de los años treinta. Tú eres Clyde y yo Bonnie.

Cuando regresaron a la caseta, los demás les esperaban para conducir por turnos. No había ninguna duda de que Simón era el que conducía con más pericia. Incluso era capaz de hacer trombos de ciento ochenta grados sin que se calara el motor. Magdalena lo admiraba por eso y se le notaba en el brillo de sus ojos, cuando se sentaba a su lado mientras él conducía. Su padre también se dio cuenta de que los dos se llevaban muy bien. Quizá excesivamente bien, pensó.

Al caer la tarde, los demás se fueron a sus casas, pues la hora de la cena para los que tenían padre y madre era sagrada. No ocurría lo mismo para Andrés, cuya madre era soltera; o para Simón, cuyos padres estaban enfermos.

—¡Mirad! —les dijo Dimas, abriendo un macuto de tela que había dejado sobre la mesa de madera que utilizaba para colocar las herramientas de la caseta.

Todos se quedaron embobados observando lo que parecía una pistola.

—¿Es de verdad? —preguntó Andrés.

—Claro —repuso Dimas—. Es una M1911 del ejército estadounidense. Me la ha traído un colega —añadió.

Simón fue el primero que alargó el brazo y la cogió. Era un arma muy pesada para la mano de un niño de trece años, pero su corpulencia le permitía levantarla sin demasiado esfuerzo. Con esa pistola en sus dos manos se sintió poderoso.

—¿Puedo disparar? —preguntó.

—¡Claro! —respondió Dimas—. Para eso la he traído.

En la parte trasera del terreno podían disparar sin que nadie los viera. Y si alguien pasaba cerca y escuchaba el sonido de los disparos, podría pensar que eran cazadores. La caseta de Dimas estaba tan bien situada que, si subiera la policía por la riera, los verían con la antelación

suficiente como para deshacerse del arma antes de que llegaran los agentes.

Durante varios días seguidos, cuando los demás chicos se iban a sus casas, Dimas les enseñó a Andrés, Simón y a su hija a disparar con esa pistola. La chica no tenía nada que envidiar a ninguno de sus compañeros y, si bien sujetaba el arma con las dos manos, también es cierto que su temple a la hora de apuntar hacía que acertara más en la silueta de papel que enganchó su padre en uno de los árboles del terreno.

Simón admiraba esa complicidad que tenían los dos e incluso sintió envidia de que Dimas no fuese su padre.

Capítulo 6

*Un rico es diferente al que no lo es:
tiene mas dinero.*
Ernest Hemingway

Una tarde se quedaron Simón y Magdalena solos en el terreno, porque Andrés se tuvo que marchar antes. Estaba a punto de anochecer y Dimas les dejó que estuvieran disparando con la M1911. Sobre un muro de ladrillo colocaron varias latas vacías de cerveza de la marca Skol y fueron disparando una vez cada uno. A esa distancia, unos veinte metros, era muy difícil que dieran en el blanco. Por turnos, fueron vaciando el cargador de nueve disparos sin que ninguno de los dos acertara. Dimas fue rellenando los cargadores con proyectiles que cogía de una enorme caja de madera y los dos los vaciaban en apenas unos segundos.

—No se puede disparar a boleo —recomendó—. Tenéis que apuntar, soltar aire y disparar con los pulmones vacíos. Te lo he dicho un millón de veces —amonestó a su hija.

Ellos siguieron disparando sin hacer caso a Dimas, porque contemplaban lo que estaban haciendo como si fuese un juego.

—¿Qué me das si acierto en la lata de la derecha? —le preguntó Simón a la chica.

—Nada. Porque puedes acertar por pura suerte.

La lata a la que se refería Simón era la que estaba más a la derecha de las cinco que habían colocado. En la parte central, en letras bien grandes, y en mayúscula, había escrito SKOL en color rojo. La «O» no era más grande que una moneda de cinco pesetas, por lo que a esa distancia era prácticamente imposible que acertara. Ni siquiera un tirador experimentado podría darle, y menos con esa arma que, al ser vieja, no estaba ajustada.

—Apuesta lo que quieras, Magda —sonrió Dimas—, porque jamás acertará.

La chica miró a Simón y le dijo:

—Si de un solo tiro le das a la O, justo en el centro, te la chupo.

—¡Magdalena! —se escandalizó el padre.

Simón agarró el arma con ambas manos y la amortilló.

—¡Espera! —lo interrumpió la chica cuando lo vio tan decidido—. Tienes que acertar en medio de la letra, y de un solo disparo. Y tiene que ser justo en el centro, la distancia del agujero tiene que ser exacta desde cualquier borde de la letra. En caso contrario no hay apuesta.

—No deberíais jugar con eso —medió Dimas antes de que Simón disparara—. Si queréis disparar, hacedlo todas las veces que os apetezca. Para eso os dejo la pistola. Pero no es aconsejable apostar. Sobre el juego siempre planea una maldad que lo embrutece. Hacedme caso, no apostéis.

—¡Venga, pistolero! —le dijo Magdalena, obviando el comentario de su padre.

Simón se puso tan nervioso que ni siquiera apuntó. Levantó el arma y apretó el disparador. Se escuchó un sonido metálico y la lata de cerveza voló hacia la parte trasera del muro de ladrillo.

—¡Me cago en la puta! —bramó Dimas—. Le has dado.

Los tres corrieron hacia donde estaba la lata. Magdalena fue la primera en llegar, ya que Simón se entretuvo en dejar la pistola sobre la mesa de madera donde estaba la munición. Y el

francés estaba demasiado gordo y viejo como para correr.

—No puede ser —exclamó la chica, sosteniendo la lata en su mano.

Cuando llegaron Dimas y Simón, se quedaron boquiabiertos cuando ella les mostró el impacto de la bala, ya que el proyectil había dado justo en el centro de la letra O. En el frontal había un agujero perfecto y con idéntica distancia entre los bordes. La parte trasera estaba destrozada por la salida del proyectil.

—¡Es imposible! —gritó Magdalena—. Me habéis engañado y el agujero lo hicisteis con un taladro antes de disparar.

Simón balanceó la cabeza, conmovido por lo que acababa de suceder.

—¿Lo has hecho tú? —le preguntó a Dimas.

Trató de recordar si el padre de Magdalena se había acercado en algún momento a la zona de las latas y, aprovechando la confusión mientras ellos hablaban, le hubiera practicado ese agujero. Pero por más que se esforzaba, no recordaba que Dimas se hubiera distanciado de ellos.

—No —negó el francés, mientras le quitaba la lata de la mano a Magdalena—. Lo ha hecho la suerte del debutante.

—Pues yo no te la pienso chupar —sonrió la chica—, porque creo que habéis hecho trampa. Es imposible acertar ahí, y mucho menos sin apuntar.

Capítulo 7

La alegría no produce buenas historias.

Jean-Luc Godard

Matías fue el primero en cumplir los catorce años. Y también fue el primero en tener relaciones sexuales, según se jactó. Pero Santiago, que siempre le estaba poniendo peros a todo, les dijo que eso era mentira.

—El que su madre sea una puta, no quiere decir que él sea el primero en follar —afirmó con suficiencia.

Todos en Roquesas sabían a lo que se dedicaba la madre de Matías. Regentaba un puticlub que estaba en la carretera que unía Roquesas con Sinera. Era una mujer realmente exuberante y, pese a tener casi cuarenta años, su rostro conservaba una belleza hollywoodiense.

—Alcaldes, gobernadores, jueces, guardias civiles, soldados, maestros, mecánicos, policías, lampistas, barrenderos... Todos han pasado por el puticlub de Marta —les dijo Santiago, que había dicho su padre.

Simón fue el que le preguntó:

—¿Y tu padre también lo visita?

Santiago lo miró con desprecio, como si esa pregunta no le hubiera gustado.

—Mi padre nunca iría a una casa de putas —negó con la cabeza—. Los que pagan por acostarse con mujeres es porque no tienen autoestima.

Pedro era el que mejor notas sacaba de todos. Incluso el director del colegio público le había dicho que él de mayor podría ser lo que quisiera. En esos años, a finales de los setenta, y con el recuerdo de la guerra planeando por la memoria de todos, a través de los recuerdos de sus padres, eran muy pocos los alumnos que salían de Roquesas. El instituto estaba en Iluro y la universidad en Barcino. Solo uno de cada cuatro alumnos iba al instituto, cuando terminaba la educación obligatoria. Y solo uno de cada diez, que iban al instituto, pasaba a la universidad. Y de los que iban a la universidad, solo uno de cada tres hacía carrera. Con ese panorama no era de extrañar que algunos padres, como los de Simón, desaprobaran que sus hijos siguieran estudiando cuando terminaban la educación obligatoria.

—Simón, lo mejor que puede hacer un hombre es trabajar y ganar dinero —le dijo Aniceto, su abuelo.

En esos años, también, lo que decía el abuelo iba a misa.

Capítulo 8

*No dejes que el ruido de las opiniones ajenas
apague tu voz interna.*

Steve Jobs

Ese año, como todos los años, llegó el verano. Simón aprobó el último curso con un cinco. Y don Luis, el director del colegio, le aseguró cuando le entregó las notas que, si se lo proponía, podía hacer carrera.

—Tú podrás ser lo que quieras cuando seas mayor.

Simón recordaba que esa misma frase, tal cual, don Luis se la repetía a todos los alumnos, como queriendo inculcarles el ánimo necesario que los envalentonara para afrontar el mundo de los adultos que, no tenían que olvidarlo, les estaba esperando a la vuelta de la esquina.

La ilusión del profesor contrastaba con la realidad, porque para hacer carrera había que tener dinero suficiente para poder estar estudiando sin trabajar y, por lo tanto, sin ingresar dinero. Y, también, para hacer carrera había que ser un buen estudiante. Y Simón no lo era. Siendo mal estudiante, y sin recursos económicos para afrontar los años necesarios para llegar a la universidad, difícilmente podría matricularse en el instituto. Pese a todo, tenía que intentarlo. Y tenía que intentarlo porque, en esos años, la única forma de salir de la miseria era obteniendo un título universitario con el que se evitaba uno de los principios marcados por Dimas: el menoscabo del respeto. Y Simón quería ser respetado. Todos esos chicos del extrarradio de Barcino querían ser respetados.

Cuando salió del colegio corrió hacia su piso, para comunicar a sus padres la noticia de que había pasado el curso. Sabía que ellos se alegrarían, porque no todos los alumnos de esos años superaban la enseñanza obligatoria. Pero cuando llegó, ninguno de los dos estaba, algo a lo que ya le tenían acostumbrado, sobre todo durante ese último año. Su madre, como ya era habitual, estaría en el médico. Y su padre, seguramente, en el trabajo; aunque los últimos achaques le habían hecho coger la baja más de un día.

Simón se metió en la cocina, cogió un trozo de pan de la bolsa que había detrás de la puerta y lo rellenó con azúcar. Luego se sentó en el sillón del salón y se comió el bocadillo, mientras veía la tele.

Como vivía en un bajo, cualquiera que pasase por la calle podía ver el interior del salón, siempre y cuando las cortinas estuvieran descorridas. Y en verano, la mayor parte del tiempo, lo estaban. Matías pasó por delante y, al ver a Simón, tocó el cristal un par de veces con los nudillos.

—¿Has aprobado? —le preguntó cuando Simón abrió la ventana.

—Sí. Aunque por los pelos.

—¡Jo, tío, menuda suerte! A mí me han quedado dos para septiembre —protestó con la cara congestionada.

Su enorme cabeza de pelo rizado, formando una bola, se había centrado en la ventana.

—Solo son dos asignaturas y seguro que las aprobarás —lo animó Simón—. Y entonces podrás matricularte en el instituto.

—Como tú.

—No sé si como yo, porque mis padres no tienen dinero.

—Claro que sí —insistió Matías—. Ya verás como lo de tu madre no es nada y tu padre, cuando ella se cure, se pondrá mejor.

Para esas fechas todo el pueblo sabía lo de la enfermedad de los padres de Simón.

—No creo que ninguno de los dos mejore. —Forzó seriedad en su semblante.

Había días en que su madre no se levantaba, porque por aquel entonces ya comenzaba a encontrarse mal. Se metía en la cama, se tapaba hasta arriba y apagaba todas las luces, quedándose la habitación completamente oscura. Alguna tarde, cuando Simón regresaba del colegio, los dos, su padre y su madre, le esperaban para ir a Barcino, al médico. Su madre utilizaba un lenguaje alambicado, recreándose en cada una de las palabras, como si sintiera una cierta satisfacción en repetir lo que los médicos le habían dicho. Hablaba de raspados y biopsias, de pruebas dolorosas, de inyecciones, de zumbidos y de la quimio. Ellos lo hacían partícipe de lo que estaba ocurriendo en su familia, porque creyeron que un niño de trece años lo entendería.

Capítulo 9

*Se puede confiar en las malas personas,
no cambian jamás.*

William Faulkner

En la endeble memoria de Simón quedó el recuerdo de aquella tarde, cuando había cumplido los doce años, y los tres viajaron hasta Barcino en el coche de su padre. Una mujer les esperaba en un piso antiguo del barrio de La Salud, uno de los más empobrecidos de la ciudad. Aparcaron en una calle ruínosa, llena de coches y motos viejas y con las paredes pintadas en grafitis con letras grotescas y sin sentido. Sentados en la acera había dos niños de unos once años, fumando lo que, por la forma y el olor, parecían porros. Uno de ellos tenía los dientes mellados y sus ojos desprendían un reflejo apagado de una infancia que ya se había perdido. De una de las ventanas provenía la música de un casete mal grabado, donde un *cantaor* con un grandioso chorro de voz entonaba una canción flamenca.

Mientras caminaban hacia el portal, donde les esperaban, su madre resumió en voz baja la postal que acababan de presenciar:

—Gente de malvivir —musitó.

En esos años, los chicos que fumaban y bebían le producían a Simón una cierta repulsa, porque él no hacía ni una cosa ni otra. Durante esa época consiguió mantenerse al margen de ese ímpetu que impregnó a los de su generación, cuando quisieron adelantarse a su edad, fumando y bebiendo. Quizá, por aquel entonces, pensaron que así se hacían hombres antes.

La puerta de la calle estaba abierta y accedieron por unas escaleras estrechas, y de paredes sucias y despintadas, hasta la segunda planta, donde estaba la consulta. Sus padres conocían ese lugar a través de una amiga de otra amiga que había usado esos servicios. Por lo visto, les dijo que era infalible y que, en su caso, les había solucionado el problema, fuese el que fuese.

Les abrió la puerta la propia mujer, que se presentó como Cordelia. Era una señora de la edad de la madre de Simón, unos cuarenta años, y vestía elegante, aunque sin pretensiones excesivas. Tenía el pelo recogido en un moño apresurado que le embellecía unas facciones duras, pero atractivas. Esa mujer, de joven, tenía que haber sido muy hermosa, pensó Simón. Había en el ambiente un almizcle de tabaco mezclado con coñac y una pizca de olor a sudor rancio. En una jaula colgada en lo alto de la pared más próxima a la única ventana, saltaban y picoteaban dos periquitos, jugando entre ellos. En cuanto accedieron dentro del piso, y vio las persianas medio bajadas, comprendió de dónde venía ese olor: olía a cerrado.

Su padre se encendió un cigarrillo Ducados y Cordelia le exigió a su madre que se tumbara en una camilla y se quitara la blusa y el sujetador. Ella lo hizo sin ningún pudor, dejando sus enormes pechos blanquecinos al aire. Los ojos de Simón se fijaron en sus pezones grandes y marrones y en esa flacidez, producto de la edad, que los esparció alrededor de su silueta. Se percató de que su tez se había amoratado, quizá del esfuerzo de colocarse sobre la camilla y de apoyar su pelo rubio y rizado sobre una almohada que de cómoda tenía bien poco.

—¿Le apetece tomar algo? —le preguntó la mujer a su padre.

—Una copa de coñac estará bien —aceptó el ofrecimiento.

Una mujer negra y corpulenta, que aparentaba unos cuarenta años, le trajo el coñac a su padre en una copa con los cantos desgastados.

—Su copa, señor —dijo con dulzura.

Seguidamente observó a Simón con expresión airada, como si le disgustase su presencia y no fuese bienvenido en esa casa. Giró sobre sus zapatillas y se adentró de nuevo en la cocina. En unos segundos salió con un vaso de agua en la mano y se lo entregó al chico. Ella había comprendido que era un niño, pese a su altura, y que no podía darle de beber nada que tuviese alcohol.

Cordelia vertió sobre los pechos de su madre un líquido viscoso, que manaba directamente de una botella de plástico pequeña. El cáncer solo estaba en uno, pero por lo visto la curandera necesitaba aplicar su medicina en ambos. Durante una media hora deslizó sus manos por los pechos, aplicando el ungüento cuyo olor le recordó al alquitrán que utilizaban para pavimentar la carretera nacional. De tanto en tanto planeaba sus manos equidistantes, como si fuese una mariposa deforme, y recitaba unas palabras, que no alcanzó a comprender, de forma repetida.

—*Bondye ki gen tout pouvwa, tande priyè mwen pou èd ou vin jwenn mwen. Mwen gen yon pwoblèm trè difisil e mwen konnen ou pral rezoud li.*

Cada diez minutos, más o menos, la mujer negra surgía del interior de una sala que había al lado de donde estaban ellos, y cambiaba la botella de plástico por otra nueva. En una de las ocasiones clavó la mirada en Simón, que se había quedado ensimismado viendo a su madre tumbada boca arriba. Cordelia se percató de la distracción de su asistente y le llamó la atención carraspeando ruidosamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó la madre de Simón, incorporándose levemente—. ¿Está molestando mi hijo?

La mujer tenía las narinas completamente dilatadas.

—No, tranquila —le dijo Cordelia—. El niño se está portando bien.

Jorge se extrañó de que la mujer negra se hubiera quedado embobada mirando a su hijo, como si hubiera visto un fantasma. Como si su presencia le incomodara. Como si quien había allí no fuese Simón, sino un niño que se parecía a Simón.

Capítulo 10

Cuan feliz era yo cuando era una infeliz.

Madame de Sévigné

Cada vez que les visitaba el abuelo, por parte de madre, Simón se veía obligado a dormir en el tresillo del salón, ya que el piso solo tenía dos habitaciones. Águeda lo preparaba como si fuese una cama. Pero, aunque el chico tenía catorce años, su altura no se correspondía con su edad, ya que era más alto de la media. La cabeza la tenía que apoyar en el reposabrazos de un lado y los pies en el del otro. Por la mañana, cuando se levantaba, le dolía todo el cuerpo como si le hubieran propinado una paliza.

El abuelo siempre estaba hablando de la guerra y cualquier cosa que se dijera la relacionaba con ella. Si hacía frío, decía que para frío el que pasaron en tal batalla. Si hacía calor, calor fue el que pasaron ellos en aquel bombardeo. Esa visión que tenía tan desastrosa de los tiempos pasados fue la culpable de que criticase constantemente a Simón, porque, según él, era excesivamente feliz.

—En la guerra sí que nos dolía el cuerpo de verdad —repuso el abuelo, cuando Simón protestó—. Esta juventud de ahora sois unos blandengues.

A las cinco de la tarde, del segundo día, a Simón le apeteció ver la televisión. Coincidió con el fin de las clases que echaban unos programas de entretenimiento especialmente enfocados a menores de edad. Pero cuando venía el abuelo no podía verlos, porque él estaba constantemente hablando. Hablaba y hablaba, aunque no hubiera nada que decir. Y siempre opinaba de todo.

—Papá no fumes en el salón —recriminó su madre cuando el abuelo lio un cigarrillo de picadura.

Su respuesta fue una amplia sonrisa que mostró las piezas amarillas de su dentadura postiza.

La segunda noche, después de cenar, estuvieron hablando de dinero. La madre de Simón cada vez estaba peor, y las intensas quimioterapias la estaban debilitando tanto que había días que no podía ni siquiera caminar. Su padre se saltó algunos turnos de noche, cuando más dinero ingresaba, porque los temblores se incrementaron y ya no podía manejar determinada maquinaria pesada de la fábrica.

—Nos puedes prestar diez mil pesetas —le solicitó su madre al abuelo.

—¿Para qué las necesitas?

El abuelo siempre preguntaba para qué necesitaba el dinero, como si el hecho de saberlo fuese importante para entregarlo o no. Simón, que asistió a esa conversación, pensó que su madre le pedía el dinero para pagarle el acceso al instituto.

—Este mes nos llega el seguro del coche y el del piso y tenemos que pagar al médico de Barcino.

—¿Y para qué queréis un seguro? —preguntó el abuelo con retintín—. En la guerra no teníamos seguros de ningún tipo, y no nos fue tan mal.

Cada vez que el abuelo mencionaba la guerra, a Simón le subía una quemazón desde el centro del estómago hacia arriba. Era una sensación incontrolable que le hacía sudar. Por aquella época comenzó a contemplar al abuelo como un estorbo. Se había convertido en un anciano decrepito

que ya había vivido suficiente y cuya enorme casa les podría sacar de apuros económicos tanto a sus padres como a él. Era tan sencillo, que no podía quitárselo de la cabeza. Si el abuelo no estuviera, su casa la podrían vender. Y con ese dinero sus padres podrían pagar la hipoteca, el coche, los seguros y tendrían dinero suficiente para pagarle sus estudios.

—Este niño tiene edad de trabajar —sentenció.

—Aniceto, Simón aún es muy joven —intervino su padre, arrugando los labios.

—Yo a su edad ya trabajaba —siguió argumentando para incomodidad de Simón, que no comprendía cómo ese hombre podía ser tan metomentodo.

Sus padres ya le habían dicho que no podían costear ni la matrícula en el instituto ni los viajes ni los libros ni el material escolar necesario. Por otra parte, existía una creencia fundamentada en los antecedentes familiares de que estudiar no servía para nada. Y en ese momento el abuelo no hacía otra cosa que confirmarlo, para acabar de convencerlos.

—Si estudia podrá hacer una carrera y ganar mucho dinero —comentó su madre.

La madre de Simón se esforzaba por ablandar el corazón de su padre, para que no fuese tan duro con su nieto.

—Estudiar, estudiar, estudiar... —despotricó el abuelo—. Estudiar no sirve para nada. En la guerra, los estudiantes eran los primeros que caían en el frente. Un hombre no se hace estudiando. Y... —se detuvo un instante, como si estuviera pensando—, si quiere estudiar, que se lo pague él.

Sus padres, los dos, torcieron la cabeza y se quedaron mirando el rostro aniñado de Simón. Él advirtió en la expresión de sus ojos que habían aceptado las palabras del abuelo como buenas.

—Menos libros y más trabajo —concluyó Aniceto, mientras sacudió el cigarrillo en la ventana.

La ceniza se dispersó por el aire de aquella húmeda noche de 1979.

Capítulo 11

La avaricia empieza donde termina la pobreza.

Honoré de Balzac

El lunes el abuelo regresó a su casa del pueblo y Simón aprovechó para hablar con sus padres de lo que haría a partir de septiembre. Ellos vieron bien que él, que ya había cumplido los 14 años y se afeitaba la sombra de barba semanal, comenzase a trabajar ese verano. No creían, por su trayectoria, que fuese capaz de sacar una carrera adelante. Calcularon que, entre los tres años del Bachillerato, más el año del curso de orientación universitaria, más los cinco años de carrera, se pegaría nueve años sin hacer otra cosa que estudiar. Eso si tenía suerte y capacidad y lo aprobaba todo a la primera, porque su madre le dijo que conocía casos de hijos de amigos suyos que se habían tirado quince años sin hacer nada. En esa época, para algunas familias, estudiar significaba no hacer nada.

Y como la matrícula del instituto no se formalizaría hasta septiembre, su madre le ofreció un trato: si desde el mes de junio, hasta cuando llegara el día de la matriculación, había conseguido el dinero, podía inscribirse en el instituto de Iluro. Para ellos suponía un reto que su hijo fuese capaz de conseguir, por méritos propios, el dinero de sus estudios. Lo cual, así lo creyeron, era un aliciente que le facilitaría su acceso al mundo de los adultos, al que estaba a punto de entrar. Por aquel entonces a Simón todavía le hacía ilusión poder sacarse una carrera.

—Me han dicho que la matrícula cuesta cinco mil pesetas —le dijo su madre. Simón ya lo sabía, porque lo había preguntado—. Si de aquí a finales de agosto has conseguido ahorrar ese dinero, entonces te podrás matricular.

Él ya había asumido que el abuelo no le iba a pagar la matrícula.

—Es mucho dinero para ahorrar en tan solo dos meses —objetó.

—He visto en la pastelería de la calle Ancha un letrero en la puerta diciendo que buscan ayudante de pastelero —le comentó su madre.

La pastelería era de los padres de Matías. Originariamente fue de su abuela, Adoración, hasta que su hijo y su recién estrenada esposa cogieron las riendas del negocio. Marta era una atractiva rubia que parecía una *pin-up* sacada de una revista de los años cuarenta. Bajo las pestañas desmesuradamente maquilladas con una saturada capa de rímel, la mujer tenía los ojos del color de la miel. Y el pastelero, José, se enamoró de ella nada más conocerla. La pareja tuvo sus altibajos y cuando Matías cumplió los ocho años se separaron. Entonces ella regresó a su antiguo oficio y montó un local en Sinera, con el nombre de *Pub Marta*. Pero todos sabían que era una casa de putas.

Simón estaba seguro de que conseguiría reunir el dinero para la matrícula del instituto, ya que no era una cantidad excesiva. Pero su padre, en un inicio, no estuvo conforme. Él trabajaba en la cementera de Iluro, propiedad del banquero Romero, y ganaba 30.000 pesetas al mes. Era un buen sueldo, ya que el salario medio en esos años rondaba las 25.000 pesetas. Descontando los gastos de la hipoteca, préstamo del coche, gastos del hogar, más gastos de manutención de su familia, ya que su esposa no trabajaba, no le quedaba mucho margen para poder ahorrar algo. Y sabía que se avecinaban tiempos difíciles, porque el cáncer se estaba acelerando y porque él, de

seguir así, en no demasiado tiempo ya no podría trabajar. Simón se dio cuenta de que los planes de su padre entraban en confrontación con los suyos, no se podía pagar los estudios y el tratamiento médico del cáncer de su madre al mismo tiempo.

Capítulo 12

De lo que tengo miedo es de tu miedo.

William Shakespeare

Simón imaginó que su padre no le quiso quitar la ilusión de que pudiera estudiar, pero prefería esperar a ver cómo se desenvolvía durante el verano. Fue cuando aprendió una de las mejores lecciones que puede dar la vida: todo, absolutamente todo, depende de uno mismo, y no de los demás. Dependiendo de qué trabajo tuviese y de cuánto fuese capaz de ahorrar, dependería si dispondría del dinero necesario para matricularse o no en el instituto. No había de olvidar que no solo tendría que costear la matrícula, cinco mil pesetas, sino que también estaba el material escolar, los libros, carpetas, viajes en tren, ropa, comida, y un largo etcétera de gastos que su padre sabía que no iba a poder afrontar. Al menos tendría que acumular unas veinte mil pesetas, si quería ir finalmente al instituto de Iluro durante el curso siguiente.

—No me parece justo —protestó—. Todos mis amigos se matricularán en el instituto.

—Todos, no —contravino su madre—. Andrés tampoco podrá seguir estudiando. Y puede que Dorata tampoco pueda.

—Sí que podrán —rebató Simón, elevando el tono de voz—. Andrés me ha dicho que su madre le pagará la mitad de la matrícula, siempre y cuando él consiga la otra mitad. Y por lo visto le van a dar trabajo en el quiosco de prensa que hay al lado del puente de la riera. Él solo tiene que conseguir dos mil quinientas pesetas y su madre pondrá el resto. Y Dorata, que es más pobre que nosotros, si no va al instituto es porque no quiere, porque su padre ya le ha dicho que está dispuesto a pagarle los estudios.

—Pues no sé si la madre de Andrés podrá conseguir esa cantidad —negó el padre—. Que yo sepa, no trabaja.

—Algún amiguito tendrá que se la dará —intervino su madre, componiendo esa sonrisa cínica que no podía evitar.

La madre de Andrés era una mujer muy atractiva y el hecho de ser madre soltera le añadía un plus de morbosidad que la hizo el centro de las críticas de las pueblerinas mentes de Roquesas.

Simón sabía que era posible encontrar un trabajo de verano donde le dieran diez mil pesetas al mes. Trabajando los tres meses: junio, julio y agosto, podría ahorrar treinta mil pesetas. Con esa cantidad su padre accedería a que se matriculara en el instituto.

—Puedo pagar la matrícula con un empleo este verano, como el de la pastelería —insistió—, y luego, durante el invierno, podría seguir trabajando.

Su madre se había sentado en el sillón del salón y asistía, en silencio, a la conversación que mantenían Simón y su padre.

—Escucha, Simón —intervino—. Nosotros no tenemos dinero para pagarte los estudios. Estudiar es muy caro y se necesita mucho tiempo. No nos podemos permitir que te tires los próximos diez años yendo a Iluro, primero, y a Barcino, después, con el gasto que eso supone. Nuestra economía no lo podría aguantar. Es mejor que te digamos la verdad ahora, antes de que te lleves una desilusión.

—¿Y qué verdad es esa?

—Que no nos podemos permitir que estudies.

—¡Trabajaré! —perseveró a punto de llorar—. Trabajaré en verano y reuniré el dinero para la matrícula. Y luego trabajaré en invierno, los fines de semana, y así podré contribuir a los gastos del hogar.

Su madre miró de soslayo a su padre y trató de evitar una mueca de disgusto, pero no lo consiguió. Fue entonces cuando, de sopetón, y sin poder evitarlo, Simón estalló en una furia incontrolable como jamás habían conocido sus padres.

—¿Qué culpa tengo yo de que tú te estés muriendo?! —le preguntó a su madre—. ¿Y de que tú estés enfermo? —preguntó mirando a su padre—. Vuestra vida no me importa, porque yo tengo que preocuparme de la mía propia. Dentro de diez años yo podré tener una carrera y un trabajo bien pagado, que me guste, y vosotros, quizá, ya no estéis. ¡Seguramente ya no estaréis! —exclamó—. Y entonces me lamentaré toda la vida de no haber hecho lo que yo quería, para hacer lo que vosotros queréis que haga. También, es posible que el abuelo se muera de una puta vez y con el dinero de su casa podamos pagarlo todo.

Su padre le propinó una sonora bofetada, que consiguió que enrojeciera de ira. Simón estuvo a punto de devolvérsela y aplastar el puño en su nariz, pero se contuvo.

—No sabes de lo que hablas —le dijo—. No estudiarás, porque no tenemos dinero para pagarte los estudios. Trabajarás, como hemos trabajado nosotros. Al menos mientras estés bajo este techo. Cuando cumplas los dieciocho años, entonces podrás hacer lo que te venga en gana. Como si quieres irte de esta casa.

Simón se metió en su habitación, cerrando de un portazo. No quería que sus padres le vieran llorar.

Capítulo 13

*Solo la propia y personal experiencia
hace al hombre sabio.*
Sigmund Freud

El segundo domingo de junio, el día 10, comenzó a trabajar en la pastelería de la calle Ancha de Roquesas, cuyo propietario era el exmarido de la puta, y cuyo hijo, Matías, era compañero suyo del colegio. Por aquel entonces fue cuando Simón comenzó a darse cuenta de que ser un buen niño, como siempre habían dicho de él, no reportaba ningún tipo de beneficio. No fumaba ni bebía ni se metía en líos, pero tenía que dejar los estudios y trabajar, cuando otros compañeros suyos, que sí fumaban, bebían y se metían en problemas, podían pasarse los veranos de juerga y yendo cada día a la playa.

Pensó que la vida estaba siendo tremendamente injusta con él.

Enganchaba a las siete de la mañana, de ahí que tenía que levantarse a las seis. Y terminaba a las tres, por lo que no comía hasta las cuatro o, a veces, algo más tarde. Ni contrato, ni nada que se le pareciese. En esos años, trabajar con contrato era lo inusual y lo habitual era comenzar a trabajar tras haber estrechado la mano con el empresario o lo que fuera. Entonces tampoco se cobraba por meses, sino que pagaban cada semana, de ahí el concepto de *semanada*. Que por otra parte era una garantía para el empresario, ya que podía echar al trabajador a la calle cuando le viniera en gana. Y no había días libres, se trabajaba de lunes a domingo, durante todo el verano, hasta que llegara el mes de septiembre. El panorama no podía ser más desolador para un niño de catorce años.

Los propietarios de la pastelería le dijeron que le pagarían dos mil pesetas a la semana, lo que sumaba un total de ocho mil pesetas al mes. Incluso, en esos años, era un salario que rayaba la explotación. Simón calculó que, trabajando los dos meses y medio del verano, hasta que llegara septiembre, se podía sacar veinte mil pesetas. Con ese dinero podría pagar la matrícula del instituto y le sobraría para comprarse ropa, invitar a Magdalena al cine y comprar libros, libretas, billete de tren y autobús, o cualquier gasto que surgiera durante el año escolar. Estaba convencido de que en septiembre sus padres no le negarían que pudiera matricularse.

—Es poco lo que te pagan —aceptó su padre—. Pero, dado que es tu primer trabajo, y estarás de aprendiz de pastelero, has tenido mucha suerte. Aprendes y encima cobras —le dijo en un intento fallido de animarlo.

Capítulo 14

*El universo no conspira contra ti,
pero tampoco se desvía para alinear tu camino.*

Tim Ferriss

La pastelería era familiar y estaba ubicada en una casa de tres plantas de la parte antigua de Roquesas. La tienda, que daba a la calle Ancha, tenía veinte metros cuadrados, donde en un enorme mostrador alargado atendían a los clientes. En la trastienda había una pequeña estancia que usaban de salón y almacén al mismo tiempo, donde había una librería, un televisor, una mesa y un pequeño aseo que usaba tanto la dependiente como el pastelero, los únicos ajenos a la familia. En una de las paredes había una enorme pila de cajas de cartón, conteniendo productos que vendían en la tienda, como leche, azúcar o cajas de galletas. Toda la primera planta era el obrador, regentado por un único pastelero que se encargaba de preparar los pasteles. En la parte trasera, de cada una de las plantas, había un descansillo metálico que se unía a una escalera, también metálica, por la que se podía subir desde el patio trasero de la casa a cada uno de los rellanos. Y en la segunda planta estaba la vivienda de los dueños, el padre de Matías y su abuela, pero solo la utilizaban para dormir. La vida la hacían en la planta de abajo, donde estaba la tienda, la cocina e, incluso, el televisor. En esos años, y en los pueblos, era normal que un negocio familiar se ubicara en la misma casa donde se vivía.

Simón se percató, la primera semana de trabajar allí, de que los dueños de la pastelería eran unos negreros. Le hacían trabajar constantemente y no le dejaban descansar ni un minuto. Además, y eso era lo que más le amargaba, les molestaba cualquier cosa que él hiciera, en especial cuando se ausentaba del obrador para ir al baño.

—Este niño está todo el día meando —protestaban tanto el padre de Matías como la abuela.

En el interior del obrador de la pastelería hacía el mismo calor que en el infierno. Se pasaba las ocho horas cascando huevos, amasando, limpiando cacerolas, barriendo y fregando. Pero lo peor eran los gritos, tanto de los propietarios de la pastelería, como del pastelero, un hombre de poco más de cuarenta años, cuya enorme panza, y la cabeza totalmente rapada, le hacía ofrecer un aspecto cómico. Simón lo bautizó, el primer día de conocerlo, con el mote de *Michelin*.

Capítulo 15

*Dios me perdonará,
es su oficio.*
Heinrich Heine

El miércoles, 13 de junio, cuando afrontaba el tercer día de trabajo, a Simón la jornada se le comenzó a hacer insoportable. Ocho horas seguidas, con un único paro a las once de la mañana para comer un bocadillo que le preparaba la dueña, era demasiado tiempo para un adolescente de catorce años. Lo vio injusto. En esa inaguantable situación se había sumado el hecho de que a él no le gustaba lo que hacía, más el calor que tenía que soportar en el interior del obrador, los gritos constantes que recibía del padre de Matías y de su abuela, y la coincidencia de que era la primera vez que trabajaba.

Un.

Auténtico.

Calvario.

La señora Adoración tenía ochenta y cinco años y estaba ultra jubilada, pero no hacía otra cosa que estar por en medio todo el día, como si todavía siguiera en activo. Incluso, y Simón no sabía el porqué, despachaba en el mostrador de la tienda cuando eso estaba prohibido. Pero en esos años, y en las poblaciones pequeñas, se hacía la vista gorda con según qué leyes.

Ese día por la tarde, cuando llegó a casa, explotó en un llanto desconsolado.

—La vida no es un campo de rosas —le dijo su padre.

Su madre se había tumbado en la cama, ya que esa mañana había tenido una sesión de quimioterapia. Y, cuando escuchó llorar a su hijo, trató de incorporarse; pero no tenía fuerzas para ponerse en pie. Desde su cuarto lo llamó, elevando la voz todo lo que pudo:

—¡Simón!

Cuando entró en la habitación, su madre le dijo que se sentara en la cama. Él accedió, porque aún creía que los padres saben más que los hijos. Su madre le tocó la pierna antes de comenzar a hablar.

—En esta vida nadie lucha por nadie, porque todo el mundo va a la suya. Sé que es duro que tengas que trabajar con catorce años, pero así conseguirás ganarte la vida y tener dinero para lo que quieras. Ocho mil pesetas al mes no es un mal sueldo y a nosotros nos vendrá muy bien ese dinero extra. Pero lo más importante es que serás independiente. Cuando llegue el día, que llegará, que no estemos ni yo ni tu padre, y el abuelo se haya muerto, todo lo que hagas, todo lo que quieras y todo lo que necesites saldrá de ti.

Cuando Simón regresó al salón, había perdido el apetito. Su padre estaba allí, durmiendo recostado en el tresillo, con la cabeza húmeda por el calor, ya que tenía que entrar a trabajar de noche en la fábrica, y sintió una mezcolanza de odio y pena. Se dio cuenta de que odiaba a sus padres por lo que eran y representaban. Incluso llegó a pensar que la enfermedad les había apresado a ambos por su debilidad para hacer frente a la adversidad.

—¡Ojalá os muráis todos, vosotros y el abuelo! —masculló entre dientes, lo suficientemente bajo como para que no le oyeran.

Esos días, desear la muerte de su familia se había convertido en un reconstituyente que lo liberaba. Aunque en el fondo, y no podía evitarlo, los quería.

Capítulo 16

*Cometer una injusticia
es peor que sufrirla.*
Aristóteles

El jueves 14 de junio, más calmado después del día anterior, cuando tuvo un ataque de ansiedad donde sintió pena de sí mismo, se fijó en que la dependiente de la pastelería, Caetana, una chica de unos treinta años, en cuyo rostro se desdibujaba una gastada belleza, y ostentando una delgadez que le hacía ofrecer una sugerente silueta, se ausentaba en momentos espaciados en los que salía a la calle a fumar. Fueron varias veces en que la escuchó decirle a la dueña:

—Adoración, salgo a la calle a echar un cigarrillo.

Ese día, Simón la siguió con la vista desde una de las ventanas del obrador y la contempló mientras cruzaba la acera y se juntaba con otra dependiente de una carnicería que había al final de la calle. Un minuto después se había unido a ellas la chica de la perfumería que había enfrente. Entre las tres formaron un corro, mientras fumaban y sonreían. Simón supuso que esa dependiente llevaría varios años trabajando en la pastelería y durante ese tiempo se había fraguado la confianza suficiente con los dueños, como para que le permitieran esas licencias. Y percibió una cierta distinción entre un empleado fijo, que trabajaba todo el año, y un crío que no tenía ni contrato ni nada y solo trabajaba de aprendiz durante los dos meses de verano.

Durante esa mañana fueron varias las veces que se asomó a la ventana. Y hasta en cuatro ocasiones vio como esa chica salía a fumar. En una de ellas, la de después de la una del mediodía, cuando faltaba poco menos de una hora para que cerrara la pastelería, la dependiente estuvo más de media hora fumando y alternando con uno de los chicos de la bodega de vinos.

Capítulo 17

*Cuando se deja de creer en Dios,
enseguida se cree en cualquier cosa.*

G. K. Chesterton

El viernes, 15 de junio, Simón creyó que iba a enloquecer. Ya no soportaba estar encerrado en el obrador con el ruido de la maquinaria que había en su interior. Ni la presencia de Michelin, al que comenzó a odiar. Hubo un momento, antes de las once de la mañana, que incluso se le pasó por la cabeza asesinarlo. El pastelero estaba allí, de pie, ante una enorme batidora industrial que usaba para preparar la masa, y Simón se lo imaginó introduciendo una de sus manos dentro de la cubeta y como las cuchillas lo arrastraban hacia el interior, hasta que desaparecía completamente. Luego, Michelin pasaría a formar parte de las ensaimadas y cruasanes del domingo. Esa idea le ayudó a sobrellevar las horas que sucedían metido en aquella horrible pastelería.

Después de comer el bocadillo de las once de la mañana, le dijo a la dueña que iba a salir un instante a la calle. La vieja lo miró con los ojos encogidos, no saliendo de su sorpresa.

—¿Para qué?

—Voy a echar un pitillo, señora Adoración.

Ella arrugó de forma exagerada la frente.

—¿Tú fumas?!

—Sí, claro —respondió con cierta altivez.

—Pues no tienes edad para fumar.

—Si tengo edad para trabajar, también la tengo para fumar —repuso con cierto enojo, que no pasó desapercibido para la mujer.

Salió a la calle por la puerta pequeña que había al lado del garaje y se encaminó hacia el estanco, que estaba a apenas cincuenta metros, en la acera de enfrente.

—Deme un paquete —solicitó a un chico con unas gafas de cristales tan gruesos que apenas se le veían los ojos.

El estancero lo observó con expresión hierática.

—¿Marca?

—Winston

Simón no entendía de marcas de tabaco, así que solicitó la marca que había visto que fumaban sus compañeros, y que era la misma que llevaba la dependienta de la pastelería en su mano.

—¿Un paquete?

—Sí.

El dependiente le entregó un paquete de Winston y un pequeño encendedor de gas, que venía de regalo. Lo pagó. Lo cogió, junto al mechero, y se situó en una bocacalle que había frente al estanco y al lado de la pastelería. Las manos le temblaban y el corazón se le había encogido en un puño. Durante esa semana había estado experimentando una serie de cambios para los que todavía no estaba acostumbrado, y por eso se sorprendía de cualquier sensación nueva que percibía en su interior.

Se dispuso a hacer tiempo para poder descansar. Era reconfortante estar allí, en esa bocacalle, a plena luz del día, disfrutando de la brisa marina que se colaba por el adoquinado de las cuestas que subían desde el mar. Pegó su espalda en la pared y apoyó el talón de su pie derecho, en una posición que le resultó cómoda. Fumar era eso, descansar. Comprendió el porqué fumaban las dependientas de la pastelería, de la perfumería y la de la carnicería. Fumaban porque fumar les liberaba de sus quehaceres durante unos pletóricos minutos. Recordó a los obreros que hacían un corrillo alrededor de la zanja, mientras intercambiaban cigarrillos y exhalaban el humo entremezclado en columnas dispersas que se perdían en el cielo. Fumar era una liberación del quehacer diario. Una distracción.

Capítulo 18

*Todo lo que es duradero
es lento de crear.*
Louis de Bonald

Ya habían pasado quince minutos, en los que sostuvo el paquete de tabaco y el mechero en una mano, sin hacer nada, cuando pasó por delante de la bocacalle el dueño de la pastelería. Supo que no fue casualidad que estuviera allí, sino que fue de propio para ver qué es lo que Simón estaba haciendo. Él había deducido que la abuela le habría dicho a su hijo que había salido a la calle a fumar, y lo estuvo buscando para comprobar si era cierto.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó de malos modos.

—He salido a echar un pitillo, señor José —respondió forzando tranquilidad en su voz.

Y entonces, sin saber muy bien qué hacer, desprecintó el paquete de Winston y se puso un cigarrillo en la boca. Seguidamente lo encendió con el mechero que sostenía en la mano. Inhaló una leve bocanada de humo y aguantó las ganas de toser, ante el temor de que el dueño de la pastelería creyera que se estaba escaqueando de trabajar, usando como excusa lo de fumar un cigarrillo.

—Está bien —parece que aceptó—. Pero en cuanto termines el cigarro, regresa a la pastelería que tenemos muchos encargos que preparar durante la mañana.

Simón esperó a que él se fuera y, sin soltar el cigarrillo de sus dedos, caminó por la acera dirección a la pastelería. En el trayecto apenas dio tres caladas para disimular, pero fueron suficientes para que su paladar comenzase a aceptar el desagradable sabor del tabaco.

A unos metros de la pastelería se cruzó, en la misma acera, con la dependienta que salía a fumarse un cigarrillo. Ella se sorprendió al verlo.

—No sabía que fumabas, Simón —le dijo, arqueando con suavidad sus cejas perfectamente depiladas.

Seguidamente emitió una extraña sonrisa, como si se le hubiera escapado de la comisura de sus labios en contra de su voluntad.

—Sí que fumo —afirmó convencido.

Y a continuación abrió el paquete y le ofreció un cigarrillo, que ella aceptó de buen grado. Lo encendió y Simón aprovechó para encenderse otro. Este segundo pitillo ya no le supo tan malo, y fueron varias las caladas que le llegaron directamente a los pulmones. Sin darse cuenta se estaba convirtiendo en un fumador social.

Enseguida se sumó la dependienta de la carnicería, que se encendió otro. Las dos chicas comenzaron a hablar sobre quedar ese fin de semana para ir a una de las discotecas nuevas que habían inaugurado el año anterior en Iluro. Hablaban como si él no estuviese delante, ya que ambas sabían que tenía catorce años, pese a su altura, y lo trataban como lo que era, un niño. Hasta esa edad, todo el mundo está revestido con el inquietante don de la invisibilidad.

Cuando acabaron sus respectivos cigarrillos, arrojaron las colillas al suelo, las pisaron para cerciorarse de que estaban apagadas, y se dirigieron a sus correspondientes trabajos. La dependienta de la pastelería accedió por la puerta de la tienda, mientras que Simón lo hizo por la

portezuela lateral que llevaba directamente al garaje, ya que la señora Adoración le había facilitado una llave para que, cuando saliera o entrara de la pastelería, lo hiciera por esa puerta y así evitar que lo vieran cruzar la tienda; por lo visto, la abuela no quería que los trabajadores se pasearan por el interior del mostrador donde despachaban los pasteles, por el mal efecto que eso producía en la clientela. De allí salió al patio y subió hasta la primera planta por la escalera metálica de incendios.

Cuando regresó al obrador, Michelin le recriminó que hubiera estado tanto tiempo ausente.

—He tenido que cascar los huevos yo solo —le dijo visiblemente molesto—. Porque si te tengo que esperar, no preparo la masa ni para Navidad.

Simón no le respondió y se limitó a atarse el delantal en la cintura. Ese día supo que el pretexto de fumar le serviría para ausentarse de la pastelería y poder salir a la calle varias veces durante la jornada. Aunque pareciese un contrasentido, fumar servía para tomar el aire.

Capítulo 19

Nadie es sabio por lo que supo su padre.

Anónimo

Al finalizar la primera semana, el domingo, que también trabajó, porque trabajaba todos los días, le pagaron en un sobre; lo de cobrar en sobres sin declarar era algo muy usual en esos años.

Cuando llegó a casa, siendo ya las cuatro de la tarde, entregó el sobre a su madre. Ella se lo cogió de la mano. Lo abrió. Y contó el dinero.

—Para el coche —le dijo.

—¿Qué coche? —interrogó.

Su madre le explicó que habían decidido, junto a su padre, que todo el dinero que ganara lo guardarían para que cuando cumpliera los dieciocho años se pudiera comprar un coche. Esa preocupación tenía su origen en el hecho de que, si no tenía coche, no podría trabajar fuera, en las ciudades donde había más trabajo, como Iluro o Barcino. Fue por ese motivo que ellos plantearon ahorrar todo lo que él ganase para poder pagarle el carné de conducir y comprar un coche, cuando llegase el momento. Eso le recordó una de las dos lecciones básicas que les había dado Dimas cuando cumplieron los trece años:

Si no sabéis conducir un coche, no iréis a ningún sitio.

Y si no sabéis disparar, no os respetarán.

—¿Y el instituto? —preguntó Simón, conmovido ante ese nuevo giro de sus padres.

Su madre lo observó con expresión de enfado.

—Creía que ese tema ya estaba zanjado —le dijo.

—Pues yo creía que estaba zanjado cuando comencé a trabajar en la pastelería y quedamos que ese dinero sería para mis estudios. ¿No es para eso que trabajo?

Su padre se había echado a dormir la siesta, porque tenía turno de noche en la cementera. Los dos procuraron hablar en voz baja, para no despertarlo.

—Tienes que ser realista —siguió argumentando su madre—. No tiene ningún sentido que te pases los próximos nueve o diez años estudiando una carrera, cuando seguramente ni siquiera consigas trabajo. Me han dicho que en uno de los bares de la plaza grande de Iluro hay un chico trabajando de camarero que tiene la carrera de biología. ¿Sabes lo que te digo, Simón? Un biólogo sirviendo cervezas y preparando cafés.

—Yo no quiero ser biólogo.

—¿Y qué quieres ser?

Simón estuvo unos segundos meditando su respuesta, porque hasta ese momento todavía no había decidido lo que quería ser de mayor. Finalmente, y estando en la creencia de que dijese lo que dijese no iba a ser determinante, respondió:

—Me gustaría estudiar psicología.

—¿Y eso sirve para algo?

—Me servirá a mí, para entender a la gente.

—En esta vida no hay que entender a la gente, lo que hay que hacer es ganarse el pan de cada día y llegar a final de mes. La gente ya se entiende ella sola.

Simón observó a su madre con ojos de rabia. Él no quería ser como ellos y ellos no hacían otra cosa que arrastrarle para que fuese como su padre o como su abuelo.

—No quiero un coche —refunfuñó.

—Lo necesitarás si quieres trabajar.

—Trabajaré aquí, en Roquesas. Y si tengo que desplazarme a Iluro, Sinera o Barcino, cogeré el tren o el autobús.

—Haz lo que quieras —claudicó su madre, queriendo acabar con esa conversación.

—Pues entonces dame mi dinero.

—¿Qué dinero?

—Las dos mil pesetas que te he entregado. Si no lo vas a guardar para pagar la matrícula del instituto, y tampoco lo voy a necesitar para comprar un coche, cuando cumpla los dieciocho años, quiero que me lo devuelvas.

—Lo necesitamos.

—Pues cógelo de vuestro dinero.

—Sabes que vamos muy mal de dinero estos días. Yo ya no puedo trabajar y tu padre dentro de poco no soportará los turnos de noche, los únicos que pagan bien, y dejará de ingresar ese salario extra que tan bien nos viene.

—Pídele dinero al abuelo.

—No tiene y, si tuviera, nos lo daría. No seas injusto con él.

—El que es injusto es él con nosotros —protestó, masticando las palabras, como si estuviera comiendo piedras—. Debería irse a una residencia y dejarnos la casa a nosotros, para que la disfrutemos ahora que aún podemos. Él ya ha vivido su vida, y ahora nosotros tenemos que vivir la nuestra.

Su madre lo miró con ternura. Debió pensar que su hijo se estaba haciendo un hombrecito y su interior pujaba por adaptarse al mundo de los adultos, el que todavía no comprendía.

—No me gusta que hables así.

—A mí hay muchas cosas que no me gustan y me agunto.

—El abuelo ha sufrido mucho, estuvo...

—Sí, en la guerra —interrumpió antes de que ella siguiera hablando—. Estuvo en la guerra y la guerra lo ha seguido hasta nuestros días, porque para el abuelo es como si todavía hubiera dos bandos y cada día nos tuviéramos que proteger de las bombas. El abuelo ya no se puede sacrificar porque sufrió mucho —expulsó con un tonillo burlesco—. Papá está cada día peor y ya casi no puede trabajar. Y tú, tú, bueno... Tú ya tienes lo tuyo. Pero aquí el que se tiene que sacrificar soy yo. Y cuando todos vosotros os hayáis ido, entonces me quedaré solo con mi trabajo de mierda en una pastelería, por el que me pagan ocho mil pesetas al mes. ¡Dame ese dinero! —insistió, extendiendo la mano—. Dame el sobre que te acabo de entregar, porque lo necesito.

—¿Para qué lo quieres? —le preguntó su madre con el temor dibujado en los ojos.

—Para salir esta tarde con mis amigos. Llevo toda la semana trabajando y necesito un respiro.

—Pero, Simón, si gastas ese dinero es como si no hubieras trabajado.

—Para eso trabajo, mamá. Para tener dinero para mí. Y ahora dame ese sobre —repitió elevando el tono de voz.

Su padre se había despertado y abrió la puerta de la habitación. Cuando salió al salón, les

preguntó por qué estaban hablando tan alto.

—Oh, nada. —La madre rechazó dar explicaciones—. Simón acaba de llegar y se disponía a comer.

—No tengo hambre.

—¿No comes? —le preguntó su madre.

—No. He comido en la pastelería —mintió.

—¿Te han dado de comer? —insistió.

—Sí. Teníamos mucho trabajo y la señora Adoración me ha preparado algo de comer, cuando era casi mediodía. Hoy, aparte del bocadillo, me ha hecho un plato de..., arroz.

Su madre no preguntó nada más. Pero Simón se dio cuenta de que mientras ella hablaba con él había arrugado la nariz un par de veces, como si hubiera detectado el olor a tabaco de su aliento.

Se metió en su cuarto. Se sentó en la cama. Y reprimió unas irrefrenables ganas de llorar.

Capítulo 20

*Dios es sofisticado,
pero no malévol.*
Albert Einstein

A través de la ventana abierta de su habitación distinguió la cabeza prácticamente rapada de Santiago, que vino en su búsqueda para ir a la bolera. Habían comenzado a frecuentarla el verano anterior, desde que cumplieron los trece años, y les gustaba pasar la tarde del domingo allí, jugando a los bolos y bebiendo cerveza. El padre de Santiago era el que más dinero le daba a su hijo de todos los padres de la pandilla. Al ser militar, quería que su vástago fuese mejor que sus compañeros, e incluso le compraba los cigarrillos. Hasta Andrés, cuya madre era soltera, y pasaba por penurias económicas, le daba el dinero suficiente a su hijo.

—¿Qué haces, tío? —le preguntó cuando Simón asomó su cabeza por la ventana.

—Nada. He llegado hace un rato de la pastelería y estoy tan agotado que creo que me voy a acostar. Ni siquiera he comido —se sinceró con él.

Santiago miró el reloj.

—¡No jodas, tío! Pero si no son ni las seis de la tarde.

—Ya, pero es que llevo toda la semana currando y estoy reventado.

—Venga, que te espero. Vístete y vamos a la bolera —insistió.

Lo de estar tan agotado le producía un malestar insoportable a Simón, porque se imaginaba a sí mismo convirtiéndose en su padre o su madre, que siempre estaban tumbados en la cama, y con dolores.

En la bolera se encontró con Magdalena que, aunque ya había cumplido los diecinueve años, quiso seguir manteniendo la costumbre de quedar con ellos. Simón no la veía desde el mes de mayo, cuando coincidieron varios días seguidos en el terreno de Dimas, pero los dos conservaban una romántica amistad. Por ese motivo evitaba coincidir con ella, porque se avergonzaba de su aspecto de pobre. Una chica mayor de edad, que trabajaba en una tienda de moda, jamás se fijaría en alguien como él, que siempre vestía pantalones vaqueros comprados en el mercadillo y deportivas de color blanco, parecidas a las que calzaban los obreros de la construcción. Si esa tarde hubiera sabido que ella estaría en la bolera, con toda seguridad no habría ido.

—¡Simón, qué alegría verte! —le dijo acercándose hasta él y propinándole dos sonoros besos que le mojaron la cara.

Los besos de Magdalena siempre le provocaban una aparatosa erección.

Enseguida se sumó Pedro, al que vieron que tenía un moretón en la mejilla izquierda. No le preguntaron cómo se lo hizo, porque sabían que su padre solía darle alguna bofetada.

—¿Qué os apetece? —les preguntó Santiago, poniéndose en pie.

—Yo no quiero nada —rechazó Simón.

—¿Una limonada, tío?

—No, de verdad. Tengo el estómago revuelto y no me apetece tomar nada. En serio.

Simón tenía dos mil pesetas en el bolsillo, del sobre que había cobrado de la pastelería. Pero

si tenía que comprar tabaco y ropa, a lo largo de la semana siguiente, no podía hacer ningún gasto extra.

—Yo quiero una cerveza —solicitó Magdalena.

Luego sacó un paquete de tabaco de su bolso y lo puso en medio de la mesa, para que se sirviera todo el que quisiera.

Cuando Santiago trajo las bebidas, les dijo que esa ronda la había pagado él, algo que le agradecieron. Y se sentó alrededor de la mesa, formando un círculo con Pedro, Magdalena y Simón.

—¿Quieres un sorbo? —le preguntó la chica, elevando la jarra de cerveza a la altura de sus ojos.

Él se fijó en su mirada limpia y en esa sombra de maquillaje que ribeteaba sus labios, arrancando destellos luminosos que la embellecían, con la ausencia total de arrugas. A esa edad, a la de los diecinueve años, las arrugas no existen. Son un signo de decrepitud que solo afecta a los padres, los abuelos y las señoras que compran pan en las tiendas. Simón jamás había conocido a una mujer más hermosa que Magdalena. Si en ese instante, allí, en el bar de la bolera, ella le hubiera pedido en matrimonio, habría aceptado sin ni siquiera pensárselo. Cualquier cosa que ella le hubiera pedido, él la habría hecho.

—Sí, gracias —aceptó el ofrecimiento.

Simón cogió la jarra y le propinó un discreto sorbo.

—¡Hay que joderse! —exclamó Santiago—. Simón bebiendo cerveza.

Pedro y Magdalena sonrieron, mientras no le quitaban los ojos de encima. Era la primera vez que lo veían beber.

—¿Puedo? —preguntó, señalando el paquete de tabaco que había sobre la mesa.

—¡Tío! ¿También fumas? —interrogó Santiago, aplaudiendo.

—Bueno, hay que probarlo todo —fue su respuesta.

Su paquete de tabaco se lo había dejado en el bolsillo de la bata que se ponía para trabajar en la pastelería, colgada en la percha que había detrás de la puerta del obrador.

—Pues yo conozco a uno que por probarlo todo acabó siendo maricón —dijo Santiago, explotando de risa.

A ninguno le hizo gracia ese comentario.

—Coge los que quieras —le dijo Magdalena, acercándole el paquete de Winston.

Simón alargó la mano y cogió un cigarrillo. Se lo puso en los labios y lo encendió con el mechero que le entregó ella. Ni siquiera tosió cuando la primera bocanada de humo se adentró en sus pulmones, porque durante la semana anterior se había acostumbrado al tabaco.

Capítulo 21

La vida es un juego de azar.

Voltaire

Dimas accedió por la puerta del bar de la bolera y, al verlos, se acercó hasta ellos.

—¡Chicos! —los saludó.

Se alegraron de que estuviese allí, porque ese hombre les aportaba optimismo.

—¿Me estás espiando, papá? —sonrió Magdalena.

—¿Qué estáis tomando? —preguntó Dimas, ajeno al comentario de su hija.

—Cerveza —respondieron todos a la vez.

—¿Y tú, Simón?

—Cerveza —dijo Santiago.

—Pero si tú no bebías —sonrió Dimas.

El hombre se dirigió a la barra y pidió una segunda ronda, ante la mirada desconfiada de la camarera. No había que olvidar que a Dimas lo despidieron de ese bar porque robaba. Pero como el dueño no estaba, ella no rechazó servirle las consumiciones porque lo conocía y sabía que montaría en cólera. Esa chica no quería problemas.

Seguidamente, Dimas pagó las consumiciones y echó las dos monedas que le devolvieron en una máquina tragaperras que había cerca de la puerta. Después de sonar la característica música, los rodillos se detuvieron y mostraron un rótulo en letras luminosas con el texto *Insert Coin*.

—Hoy no me toca —dijo.

—Eso es que no has echado la moneda con cariño —comentó Santiago, sonriendo.

—Será eso —aceptó.

—Espera que pruebo yo —espetó Pedro, poniéndose en pie y rascando con la mano el interior del bolsillo de su pantalón.

Se acercó a la máquina tragaperras de la derecha, de las dos que había, e introdujo una moneda de veinticinco pesetas en la ranura. Pulsó el botón verde de la jugada y los rodillos con las frutas dibujadas giraron mientras la máquina lanzaba una musiquilla pegadiza. Cuando terminó, repitió la jugada, echando otra moneda más. En total jugó doscientas pesetas fraccionadas en ocho monedas de veinticinco, sin que le tocara nada.

—¡Hija de puta! —berreó dando una patada en el lateral derecho de la máquina.

—¡Oye! —protestó la camarera desde el interior de la barra—. Si le vuelves a dar otro golpe a la máquina, te vas a la calle.

Dimas los tranquilizó balanceando ligeramente la mano.

—No tendrás más suerte porque lo pruebes más veces —le dijo a Pedro—. Si te va a tocar el premio, te tocará con una moneda. Si no te va a tocar no te tocará, aunque eches mil monedas. La suerte es como la muerte, si te busca te encuentra.

—Hombre, Dimas —intervino Santiago—. Esas máquinas tienen un ciclo de juego, si echas mil monedas seguramente te acabe tocando el premio.

—Eso está claro. Si echas diez veces la cantidad que puede dar la máquina, seguramente te acabe tocando el gordo varias veces. Pero la ganancia nunca superará a la inversión.

Seguidamente clavó sus ojos en Simón, que se acababa de encender un cigarrillo y su semblante mostraba el cansancio de haber estado trabajando toda la semana.

—¿También fumas? —le preguntó.

—Se nos ha vuelto un vicioso —comentó Santiago.

—Sí, pero fumo poco —se defendió.

—¿Y juegas a la tragaperras? —inquirió Dimas.

—No —negó, balanceando la cabeza—. No tengo dinero.

—¿Y si te presto una moneda?

—Tampoco. Porque te la debería.

—¿Y si te la doy?

—¿Y por qué ibas a hacer eso?

—Yo te dejo una moneda de veinticinco pesetas y tú la echas en la máquina —lo retó—. Si pierdes, no pasa nada. Si ganas, la mitad para ti y la otra mitad para mí.

—Paso —repitió.

—¡Venga, Simón! —lo animó Magdalena—. Prueba a ver qué pasa. No nos dejes con la intriga. Todavía recuerdo cuando apostamos a que no le dabas a la lata. Aún te debo una mamada.

La chica se rio con tanta fuerza que le saltaron varias gotas de cerveza de sus labios.

—¿De qué mamada habláis? —se interesó Santiago.

—Aposté con Simón a que no le daba a la O que había destacada en una lata de cerveza, en el terreno de mi padre, y acertó de un solo disparo y sin apuntar.

—Dispararía a un metro —sonrió Santiago.

—Pues no —corrigió la chica—. Seguramente había más de veinticinco metros.

—¡Eso es imposible!

—Lo es —comentó Dimas—. Por eso quiero saber si tiene tanta suerte como ese día.

Simón cogió la moneda que le entregó el padre de Magdalena. Se puso en pie. Se acercó a donde estaban las máquinas tragaperras y se detuvo delante.

—¿A cuál de las dos máquinas echo la moneda? —preguntó, girándose.

—A la que quieras —respondió Dimas.

Levantó la mano y metió las veinticinco pesetas en la ranura de la máquina que había más a la derecha. Pulsó el botón verde y los rodillos giraron, uno a uno, mientras la musiquilla sonaba. Se fueron deteniendo mostrando un ramillete de cerezas y todas las luces de la máquina comenzaron a parpadear y un manantial de monedas de cien pesetas surgieron de un cesto metálico que había en la parte inferior. Era tal el impulso con el que caían, que algunas de esas monedas saltaron al suelo, rodando por el interior del bar.

—¡Guau, tío! —exclamó Pedro—. Te ha tocado el premio gordo.

—¿Cuánto dinero es eso? —preguntó Simón, visiblemente conmovido.

—Diez mil pesetas —respondió Dimas—. Es la cantidad máxima que puede dar una de estas máquinas recreativas y cinco mil son tuyas. Te lo has ganado.

—¿Ganado? Yo no he hecho nada, me he limitado a apretar el botón verde. Ni siquiera sé cómo funcionan estas máquinas.

—Es la suerte del debutante —aseguró el francés.

—¿Y qué cojones es eso? —inquirió Simón, sin salir de su asombro.

Capítulo 22

*Quien sabe de dolor,
todo lo sabe.
Dante Alighieri*

—¿La suerte del debutante?

—Sí.

—La suerte del debutante ocurre cuando alguien hace algo por primera vez y le sale bien. Entonces piensa que todas las veces que lo haga le saldrá igual de bien, o incluso mejor.

Mientras Dimas hablaba, Santiago y Pedro pidieron varios vasos de plástico a la camarera, para verter las monedas en ellos. Algunos clientes del bar, incluso los que estaban jugando a los bolos, les prestaron atención. La máquina seguía emitiendo destellos amarillos y rojos, al mismo tiempo que la cesta metálica se estaba llenando. Previsiblemente, el premio era mayor que la capacidad de contener las monedas que estaban cayendo de su interior.

—Yo solo he tenido suerte —comentó Simón, sin dejar de observar a sus compañeros mientras recogían las monedas.

—Echar una sola moneda a una tragaperras, cuando nunca antes has jugado, y que te toque el premio gordo, eso no es suerte. Es más que eso —aseguró Dimas—. Existe un poder que ninguno de nosotros somos capaces de comprender, que hace que los hombres se corrompan, que consigue que caigas en una tupida red de la que te costará salir. Otro día volverás a echar una moneda en una máquina de estas, pero no te tocará nada. Entonces pensarás que quizá debas probarlo otra vez. Y echarás otra moneda. Y luego otra. Y otra. Hasta que te arruines. Esa es la maldición de la suerte del debutante, esa es su perdición.

Mientras Dimas hablaba, Simón lo contempló con cierto temor en la mirada. Parecía como ido, como si estuviera poseído y hablara sin ton ni son, sin ningún tipo de cordura en sus palabras.

—¡Qué pasada! —chilló Pedro.

Los dos, él y Santiago, estaban ordenando montones de monedas de cien pesetas sobre la barra del bar, ante la camarera que los miraba con el rostro serio.

—Creo que hay más de diez mil —anotó Magdalena, que se había encendido un cigarrillo.

—Seguramente —confirmó Pedro.

—¿Ya sabes lo que dicen? ¿No? —le preguntó Magdalena a Simón.

—¿Sobre qué?

—Afortunado en el juego, desgraciado en amores.

—¡Bah! —chasqueó la lengua Dimas—. Nunca he creído en ese refrán. Nadie es afortunado de forma permanente ni en el juego ni en el amor. Las dos cosas son pasajeras.

—¿El amor es pasajero? —Se enfadó Magdalena.

—Lo es en cuanto te casas —dijo riendo con ganas—. Pregúntaselo a tu madre si la vuelves a ver.

La chica arrugó la frente, mostrando su enfado por el último comentario de su padre.

Simón pensó que esas cinco mil pesetas le vendrían muy bien para la matrícula del instituto.

Y que ese golpe de suerte fue proverbial para que ese ingreso extra fuese posible.

Una vez que contaron todo el dinero, la camarera lo recogió de la barra y les entregó diez mil cuatrocientas pesetas que Dimas y Simón se repartieron a partes iguales, ante la mirada sonriente de sus amigos.

—Eres un tío con suerte —le dijo Magdalena. Y seguidamente dejó un beso en su moflete sudado.

Capítulo 23

Yo no enseño a quien no se esfuerza en comprender.

Confucio

El lunes 18 de junio, cuando comenzó a trabajar en la que sería su segunda semana, comenzó a odiar con todas sus fuerzas al padre de Matías. Le repugnaba verlo cuando se metía entre pecho y espalda un enorme plato que la vieja cocinaba expresamente para él. Lo había visto comer cada día un plato distinto. El lunes, callos; el martes, lomo; el miércoles, bistec; el jueves, garbanzos con chorizo; el viernes, tortilla de cuatro huevos con jamón; y el sábado y el domingo se comía unos bocadillos en barra de medio kilo. Y esos almuerzos los aderezaba con una botella de vino tinto que se zampaba casi sin respirar, una cada día. Luego, cuando terminaba de comer, se levantaba, se colocaba bien los tirantes del pantalón, tratando de apresar la enorme barriga, y cogía una furgoneta Citroën, que guardaba en el garaje, con la que repartía repostería por los pueblos próximos a Roquesas: Iluro, al sur, y Sinera, al norte. Su hijo, Matías, le contó a Simón que el vino y las mujeres eran las dos debilidades de su padre. Cada sábado y domingo por la noche se iba a Sinera, a un puticlub que había en el puerto, y no regresaba hasta pasadas las tres de la madrugada, como mínimo, cuando cerraba la casa de putas. Matías hablaba de sus padres como si fuesen unos completos desconocidos.

Ese lunes se dijo que tenía que conseguir dinero si quería conquistar a Magdalena. Salir con esa chica y estudiar eran, en ese momento, sus prioridades máximas. Nada le importaba más a Simón esos días. Porque la enfermedad de sus padres era algo que, más pronto que tarde, desembocaría en una catástrofe. Y Simón no quería perder tiempo y esfuerzo en algo inevitable, por lo que optó por centrarse en lo que sí podía cambiar.

Pensó que, aunque se quedara todo lo que ganaba en la pastelería, no tendría el dinero suficiente para adquirir ropa nueva, comprar tabaco o llevar al cine a esa chica. Por aquel entonces ya supo que trabajando nunca iba a ahorrar lo suficiente. Que trabajando nunca llegaría a ningún sitio.

En la pastelería había una única caja registradora, que estaba en el mostrador donde se atendía a los clientes. Y luego, en el primer cajón de la librería del salón, había una caja pequeña de metal, cerrada con llave, de dos palmos de ancho por uno de profundidad y unos quince centímetros de altura. Simón sabía que allí guardaban el dinero para pagar a los proveedores. Se había fijado en esa caja la semana anterior, mientras se comía ese austero bocadillo que le preparaba la señora Adoración. Calculó que, si tenía que sustraer algo de dinero, tenía que ser de esa caja, porque la registradora de la tienda llevaba un control de ventas. Si cogía dinero de allí, se darían cuenta en el recuento de la noche, cuando cerraban la puerta de cara al público. No tenía que olvidar que en la caja de la tienda se marcaba todo lo que se vendía y sabía que al final del día lo contabilizaban. Lo que no sabía es dónde guardaban ese dinero, ya que desconocía si a la mañana siguiente lo llevaban al banco para ingresarlo. Él era el único ajeno a la familia. Y Caetana llevaba varios años con ellos, y era de total confianza. Si faltaba dinero de esa caja, sospecharían de él con toda seguridad. Pero no ocurría lo mismo con esa otra caja, la del salón, ya que durante toda la semana anterior nunca vio que anotaran nada de lo que dejaban o cogían

de allí. Sobre el dinero de esa caja no había ningún control.

Capítulo 24

La verdad jamás daña a una causa que es justa.

Mahatma Ghandi

Desde el lunes 18 hasta el jueves 21, Simón, mientras se comía el bocadillo, estuvo vigilando al dueño de la pastelería. Lo siguió con la mirada mientras abría esa caja y dejaba un buen puñado de billetes, que extraía directamente de ambos bolsillos de su pantalón de pana marrón. Confirmó que no llevaba ninguna contabilidad de ese dinero, ya que no lo anotaba en ninguna parte, incluso algunos billetes los introducía arrugados, conforme los sacaba de los bolsillos.

El resto de la jornada aprovechó las veces que bajó al lavabo, y las que salió a la calle a fumar, para saber dónde estaban los empleados en cada momento. Fue cuando concretó que, entre las doce y las doce y media del mediodía, era la hora idónea para que todo el mundo estuviera localizado en su puesto. Michelin estaba en el obrador, preparando los cruasanes y ensaimadas que venderían al día siguiente; la abuela estaba en la tienda, despachando; la dependienta estaba en la calle, en la acera de enfrente, fumando en compañía de la carnicera; el padre de Matías estaba repartiendo por los pueblos con la furgoneta; y los proveedores ya no venían pasada esa hora, ya que todo el género que pudieran traer lo entregaban antes de las once. El único que le podía sorprender era Matías, que se dejaba caer por allí de tanto en tanto. Pero Simón constató que, entre semana, y durante el mes de junio, él estaría en Sinera con su madre y no aparecería por la pastelería.

Cuando llegó el viernes, unos minutos antes de las doce, y mientras estaba cascando huevos en el obrador, le dijo al pastelero que iba al baño.

—¡Meón! —fue su respuesta. Pero accedió con un leve balanceo de su barbilla, mientras despedía una sonrisa algo desdeñosa.

Simón bajó las escaleras hasta el salón, ya que el lavabo estaba allí, y se cercioró de que no había nadie. Afuera, en la tienda, tal y como conjeturó, estaba la dueña, despachando sola. Se asomó lo suficiente para que ella no lo viera y distinguió una fila de cuatro mujeres esperando para ser atendidas; supo que en al menos cinco minutos ella estaría distraída. Por la puerta pequeña, que había al lado del garaje, verificó que la dependienta se acababa de juntar con la chica de la carnicería y las dos se habían encendido sus respectivos cigarrillos. Ahí también tenía cinco minutos de margen, hasta que se los hubieran fumado.

Sin tiempo que perder, se dirigió a la librería del salón y estiró el cajón donde estaba la caja de proveedores. Tenía la llave puesta, pero no estaba cerrada. Levantó la tapa y observó que había varios billetes de mil, dos mil y cinco mil pesetas. Al ver tanto dinero junto, y al alcance de la mano, se puso nervioso. Uno de los billetes voló y cayó al suelo ajedrezado. Lo cogió con celeridad y lo devolvió a la caja. Sus sentidos se habían multiplicado por cien y en ese instante le pareció escuchar que alguien abría la puerta que daba a la tienda. Quizá, pensó, la señora Adoración entraba a buscar cambio; alguna vez la había visto hacerlo. O puede que por la puerta del garaje estuviera accediendo el padre de Matías, que ese día hubiera terminado antes de hora el reparto por los pueblos. De lo que estaba seguro es que, si le vieran allí, delante de la librería, con la caja de proveedores abierta, sabrían que les estaba robando. Pondrían el grito en el cielo y

todo Roquesas tendría conocimiento de que él era un ladrón. Después vendría la vergüenza de sus padres, a los que todo el mundo daría de lado. Y lo peor de todo fue cuando pensó que Magdalena no querría salir con un delincuente. No, definitivamente, no iba a coger de esa caja un dinero que no era suyo.

Cerró la caja.

Cerró el cajón.

Y se metió en el lavado a hacer de vientre, los nervios habían podido con él y le hicieron mella en el estómago. Estaba a punto de producirse el tercer cambio en la vida de Simón, que marcaría su rumbo en los años venideros.

El primero fue cuando conoció a Dimas.

El segundo cuando comenzó a fumar.

Y el tercero fue cuando estuvo a punto de coger el dinero de esa caja.

Capítulo 25

*Para que nada nos separe
que nada nos una.*

Pablo Neruda

Cuando salió del lavabo comprobó en el reloj del salón que todavía no eran las doce y media. En ese instante el carillón marcaba las doce y veinte. Y la puerta que daba al garaje permanecía cerrada, por lo que supo que el dueño aún no había regresado.

Se asomó a la tienda, sudoroso, y vio que la señora Adoración seguía despachando a una clienta, y en la cola había dos más que acababan de entrar. Y la dependienta seguramente estaría ya por el segundo cigarro, porque sabía que se los fumaba de dos en dos.

Aún estaba a tiempo de coger un billete de esa caja. Era tan simple. No emplearía ni medio minuto en abrir el cajón, la caja, coger el dinero, y cerrarlo todo de nuevo. Incluso en el supuesto de que la abuela entrara desde la tienda, entre abrir la puerta y girarse para cerrarla, como había visto que hizo la semana anterior, ya habría pasado ese tiempo. Nadie se daría cuenta. Y esa vieja mucho menos.

No se lo pensó más. Alargó el brazo, abrió el cajón, luego levantó la tapa de la caja, y metió la mano, levantando unos cuantos billetes de la parte de arriba. Sabía que, si cogía los primeros, sería más fácil que se dieran cuenta de que faltaban. Cogió, de la parte de en medio, uno de dos mil pesetas, que incluso estaba algo arrugado. Sentir el tacto de ese billete en su sudorosa mano le produjo una sensación de poder. Dos mil pesetas era el equivalente a una semana. Una semana de madrugar, trabajar, sufrir, pasar calor, escuchar gritos, resumidos en un solo instante, mientras cogía ese billete.

Cerró la caja de nuevo.

Y después cerró el cajón.

En total no había necesitado más de cuarenta segundos para toda la operación. La puerta de la tienda seguía cerrada, a lo lejos escuchó la voz de una clienta pidiendo un brazo de gitano de chocolate. También estaba cerrada la puerta que daba al garaje, ni siquiera se escuchaba el escandaloso sonido del motor del Citroën 2 CV. El único que podía sorprenderle allí, en el salón, era Michelin. Pero el pastelero estaba en el piso superior, en el obrador, observando los cruasanes que se doraban en el interior del horno.

Se internó en el lavabo, donde ni siquiera pudo mear de los nervios que había cogido. Dobló el billete hasta hacerlo tan pequeño como una moneda de cincuenta pesetas y se lo guardó en el interior del calcetín, dentro de la zapatilla de deporte del pie derecho. Allí nadie lo vería. No se le ocurrió en ese momento un lugar más seguro para guardar el dinero.

¿Y si se caía? Se preguntó. Era posible que al caminar el calcetín bajara hasta el tobillo y el billete se escabullera por el lateral. Entonces saltaría y caería al suelo. Sería terrible que Michelin viera como caía un billete en el grasiento suelo del obrador. ¿Qué es eso? Le preguntaría. Entonces Simón no podría mentir y le diría la verdad, que lo había robado de la caja de proveedores.

Consideró, definitivamente, que ese no era el mejor sitio para guardarlo. Lo cogió, el billete

estaba completamente húmedo de su sudor, y se sacó la zapatilla de deporte. Se quitó el calcetín e introdujo el billete debajo del talón. Luego se lo puso de nuevo y se calzó la zapatilla. Se movió medio paso hacia el lado derecho, y después medio paso hacia el izquierdo. Apenas notaba el billete bajo el talón, como un mal pliegue del calcetín. Sí, se dijo, ahí nadie lo verá y no hay peligro de que se caiga.

Antes de salir del baño se miró en el espejo y divisó la expresión de su cara, que estaba blanca como una gardenia. Examinó su reflejo, que en ese instante parecía hecho de plástico derretido, por el vaho que surgía del grifo de agua caliente con el que se había lavado los ojos. Tenía que esperar un par de minutos más hasta que le bajase el sofoco. Porque entre una cosa y otra, hacía media hora que salió del obrador.

—Mucho estás meando hoy —recreminó el pastelero, cuando entró de nuevo.

Y le entregó un pincel para que untara de almíbar varias bandejas de cruasanes recién sacados del horno. Por lo visto, el sábado era el día de los cruasanes.

Mientras lo hacía, comenzó a tener miedo de que le hubieran pillado. Quizá alguien le vio coger el dinero de la caja. O puede que el dueño hubiera regresado antes de repartir por los pueblos y tuviese el dinero contado y, al repasarlo, supiera que faltaba un billete de dos mil pesetas. Es posible, pensó, que entonces le registraran. Le podían pedir que se descalzara delante de ellos y el billete saltaría del interior del calcetín, en cuanto se lo sacara. ¿Y si los tenían numerados? Todos los billetes tenían una numeración y quizá los dueños de la pastelería los habían anotado y, al salirse el billete de su calcetín, verían que lo había robado de la caja de proveedores.

Comenzó a sudar en exceso, tenía la espalda y las manos completamente mojadas, como si acabara de salir del interior de una piscina.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Michelin, al ver que Simón había demudado su expresión.

—Sí. Sí. Solo que tengo mucho calor.

—Sal un momento a la terraza —le dijo—. A ver si te va a dar algo. O vete a la calle a fumar un cigarro. Solo faltaría que te murieras aquí y durante unos días no pudiéramos hacer pasteles —bromeó.

Salió a la terraza. Desde allí podía ver todo el patio trasero. La escalera metálica venía desde arriba y llegaba hasta un pequeño muro de cemento que había al lado de la puerta que daba al garaje. Detrás había un pequeño jardín, descuidado, y un depósito de plástico que tenían de reserva por si cortaban el agua; sería terrible que una pastelería se quedase sin agua. En ese instante sintió como el billete le quemaba. Y albergó un miedo terrible a que lo descubrieran. Quizá el interior del calcetín no era un sitio tan seguro, como había planificado en un inicio. Pero tampoco podía guardar ese billete en algún rincón de la pastelería, porque entonces sería más fácil que lo vieran y supieran que lo había robado de la caja.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó el pastelero cuando regresó dentro.

—Sí. Creo que sí.

Y Simón siguió untando los cruasanes de gelatina.

Capítulo 26

*Tan peligrosa es la mocedad por sus excesos,
como la vejez por sus ataques.*

Juan Rulfo

Por la tarde, cuando llegó al piso, lo primero que hizo fue meterse en su cuarto y esconder debajo del doble fondo de la mesita de noche el billete que había robado. Al tenerlo casi toda la mañana debajo del talón, con el sudor, el calcetín, y su peso, el billete estaba prácticamente destrozado. No lo deslió, porque sabía que en cuanto se secara podría recuperar su textura original. Si lo desliaba, corría el riesgo de que se rompiera. Aunque, en ese caso, siempre podía pegarlo con cinta adhesiva.

Estaba tan nervioso que temió que su familia supiera que le ocurría algo. Su hazaña distaba mucho de aquellas monedas sueltas que le había quitado a su madre del monedero, años antes, cuando quiso comprarse algún cómic, aprovechando que ella lo había dejado sobre el mueble recibidor. Entonces, la probabilidad de que ella se percatara era tan lejana que le ofrecía una garantía de inmunidad frente al hurto. Pero lo que había ocurrido en la pastelería por la mañana era bien distinto, ya que no solo había robado dos mil pesetas, sino que lo había hecho en el lugar donde estaba trabajando y a unos extraños. ¿Qué ocurriría si se dieran cuenta? Llegado el caso le podrían denunciar y el Manco vendría a su casa y le arrastraría de una oreja con el único brazo que tenía. Avergonzaría a sus padres y se avergonzaría él mismo ante los demás. Todo Roquesas sabía que Simón era un ladrón y nunca nadie más le contrataría para trabajar. La noticia correría como la espuma, y en unos días lo sabrían en Sinera y en Iluro. Es posible que la policía nacional de Barcino desplazara una patrulla para detenerlo.

La cárcel.

Ya le habían dicho lo que le podían hacer a un adolescente de catorce años en la cárcel. Aunque Santiago le comentó una vez que los menores de edad nunca entraban en prisión. Ni siquiera podían ser detenidos. Sin embargo, Pedro salió al paso diciendo que de lo que dijera Santiago había que creerse solo la mitad. Pero Santiago siempre que alguien dudaba de que fuese cierto lo que decía, afirmaba que se lo había dicho su padre, que al ser militar tenía un plus de veracidad. Un militar nunca mentía.

—¡Simón! —lo llamó su madre desde el pasillo, tocando ligeramente la puerta con los nudillos—. Tienes la comida en la mesa.

—¡Voy, mamá!

—No se te vaya a enfriar.

—No, ya voy.

—¿Estás bien?

—Sí, mamá. ¡Qué ya voy, cojones!

Escuchó los pasos de su madre por el estrecho pasillo, hasta que llegó al diminuto salón. Simón tenía la sensación de que ella reprochaba que se encerrara en su habitación, ya que, con ese sentimiento religioso tan acentuado, podría pensar que él se estaba aliviando. No había que olvidar que ya había cumplido los catorce años y que los adolescentes de esa edad es lo que

hacen constantemente. Y Simón no iba a ser menos.

Su padre estaba durmiendo. Esa noche tenía turno en la fábrica y se marcharía a las nueve y no regresaría hasta las ocho de la mañana. Cuando trabajaba de noche necesitaba dormir toda la tarde. Lo había visto sumergirse en la habitación de matrimonio, con esos temblores que cada vez eran más perceptibles, mientras su cara iba perdiendo expresividad bajo esas gafas de pasta tan grandes que le tapaban los ojos y la nariz, como si fuese un buzo.

Se dispuso a comer, con el sonido de fondo de los ronquidos de su padre, que llegaban desde la habitación. Su madre se sentó frente a él y comenzó a pelar una manzana. Una vez hubo cortado el primer trozo con el cuchillo, se lo llevó a la boca y lo masticó deprisa, como si quisiera acabar cuanto antes.

—He estado hablando con tu padre sobre tus estudios —le dijo con la boca llena—. Hemos convenido que, ahora que trabajas, podrías matricularte en el instituto, pagándolo con tu salario. Pero tendrías que buscarte algún trabajo en invierno para los fines de semana.

Simón siguió comiendo, sin responder. Sabía que su madre se sentía culpable por la discusión que mantuvieron unos días antes.

—También está la Navidad y la Semana Santa, donde hay varias pastelerías que necesitan mano de obra para hacer frente a los encargos extras. Si aprendes el oficio te podrán contratar entre esas dos fechas. Y sumando los fines de semana, más lo que ganes este verano, tendrás dinero suficiente para costearte todos los gastos derivados del instituto.

—Gracias, mamá. Ya lo pensaré.

—¿Ya sabes qué carrera quieres hacer?

A Simón le sorprendió ese repentino interés por parte de su madre de lo que él quería hacer de mayor. Pero comprendió que era una magnífica oportunidad de decantar la balanza a su favor.

—Me gustaría ser médico.

—¿Médico? Esa es una carrera muy larga, complicada y cara. ¿No querías estudiar psicología?

—He cambiado de opinión.

—¿Por qué médico?

—Para curar vuestras enfermedades.

Su madre se emocionó, ya que no esperaba esa respuesta por parte de su hijo. Pero lo que no sabía es que Simón lo dijo de forma deliberada, ya que buscaba ablandar su corazón. En ese momento, labrarse un futuro era lo más importante para él. Sus padres ya pertenecían al pasado.

Tuvo un instante fugaz de fragilidad y sintió que lo que había hecho en la pastelería por la mañana no estaba bien. Sabía que podía conseguir ese dinero por sus propios medios, sin necesidad de robarlo, ni avergonzar a sus padres. Fue cuando decidió que, al día siguiente, y aprovechando el momento en que no hubiese nadie en el salón de la pastelería, reingresaría el billete que había cogido de la caja de proveedores.

Aún no era tarde para deshacer el entuerto y evitar que nadie se diera cuenta de que faltaba ese dinero. Aún no era tarde para evitar convertirse en un delincuente.

Capítulo 27

*Dando libertad a los esclavos,
la aseguramos a los libres.*
Abraham Lincoln

Ese viernes por la tarde comenzó a lamentar la idea de devolver el billete de dos mil pesetas. Entre la semanada y lo ganado en la tragaperras, más esas dos mil, había juntado un total de nueve mil pesetas. No sabía el porqué, pero ver ese dinero junto, oculto bajo el cajón de su mesita de noche, le tranquilizaba. La acumulación de billetes era un elemento apaciguador que le proveía de seguridad.

Entonces tuvo una idea fatídica, que en un principio le pareció buena. Pero conforme la fue fraguando en su cabeza, cada vez le pareció mejor. Imaginó que, si con solo veinticinco pesetas le había tocado el premio gordo de la tragaperras del bar de la bolera, bien podía probarlo otra vez. Si le volviera a tocar, sumaría diez mil pesetas más, ya que al jugar solo no tendría que repartirlo con nadie, y entonces juntaría casi la mensualidad de su padre. Con ese dinero tendría suficiente para matricularse en el instituto y correr con los gastos derivados que pudiera tener durante ese año. Era tan sencillo que no podía obviar el comprobarlo.

Pero había un problema. Si iba al bar de la bolera, corría el riesgo de que lo viera alguno de sus amigos. Es posible que por allí estuvieran Santiago o Matías. La que no estaría seguro sería Magdalena, porque ella trabajaba hasta las ocho en la tienda de Iluro. Lo mejor, pensó, era probar suerte en la máquina que había en el bar de la estación.

Pasaban unos minutos de las seis de la tarde cuando accedió al bar por la puerta trasera, donde estaban los setos. Acodados en la barra había dos clientes. Uno de ellos estaba bebiendo una cerveza y el otro tomaba un café. El camarero secaba un conjunto de vasos, que había sobre el mostrador, con un trapo de tela.

—¿Qué te pongo, muchacho? —le preguntó.

—Una cerveza.

—¿En vaso o en botella?

—Un tubo.

El camarero llenó un tubo de cerveza y se lo dejó sobre el mostrador. Simón entregó el billete de dos mil pesetas de su semanada y le dijo que le devolviera todo el cambio en monedas de cien pesetas. El hombre intuyó que las iba a echar en la tragaperras.

Primero echó una moneda de veinticinco pesetas. Pulsó el enorme botón verde y los rodillos giraron unos segundos, hasta que se detuvieron. La combinación no podía ser más dispar: una fresa, una naranja y una pera. Simón se encendió un cigarrillo, propinó un sorbo a la cerveza y echó otra moneda con igual resultado que la anterior. Estuvo jugando unos escasos cinco minutos hasta que la máquina engulló la última moneda que le quedaba. Algo le dijo que el premio gordo, diez mil pesetas, estaba a punto de salir. No podía dejarlo ahora, porque entonces lo habría perdido todo. Pero como no llevaba más dinero encima, tendría que ir a su piso y coger las siete mil pesetas que todavía tenía. Temía que, entre ir y regresar, alguien pudiera echar una sola moneda y tocarle el premio. Y él no podía saber si eso ocurriría. Por lo que podía irse,

regresar con el dinero y echar monedas en una máquina vacía, porque el premio ya lo hubiera entregado.

—¡A tomar por culo! —espetó elevando la voz.

Los dos clientes de la barra y el camarero ni siquiera le prestaron atención. Era como si ya estuvieran acostumbrados a los arranques de genio de los jugadores de la tragaperras.

De camino hacia su casa, para coger más dinero, recordó las palabras de Dimas cuando le habló de la suerte del debutante. Y le enfureció saber que tenía razón y que ese premio de diez mil pesetas fue un cebo provocado por esa jodida suerte. Meditó sobre ello y se convenció de que, si regresaba con las siete mil pesetas que todavía tenía, la máquina acabaría por quedarse con ellas. En un cálculo apresurado se dijo que de las cinco mil pesetas que había ganado en el bar de la bolera, dos mil las había reinvertido en el bar de la estación. Lo mejor que podía hacer, y estuvo seguro de ello, era asumir que había ganado tres mil pesetas. Y tomó una decisión drástica: no iba a echar ni un duro más en ninguna máquina recreativa.

Capítulo 28

*El motor de la historia
es la lucha de clases.*

Karl Marx

El sábado 23 de junio, José no estaba de buen humor. Por lo visto, su hijo no quería matricularse en el instituto y le dijo que quería estudiar formación profesional en Iluro. Pero su padre había insistido en que fuese al instituto y de ahí a la universidad. La discusión la iniciaron antes de desayunar, en una de las pocas visitas que Matías le hizo a su padre durante ese verano, mientras Simón estaba cascando huevos en el obrador, y fue subiendo de tono hasta el punto de que el padre le propinó un bofetón a su hijo, que hizo que este se marchara pegando un portazo. José había montado en cólera y durante un buen rato estuvo dando vueltas por el salón, colocándose de forma maniática los tirantes y refunfuñando en voz alta.

—No bajes ahora —le recomendó Michelin a Simón—. Cuando se enfada arremete con cualquiera que pase por delante.

Simón tenía unas ganas inaguantables de mear, y quería aprovechar ese momento para devolver el billete de dos mil pesetas, que le quemaba bajo el talón del pie, a la caja de proveedores. Pero no podía hacerlo hasta que el dueño no se fuese a repartir por los pueblos.

A las once, la abuela asomó la cabeza por la escalera del obrador.

—Ya tienes el bocadillo preparado —le dijo.

—Gracias, señora Adoración.

Luego la escuchó mientras arrastraba los pies, subiendo la escalera hasta el piso de arriba. Era una mujer menuda, no mediría más de un metro cincuenta. Muy delgada, conservaba unas piernas nervudas con ausencia de varices. Y detrás de esas gafas, con montura dorada, exhibía una mirada sagaz. Simón tenía la sensación de que se enteraba de todo lo que ocurría a su alrededor y que no se le podía ocultar nada. No sabía el porqué, pero le dio por pensar que ella sabía que él había cogido ese dinero de la caja.

Cuando bajó al salón, el padre de Matías estaba sentado en la mesa, frente a un plato de callos, una barra de pan y una botella de vino. No le dijo nada y fue directamente al baño.

—¿Otra vez meando?! —preguntó gritando.

—¡No! —negó con rotundidad—. Me voy a lavar las manos.

—Eso está bien —aceptó—. Pero lávatelas después de mear, guarro. —Por el tono de su voz, supo que había bebido.

Se introdujo en el baño y desató ligeramente los cordones de la zapatilla, ya que el billete le comenzaba a molestar.

—Pues entre mear y fumar, menudo negocio estamos haciendo contigo —escuchó que increpaba José desde el salón.

Durante el desayuno, el padre de Matías no le quitaba la vista de encima, como si estuviera enfadado con él.

—¿Y tú, irás al instituto? —le preguntó.

—No, señor José.

Simón se fijó en que las arañas vasculares de su nariz estaban más marcadas de lo que era habitual.

—¿Por qué, si se puede saber?

—Tengo que trabajar.

—¿Trabajar o mear? —preguntó antes de reírse.

—Trabajar, señor.

—Dios da dientes a los que no pueden comer —profirió mientras se llenaba el vaso de vino —. Matías lo tiene todo. Todo, absolutamente todo. Me he desvivido por él y le doy todos los caprichos que quiere. ¿Tú has follado?

Simón comenzó a sentirse incómodo con esa conversación.

—¡Contesta! ¿Tú has follado?

—No creo que eso sea de su interés, señor José —respondió tratando de mantener la compostura.

—Porque mi hijo sí lo ha hecho, ya que un hombre hasta que no folla no es un hombre. Yo mismo escogí la mejor puta de todo Sinera y se la llevé a su cama para que se acostara con él.

Entonces, Simón supo que Matías no les mintió cuando dijo que ya había follado.

—Tengo que subir al obrador —se excusó cuando percibió que el dueño de la pastelería había comenzado a elevar el tono de voz.

—No te has comido el bocadillo.

—No tengo hambre.

—¿Quieres que lo tiremos?

—No. Me lo comeré más tarde.

—Más tarde, más tarde... Eres un desagradecido. Mi madre te prepara el bocadillo con todo el amor del mundo, y tú lo desprecias.

José hizo un aspaviento con el brazo y golpeó la copa de vino, cayéndose al suelo y estrellándose contra la librería, salpicando la pared lateral. Parecía el escenario de un crimen con tanta mancha roja y pedazos de cristal desparramados por todas partes.

Simón estuvo a punto de llorar, la conversación con ese hombre le estaba desbordando y no sabía cómo ponerle fin. Se levantó de la mesa, dejando el bocadillo en el plato, y subió al obrador por la escalera principal, corriendo.

Cuando llegó, Michelin le dijo que, al ser sábado, tenía que limpiar varias ollas que necesitaría para preparar la masa para los pasteles del domingo. Simón agarró una esponja y se dispuso a hacerlo en la enorme pila que había cerca de la ventana que daba a la calle principal. Desde ahí contempló a la dependienta mientras salía de la pastelería y cruzaba a la acera de enfrente, donde la esperaba la carnicera con un paquete de tabaco en la mano. En ese instante, el reloj de la pared del obrador marcaba las once y cincuenta minutos. Luego escuchó el sonido característico de la persiana del garaje elevándose y vio salir por la puerta la furgoneta Citroën; el padre de Matías se iba a repartir por los pueblos. Pensó en que, si no atropellaba a alguien, o se estampaba con el coche, sería un milagro, porque el tío llevaba una borrachera impresionante; se había bebido una botella entera de vino durante el almuerzo.

Sabiendo que la señora Adoración estaría despachando sola, en la tienda; José, camino del primer pueblo, donde repartía repostería; y a Caetana la estaba viendo en la acera de enfrente, fumando, fue cuando decidió bajar y devolver el billete de dos mil pesetas a su caja.

—Me voy a mear —le dijo al pastelero.

Michelin no replicó y se limitó a balancear la cabeza, como uno de esos perritos que viajan en

la bandeja trasera de los coches.

Capítulo 29

No te mires al espejo junto a una lámpara.

Pitágoras

Bajó por las escaleras, saltando de tres en tres los escalones. Nada más llegar al salón, se adentró en el aseo. Se descalzó, sacó el billete del talón de su pie, y lo agarró con fuerza en la mano izquierda. Luego se dirigió a la librería. Alguien había recogido los cristales rotos del suelo y limpió las manchas de vino, pero todavía podía olerse el olor agrio que dejó. En ese momento se sentía eufórico, como si fuese un superhéroe de esos cómics que había leído, donde, y si hacía cualquier cosa de forma veloz, nadie le vería. Abrió el cajón de un tirón. La caja de proveedores estaba allí, donde siempre, como si le estuviera esperando. Levantó la tapa con la mano derecha, mientras con el puño cerrado de la izquierda, cobijando el billete, aguantaba el pomo del cajón por si le sorprendían y fuese necesario cerrarlo deprisa. A simple vista había más billetes que el día anterior. O puede que estuviesen más desordenados. Pero recordaba que el viernes había más espacio entre el último billete de arriba y el cierre de la caja. Seguramente, se dijo, el sábado se llenaba más la caja porque el padre de Matías habría metido allí parte de los pagos que recibió de los pueblos donde estuvo repartiendo.

Hubo un instante de incertidumbre en el que dudó si dejar el billete en el interior de la caja o, por el contrario, dejarlo todo tal y como estaba. Ese billete ya era suyo. Le pertenecía desde el mismo momento en que lo sacó de esa caja y lo introdujo en el talón de su pie. Ya formaba parte de él, como el regalo de un familiar que no puedes rechazar y no puedes devolver. Como el premio de una máquina tragaperras. Como una lotería. Era mucho dinero. Tanto, que comenzó a pensar todo lo que podría comprar con ese billete. Incluso con esas dos mil pesetas, más las ocho mil que ganaría ese mes, ya tendría para costear dos veces la matrícula del instituto. Allí, en su mano, estaba su futuro. Y no podía despojarse de su porvenir por un ridículo sentimiento de hacer el bien. El bien es un invento de las personas que no aspiran a nada más. A pasar por la vida como un suspiro, ocupando el puesto que la naturaleza les concede al nacer. Pero los luchadores, los rebeldes, sienten la necesidad de escalar, de adelantar, de pasar al puesto que, por su voluntad, les corresponde. Simón estuvo convencido de que robar, en ese caso, no era algo reprochable.

Sin saber por qué, metió la mano en la caja, separó varios billetes y cogió un billete de cinco mil. Era un billete nuevo, como si acabara de salir del banco. Ni siquiera tenía el doblez característico de los billetes usados. La cantidad de cosas que podría comprar con ese billete. Podía comprarse una camisa nueva, un par de pantalones, unos zapatos y varios calcetines, y aún le sobraría dinero para invitar a Magdalena al cine y comprar tabaco. Ese dinero era lo que costaba una visita del médico especialista que trataba a su madre del cáncer. Era cinco veces el llenado del depósito de gasolina del coche de su padre. Ese dinero era la felicidad.

Se entretuvo unos segundos más, con el billete de cinco mil pesetas en la mano, y reparó que en la base de la caja también había monedas sueltas. Y, como había bastantes, cogió unas cuantas que le irían bien para comprar tabaco en la máquina del bar y así evitar el estanco todo lo que pudiera. No le gustaba que el estancero llevara un control de lo que estaba fumando esos días.

En esa segunda ocasión memorizó la cantidad de billetes que había, ya que quería comprobar si los reponían a diario, con lo que sería más difícil que se dieran cuenta de si faltaba o no dinero.

Cerró la caja.

Cerró el cajón.

Y se metió en el cuarto de baño.

Se descalzó el zapato del pie derecho. Se sacó el calcetín, dobló en cuatro partes el billete de cinco mil pesetas e introdujo los dos billetes en el talón.

Se calzó de nuevo y salió al salón.

Al subir las escaleras hacia el obrador, se percató de que le costaba andar. Cada vez que ponía el pie derecho en el suelo, sentía un punzante dolor que le impedía caminar con soltura. Cuando llegó a la planta de arriba, se dirigió a la pila donde le esperaban varias ollas que tenía que limpiar. Pero lo hizo renqueando ligeramente, y Michelin se dio cuenta:

—¿Estás cojeando?

—Sí. Me he torcido el pie al bajar la escalera —mintió.

—Eso es porque tienes la puta manía de bajar corriendo. No te pasaría si bajaras como las personas.

Mientras limpiaba las ollas, miró a través de la ventana y contempló como en la calle seguía la dependienta, conversando con la carnicera y la perfumera. Las tres habían formado un corrillo y se les veía alegres, mientras fumaban.

La furgoneta de reparto, conducida por el padre de Matías, pasó por al lado. En la aleta delantera izquierda llevaba un golpe que no había visto el día anterior. Simón imaginó que, con la borrachera que llevaba esa mañana, seguramente se lo habría hecho en alguno de los pueblos de donde venía de repartir pasteles. Se paró al lado de la dependienta, y les dijo algo por la ventanilla. Los demás rieron.

Ellos estaban allí, relajados, fumando, compartiendo un instante de entretenida conversación. Mientras el dueño de la pastelería pasaba por su lado y les sonreía. Todo alrededor de Simón era felicidad, excepto él y su familia. Torció los ojos y observó a Michelin, que estaba canturreando una horrible melodía mientras extendía la nata sobre un pastel de bodas que tenía que entregar por la tarde. Esa gente, el padre y la abuela de Matías, y el pastelero cabrón, no se merecían ser felices, porque no eran más que unos aprovechados. Pensó que él estaba allí, dentro de ese horrible obrador, asándose de calor, soportando el dolor que le subía desde el talón derecho, donde los dos billetes habían hecho bola y parecía que tuviera dos piedras de granito clavándose, mientras ellos estaban ahí afuera, disfrutando del apacible sol de junio.

Era una injusticia lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Capítulo 30

*Hemos encontrado al enemigo,
somos nosotros.*
Walt Kelly

Por la tarde, cuando llegó al piso, dejó el dinero en el interior del doble fondo de la mesita de noche de su habitación. Sabía que si su madre o su padre lo veían pondrían el grito en el cielo y le preguntarían de dónde lo había sacado.

Su madre estaba en la habitación de matrimonio y había cerrado la puerta por dentro. Recordó que el día anterior le dijo que esa mañana le tocaba quimioterapia y, después del tratamiento, no se sostenía en pie durante el resto del día.

Su padre estaba sentado en una silla, frente a la mesa del salón, con un periódico delante, mientras pasaba sin mucho ánimo las hojas, como si lo hiciera por pura rutina, sin entretenerse en leer.

—Tu madre te ha dejado comida en la cocina —le dijo.

Por el tono de su voz, supo que algo no iba bien. Simón se metió en la cocina y vio que sobre el mármol había una olla. La destapó y comprobó que le había preparado potaje de apio. Entre potajes, casquería, patatas al horno, migas de pan duro y arroz, temía que su desarrollo físico no iba a ser el adecuado para un adolescente de su edad. Había días que se sentía más agotado de lo habitual y siempre lo achacaba a la alimentación tan deficiente.

Mientras comía, su padre le dijo que esa tarde tenía cita con un médico especialista del sistema nervioso. El médico de cabecera de Roquesas, y otro, que visitó en Iluro, le dijeron que su afección tenía que ver con los nervios. Él lo atribuyó a la mala época que estaban pasando por la enfermedad de su madre, cuyo cáncer no tenía pinta de remitir y, pese a la quimioterapia, cada vez estaba peor.

Aprovechó que lo tenía delante, mientras se introducía en la boca las cucharadas de potaje, para observarlo sin que él se diese cuenta. No solo le temblaba la mano, con la que pasaba las hojas del periódico, sino que también había un leve balanceo en su barbilla. Incluso cuando mantenía el brazo en reposo, apoyado sobre la mesa, su mano temblaba. Todo su tronco se mostraba rígido, como si lo hubieran embalsamado. Y lo que más le sorprendió a Simón, en ese momento en que reparaba en los cambios que había sufrido su padre durante el último año, fue la postura curvada hacia delante, como si fuese incapaz de mantenerse erguido, sentado en la silla.

A las cinco y media sonó el despertador de la habitación de matrimonio. La puerta se abrió y la madre de Simón asomó la cabeza, sin haberse puesto la peluca. Su aspecto era lamentable. Tenía los ojos hinchados, y su tez blanquecina indicaba que no había podido descansar. Y dijo, con un tono de voz derrotado:

—Jorge, recuerda que no podemos salir más tarde de las seis.

Su padre trató de convencerla de que no lo acompañara. En su estado, después de la quimioterapia de la mañana, no creía que fuese buena idea recorrer en coche los cuarenta kilómetros que había hasta Barcino. Pero su madre insistió en ir. Luego miró a su hijo mientras estaba recogiendo el plato de la mesa, después de comer, y le preguntó:

—¿Vendrás con nosotros? —Inspiró aire despacio, profundamente.

Simón no tenía por que acompañarlos. Durante todo ese invierno fueron múltiples las visitas que hicieron a varios médicos distintos, por el cáncer de su madre, y él siempre fue con ellos. Pero ahora, que trabajaba ocho horas seguidas en la pastelería, no había ninguna necesidad de hacerlo. Pese a todo, y sin que su padre le dijese nada, decidió ir con ellos.

Capítulo 31

Es inútil volver sobre lo que ha sido y ya no es.

Frédéric Chopin

Durante el viaje, en el coche de su padre, ellos estuvieron comentando que la visita les costaría cinco mil pesetas. Era mucho dinero para una familia humilde, pero esperaban que ese médico les pudiera avanzar qué es lo que tenía su padre. Sabían que esos médicos visitaban dos veces: una para inspeccionar al paciente y la segunda para emitir un diagnóstico y el tratamiento correspondiente. Con lo cual, las dos visitas a ese médico costarían diez mil pesetas. Fue cuando Simón supo porqué su madre le había pedido esa cantidad al abuelo. Pero no le dijo que era para eso, aún sabiendo que seguramente el abuelo le entregaría el dinero. Pensó que su madre estaba perdiendo la salud, pero conservaba intacta la dignidad. En aquel tiempo todavía creía que esas diez mil pesetas que costaba ese médico era una apuesta segura, como una máquina tragaperras que sabes que te dará el premio gordo cuando juegues.

El médico tenía la consulta particular en una de las calles más exclusivas de Barcino, lo que les dio una pista de que sería caro. Simón pensó que un médico que visita el sábado por la tarde tenía que ser muy especial. Delante del bloque había un parque enorme y todo el lugar, en general, se veía lujoso. El recibidor era de mármol y en el ascensor había un espejo tan grande que los tres se vieron reflejados de cuerpo entero. Mientras el elevador subía a la séptima planta, Simón tuvo tiempo de entretenerse en observar la postal que la imagen del espejo les devolvía. Allí, en ese momento, solo había desolación y muerte.

Antes de llegar, les preguntó:

—¿De dónde sacaréis las diez mil pesetas?

Esa cantidad, la que pagarían por las dos visitas, era un tercio de lo que ganaba su padre en un mes. En ese instante, antes de que el ascensor se detuviera, sintió una enorme pena por sus padres. Pero enseguida se recompuso y lo que advirtió en su interior, realmente, fue inquina. Ellos eran los únicos culpables de que estuvieran pasando por esa situación. Pensó en que el médico que los iba a visitar no tendría esos problemas, porque todo pasaba por una cuestión económica. Si había dinero, no había problemas, porque, incluso, la salud era un asunto financiero.

Les recibió una mujer que no tendría más de cuarenta años. Era muy delgada y se veía atractiva. Su aspecto general era el de una señora. Les hizo pasar a una sala, donde el médico, un hombre de unos sesenta años con abundante cabello canoso, esperaba frente a una elegante mesa de madera de color oscuro. Con una mano, donde resplandecían dos anillos de oro, señaló tres sillas que tenía enfrente, para que ellos se sentaran. Sobre la mesa tenía un grupo de folios que, por la forma en que estaban colocados, supo que los había estado leyendo antes de que ellos entraran en la consulta. Allí estaban reunidas todas las pruebas que le habían hecho a su padre los meses anteriores, tanto el médico de Roquesas, como el que lo visitó en Iluro.

Simón percibió en la mirada de ese médico que el diagnóstico ya lo tenía preparado antes de que ellos accedieran.

Después de hablar durante unos escuetos cinco minutos, el médico, para sorpresa de todos, le

dijo a su padre que se pusiera en pie y que caminara recto por una línea que había trazado con una cinta roja en el suelo. Le indicó que sobre todo no se saliese de esa línea. A Simón le arrancó una sonrisa cuando contempló a su padre caminando como un trapecista sobre una cuerda floja. Después de dos idas y venidas, y el rato que el médico le estuvo sosteniendo ambos brazos, como si quisiera controlar su pulso, le hizo sentar, se colocó de nuevo detrás de su mesa, y dijo:

—Usted tiene Parkinson.

Capítulo 32

*Abandona los grandes caminos,
sigue los senderos.
Pitágoras*

El domingo por la mañana, cuando Simón llegó a la pastelería, Michelin lo notó cambiado. Y así se lo hizo saber.

—¿Estás bien?

—¿Por qué me lo preguntas?

—No sé, parece que tienes otra cara.

—Mi cara. ¿Qué cara quieres que tenga? —interrogó con rabia.

El pastelero advirtió algo distinto en él. Era como si Simón ya no fuese el mismo chico que una semana antes había comenzado a trabajar allí y lo hubieran cambiado por otra persona; aunque su aspecto físico seguía siendo idéntico. Sus ojos expelían una mirada de furia contenida, apresada en la robustecida mandíbula de un adolescente. Se sentía importante. Tenía la sensación de que hiciese lo que hiciese, estaría bien hecho. Como si la situación personal de sus padres le concediera una patente de corso permanente para hacer lo que le viniera en gana. Podía robar el dinero de esa caja que había en el salón de la pastelería y nadie pondría ninguna pega, porque comprenderían que estaba en su derecho de hacerlo. Era como si la suerte del debutante se hiciera extensible a cualquier apuesta que hiciera con la vida. Porque robar también era un juego de azar, que unas veces sale bien y otras no.

Lo que el pastelero sintió, al observar sus ojos, fue miedo. El miedo que infunden los que no tienen nada que perder.

A las once de la mañana bajó, como cada día, a comer el bocadillo que le había preparado la señora Adoración. La anciana siempre metía lo mismo dentro del pan: jamón o queso. Pero el jamón, al menos, era de calidad.

Esa mañana, y con ausencia total de remordimientos, cogió directamente de la caja de proveedores un puñado de billetes que luego, en el interior del baño, comprobó que había uno de cinco mil, uno de dos mil y cuatro de mil. Más varias monedas sueltas de cien pesetas. Cogió tanto dinero, que lo tuvo que repartir entre los dos calcetines, y una parte la distribuyó en los cuatro bolsillos de su pantalón vaquero. Las monedas no tenían numeración, por lo que era imposible que, en caso de detectarlas, las relacionaran con el contenido de la caja de proveedores. Y de los billetes ya sabía que no llevaban ningún control, porque en esos días había cogido bastantes y nunca percibió que nadie se diera cuenta de que faltaban.

Se sentía tan poderoso, que ni siquiera vigiló que no estuviera la señora Adoración o su hijo o la dependienta. Le daba igual, porque sabía que no lo verían. Se había revestido de un acusado halo que le protegía. En definitiva, se trataba de repartir ese dinero de forma equitativa. ¿Para qué quería esa vieja y su hijo tanto dinero? Se preguntó Simón.

Bajó de nuevo al baño cuando era casi el mediodía. Entonces cerró la puerta por dentro, para que nadie le molestara, y contó todo el dinero que había cogido durante esa mañana, y se

sorprendió cuando vio que había más de once mil pesetas. Esa cantidad superaba el premio gordo que podía entregar una máquina tragaperras del bar de la bolera, y él lo había ganado sin apostar y sin casi correr ningún riesgo. Y, lo más importante, sin trabajar. Se encontraba tan pletórico que ni siquiera lo ocultó bajo el talón de sus pies, sino que lo repartió en los bolsillos de su pantalón. ¿Quién cojones iba a saber que estaba allí? Se cuestionó.

Por la tarde, cuando llegó a su piso, se entretuvo en contar todo el dinero que había sacado de los bolsillos. Y asistió impávido a una cantidad considerable, lo que le permitiría darse algún capricho.

Corrió el pestillo de la puerta de su habitación, para que sus padres no entraran por sorpresa. Sobre la cama extendió todo el dinero, de forma ordenada: los billetes en una hilera y las monedas en otra. Mientras lo hacía, reflexionó en que el doble fondo de la mesita de noche dejó de parecerle un lugar seguro. Sus padres jamás accedían a su habitación, o nunca había visto que lo hicieran. Pero no sabía si durante la mañana, mientras él estaba trabajando, a su madre, que estaba en casa, le daba por limpiar cuando sus achaques se lo permitían. En ese caso es posible que le diera por sacar los cajones y viera que había un doble fondo debajo del último cajón de la mesita de noche. Y en su interior había un montón de billetes y monedas. Peinó su habitación con la vista, buscando un lugar más seguro para ese dinero. Pero, por más que indagó, no lo halló.

Entonces fue cuando se le ocurrió ocultarlo dentro del colchón. Tan solo tenía que hacer un pequeño corte en el lateral e introducir uno a uno todos los billetes de que disponía. Las monedas las utilizaría para comprar tabaco y los billetes los podía ahorrar para cuando los necesitara.

Y así lo hizo.

Practicó un corte en el lateral del colchón, lo suficientemente grande como para meter la mano. Y fue introduciendo los billetes, en forma de canuto, mientras los empujaba hacia dentro.

Cuando terminó, desdobló un clip, dejándolo como si fuese un alambre, y lo cosió en el corte del colchón, formando un cierre para proteger el dinero.

Capítulo 33

*Me interesa más mi conciencia
que la opinión de los demás.*
Cicerón

Una mañana de finales del mes de junio, mientras Simón se comía el bocadillo que la señora Adoración le había preparado, llegó el dueño de muy mal humor, se sentó en la mesa, y se dispuso a devorar un plato de callos que su madre había cocinado para él.

—¡No sé qué coño pasa! —elevó la voz—. Pero cada vez me falta más dinero para pagar a los proveedores.

Simón lo escuchó sin decir nada, pero sabía que se refería al dinero de la caja, donde cada día cogía un poco.

—Si te falta algo, yo tengo dinero en mi habitación —se ofreció la abuela.

—No. Gracias, mamá. De momento aún hay, pero ha subido todo tanto que ahora no nos llega ni para pagar a los repartidores.

De ese dinero, que iban dejando en la caja de la librería del salón, es de donde se pagaba la harina, los huevos, la levadura, la sal, el azúcar, los frutos secos, los aditivos, y cualquier producto que les trajeran al por mayor. Cada vez que llegaba el camión de harina, por ejemplo, la dependienta, o los dueños, cogían el dinero de esa caja. Eran pocos los proveedores que entregaban una factura por las compras, porque en esos años la gran mayoría de comercios vendían y compraban sin declarar, en lo que se denominó *economía sumergida*. Pero, en la última semana, ese dinero no era suficiente, y por eso el señor José protestó.

Ellos no sospechaban que Simón era el que estaba cogiendo el dinero de esa caja, porque nadie sospecha que un adolescente de catorce años les pueda estar robando.

El viernes, cuando eran las once, la abuela lo llamó para que bajase a comer el bocadillo. El señor José se había sentado en la mesa y comenzó a mojar una rebanada de pan en unos huevos fritos con aceite. Caetana estaba despachando en la tienda y Michelin estaba dentro del obrador, preparando la masa para una enorme tarta de boda que les habían encargado para ese domingo. Antes de bajar al salón, Simón, al recordar que la señora Adoración había dicho que en su habitación tenía dinero, subió hasta la segunda planta por la escalera principal. Al llegar se topó con un enorme recibidor sobre el que había un sinfín de figuritas de porcelana. Por lo visto, a ella le gustaban y las tenía pulcramente ordenadas. A la izquierda había una puerta que daba acceso a la escalera de incendios de la parte trasera de la casa. Desde esa escalera se bajaba hasta el obrador, donde había un pequeño rellano, también metálico. Y luego había un último tramo que llegaba directamente al patio. Enfrente había varias puertas, y todas estaban abiertas, por lo que podía ver desde fuera lo que había en el interior. Un baño pequeño, una especie de sala de lectura y tres habitaciones. En una de ellas había varios pósteres de cantantes colgados en la pared, y supo que esa habitación era la que utilizaba Matías cuando se quedaba a dormir en casa de su padre. En otra había una cama de matrimonio, y comprendió que era la habitación del señor José. Y la tercera tenía una cama pequeña, tan antigua que incluso el pie era de hierro con incrustaciones de piedras de colores.

—La de la vieja —murmuró.

Se fijó en un pequeño mueble que había arrinconado frente a la cama. Al principio le pareció un tocador, pero al acercarse distinguió que era una licorera. Giró la llave y al abrirlo se encendió la luz de su interior. Y donde tenía que haber botellas, había una caja fuerte.

Era una caja con una rueda de combinación y una llave, que estaba puesta. Sobre la cerradura había una palanca plateada. Ni corto ni perezoso, puso su mano encima y la accionó despacio. La manilla se desplazó hacia abajo y la puerta se abrió.

En su interior había tres estantes. En el primero de arriba había carpetas que, seguramente, contenían documentación de la pastelería. En el de en medio había varias joyas: anillos, pulseras y cadenas de oro. Y en la parte inferior había varios montones de billetes de cinco mil, dos mil y mil pesetas. Simón calculó que allí había más de un millón de pesetas.

Era.

Mucho.

Dinero.

Era demasiado dinero para no sentirse tentado de coger un poco. Tan solo tenía que alargar la mano y apresar un puñado de esos billetes. Incluso, por cualquiera de esas pulseras de oro podría sacar una buena cantidad si las vendía. Pero el problema era dónde ocultaría el dinero y las joyas para sacarlas de la casa sin que le vieran.

Cerró la caja fuerte.

Cerró el mueble.

Y descendió hasta el salón, dejándolo todo tal y como lo había encontrado. Los días siguientes ya pensaría cómo coger el dinero sin levantar sospechas.

Capítulo 34

*Me da casi igual adónde, dijo Alicia.
Entonces no importa qué camino sigas, dijo el Gato.*
Lewis Carrol

El sábado por la tarde, cuando Simón llegó a casa cargado con dos bolsas de plástico enormes, su padre le preguntó de dónde había sacado el dinero para comprarse toda esa ropa, ya que no llevaba trabajando el tiempo suficiente como para haberlo ahorrado.

—Es un regalo —dijo como respuesta.

—¿Un regalo? ¿De quién?

Simón sabía que su padre conocía todos los comercios de Roquesas. No obstante, la población era lo suficientemente pequeña como para que todo el mundo se conociera. Si le decía que le habían regalado esa ropa en alguna tienda, él podría saber, en cualquier momento, en qué tienda había sido y si era cierto o no. Así que se le ocurrió decirle que se la habían regalado en una tienda de Iluro.

—¿Y te han dado la ropa? ¿Así, sin más?

—Bueno... Lo cierto es que... En fin, me la ha regalado Magdalena —dijo finalmente.

El padre de Simón sabía que Magdalena trabajaba en una tienda de moda de Iluro, por ese motivo la aserción de su hijo bien podría ser cierta. Pero no sabía que su hijo mantenía tan buena relación con ella. Dio por válida su respuesta; aunque no le gustó que se viese con esa chica, a la que, y ya se lo había dicho muchas veces, no le convenía.

—Ya sabes que esa pelandusca no es de fiar —le dijo, para incomodidad de Simón.

—Pues a mí me cae bien —repuso.

—Te cae bien porque es guapa. Pero no todo está en la belleza. Su padre es un tarambana al que echaron del bar de la bolera por robar. Y su madre... Bueno, su madre es una prostituta.

—Como la madre de Matías.

—No exactamente. La madre de Matías es una puta de burdel y la madre de Magdalena es una puta de carretera.

A Simón le chocó que su padre distinguiese el tipo de prostitución que ejercía cada una de las madres de sus amigos. Como si en ese innoble oficio existiera una categoría oculta que dignificara o desprestigiara según el lugar donde se practicase.

—Una puta es una puta, trabaje donde trabaje —rebatía—. Pero ni Matías tiene la culpa de que su madre lo sea ni Magdalena tiene la culpa de que su madre lo sea —redundó—. Es más, en ambos casos sus madres ya no viven con ellos. ¿Deben tener los hijos culpa de lo que sean o hagan sus padres? —interrogó.

—No. Claro que no, hijo. Solo te digo que esa chica no es de fiar.

—Pero dices que no es de fiar por lo que hacen sus padres, no por lo que hace ella.

—Bueno, no quiero hablar más de este asunto. Solo te digo que vayas con cuidado, porque si una chica como esa, que te saca cinco años, te regala ropa, es que busca algo a cambio. Nadie da nada por nada. Y luego están las habladurías...

—¿Qué habladurías? —preguntó Simón, con enojo.

—Ella es una mujer y tú, bueno, tú todavía eres un niño. —No hay nada peor que decirle a un adolescente de catorce años que es un niño—. Esa chica es demasiado mayor para ti. ¿Por qué no te buscas una chica de tu edad?

—Las chicas no se buscan, se encuentran. A mí me gusta Magdalena y me siento cómodo con ella.

—Esa lo que quiere es atrapar a un buen chico, como tú, y quedarse embarazada. La tendrás que mantener a ella y a su padre toda tu vida. ¿No te das cuenta, Simón?

—No, papá. De lo que me doy cuenta es de que vosotros queréis marcarme el camino que tiene que seguir mi vida. Y yo no soy como vosotros. Ni lo seré nunca —concluyó.

Capítulo 35

*Algo hay tan inevitable como la muerte
y es la vida.*

Charles Chaplin

Sobre las cinco de la tarde del domingo, el padre de Simón se fue a trabajar a la fábrica. Ese mes había comenzado a doblar los turnos y dos veces a la semana entraba de noche. Si su madre necesitaba algo, era él el que tenía que asistirle. Ya fueron varias las noches que lo llamó desde su habitación para que le trajera un vaso de agua o la ayudara a incorporarse para ir al baño. Pero en el ánimo de Simón solo estaba quedar esa tarde con Magdalena. Para él, ella era lo más importante en ese momento. Lo demás le traía sin cuidado.

Estuvo acicalándose en el aseo, escogiendo bien la ropa que se iba a poner. Eligió unos preciosos pantalones de tergal de color marrón, unos mocasines negros con cordón blanco y una camisa gris con rayas azules.

Mientras probaba peinados nuevos, haciéndose la raya a la izquierda o a la derecha, fumaba de forma compulsiva, cogiendo los cigarros del paquete que había dejado encima de la cisterna.

Había quedado a las seis en la puerta principal de la bolera, ya que la sesión de cine comenzaba a las siete. Media hora antes se dispuso a salir del piso, para no llegar tarde en la que sería su primera cita formal. En el rellano se cruzó con dos vecinas del barrio que venían a ver a su madre, que esa tarde no se encontraba bien y se había echado sobre la cama.

—Simón —lo saludaron—. ¡Qué alto estás!

Él no podía entretenerse en hablar, porque no quería llegar tarde a su cita. Así que las esquivó y se dispuso a salir por la puerta.

—¿Te vas? —le preguntó una de ellas.

—Tengo que currar —puso como excusa.

—Pero estando tu madre así, no deberías dejarla sola —insistió una de las vecinas.

—Me tengo que ir —repitió—. Si llego tarde se enfadarán en el trabajo.

—¿Te hacen trabajar por la tarde en la pastelería?

—Sí.

De camino hacia su encuentro, pensó en qué le importaba a él lo que le pasara a su madre. Lo realmente importante era quedar con esa chica.

Llegó a la cita unos minutos antes que ella. Mientras la esperaba, aprovechó para fumarse un par de cigarrillos seguidos, encendiendo el segundo con lo que quedaba del primero.

—¿Hace mucho que esperas? —le preguntó Magdalena.

—No, acabo de llegar —mintió. Por aquel entonces Simón había asumido que no había nada malo en mentir por una buena causa.

Cuando llegaron al cine, Simón sacó las entradas en la ventanilla, mientras ella se encendió un cigarrillo. Hubo un instante en que se sintió incómodo, porque percibió que había personas que los miraban de reojo. Aunque él era más alto de lo que le correspondía, y ella era más menuda que las mujeres de su edad, los dos eran conocidos en Roquesas y algunos clientes del

cine se sorprendieron de que una chica de diecinueve años saliera con un chico de catorce. Simón pensó que la próxima vez quedarían en Iluro, ya que, al ser una ciudad más grande, nadie repararía en ellos.

Antes de entrar en la sala compraron dos bolsas de palomitas y dos refrescos. Simón rechazó que fuese Magdalena quien los pagara. Y le dijo que él no dejaría que ella nunca pagara nada, porque el hombre es quien debe hacerlo. A la chica, esa actitud de su acompañante le pareció caballeresca.

Cuando terminó la primera película, y en el descanso hasta que comenzara la segunda, Simón hizo un intento de besarla en los labios. Ella lo rechazó, apartando la cara.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, algo molesto.

—Hace poco que salimos.

—Pero nos conocemos desde hace tiempo. Y, por otra parte, me debes una mamada —dijo soez.

Ella lo miró risueña.

—No quiero ir tan rápido.

Él sonrió y se acomodó en su asiento.

—¿No vas a insistir? —le preguntó ella.

—Me acabas de decir que no quieres ir tan rápido.

—¡Joder, Simón! No tienes que hacer todo lo que yo te diga.

Y se giró y le dio un prolongado beso en los labios.

Ya entrada la noche, cuando salieron del cine, Simón la acompañó a su casa. Los dos se sentaron en un banco que había en un parque cercano y, ocultándose de la vista de los demás, se estuvieron besando de forma apasionada.

De vez en cuando la chica sacaba un paquete de Winston de su bolso y encendía dos cigarrillos a la vez, entregándole uno a él.

—Tengo que comentarte algo —le dijo Simón, mientras expulsaba una columna de humo que se perdía en el cielo del recién estrenado mes de julio.

—No estoy saliendo con nadie —repuso ella—. Si es eso lo que te preocupa.

—No, no es eso. Ayer me compré ropa nueva y mi padre me ha preguntado de dónde la he sacado. No me gusta que me controle y sepa dónde consigo el dinero, así que le he dicho que me la has regalado tú. Espero que no te importe.

Magdalena lo observó risueña.

—¿Y de dónde has sacado el dinero? —le preguntó toqueteando su camisa nueva.

—De la máquina tragaperras.

—¿Del premio que sacaste el otro día con mi padre?

—Sí.

—Eran cinco mil pesetas —anotó la chica—. ¿Con esa cantidad te has podido comprar la ropa, el tabaco e invitarme?

—Bueno, además tengo mi paga semanal de la pastelería.

—¿Tanto dinero ganas?

—No pagan mal —la engañó.

—¿Cuánto te pagan?

—Cinco mil pesetas a la semana.

—¿De verdad?

Simón la miró directamente a los ojos. Supo que ella sabía que él mentía.

—No. Me pagan dos mil pesetas a la semana.

—Es una miseria.

—Tengo dinero ahorrado.

—¿Ahorrado de qué?

—Del que me han ido dando mis padres y mi abuelo estos años, desde que hice la comunión.

—¿En serio?

—¡Está bien! —le dijo Simón, tragando saliva—. No quiero que mis padres se hagan esas preguntas que me estás haciendo tú ahora.

—No te preocupes —lo tranquilizó frotándole el brazo—. Si me preguntan, diré que esa ropa te la he regalado yo. Para eso están los amigos.

Simón se sintió reconfortado.

—Gracias.

—No hay de qué.

Luego la chica lo miró con expresión grave.

—¿Te gusta trabajar? —le preguntó.

—¿Trabajar? Claro que me gusta trabajar —espetó Simón, mostrando seriedad en el rostro.

—Hemos caído en familias pobres y tenemos que trabajar no solo para nosotros, sino para ellos. A mí me gustaría vivir en una casa, pero no aquí, en Roquesas, me gustaría vivir en una isla.

—¿Una isla?

—Sí, y a ser posible en otro país.

—Para eso hace falta mucho dinero.

—Mucho no, muchísimo —sonrió Magdalena—. E imagino que ya sabes que trabajando no tendremos dinero nunca.

—Hay empresarios...

—¿Empresarios? Hay empresarios que roban, estafan o explotan y así consiguen amasar una fortuna para vivir de puta madre. Pero ya te digo que el dinero ni cae de los árboles ni se gana trabajando. Trabajando lo único que conseguiremos es envejecer, y mal, tener dolores, y muchos, y morirnos sin tener donde caernos muertos.

Cuando terminó de hablar soltó una ruidosa carcajada que incomodó a Simón.

—Pues no nos queda otra que trabajar —aceptó el chico.

—De momento, sí. Pero quizá, algún día, nos llegue nuestra oportunidad.

Simón no sabía muy bien a qué se refería.

—¿Una lotería?

—¡Bah! Mi padre dice que es más fácil que te caiga un rayo que te toque la lotería. Nada, lo mejor para ganar dinero es robarlo.

Simón estuvo a punto de confesarle que él robaba dinero en la pastelería, pero en el último instante se lo pensó mejor y no le dijo nada. Quizá su padre tenía razón y esa chica no era de fiar. Hasta ese momento, su secreto permanecía a buen recaudo y no podía caer en la insensatez de decirle algo que a la larga podía perjudicarlo.

—¿Te apetece quedar la semana que viene en Iluro? —le preguntó la chica.

—Sí. Estaría bien. Podríamos cenar en un restaurante de la zona del puerto.

—Esa zona es muy cara.

—Puedo pagarlo.

—Estoy seguro de que sí, pero me has de contar de dónde sacas el dinero.

—Ya te lo he dicho, de mi trabajo.

Ella se rio, mientras se pasaba la mano por debajo del pelo, arrastrando la melena hacia uno de sus hombros.

—Está bien, nos vemos en Iluro el sábado que viene.

—¿Tienes teléfono?

—¿En una caravana?

—Disculpa, no he caído en ese detalle.

—No, no tenemos teléfono. Mi padre lo pidió hace tiempo, pero la compañía telefónica le dijo que no podía extender el cableado tan arriba, en la parte alta de la riera. Y añadieron que solo podían instalarlo en una vivienda.

—¿Y en la tienda?

—En la tienda prefiero que no me llames, a no ser que sea urgente.

Magdalena sacó un bolígrafo y escribió algo en el paquete de tabaco.

—Bueno, pues nos vemos el sábado —repitió Simón, algo nervioso, antes de ponerse en pie.

Ella se acercó hasta él y hundió los labios en su boca. El beso fue tan apasionado que Magdalena notó la erección y sonrió.

—Estás cachondo, tío.

—Perdona.

—¿Perdonar, por qué? Toma —le introdujo el paquete de Winston en el bolsillo de su camisa —. Pásate el viernes por la noche por mi casa —dijo refiriéndose a la caravana donde vivía con su padre— y concretamos la hora y el lugar para el sábado.

Cuando se despidieron, Simón supo que el sábado siguiente, por fin, haría el amor con esa chica.

Capítulo 36

*En los negocios de la vida
no es la fe lo que salva,
sino la desconfianza.*
Napoleón Bonaparte

Estuvo dando vueltas alrededor de la manzana, sin encontrar el momento idóneo para meterse en su bloque. Entretanto, se fumaba un cigarrillo detrás de otro. Estaba muy nervioso e ilusionado con la cita que tenía con Magdalena para el sábado siguiente. Era la primera vez que quedaba con una chica para cenar, ellos dos solos. Y luego estaba el trato que habían hecho por el que ella le cubriría las espaldas para justificar esos gastos excesivos en la adquisición de ropa. En ese momento se había establecido un hilo de complicidad entre ambos. Pero para invitarla a cenar, cine, tabaco, copas y lo que pudiera surgir después, necesitaba dinero. Sobre todo, si tenían que reservar una habitación en un hotel que no hiciera preguntas cuando los huéspedes fuesen un menor de edad y una mujer adulta. Y los dueños de la pastelería habían comenzado a sospechar que faltaba dinero de la caja de proveedores, por lo que durante la semana ya no podía coger dinero de ahí, por el riesgo que corría de que sus dudas se confirmaran.

Y fue en ese instante de zozobra, caminando por la calle, cuando se dispuso a cometer el mayor de todos los errores que cometería después: decidió robar la caja fuerte de la pastelería. Y esa noche de domingo, del 1 de julio de 1979, era el día indicado para hacerlo.

—No te vayas a dormir tarde, que mañana madrugas —le dijo su madre desde el sofá que había frente al televisor, cuando lo vio entrar por la puerta.

—Descuida, mamá.

Se metió en su habitación. Cogió unos guantes de cuero sintético de color negro y una linterna metálica tipo petaca, que se alimentaba con una pila cuadrada enorme, y que había adquirido hacía unos meses, cuando regresaba del colegio casi anocheciendo y tenía miedo de que le saliera alguna rata cuando cruzaba por el interior del puente de la riera, y lo introdujo todo en la cartera escolar de piel, donde transportaba los libros.

Lanzó la cartera por la ventana de su habitación y salió por la puerta del piso.

—¿Dónde vas? —le preguntó su madre—. Es tarde.

—He quedado con Santiago —mintió—. Me tiene que entregar unos apuntes.

—¿Unos apuntes? ¿De qué?

—De un curso que ha hecho sobre..., mecanografía.

—¿Mecanografía? ¿Y para qué necesitas tú esos apuntes?

—Bueno, me ha dicho que si aprendo a escribir a máquina me será más fácil colocarme en una empresa.

Simón no sabía cómo convencer a su madre sin que se le notase que estaba mintiendo. Cuanto más hablaba, más se estaba enredando.

—Está bien. Pero no llegues tarde, recuerda que mañana madrugas.

Salió a la calle. Cogió la cartera del suelo. Se la colgó en la espalda y se encaminó hacia la pastelería.

El viernes escuchó hablar a la señora Adoración con una clienta sobre la serie *Hombre rico, hombre pobre*, que echaban los domingos por la noche, desde las diez y media hasta las once y media. Sabía que la anciana estaría sola en casa, porque su hijo se iba de putas a Sinera, y dedujo que estaría viendo la tele en el salón de la planta de abajo.

Miró la hora de su reloj de muñeca y vio que eran las diez y diez minutos. Si se daba prisa podría llegar a la pastelería antes de las diez y media. Accedería por el garaje. De ahí pasaría al patio. Subiría la escalera de incendios. Entraría en la habitación. Y cogería el dinero de la caja.

En total no necesitaría más de veinte minutos para toda la operación.

Se puso tan nervioso, que se fumó hasta tres cigarrillos seguidos y comenzó a tener un fuerte dolor de cabeza. Cuanto más lo pensaba, más factible lo veía. Solo tenía que decidirse a hacerlo. Y la única cautela que tendría que tener era que nadie le viera cuando franquease la puerta del garaje. Pero a esas horas, se preguntó: ¿quién iba a estar en la calle el domingo 1 de julio a las diez y media de la noche?

En la calle Ancha no se cruzó a nadie. Desde un balcón abierto llegaba el sonido de una radio. Al fondo, en una bocacalle que llevaba al mar, escuchó el ladrido de un perro. Las tres únicas farolas que iluminaban toda la acera proyectaban sombras chinescas en las fachadas de los comercios, cerrados a esas horas. Incluso el bar que había al lado del estanco estaba cerrado los domingos por descanso semanal. En una ventana abierta había un hombre en camiseta fumando un cigarrillo. Se esperó a que terminara y, cuando corrió la cortina, Simón siguió caminando pegado a la fachada. En un par de ocasiones la cartera que llevaba colgada en la espalda rascó con la pared y la piel se arañó.

Cuando llegó frente a la puerta del garaje sacó la llave de su bolsillo, la introdujo, dio una vuelta entera y la puerta se abrió. La furgoneta no estaba, lo que le aseguró que el dueño estaría fuera, en Sinera. Cruzó los diez metros que había hasta la puerta del patio trasero, y salió afuera.

Desde el patio escuchó el sonido del televisor. Caminó agazapado por debajo de la ventana y cuando estuvo en medio levantó la cabeza levemente hasta que sus ojos sobrepasaron el alféizar. La señora Adoración estaba sentada en la única butaca del salón. En su falda sostenía un plato de fresas que mordisqueaba mientras veía la serie. Simón dedujo que, si a la vieja le diera por subir hasta la segunda planta, lo haría por la escalera principal. Por lo que él, si la escuchaba subir, podía bajar por la escalera de incendios y así no se cruzarían.

Pero... ¿qué ocurriría si la anciana lo sorprendía? Siempre podía explicar que entró a recoger algo que se había dejado por la mañana. En ese caso necesitaba una coartada. Entonces se le ocurrió dejar su paquete de tabaco en el primer peldaño de la escalera de incendios. Si la señora Adoración lo sorprendía, diría que pasó por casualidad por delante de la pastelería y, viendo que se había quedado sin tabaco, decidió entrar y coger el paquete que por la mañana se le había caído desde una de las ventanas del obrador. Y así lo hizo, dejó el paquete de Winston sobre el primer peldaño.

Siguió agachado mientras subía la escalera. Caminando despacio para evitar el ruido metálico de los escalones. La poca luz que proyectaban las ventanas era suficiente para no tropezar. Y tuvo buen cuidado de no apoyar sus manos en la baranda, para no dejar huellas.

Enseguida localizó la licorera. La caja fuerte estaba igual que la última vez que la vio, con la llave puesta. Abrió la puerta y la tenue luz se encendió. Descolgó la cartera de su espalda y se puso los guantes y encendió la linterna, procurando en todo momento apuntar al suelo, para evitar que un reflejo de luz se pudiera ver desde fuera. Enfocó el haz de luz hacia la caja fuerte,

accionó la manilla y la puerta se abrió. Metió la mano derecha y fue cogiendo los billetes en pequeños puñados, introduciéndolos en la cartera que estaba abierta sobre la cama; los guantes de polipiel no le permitían coger más cantidad.

En unos cuatro minutos la llenó al completo, dejando la caja limpia de billetes. Dirigió la luz hacia un anillo de oro, que tenía un enorme diamante. No entendía mucho de joyas, pero sabía que si la vieja lo guardaba en la caja fuerte es que tenía que ser muy valioso. Lo cogió y se lo guardó en el interior de su monedero, que introdujo en el bolsillo de su pantalón vaquero.

En ese momento eran las once y quince minutos de la noche y todavía faltaba un cuarto de hora para que terminara la serie. Con excelsa atención, procuró dejarlo todo tal y como lo encontró cuando llegó. Incluso se entretuvo un momento en revisar la puerta de la licorera y en comprobar si se había movido algún mueble de alrededor. Alisó la sábana de la cama para quitar las arrugas que se habían hecho con el peso de la cartera y, cuando estuvo seguro de que todo estaba en orden, salió de la habitación y se dirigió a la escalera de incendios.

—¿Qué haces aquí? —escuchó una voz que provenía del rellano de la segunda planta.

Cuando se dio la vuelta se topó de bruces con la señora Adoración. La vieja vestía una bata de color gris y se había centrado en medio del pasillo. Encendió la luz de un manotazo y el foco de la lámpara del techo cayó sobre la cabeza de Simón. El chico enmudeció. Sabía que cualquier respuesta que diera, ella no se la creería.

Estaba.

Bien.

Jodido.

Capítulo 37

*Vale más hacer y arrepentirse,
que no hacer y arrepentirse.*
Nicolás Maquiavelo

—Esta mañana se me ha caído, desde la ventana del obrador, un paquete de tabaco en la escalera de incendios. Estaba seguro de que tenía que estar ahí —señaló hacia afuera, con su temblorosa mano—. He subido los peldaños pensando que lo encontraría, pero no lo he visto. Ahora, bajando, miraré mejor a ver si lo encuentro.

La señora Adoración lo observó con el rostro agarrotado, como si de un momento a otro fuese a explotar en un arrebato descontrolado de furia.

—¿Has entrado en mi casa para buscar un paquete de tabaco?

—He pasado por delante, de camino a mi piso, y me he acordado de que no tenía tabaco. Los bares y el estanco ya han cerrado y he pensado que no había nada malo en recoger el que se me cayó esta mañana.

—¿Y esa cartera del colegio?

—He venido a coger unos libros que le dejé a Matías —respondió, mostrando la cartera que sostenía en su mano izquierda.

—¿Has venido a por el paquete de tabaco o a por los libros de mi nieto? ¿En qué quedamos?

—Las dos cosas, señora Adoración. Lo que necesito son los libros, pero he aprovechado para buscar el paquete de tabaco.

—Mi nieto no me ha dicho nada.

—Lo cierto es que no le he dado importancia y por eso no se lo he comentado a él.

—¿No le has dado importancia a entrar en mi habitación buscando unos libros de Matías?

—Sí, así es.

—¿Y por qué llevas unos guantes de invierno?

—Es para protegerme los dedos de las manos.

—¿Protegerlos? ¿De qué?

—Me han salido unas ampollas del calor.

—Creo que me estás mintiendo.

—No, señora. Le digo la verdad.

—Déjame ver lo que llevas ahí.

—Ya me iba. No se preocupe por mí, no le quiero causar más molestias.

—Déjame ver lo que hay en el interior de la cartera —repitió la señora Adoración, más despacio.

Simón la dejó sobre la cama. Hacía el mismo calor como el que podría haber en el interior del horno del obrador y sus brazos sudaban tanto que despedían un brillo de tonalidades amarillas. La única que no sudaba y se mantenía pétrea era la señora Adoración, cuyos ojos se encogieron tanto que se habían convertido en dos rayas de color negro.

El chico intentó abrir los dos cierres de broche de la cartera. Pero entre los guantes y la excitación del momento, uno de los cierres se bloqueó y el tirador se trabó.

—No se abre —dijo.

—Qué casualidad que no se abra ahora —apuntó la anciana.

—Estoy muy nervioso y no puedo mover el cierre —se excusó mientras seguía intentando abrirlo.

—¿Por dónde has subido?

—Por la escalera del patio, ya se lo he dicho, quería encontrar el paquete de tabaco que se me cayó esta mañana. Y como usted estaba viendo la tele, no quería molestar. Créame, le estoy diciendo la verdad.

—Está bien. —Finalmente parecía que aceptaba su excusa—. Espera aquí un momento —le dijo colándose por su lado y accediendo a la habitación.

Simón pensó que la vieja no se había dejado engañar. Aún no era tarde para pedirle disculpas, devolver el dinero y el anillo de diamantes. Seguramente ya no podría seguir trabajando en la pastelería, pero no habría denuncia si no había robo. Hasta ese instante, en el que la señora Adoración se internó en el interior de su habitación, todavía no había ocurrido nada que no pudiera revertirse. A ojos de cualquiera, él solo era un adolescente que había entrado en una casa, con la llave que le entregó la propietaria, para recoger un paquete de tabaco que se le había caído por la mañana en uno de los peldaños de la escalera del patio y unos libros que necesitaba para estudiar.

—¿Dónde está el dinero de la caja fuerte? —le preguntó, asomando la nariz por la puerta que daba al rellano.

En la mano derecha sostenía la linterna, que seguía encendida a pesar de no ser necesaria.

—No sé de qué me habla, señora Adoración.

—¡Has desvalijado mi caja fuerte! —elevó la voz, visiblemente enfurecida—. ¡Abre la cartera! —ordenó.

—Ya le he dicho que uno de los cierres se ha atascado y no se puede abrir.

—¿Cómo te has atrevido a robarme?!

—Yo no he cogido nada, se lo juro —insistió Simón—. Quizá debería preguntarle a su nieto.

—Matías jamás ha tocado un duro de nuestra casa —dijo con rabia—. Solo nos ha comenzado a faltar el dinero cuando has llegado tú, ladronzuelo.

Simón no soportaba la voz aflautada de esa vieja que lo estaba increpando. Pero sabía que ella lo había descubierto y nada la convencería de que fue allí a coger unos libros y buscar un paquete de tabaco.

Lo.

Denunciaría.

Vendría la policía de Iluro y lo detendrían. Toda su vida truncada por los gritos de una vieja metomentodo que se había erigido como defensora de un dinero que acumulaba a espuertas. Era igual que él le robara lo que había en la caja fuerte, porque esa mujer conseguiría reponerlo en unos meses. Pero ella no veía más allá de su propia codicia. Quería más. Y más. Y lo que ya tenía no quería que se lo arrebataran.

—¡Abre la cartera! —gritó, mientras alargaba los brazos y la agarraba con ambas manos.

La anciana comenzó a tirar con toda la fuerza de la que fue capaz.

—¡Suelte, puta bruja! —berreó Simón con furia.

Y con la mano derecha, en la que sostenía la linterna de petaca, hizo el gesto de propinarle un golpe en el brazo para que cediera. Pero la señora Adoración atenazaba con tanta fuerza la cartera que se abalanzó hacia delante y la linterna impactó contra su frente en un único golpe

seco.

Soltó ambas manos. Retrocedió un paso. Y tropezó con la pata de la cama, cayéndose hacia atrás. Su cabeza se golpeó contra la esquina de la mesita de noche, emitiendo un desagradable chasquido que indicó que algo se había fracturado. Inmediatamente se llevó la mano al cabello y cuando la retiró la tenía manchada de sangre. Con un enorme esfuerzo trató de incorporarse, apoyando esa misma mano en la falda de la cama, pero se desplomó sobre el suelo.

Simón se quedó inmóvil. Observó el cuerpo desvalido de la anciana, que se había quedado encajado entre la mesita de noche y la cama. Sus ojos se habían cerrado, como si estuviera durmiendo. En medio de la frente, como si fuese una diana, se remarcaba en rojo el golpe que se dio con la linterna. En ese instante era incapaz de reaccionar, porque no sabía qué es lo que tenía que hacer.

Capítulo 38

Los cobardes son los que se cobijan bajo las normas.

Sartre

Pensó en que tenía que bajar a la calle y pedir ayuda. Algún vecino llamaría por teléfono al médico y en unos minutos atendería a la anciana. Pero entonces él tendría que explicar qué hacía allí, en la habitación de la señora Adoración.

Antes de avisar al médico tenía que pensar bien lo que iba a responder a cualquier pregunta que le hiciera. El médico sospecharía cuando viera el golpe en la frente y dudaría de que se lo hubiera producido en la caída. Porque la anciana cayó hacia atrás y el golpe lo tenía en la parte delantera. Entonces alertaría a la policía. Por su cabeza comenzaron a transitar un caudal de explicaciones, a cada cual más descabellada. Incluso pensó en mantener su versión inicial, de que había ido a la casa a buscar el paquete de tabaco que perdió por la mañana. ¿Sabe por qué se cayó la señora Adoración? Le preguntaría uno de los investigadores. Simón explicaría que cuando fue a recoger el paquete de tabaco del primer peldaño de la escalera de incendios, escuchó ruido proveniente de la segunda planta. Entonces, alertado, decidió subir los escalones hasta que llegó a la casa y allí, asombrado, se cruzó con un ladrón que salía de la habitación. Se enfrentó a él. Pero ese hombre, hercúleo, logró derribarlo. En su caída se golpeó la cabeza contra el suelo y perdió parcialmente el conocimiento. Cuando se recuperó, enseguida se percató de que la dueña de la pastelería yacía tumbada al lado de la cama. Estaba malherida y había abundante sangre alrededor de su cabeza.

Ese relato explicaría por qué no estaba el dinero en la caja fuerte y la muerte de la señora Adoración. Pero le quedaban dos cuestiones por resolver. La primera era cómo accedió ese desconocido a la casa, por lo que Simón planeó dañar la cerradura de la puerta del garaje. Algo que podía hacer con un destornillador que cogería de la caja de herramientas de la cochera, introduciéndolo dentro y torciéndolo hasta que la cerradura se fracturara. La segunda la solucionaría en cuanto se hiciera algunos rasguños en la cara, para justificar el violento encuentro con ese ladrón. La policía le pediría que lo describiera, pero él les diría que no pudo verlo porque estaba muy oscuro. No estaba todo perdido si podía desligarse de lo que había ocurrido en la habitación.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó la anciana, incorporándose.

Simón la observó con miedo. El hilo de sangre que surgía de su cabeza ya había llegado hasta la bata y se ramificaba en sus piernas nervudas. Se preguntó cómo podía seguir en pie.

Al pestañear, la vio de nuevo en el suelo. Inerte. La presión a la que estaba sometido le hacía ver visiones.

—Ha sido un accidente, señora Adoración —comenzó a hablar solo—. Sí, eso es lo que ha ocurrido, un lamentable accidente. Siento haberla golpeado en la frente con la linterna. Pero ha de entender que yo no he tenido la culpa.

Mientras hablaba balanceaba la linterna de un lado hacia otro, como si se estuviera abanicando con ella.

—No eres una buena persona —creyó escuchar como susurraba la anciana—. Las buenas

personas son las que aceptan su destino, el que Dios ha previsto para ellos. Los que no están conformes, prefieren acudir al diablo. Y el diablo está ahora en ti. ¿Crees que la policía no sabrá lo que ha ocurrido aquí? Eres un sinvergüenza y has venido a mi casa a robarme. Tal y como has estado haciendo todos estos días. ¿Crees que no sé que has estado cogiendo dinero de la caja de proveedores? Tú eres el que ha provocado que yo me cayera. Si no hubieras venido a robar, yo no hubiera subido. Y si no hubiera subido, no me hubieras dado ese golpe mortal. ¡Ladrón! —gritó—. Eres un ladrón y un asesino. ¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino!

Se acercó al cuerpo de la anciana, se agachó y situó su oreja justo delante de sus labios. Respiró profundamente atrapando todo el aire en sus pulmones y prestó atención al aliento que pudiera surgir de su boca. En dos minutos determinó que la señora Adoración no respiraba. Se quitó el guante de la mano derecha y con los dedos índice y medio trató de buscarle las pulsaciones del corazón en el cuello.

Estaba.

Muerta.

No podía saber si murió al instante o había muerto mientras él divagaba en lo que iba a hacer. En ese intervalo, aturullado por el destino que le esperaba, fue cuando pensó que todavía había una salida, la única que le quedaba.

—¡Putra vieja! —gritó—. Ha sido un accidente —murmuró sin dejar de observar el cuerpo de la señora Adoración—. ¿Me oye? Ha sido un desgraciado accidente de mierda. Usted no tenía que haber subido por las escaleras. Se tenía que haber quedado abajo, en el salón, viendo su serie. Y no tenía que haber agarrado la cartera, porque si se ha golpeado con la linterna ha sido por su obcecación.

Simón miró a su alrededor, tratando de identificar el espacio que estaba ocupando. Todavía había tiempo para que fuese un lamentable accidente de una vieja, que de pura vieja se había caído por las escaleras de su casa, cuando estaba sola. Aún había tiempo de limpiar las manchas de sangre del suelo de la habitación y las del canto de la mesita de noche. La cama solo estaba hecha con las sábanas porque al ser verano la mujer no la cubrió con ninguna colcha. Las sábanas las podría cambiar por otras limpias que cogería del armario y se desharía de las sucias de sangre, arrojándolas a un contenedor de basura.

—Un accidente, un accidente... —repitió—. Ha sido un fatal accidente.

Un golpe desde la segunda planta, al caer por la escalera metálica, borraría cualquier rastro que le hubiera producido la linterna en la frente. La anciana resbaló. Estaba muy oscuro. Dio un traspié y su cabeza se golpeó con los escalones metálicos. La policía no investiga los accidentes, solo los asesinatos. Y si demostraba que lo que allí había ocurrido fue un accidente, conseguiría que la policía no le diera más vueltas a esa muerte. Pero para eso tenía que desplazar el cuerpo hasta las escaleras metálicas, ya que si lo localizaran en la habitación la peinarían centímetro a centímetro y seguramente encontrarían alguna huella, algún pelo, algún rastro de lo que fuera.

La agarró por los brazos y la arrastró por el pasillo hasta la puerta que daba a la escalera de incendios. Su cuerpo todavía estaba caliente y el reguero de sangre que fue dejando en el suelo era tan aparatoso que parecía que acabaran de matar a algún animal. Cuando llegó al descansillo la cogió por los hombros, desde la espalda, y la levantó hasta que su cabeza le quedó a la altura de sus ojos. La incorporó sin dificultad, ya que esa mujer apenas pesaba cuarenta kilos. Contempló la herida abierta. El olor que desprendía le recordó al de los conejos que despellejaba su madre en la cocina. La levantó por encima de sus hombros, extendiendo los brazos lo más arriba que pudo. Y luego, cogiendo impulso, la lanzó como si fuese una pelota de baloncesto

arrojada contra una canasta.

El cuerpo volteó varias veces sobre las escaleras metálicas, arrancando un sonido similar al que haría un saco de patatas, y se detuvo en el último escalón que había antes de llegar al rellano de la primera planta. Se quedó allí, inmóvil, como un abrigo desprendido de un perchero.

Simón descendió hasta que llegó a su altura. Se situó delante, levantó la zapatilla y le dio un puntapié, con tanta fuerza que el cuerpo se escapó por el lateral de la barandilla y se fue a dar de bruces contra el suelo del patio. El chasquido que soltó fue similar al que haría una pequeña bomba al explotar. Visto desde arriba, el cuerpo de la señora Adoración parecía una mancha en el suelo. Como si alguien se hubiera agachado para ocultarse y evitar que lo vieran.

—¡Putá mierda!

Capítulo 39

Si no puedes convencerlos, confúndelos.

Harry Truman

Subió hasta la segunda planta, se descalzó las deportivas, se quitó los calcetines, y lo dejó todo en el primer peldaño de la escalera principal. Caminó descalzo hasta el pequeño aseo que había al lado de la habitación, donde se lavó las manos. Dedicó hasta cinco minutos en limpiarse bien todos los restos de sangre que pudiera tener. Se lavó la cabeza, la cara, los brazos y cualquier parte que hubiera estado en contacto con el cuerpo. Luego limpió a fondo la linterna y los guantes.

Después deshizo la cama, quitando las sábanas manchadas de sangre, y las metió en una bolsa de plástico enorme que encontró en el ropero. Afortunadamente, el colchón tenía un protector impermeable que, al quitarlo, comprobó que la sangre no había traspasado. Lo introdujo también en la bolsa donde metió las sábanas.

Al lado del baño había un pequeño lavadero, donde encontró un cubo, una fregona y líquido para fregar el suelo. Llenó el cubo de agua. Vertió un buen chorro de desinfectante y con la fregona limpió a fondo todo el suelo que iba desde la habitación al pasillo. Se entretuvo especialmente en restregar la plataforma metálica de la escalera trasera. Cada metro, o metro y medio, volvía a mojar la fregona y la escurría con todas sus fuerzas. Enjabonó todo el tramo que iba desde la segunda planta hasta la primera, por donde se cayó la señora Adoración.

Con varios trapos de algodón, que cogió del mismo armario, y bien untados con el desinfectante, los pasó por la mesita de noche, la zona de la caja fuerte, el tocador, las puertas y los pomos de las puertas, la barandilla de la escalera principal y la barandilla de la escalera de incendios. Seguramente, si la policía lo inspeccionaba a fondo, comprobarían que allí hubo sangre, pero si su hipótesis era acertada, y lo que había ocurrido pasaba por un accidente, la policía no sospecharía y, por lo tanto, no indagarían más allá de lo que se viera a simple vista. Eso, que la policía determinara que la muerte de la señora Adoración había sido un accidente, era su salvación.

¿Y el dinero? Se preguntó. La policía lo buscará cuando el dueño de la pastelería denuncie que ha desaparecido. ¿Cómo explicarás eso? Un ladrón entró en la casa y se llevó el dinero de la caja fuerte. Cayó en la cuenta de que lo que diferenciaba un accidente doméstico de un asesinato, era el dinero que faltaba de la caja fuerte. Pero ese dinero, según sabía, no estaba contabilizado. Se darían cuenta de que lo habían robado si se lo llevaba todo. Pero si solo cogía una parte, nadie tenía por qué enterarse. En definitiva, era lo mismo que había estado haciendo durante la semana anterior en la caja de proveedores del salón de la pastelería. Un pellizco. Sí, eso es lo que haría, cogería una cantidad pequeña, pero que para él sería suficiente, y el dueño de la pastelería no podría concretar ante la policía si habían robado o no.

Se colocó los guantes, que aún estaban ligeramente húmedos después de haberlos lavado, abrió la cartera y dejó casi todo el dinero dentro de la caja, a excepción de unas treinta mil pesetas. Verificó varias veces que la puerta de la caja fuerte estaba igual a como la encontró.

Observó la cama; la puerta del lavabo; la puerta que daba al rellano; las figuras que había

sobre el tocador; hasta comprobó que no se hubiera caído nada al suelo y que hiciese sospechar a la policía que allí hubo violencia. Entonces cayó en la cuenta de que había algo distinto. Abrió el ropero y cogió un juego de sábanas limpias de uno de los estantes e hizo la cama, dejándola tal y como la había encontrado cuando llegó.

Buscó unos calcetines en el cajón de la habitación de Matías y cogió unos de color negro. Se los puso y bajó por la escalera principal hasta el salón, procurando que ni la bolsa de basura, que llevaba en la mano izquierda, ni los zapatos sucios, que sostenía en la mano derecha, se rozasen con la pared o con algún mueble.

Cuando estaba a la mitad de la escalera se dio cuenta de que la bolsa se estaba rompiendo, por lo que dejó las zapatillas en uno de los peldaños y removió las sábanas reduciéndolas en su tamaño. Cuando estuvo seguro de que la bolsa aguantaría el peso, cogió de nuevo las bambas y siguió descendiendo.

Cuando llegó al salón vio que el televisor estaba encendido y sobre la mesa donde desayunaba cada mañana había el plato vacío de fresas. Nada hacía presagiar que la mujer que se las había comido momentos antes, yacía muerta en el patio trasero.

Durante un par de minutos estuvo de pie, inmóvil, en medio del salón, pestañeando inquieto mientras meditaba en la probabilidad de que se hubiera dejado algún cabo suelto que lo pudiera relacionar con esa muerte. Entonces fue cuando se percató de que colgado en la pared que mediaba entre la tienda y el salón, había un teléfono. Era el que usaban para atender los pedidos de los pueblos o cuando llamaba algún proveedor. Simón recordaba haber visto a la anciana apoyada en la pared mientras hablaba con alguien.

¿Y si antes de subir a la segunda planta llamó por teléfono? No era descabellado pensar que al estar sola y escuchar ruido proveniente de arriba, le diera por alertar a su hijo o a su nieto. Incluso era posible que hubiera llamado al Manco. Desconocía cuánto tiempo tardaría la policía en acudir a una llamada de emergencia, pero, si estaba en lo cierto, los agentes estarían ahora mismo en la calle, escondidos, tratando de averiguar qué estaba ocurriendo en el interior de la casa. Lo había visto en infinidad de películas y siempre acababa igual: con el culpable detenido. No podía salir por la puerta principal, de ninguna de las maneras.

En el patio había un muro de unos dos metros que delimitaba con un terreno que había en la parte trasera. Si quería evitar la puerta principal tenía que saltar ese muro, cruzar el terreno y saltar otro muro de igual tamaño que daba a una calle lateral.

A lo lejos sonó la alarma de un vehículo y el ruido lo sacó del estado de trance en el que estaba.

—Simón, céntrate —se dijo a sí mismo en voz alta.

Si salía por la parte trasera y alguien le veía cargado con una bolsa de basura, sospecharía inmediatamente de él. Pero si salía por la puerta del garaje y alguien lo viera, no sospecharía nada. Él era un trabajador de esa pastelería y bien podía sacar la basura por la noche. ¿Quién iba a estar en la calle a esas horas? Se preguntó.

Echó un último vistazo al salón, para asegurarse de que todo estaba en orden, y cuando estuvo seguro de que todo estaba bien, abrió la puerta del garaje. Luego abrió la puerta de la calle. Se asomó, comprobando si había algún vecino en la acera. Pero a esas horas no había nadie. La mayoría de las ventanas de las casas de enfrente estaban cerradas y las que estaban abiertas no tenían luz. Tampoco se veía ningún coche de policía ni ningún agente escondido en las inmediaciones. Cerró la puerta con su llave. Y, sin soltar la bolsa de basura, se calzó las deportivas.

Caminó despacio por la misma acera, hasta que llegó a una bocacalle y torció dirección al puerto. Cuando llegó al muelle buscó un contenedor y arrojó en su interior la bolsa, donde había la sábana, el protector del colchón y los trapos con los que estuvo limpiando. Esos contenedores los recogía el camión de la basura cada día, durante la madrugada, y estaban tan llenos que era prácticamente imposible que nadie se diese cuenta de lo que había en su interior. Y al estar en el puerto, la pestilencia de pescado era nauseabunda y se enmascaraba con el olor a sangre.

En el camino de regreso pasó por la zona vieja, donde estaban las casas baratas, y en una alcantarilla se deshizo de la linterna, para lo que tuvo que levantar la rejilla con ambas manos. Y en una calle distinta buscó un contenedor de basura y arrojó los guantes. Pese a que los había limpiado bien, prefirió tirarlos porque sabía que la policía, si se lo proponía, disponía de medios para sacar restos de sangre de cualquier objeto.

Cuando llegó a su piso faltaban quince minutos para que fuesen las dos de la madrugada. Su padre estaba trabajando y su madre dormía. Se metió en su habitación y se quitó la cartera de la espalda. El broche izquierdo se había fracturado y no se podía cerrar. Sacó el dinero y lo guardó en el interior del colchón, sin entretenerse en contarlo. Pero a un golpe de vista calculó que habría algo más de treinta mil pesetas.

Se desnudó completamente, procurando no hacer ruido para no despertar a su madre. Al quitarse las deportivas, y con la luz de la mesita de noche, se percató de que estaban ligeramente manchadas de sangre. Había esparcidas varias motas rojas que salpicaron cuando arrastró el cuerpo de la anciana. También sus pantalones y su camisa tenían manchas.

—¡Dios mío! —murmuró al darse cuenta de que quizá en la pastelería había dejado rastros de sangre por todas partes.

Cogió toda la ropa y las zapatillas y las metió en la lavadora, activando el programa largo con agua caliente. Luego se metió en la ducha y se enjabonó a fondo. El agua que se escurría por sus pies se había teñido de un rojo claro, el mismo rojo tenue que utilizaban para las tarjetas de felicitación de Navidad.

En el pasillo, antes de regresar a su habitación, se cruzó con su madre, que se había levantado al escuchar tanto ruido.

—¿Estás haciendo una lavadora? —le preguntó.

—Sí. Me he caído al pasar por debajo del puente. Estaba tan oscuro que no he visto una piedra grande que había en medio y he tropezado.

Lanzó un resoplido por la nariz.

—¿Te has hecho daño?

—No. Pero la ropa ha quedado hecha un asco.

—¿No llevabas tu linterna?

—Se ha estropeado.

—Es muy tarde para hacer una lavadora, los vecinos se quejarán si oyen tanto ruido.

—No te preocupes, mamá —tranquilizó Simón—. He puesto el programa sin centrifugado y en una hora ya estará hecha.

Su madre se introdujo en su habitación y Simón se echó en la cama, completamente desnudo, después de desliarse la toalla con la que había cubierto su cuerpo al salir de la ducha.

Capítulo 40

Ser natural es la más difícil de las poses.

Oscar Wilde

Esa noche no durmió. Y tenía la sensación de que no volvería a dormir jamás. Se tumbó boca arriba, colocando sus dos brazos cruzados detrás de la cabeza, mientras su mirada se perdió por las sombras que dibujaban las farolas de la calle en el techo. Si arrugaba la nariz, podía sentir la miasma de la vieja ascendiendo desde debajo de su cama y el olor a sangre enturbiado por el aroma a lejía con el que fregó el suelo.

Lo primero que hizo fue recorrer mentalmente toda la casa, desde la puerta pequeña que daba al garaje, hasta la puerta por la que se accedía al patio trasero. Distinguió la escalera metálica, ascendiendo hacia arriba en esa inclinada verticalidad. Contó los doce primeros peldaños. El descansillo que había en la primera planta, donde estaba la puerta del obrador. Los siguientes doce escalones, hasta llegar a la segunda planta.

Había limpiado la sangre. Toda la sangre. La que pudiera haber en la parte de arriba, por donde arrastró el cuerpo inerte de la vieja. Las sábanas que hundió en el contenedor del puerto, dentro de una bolsa de plástico. Y escuchó el sonido brusco del cuerpo cuando se estrelló contra el suelo del patio trasero. Sí, pudo sentir como sus huesos se quebraron con el impacto y como no surgió ningún quejido de su boca.

¿La policía? Se preguntó. La policía iría al lugar del *accidente* y buscaría pruebas de que la anciana se precipitó desde la segunda planta cuando resbaló, o se desplomó, o tropezó, o se confundió. ¿A quién cojones le iba a importar la muerte de una vieja de ochenta y cinco años? Una vieja que, pese a estar jubilada seguía despachando en la pastelería, infringiendo la Ley Laboral. La misma que contravenía él, trabajando con solo catorce años y sin contrato.

Todo alrededor de Simón era una enorme contradicción, y, no obstante, la policía se iba a preocupar de por qué esa vieja estúpida se cayó por la escalera del patio. Tampoco echarían cuentas al dinero que faltaba de la caja fuerte, porque había cogido treinta mil pesetas. ¿Qué era esa cantidad para ellos? Treinta mil pesetas era un pellizco muy pequeño de lo que la pastelería generaba cada mes.

¿Y si la policía desconfiaba? ¿Y si conjeturasen con que la muerte de la vieja fue un asesinato? Quizá le harían pruebas al cadáver y verían que el golpe que la mató no fue en la escalera, sino en su habitación. Y que no estaba sola cuando ocurrió. Los investigadores atarían cabos. Tirarían del hilo y comprobarían que en la caja fuerte faltaban treinta mil pesetas. La policía, de una manera o de otra, siempre da con el asesino. Simón lo sabía porque había visto todos los capítulos de Colombo y el despistado de la gabardina al final daba con el culpable.

Sobre las tres y media de la madrugada se sentó en la cama. No podía dormir, pese a intentarlo. Quizá, se dijo, aún estaba a tiempo de deshacerse del cadáver. El hijo de la señora Adoración no regresaría hasta por lo menos las cuatro de la madrugada. Lo sabía porque Matías le había dicho que su padre se iba de putas a un garito de Sinera y no salía de allí hasta que lo cerraban. Y el horario de cierre eran las dos y media. Luego acompañaba a alguna de esas mujeres a su piso y se quedaba un rato con ella.

Simón podía regresar a la pastelería. Acceder por la puerta del garaje. Cavar una zanja lo suficientemente profunda como para enterrar el cuerpo y luego cubrirlo de tierra. La anciana estaría enterrada en su propio patio trasero, sin que nadie lo supiera. Seguramente alguien hallaría el cuerpo al cabo de un montón de años, pero para entonces no lo relacionarían con él.

Sí, eso es lo que haría. Regresaría de nuevo a la casa y se desharía del cadáver. Si no había cadáver, no había asesinato.

Cogió un cigarrillo del paquete que guardaba en el cajón de la mesilla de noche y, mientras le daba cortas y repetidas caladas, sintió un sudor frío que le mojó toda la espalda. Y se hizo una pregunta: ¿Y si la vieja no había muerto? Él no era médico y no podía saber si la mujer había muerto o solo estaba gravemente herida y por eso no detectó ni signos de respiración ni latidos de corazón. Pudo soportar el golpe en la cabeza y después la caída. Solo eran dos plantas, y tampoco era suficiente altura como para morir. Le diría a su hijo lo que había pasado. Le explicaría que Simón, el incompetente aprendiz de pastelería, se puso muy violento cuando lo sorprendió robando en su caja fuerte y alzó la mano y le asestó un golpe en la frente con la linterna. La policía la creería, porque era una señora rica del pueblo que regentaba un negocio desde hacía un millón de años. Todos la creerían a ella y sabrían que Simón era un ladrón y un asesino. Entonces comprobarían si lo que ella decía era cierto. Y buscarían el rastro de las manchas de sangre por toda la casa. La policía dispone de medios suficientes como para comprobar si hay sangre en una superficie, por mucho que la hayan limpiado. Hallarían restos en el suelo del rellano de la segunda planta, en la habitación y en la mesita de noche. Luego rastrearían los contenedores de basura de todo Roquesas y darían con las sábanas manchadas. Y encontrarían la linterna en un alcantarillado y los guantes en el otro.

—Se acabó —musitó llorando.

Se acabó el mundo tal y como lo conocía. Sería un delincuente más, de tantos que había. Iría a un correccional, donde aún se haría más delincuente. Luego la cárcel, el camino corto de la delincuencia.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¿Qué he hecho?

¡Qué!

¡Cojones!

¡He hecho!

Capítulo 41

*Trabajando he conseguido ascender desde la nada
hasta la pobreza más extrema.*

Groucho Marx

El lunes por la mañana, cuando llegó a la pastelería, en la puerta había un coche de la policía nacional de Iluro. De pie, dando pasos cortos sobre la acera, vio al Manco. La tienda estaba cerrada, pero desde fuera se distinguían muchas sombras en su interior. Simón reconoció la cabeza de Matías y la de su madre. También estaban José, el pastelero y Caetana, que repartía abrazos con otras personas que mostraban expresión llorosa.

Se quedó en la acera de enfrente, sin saber muy bien qué hacer o qué decir. Si no decía nada, podrían sospechar de él. Lo mismo que si preguntaba demasiado. Recordó una película donde los atracadores de un banco conducían a toda velocidad un coche por una carretera solitaria. El cabecilla, que iba sentado en la parte de atrás, le dijo al conductor que no corriera. ¿Por qué? Le preguntó. Porque la policía busca un coche que huye. Simón tenía que comportarse como si no huyera, si quería que nadie se diera cuenta de que tenía algo que ver con la muerte de la vieja.

Entre la hilera de coches distinguió una ambulancia. Detrás había un Renault 5 de color blanco, con la pegatina de *Médico* enganchada en la puerta del conductor. Detrás de ese coche había un Citroën de color rojo, que conducía la chica de la prensa local. La muerte de la dueña de la pastelería era una noticia importante para los habitantes de Roquesas.

Matías vio a Simón a través del escaparate de la tienda. Salió a la calle y se dirigió hacia él, con el rostro desencajado.

—¡Tío, mi abuela ha muerto!

Simón lo miró con gesto comprensivo.

—¿Muerta? ¡Pero qué dices! Si ayer estaba sana como una rosa.

Simón no sabía ni qué decir ni qué cara poner. Tenía que ser prudente si no quería que los demás sospecharan que ocultaba algo.

—Caetana la ha encontrado esta mañana, tumbada en el patio trasero. Por lo visto se cayó desde la escalera. ¡Me cago en la puta! —gritó—. Mi abuela tenía la manía de caminar por el interior de la casa con las luces apagadas, para no gastar electricidad, y seguramente tropezó y se cayó desde arriba. Lo que no sabemos es qué coño hacía en la escalera de incendios, cuando ella nunca la utilizaba.

Simón cayó en la cuenta de que esa hubiera sido una buena coartada, la de incendiar toda la planta de arriba de la casa. En ese caso, con un incendio, la policía hubiera concretado que por ese motivo la señora Adoración decidió utilizar la escalera metálica. Las piezas del puzle hubieran encajado mucho mejor que en ese momento, en el que quedaban flecos sueltos que harían sospechar a los investigadores.

Uno de los agentes, un chico de unos treinta años, con la cabeza prácticamente rapada, estaba hablando con los curiosos que se acercaban a la pastelería, mientras sostenía una libreta en una mano y un bolígrafo en otra. Por lo visto estaba interrogando a ver si alguien vio o escuchó algo que fuese importante para esclarecer qué había ocurrido. A su lado había un agente veterano, que

sostenía en la mano un vaso de plástico y soplabla sobre la espuma de lo que parecía un café con leche. Simón distinguió al Manco cuando hablaba con ese policía y seguidamente señaló hacia donde estaba él. Su corazón se encogió cuando los dos cruzaron la calle, sin dejar de mirarle a los ojos.

—¡Simón! —lo llamó—. Este señor es un inspector de la Policía Judicial de Iluro y quiere hacerte unas preguntas.

—Sí, claro —aceptó enseguida, para que no dudaran de él.

El inspector le preguntó cuándo fue la última vez que vio a la señora Adoración. Simón le dijo que la había visto la mañana del domingo, el día anterior, cuando le preparó el bocadillo que se comió en el desayuno. Seguidamente se echó a llorar. Fue tanto el miedo que tenía de que lo descubrieran, que su llanto fue natural, sin ni siquiera tener que forzarlo. Luego, desconsolado, como si fuese su propia madre la que hubiera muerto, comenzó a sollozar mientras trataba de explicar, con un nudo en la garganta, que la muerte de Adoración lo había sumido en una tristeza tal que no sabía si podría superarlo.

—Tranquilo, Simón —le dijo el Manco, acariciándole la espalda con su única mano—. Todo está bien, muchacho.

Comenzaron a congregarse varias personas que se acercaron a curiosear. Simón distinguió entre sus rostros a clientas de la pastelería, vecinos y propietarios de comercios. Vio al estanquero, a la carnicera, a la chica de la tienda de ropa, al dueño del bar. El Manco balanceó la mano para que despejaran la calle.

La persiana del garaje estaba abierta de par en par. Al fondo, en el patio, sobresalían varias personas, la mayoría desconocidas para Simón. La policía había hecho salir afuera al hijo de la señora Adoración. Su tez permanecía blanquecina, en su color natural. Sus ojos se habían enrojecido de tanto llorar. Simón divisó dos cabezas asomadas a la ventana de la primera planta, en el obrador. Eran dos policías de paisano que estaban señalando hacia arriba, hacia abajo y hacia los lados. Supuso que trataban de concretar si había accedido alguien por ahí, encaramándose por la ventana.

Todo el mundo circulaba alrededor de Simón, pero en ningún momento repararon en él. Los contempló como si fuesen figurantes de una obra de teatro que se mueven de un lado hacia otro, cabizbajos, tocándose cuando se cruzan entre ellos. Sus miradas perdidas, preguntándose qué había ocurrido para que la señora Adoración se desplomara desde la segunda planta de su casa. En ese instante, a través de la ventana abierta del salón, percibió como el televisor seguía encendido. Nadie pensó en apagarlo. Nadie se percató de que la vieja estaba viendo la tele cuando escuchó un ruido en la segunda planta y decidió subir a ver qué ocurría. Y allí, en su habitación, se encontró con la muerte.

En el salón había dos policías. Un tercero, vistiendo una bata blanca, estaba en la escalera. Y en el obrador se cruzó con otro más, que estaba mirando el interior de la batidora industrial, como si allí esperase hallar restos de la anciana. Simón se preguntó de dónde cojones habían salido tantos agentes, parecía como si la totalidad de la comisaría de Iluro estuviera allí.

Un fotógrafo forense sacó un par de fotos. El destello del flash y el chasquido del obturador lo asustaron.

—Por si el juez me pide las fotografías —comentó.

Simón subió por las escaleras hasta que se topó con un policía que estaba en medio.

—¿Puedo pasar? —le preguntó.

—Sí, claro. —Se apartó para que el chico siguiera subiendo.

En su mano derecha sostenía un pincel y estaba echando unos polvos de color negro en la barandilla. Simón supo que buscaba huellas.

Mientras subía al obrador, pensó en que si hallaba huellas tuyas no podía ser determinante para acusarlo. Pero entonces tuvo una revelación que le produjo un nudo en la garganta. ¿Y si encontraba huellas tuyas mezcladas con sangre? Eso sería terrible, porque demostraría que él manipuló el cuerpo de la anciana una vez muerta.

—¿Te puedo ayudar en algo, muchacho? —le preguntó el policía al ver que Simón se había quedado inmóvil en el último tramo de la escalera, antes de la esquina que llevaba a la primera planta.

—No, gracias —rechazó.

El policía siguió echando polvos, mientras Simón se quedó perplejo cuando distinguió una pequeña mancha roja en uno de los peldaños. Forzó la vista y vio que se apreciaban las ranuras de sus zapatillas de deporte. Si ese investigador reparaba en esa mancha y le daba por comprobar que había dibujado el surco de una bamba, tendría pruebas de que alguien estuvo allí la noche anterior. Lo que significaría que no fue un accidente.

El policía ni siquiera se percató de que él seguía allí, estático, pendiente de lo que estaba haciendo. Dos peldaños más arriba y llegaría a esa mancha. Era tan tenue que posiblemente ni siquiera la viera a simple vista. Ese policía al menos tendría cuarenta años y Simón sabía que a esa edad la vista comienza a perder agudeza. Confiaba en que tampoco se diese cuenta, pero era minucioso en su labor y estaba peinando la zona palmo a palmo. Llegaría, estaba seguro de que lo haría, y entonces se toparía de bruces con esa huella.

Mientras lo observaba, bajó la vista hasta sus pies y vio que seguía llevando las mismas deportivas del día anterior, aunque las limpió en la lavadora. Tenía que inventar una excusa por si ese policía veía esa huella. Le preguntaría cómo es que las huellas del suelo coincidían con sus bambas y cómo es que esa huella estaba manchada de sangre. Simón se preguntó cómo podía haber sido tan estúpido de dejar ese rastro ahí.

Más arriba, en el rellano de la primera planta, frente al obrador, había un cubo y una fregona que Caetana debió dejar para limpiar el suelo cuando los policías se fueran. Desde su posición podía sentir el olor a lejía. Simón subió los peldaños que le faltaban hasta llegar arriba y de un puntapié volcó el cubo. El agua se desparramó por los escalones, hasta llegar a donde estaba el policía.

—¡Niño! —gritó—. ¿Qué coño estás haciendo?

—¡Perdón! ¡Perdón! —repitió un par de veces—. No me he dado cuenta de que el cubo estaba ahí. Lo siento —insistió.

El policía lo fulminó con la mirada, por dejar la escalera perdida de agua.

—¡Anda, vete para arriba antes de que lo jodas todo!

—¿Quiere que le ayude a limpiarlo?

—No. No. Deja, que ya has molestado suficiente.

Simón buscó la huella de sus zapatillas en el peldaño y vio que el agua con lejía la había borrado. En ese instante el policía estaba recogiendo las brochas, por lo que supo que había terminado con la inspección.

Se.

Sintió.

Aliviado.

Capítulo 42

*La posibilidad de realizar un sueño
es lo que hace que la vida sea interesante.*

Paulo Coelho

El entierro fue el miércoles 4 de julio y asistieron la práctica totalidad de habitantes de Roquesas. La dueña de la pastelería era muy querida y todos los vecinos quisieron darle el último adiós. Simón fue con sus padres, los cuales le acompañaron en el sentimiento, como si la que hubiera muerto fuese su abuela.

—Es una pérdida irreparable —dijo alguien.

—Una gran pérdida —corroboró otra señora.

—Era tan buena y tan servicial —se escuchó al fondo.

Cuando acabó el entierro, varias personas se quedaron hablando en corrillos dispersos. Magdalena, que también había asistido a la misa, se acercó hasta Simón y le propinó un beso en la cara. Detrás de ella, a muy pocos metros, estaba su padre.

—Lo siento —le dijo la chica, acariciando su barbilla—. Sé que era muy buena mujer.

Mientras conversaban se acercó hasta ellos la dependienta de la pastelería. Los saludó y, seguidamente, sacó de su bolsillo un paquete de Winston.

—¿Queréis?

Magdalena cogió el paquete y extrajo dos cigarrillos. Se los encendió a la vez con un mechero que le entregó Caetana y le pasó a Simón uno para que lo cogiera.

—Yo he sido la primera en verla —les dijo—. Fue horrible. Abrí la pastelería, como cada mañana, y ya me extrañó que Adoración —la nombró cariñosamente—, no estuviese ahí. En los cinco años que llevo trabajando para ellos, ella siempre fue la primera en presentarse en la pastelería. Era tan puntual como un reloj suizo.

—Lo siento. De verdad que lo siento —repitió Simón.

Caetana le dejó un beso en la cara en señal de agradecimiento.

—Me siento como si hubiera muerto mi madre. —Exhaló una prolongada bocanada de humo.

—Gracias por el cigarrillo —le dijo Magdalena, sin saber qué decir, mientras lo mostraba.

—Oh, es de Simón —repuso la dependienta—. Se lo debió dejar el domingo por la mañana en la pastelería, porque encontré este paquete en uno de los peldaños de la escalera del patio. Cerca del cuerpo de la señora Adoración.

Simón arrugó los ojos y observó el paquete de Winston, como si fuese una serpiente venenosa. Tenía que pensar y tenía que pensar muy rápido. Ese era el paquete que él dejó en el peldaño de la escalera y no se acordó de recogerlo cuando se fue de la pastelería el domingo por la noche. Si negaba que era suyo, podía levantar sospechas. Y si lo aceptaba, podía meterse en un aprieto.

—Gracias, Caetana. Sí, seguramente se me cayó el domingo por la mañana cuando salí a fumar a la terraza del obrador. No debí darme cuenta, lo siento.

—¡Qué despistado eres, Simón! —sonrió Magdalena—. ¿Dónde estaba este paquete? —le preguntó a la dependienta.

Ella arrugó la expresión de su frente, porque no le parecía una cuestión importante para plantear el día del entierro de la dueña de la pastelería. Pero lo achacó a los nervios del momento y que en esas ocasiones la gente no sabe de qué hablar.

—En uno de los peldaños de la escalera trasera, ya lo he dicho —respondió.

—¿Qué escalera? —volvió a preguntar Magdalena.

—La de incendios —dijo balanceando la mano donde sostenía el cigarrillo.

—¿Dónde descubrieron el cuerpo de Adoración?

Simón comenzó a sentirse incómodo con las preguntas de Magdalena, porque no sabía a dónde quería ir a parar.

—Sí. Sí —repitió la dependienta—. Detrás de la casa hay un patio, por donde se cayó la señora Adoración —dijo con tono irónico—. En ese patio hay una escalera de incendios, por eso es metálica, que lleva a las plantas superiores. Hay un descansillo, también metálico, en el obrador, y otro en la última planta, donde está la vivienda de José y Adoración. Este paquete estaba en el primer peldaño de esa escalera. —Lo señaló con su mano, mientras Magdalena lo sostenía en la suya.

—¿Al lado del cuerpo de la dueña de la pastelería? —volvió a preguntar la chica.

—Al lado no, pero cerca —farfulló.

Simón vio como Magdalena cerró la mano alrededor del paquete, como si quisiera protegerlo. La expresión de su tez se había demudado completamente, la percibió contrariada.

Cuando Caetana se retiró, para seguir hablando con otros asistentes del entierro, Magdalena abrió la mano que aprisionaba el paquete de tabaco, lo destapó, cogió un cigarrillo, se lo puso en los labios, y le preguntó a Simón:

—¿Por qué la has matado?

—¿Qué?

—Sí. ¿Por qué has matado a la señora Adoración?

—Pero... ¿Por qué me preguntas eso?

—Este paquete es mío —le dijo elevando el paquete de Winston por encima de sus ojos—. Te lo metí en el bolsillo de tu camisa cuando nos despedimos el domingo por la noche.

Simón lo recordó en ese instante, por lo que supo que ella no mentía.

—¿Y cómo sabes que es tu paquete? Todos los paquetes de Winston son iguales.

—Este no lo es —le dijo mostrándoselo.

Simón leyó algo escrito con bolígrafo en el lateral. Era un número de teléfono de seis cifras. El labio se le perló de sudor frío. Tragó saliva de forma aparatosa y recompuso en su memoria lo que había ocurrido. Si ese era el paquete que le entregó Magdalena el domingo por la noche, cuando se despidieron, y Caetana dijo que lo encontró en el primer escalón de la escalera metálica de incendios de la pastelería, el lunes por la mañana, cuando se topó con el cadáver de Adoración, significaba que él estuvo allí por la noche, después de dejar a Magdalena en su caravana. Ese paquete de tabaco era el vínculo que lo unía al crimen. O al menos el que demostraba que él estuvo en la casa cuando la señora Adoración murió.

—¿De quién es ese número?

—De la tienda donde trabajo. Te lo anoté el domingo cuando nos despedimos, para que me llamas por si necesitabas decirme algo. ¿No te acuerdas?

El chico lo recordaba y se sintió estúpido por no caer en ese detalle.

—El domingo por la noche fui a la pastelería a coger un paquete de tabaco que me dejé en el bolsillo de la bata de trabajo. —Persistió en su embuste.

—¿Para qué lo querías, si ya tenías un paquete?

Simón miró hacia todos lados. Su cabeza iba a mil por hora y tenía que pensar una excusa lo suficientemente creíble para que ella no lo delatara. La declaración de Magdalena ante la policía sería suficiente para que le inculparan de la muerte de Adoración. Pero, recapacitó, él podía persistir en su coartada e insistir que sí estuvo en la pastelería el domingo por la noche, pero que solo entró a coger algo, no necesariamente un paquete de tabaco. Podría decir que se dejó las llaves de su piso. Sí, eso diría. Se dejó las llaves en el bolsillo de la bata y sin ellas no podía entrar en su casa. Su padre estaba trabajando y su madre, enferma, dormía. ¿Y por qué no le dijo a la policía que la noche del domingo estuvo en la pastelería? Cómo le iba a decir eso, se respondió a sí mismo. La policía sospecharía de él, de un adolescente atemorizado de catorce años que temía que le pudieran acusar de un crimen que no cometió. ¿Un crimen? Porque pensaba que era un crimen, cuando no lo era. Era un accidente. Un desgraciado accidente de una anciana que tropezó en la escalera de incendios de su casa.

Simón repetía mentalmente lo del accidente, como si fuese una cantinela, para convencerse de que eso fue lo que sucedió. Temía olvidarlo y que en algún momento hablara de asesinato. Lo había visto en las películas policíacas, cuando el culpable decía algo que el policía no había dicho, y entonces le preguntaba: ¿por qué dice que la mataron? Nadie ha hablado de que la señora *Flanagan* haya sido asesinada.

¿Y qué ocurría con Magdalena? Ella estaba allí, delante de él, fumando con parsimonia mientras buscaba en sus ojos alguna reacción que lo delatara. La estaba perdiendo. Ella se alejaba de él y no podía hacer nada por evitarlo. Bueno, sí, había una cosa que podía hacer. Podía decirle la verdad. Y eso hizo:

—La maté por treinta mil pesetas —escupió finalmente.

Capítulo 43

*La vida no se ha hecho para comprenderla,
sino para vivirla.*
Jorge Santayana

El cementerio prácticamente se había vaciado y apenas quedaban media docena de personas que se despedían entre abrazos y lágrimas. Ya se habían ido los padres de Simón. Y el padre de Magdalena. Se fueron José y su hijo, Matías. Y la dependienta se marchó acompañada de Michelin.

Nadie, absolutamente nadie, podía relacionar a Simón con la muerte de Adoración. La policía, al decretarse que fue un lamentable accidente, no indagaría más. Pero el chico, con esa aserción, se lo jugó todo a una carta. Si Magdalena le creía, cabía la posibilidad de que aceptara lo que había hecho. La conocía lo suficiente como para saber que ella también estaba harta de todo. De trabajar, de madrugar, de vivir en una caravana, de estar de pie en la tienda de ropa, de viajar cada día a Iluro, de no tener dinero para sus caprichos.

Y si no lo aceptaba, siempre podría decir que su comentario fue una broma. Decir que era una broma era la mejor manera de salvar una situación.

—¿*La mataste para robarle?*!

—*No, Magdalena. ¿Qué cosas tienes? Es una broma.*

—¿Treinta mil pesetas? —le preguntó.

—Sí, más o menos. Todavía no las he contado.

—¿Dónde las guardas?

Simón miró hacia los lados, para comprobar que nadie los podía escuchar.

—En el interior del colchón de mi cama.

—Treinta mil pesetas —musitó ella, despacio, recreándose en la cifra—. Desde luego es mucho dinero. ¿Dónde estaban?

—En una caja fuerte que tiene la anciana en su habitación, en la segunda planta de la pastelería.

Simón buscó en los ojos de Magdalena alguna señal que le indicara si ella solo se estaba burlando o daba por válido lo que él le acababa de confesar.

—¿Cómo abriste la caja?

—Estaba abierta.

—¿Qué tontería! ¿Quién tiene una caja fuerte y no la cierra?

—La puerta de la caja fuerte estaba cerrada, pero con la llave puesta.

—¿Tiene combinación?

—Sí. Una rueda con números.

—¿Cómo sabes la combinación?

—No la sé.

—¿Entonces cómo pudiste abrirla?

—Tampoco lo sé. Supongo que si la rueda no se mueve cuando se cierra la caja, conserva la combinación y por eso pude abrirla.

—Interesante —musitó la chica.

A Simón le sorprendió que a Magdalena le llamara más la atención el dinero de la caja fuerte que la muerte de la señora Adoración.

—¿Y cómo la asesinaste? —siguió preguntándole.

—...

—¡Joder, Simón! Es que te tengo que arrancar las palabras de una en una. ¡Dime! ¿cómo te la cargaste?

—No la asesiné. Se cayó desde la segunda planta.

—¿Se cayó o la empujaste?

—No me siento cómodo con esta conversación.

—Si voy a ser tu encubridora, debo conocer todos los detalles.

—¿Encubridora? Querrás decir cómplice.

—No, Simón. Cómplice sería si te hubiera ayudado a cometer el crimen. Y no ha sido el caso. Pero ahora que sé que has sido tú, no te voy a delatar.

Simón sintió una cierta excitación con toda esa situación. Observó con cautela la expresión dócil de Magdalena. La chica se había arreglado como corresponde a un entierro. Vestía con un pantalón corto de color negro y una blusa verde oscuro, que hacía que resaltara el color marrón de sus ojos. Tenía unas estilizadas piernas bronceadas y caminaba con excelso estilo sobre unas sandalias que mostraban las uñas de los pies pintadas y arregladas.

—Te lo has creído —dijo Simón, para sorpresa de Magdalena. Ella no se esperaba esa reacción por su parte.

—¿Qué es lo que me he creído?

—Que he tenido que ver con la muerte de la señora Adoración.

—¿No es cierto?

—No, claro. Solo estaba tomándote el pelo.

—¿Y el paquete de tabaco? —Lo elevó por encima de sus ojos, mostrándoselo de nuevo.

—Ya te lo he dicho. Fui la noche del domingo a buscar las llaves de mi piso y se me debió caer en la escalera del patio.

—¿A qué hora fuiste?

—Cuando nos despedimos. No pude entrar en mi piso y entonces fui a la pastelería a coger las llaves.

—Enséñame las llaves —le pidió Magdalena.

—¿No me crees?

—Solo te pido que me enseñes las llaves.

Simón se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un llavero fabricado en metal que simulaba un tonel de vino. En el aro metálico había tres llaves. Magdalena se lo arrancó de la mano.

—¿Qué llave es esta? —le preguntó cogiendo una de las llaves y enseñándosela.

—La de la puerta de mi casa.

—¿Y esta?

—La de la portería del bloque.

—¿Y esta?

—La de la puerta del garaje de la pastelería.

—Y entonces, si tienes las tres llaves en el mismo llavero y te lo dejaste en el bolsillo de tu bata, ¿cómo es que pudiste abrir la puerta del garaje de la pastelería?

Simón enmudeció de repente. Magdalena lo acababa de pillar en un embuste.

—Escucha, yo...

—¡No, escúchame tú! Que sea la última vez que me mientes. Si vamos a ser socios, lo mejor es que comiences por no mentirme.

—¿Socios? ¿Qué clase de socios?

—De los que hacen las cosas juntos y se reparten los beneficios.

Se inclinó sobre las sandalias y hundió sus labios en los de Simón.

—¿Qué haces?

—Besar al tío con más cojones de todo Roquesas.

Capítulo 44

El pasado siempre esta presente.

Maurice Maeterlinck

La pastelería abrió de nuevo el jueves 5 de julio, al día siguiente del entierro de la señora Adoración. Algunos vecinos criticaron que ni siquiera guardaran un par de días de luto, pero conocían a esa familia y sabían que el negocio iba por delante de cualquier sentimentalismo. Su hijo comentó que es lo que ella hubiera querido.

En la tienda emplearon a Dorata, una chica de la misma edad que Simón. Él la recordaba del colegio y de haber ido alguna tarde al terreno de Dimas, con la pandilla. Y, al igual que él, no le hicieron contrato; seguramente la emplearían solo durante los meses de verano. La chica tenía experiencia en trabajar de cara al público, porque el año anterior había estado empleada en una tienda de helados de la riera. Los demás niños se burlaban de su nombre y la situación familiar era muy parecida a la de Andrés o a la de Simón. Su madre había fallecido en Haití antes de que ellos llegaran al pueblo, vivía con su padre en un piso de acogida que había en la zona del puerto y el color oscuro de su piel le granjeó enemistades entre las familias tradicionales de Roquesas, cuya hipocresía les hacía aceptar con buena disposición a los extranjeros, cuando eran turistas y traían dinero, pero no a los extranjeros, cuando eran pobres.

Simón se incorporó a su puesto a las siete de la mañana y notó que tanto el señor José, como Michelin, lo miraban con expresión de enfado. Durante el desayuno, Caetana le preparó un bocadillo de mortadela y él se sentó a comer en la mesa del salón. El señor José pasó un par de veces por su lado, pero en ningún momento le dirigió la palabra. Lo mismo que Michelin, que lo observó con manifiesta inquina. En cierta manera, Simón lamentaba que la señora Adoración ya no estuviera, porque, aunque era una vieja cascarrabias, revestía de normalidad el día a día de la pastelería. Comenzó a preguntarse si ellos no sospecharían que él tuvo que ver con su muerte. Los notó diferentes, pero no sabía lo que hablaban cuando él no estaba. ¿Y si sospechaban que él tuvo que ver con la muerte de la anciana? ¿Y si estaban esperando el momento para pillarlo?

—Me llamo Dorata —le dijo la chica nueva, mientras elevaba la mano ligeramente por encima de la mesa.

Simón recordó su nombre cuando ella lo pronunció, ya que era un nombre raro.

—Sí, te conozco. Nos habíamos visto en alguna ocasión en el patio del colegio. Y en el terreno de Dimas —añadió.

—Creía que no te acordarías de mí —le dijo sonriendo.

—¡Menos cháchara! —amonestó José, al cruzar el salón. Los dos jóvenes estaban en ese momento solos en la mesa—. Tenemos mucho trabajo —protestó.

—Qué mal genio tiene —comentó Dorata cuando se fue el dueño.

—Ya te acostumbrarás, aquí son unos negreros —le dijo Simón.

Enseguida se dio cuenta de lo desafortunado de sus palabras y quiso enmendarse.

—Disculpa, es que...

—No te preocupes, sé que no lo has dicho con mala intención.

Y los dos sonrieron.

Cuando Simón salió a la calle a fumar, aprovechó para comprar un paquete de Winston en el estanco y también le pidió al estancuero una cinta virgen de casete. El chico le entregó una cinta de la marca TDK, de sesenta minutos, con una pegatina blanca perfectamente colocada en el centro, alineada y sin salirse de la hendidura. El estancuero, que conocía a la familia de la pastelería, le comentó que la muerte de doña Adoración fue una gran pérdida. Simón asintió, y le dijo que él no se había recuperado todavía.

—Ha sido un golpe durísimo —comentó tratando de mostrarse afectado.

Por la tarde, mientras comía, su madre le comunicó que iba a estar ingresada unos días en el hospital de Iluro, ya que tenían que hacerle unas pruebas médicas. Su padre, que también estaba, comenzó a temblar de forma imparable y la expresión de su cara se había transformado en una horripilante mueca. Abría la boca de forma exagerada y mostraba sus dientes postizos empapados en saliva. Simón se sintió como si estuviera en una especie de carnaval de monstruos, con dos personas que ya formaban más parte de otra vida que de esta.

—¿Puedo coger el radiocasete? —le preguntó a su madre.

—¿Para qué lo necesitas?

—El pastelero me ha dicho que si quiero puedo escuchar música mientras trabajo, así las horas en el obrador serán más llevaderas. Había pensado cogerlo por las mañanas y por la tarde te lo traería a casa de nuevo.

—En la pastelería se llenará de suciedad.

—No te preocupes, mamá, lo pondré en una estantería alta donde no se manchará.

—Está bien —aceptó la madre.

Mientras se duchaba, después de comer, sus padres estaban conversando en el pequeño salón del piso. Simón, que ya había cogido el radiocasete de su madre, lo dejó en un rincón de la librería con la cinta de 60 minutos dentro y con el botón de grabación pulsado; el aparato funcionaba tanto con pilas como con la red eléctrica y se podía grabar tantas veces se quisiera, mientras no se rompiese la cinta.

Cuando salió de la ducha, su padre se había echado en la cama, ya que tenía turno de noche, y su madre salió a la calle, porque había quedado con una vecina del barrio para ir a comprar al supermercado. Simón cogió el radiocasete y se metió en su habitación. Deslió el cable de los auriculares y se dispuso a escuchar lo que sus padres habían estado hablando. La conversación giró en torno al ingreso hospitalario de su madre, que sería al día siguiente. El viernes 6 de julio, Águeda ingresaría en el hospital de Iluro porque le tenían que cortar el pecho derecho, ya que la quimioterapia no funcionaba y había que frenar el cáncer. Escuchar como su madre y su padre hablaban de lo que le iban a hacer a ella en el hospital, supuso una contrariedad para la que no estaba preparado. Él asumía que las personas enferman y mueren. La muerte forma parte de la vida. Lo había visto cuando murieron sus dos abuelas y el padre de su padre y una tía de Barcino y aquella señora tan simpática que vivía en el mismo bloque y que un día dejó de verla. La muerte, para un adolescente de catorce años, es un hecho que está ahí, aunque no quiera verlo, pero que siempre alcanza a los demás. Pero la extirpación de un pecho era comparable a perder una parte íntima, como si le quitaran un testículo. Simón no supo el porqué, pero se puso a llorar.

Levantó la sábana de su cama y descosió el clip que cerraba el agujero lateral del colchón. Metió la mano y sacó todo el dinero que había dentro, dejándolo en el suelo. Se entretuvo en contarlo, para saber qué cantidad exacta había acumulado. En unos veinte minutos lo había contado todo: treinta y dos mil seiscientas pesetas. Hizo un redondeo y lo dejó en treinta y dos mil. La mitad eran dieciséis mil. Y esa cantidad la apartó y la metió en su cartera del colegio,

agrupada en billetes de mil, dos mil y cinco mil, que ató con goma elástica para que no se separaran.

Decidió que iría a la estación de tren a esperar a Magdalena, cuando llegara desde Iluro. Sabía que ella cogía ese tren cada día a la misma hora, por lo que entre las nueve y las nueve y veinte se bajaba en la estación de Roquesas; en esos años los trenes eran muy impuntuales.

Capítulo 45

*Todas las cosas llegan,
le hacen a uno daño y se van.*
Amado Nervo

Llegó a la estación a las ocho y media. Se sentó en uno de los bancos del andén, dejó la cartera encima, y se encendió un cigarrillo. Se percató de que era el paquete que le entregó Magdalena el domingo por la noche. El que dejó en el peldaño de la escalera de la pastelería. El que recogió Caetana. El que lo enlazaba con la muerte de la anciana.

¿Por qué seguía conservando ese paquete? Entonces se dio cuenta de que él no había tocado ese paquete de tabaco desde que se lo devolvió la dependienta de la pastelería, y había estado fumando de los que compró después. Y el motivo fue porque ese paquete lo tenía en el bolsillo de la camisa que se puso el miércoles, para el entierro. Y en ese instante lo atenazó un sentimiento de culpa. La culpa es como una sombra que solo pueden ver quienes la perciben. Siempre está ahí, planeando, asediando. Te puede ahogar. Quitarte el aire. Estrangularte hasta romperte el cuello. Y hagas lo que hagas, no puedes huir de ella. Ya no le preocupaba que lo descubrieran. O que Magdalena lo delatara. Lo que le atormentaba era saberse culpable y que ese cargo de conciencia lo persiguiera para siempre. Tenía que desviar la atención de su mente hacia otro lado. Hacia el lado donde no estuviese la señora Adoración, con sus ojos escrutadores, perforándolo con la mirada, insistiéndole para que se entregara a la policía y se confesara autor del crimen.

La luz del tren de Iluro asomó al fondo del túnel. Poco a poco fue reduciendo la marcha, hasta detenerse frente a la estación. Las puertas se abrieron y se bajaron unas treinta personas. Eran vecinos que vivían en Roquesas, pero trabajaban en Iluro o Barcino. Entre las cabezas, que iban dando saltos por el andén, distinguió la de Magdalena. Ella sonrió al verlo.

—¿Qué haces aquí?

—Quería verte. ¿Podemos hablar?

—Claro. ¿Qué ocurre?

—Te he traído algo.

—¿El qué?

—Ven. —Y caminó hacia la parte trasera del bar de la estación, en ese instante cerrado, donde había un pequeño jardín con varios árboles donde se podían ocultar. En esos momentos allí no había nadie.

Simón puso la cartera encima de un banco de piedra y la abrió.

—Esto es para ti.

Magdalena se asomó y, aunque había poca luz, que caía a plomo de una única farola, vio los billetes.

—¿Para mí?

—Dieciséis mil pesetas en billetes de mil, dos mil y cinco mil.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con eso?

—Es tu parte —le dijo Simón, esbozando una ridícula sonrisa en sus labios.

—¿Mi parte de qué? —preguntó con voz de hielo.

El chico se echó un paso hacia atrás, para tener una mejor perspectiva. El rostro de Magdalena se había contraído tanto que parecía una figura de guiñol.

—Es la mitad de lo que cogí de la caja fuerte.

—Sí, ya me lo dijiste. Mataste a una persona por ese dinero.

—¡No la maté! —se defendió—. Sufrió un accidente y yo aproveché para quitarle el dinero, que es bien distinto.

—Se lo quitaste, sufrió un accidente, la mataste... ¡Qué más da! Ella ha muerto y tú tienes su dinero.

—Creía que...

—¿Qué creías?

—Que éramos socios.

—Y lo somos. Pero los socios no se reparten lo anterior, sino lo venidero.

—¿Lo futuro? ¿A qué te refieres?

—A que, desde el momento que concertamos nuestra sociedad, todos los robos que hagamos después serán a medias.

—Yo no quiero robar más.

—Robar es como un catarro, Simón. Una vez te curas, sabes que tarde o temprano volverás a pillar otro. Y otro. Y otro. Robar es una necesidad que solo desaparece puntualmente, pero que no se cura. Se mitiga, en todo caso.

Simón la observó con expresión de espanto. Parecía que estuviese hablando con la protagonista de una película de cine negro. Incluso sintió un cierto temor a que esa situación se desbordara.

—Yo no quiero robar más. El dinero que pueda necesitar lo conseguiré trabajando. Como mi padre. Como mi madre. Como mis abuelos. Tendré poco, pero lo habré ganado de forma honrada.

Magdalena alargó la mano y abrió ligeramente la cartera y con sus dedos cortos y delgados acarició el dinero.

—Con un buen trabajo necesitarás medio mes para ganar lo que hay ahora mismo en el interior de tu cartera. Cuando pase ese tiempo y veas que en media hora puedes ganar lo mismo, entonces te darás cuenta de que tú no eres como los demás. Eres especial, ya te lo dije. Y la gente especial no puede desprenderse de lo que es.

Simón cogió la cartera. Se la cargó en la espalda. Se dio la vuelta. Y salió al andén de la estación con intención de dirigirse hacia su piso. La conversación con Magdalena había llegado a su fin.

—¿Cuánto hay en esa caja fuerte?

Simón se detuvo. Giró la cabeza, sin girar el cuerpo.

—No sé. Puede que haya más de un millón.

—Un millón de pesetas es la cantidad que tarda en ganar tu padre en tres años —afirmó la chica.

—Es posible.

—No, es seguro. Tu padre no gana más de treinta mil pesetas al mes en la cementera, porque todos los trabajadores de ahí cobran lo mismo. ¿Cuánto tardaríamos en ganar ese dinero?

—¿Por qué hablas en plural?

—Porque somos socios. ¿Cuánto tardaríamos nosotros en conseguir ese dinero de la caja

fuerte? —repitió la pregunta.

—...

—Media hora. Una, como mucho. En una hora sacaríamos lo mismo que tu padre en tres años.

—No sé qué es lo que quieres de mí, pero yo no soy un ladrón.

—Y no lo eres. Eres un asesino, que es algo peor —espetó.

Simón terminó de girarse y se encaró con ella.

—No lo soy —negó con rotundidad—. Para ser algo, se ha de hacer siempre. Y yo cometí un error que no volverá a repetirse.

—¿Un error? ¿Qué clase de error? Me dijiste que la anciana se cayó por la escalera.

Simón enmudeció de repente, la expresión de sus ojos lo delató.

—La mataste —musitó Magdalena—. No se cayó por la escalera, sino que la mataste. Y luego arrojaste su cuerpo al patio trasero de la casa para que pareciera un accidente. —El prolongado silencio de Simón confirmó las palabras de la chica—. ¡Dios! Me he puesto cachonda solo de pensarlo.

—Fue un accidente —se defendió—. Ella se puso a chillar y agarró la cartera con el dinero. Amenazó con denunciarme y me puse tan nervioso que al intentar que soltara la cartera le di un golpe en la frente con la linterna. La tía se asustó y dio un traspié y se desmoronó hacia atrás, golpeándose la cabeza con la mesita de noche. Enseguida me di cuenta de que había muerto, porque comenzó a salir mucha sangre. Nadie creería que fue un accidente, porque no podía explicar qué hacía yo en su habitación. No se me ocurrió mejor idea que simularlo, la arrastré hasta la escalera metálica y la arrojé al patio.

Magdalena se quedó en silencio unos incómodos segundos. Durante ese tiempo se limitó a escudriñar los ojos de Simón, como buscando algún resquicio que le indicase que no se arrepentía de lo que hizo.

—Si ella no te hubiera sorprendido —habló finalmente—, ahora no podríamos robar juntos ese millón de pesetas que nos espera en la caja fuerte. Su muerte es una señal del destino que nos dice que tenemos que formalizar nuestra sociedad.

—Yo no quiero robar más —resopló Simón, con dulzura.

—¿Tienes la llave de la puerta del garaje de la pastelería? —le preguntó Magdalena, ajena a lo que él acababa de decir.

Simón recordó que todavía la tenía.

—Sí. La tengo.

—Pues hay que buscar un momento que el borracho ese de José no esté en la casa, para llevarse todo el dinero.

—Paso.

—¿Cómo que pasas? ¿De qué pasas?

—No voy a robar ese dinero. No sé cómo decírtelo para que me entiendas.

—Entonces prefieres ser un desgraciado toda tu vida. Mezclando masa. Cascando huevos. Limpiando ollas. Y todo sin tener un duro. Cuando ahí, en esa caja, hay como mínimo un millón de pesetas que tenemos al alcance de nuestra mano. Solo has de abrir la puerta. Subir las escaleras. Abrir la caja. Y coger el dinero. Nadie sospechará de ti, porque nadie se figura que un adolescente de catorce años sea un ladrón. De la misma forma que no piensan que sea un asesino. ¿Te das cuenta? Eres inmune a las leyes y a las normas de esta sociedad de mierda que nos esclaviza.

Simón sacó el paquete de tabaco del bolsillo de su camisa, el que le dio Magdalena el domingo por la noche, y se encendió el último cigarrillo que quedaba. Por un instante pensó que ojalá con ese último cigarrillo se acabara todo. Si no hubiera existido ese paquete, Magdalena nunca hubiera sabido que él estuvo en la pastelería la noche del domingo y esa conversación que mantenían no hubiera existido tampoco. Ese paquete, el que arrugaba en su mano, era el culpable de todo.

—Si me pillan robando, quizá sospechen que tuve algo que ver con la muerte de la señora Adoración.

Magdalena se acercó tanto que se quedó a unos cinco centímetros de su cara. La chica olía muy bien y su aliento despedía un almizcle de tabaco mezclado con menta, Simón supo que acababa de comer un chicle.

—Tú y yo somos iguales —le dijo—. Yo también robo dinero en la mierda de tienda donde trabajo. Cada día sustraigo una cantidad distinta de la caja registradora, donde todas esas clientas horribles adquieren sus abrigos, vestidos, faldas y jerséis de cuello alto que compran para cubrir sus enormes papadas de elefante. Poco a poco estoy acumulando ese dinero en mi caravana, con la finalidad de que un día me pueda comprar una casa, y un coche, y hacer viajes a países lejanos. Pero tú has dado un paso de gigante, y en vez de recoger migajas, como hago yo, tienes opción al premio gordo. Un millón de pesetas, o más. Vamos, Simón, te ayudaré a coger ese dinero, y nos lo repartiremos. ¿Qué dices?

—Lo hablamos estos días —respondió finalmente—. Quiero pensarlo bien antes.

—¿Quieres pensar en si robaremos ese dinero o quieres pensar en si estás dispuesto a compartirlo conmigo?

Simón la miró directamente a los ojos. Ella se acercó más y sumergió su boca en la suya. La chica notó una escandalosa erección que le arrancó una sonrisa.

—Quiero pensar en cuándo lo robaremos.

—Lo comentamos estos días —le dijo ella—. Ya sabes dónde vivo.

Capítulo 46

No basta con que yo triunfe.

Los demás deben fracasar.

Gengis Kan

Simón se llevó a la pastelería la cartera del colegio. En el interior había metido el radiocasete, que le cogió a su madre, y la cinta de 60 minutos, que compró en el estanco.

Cuando llegó, Michelin le dijo que, en cuanto se colocara el delantal de trabajo, se pusiera a cascar huevos, ya que tenían muchos pedidos para ese fin de semana. La muerte de la señora Adoración había desencadenado una ola de simpatía por toda la provincia y fueron muchas las pastelerías, restaurantes y bares que triplicaron los pedidos habituales. Eso, unido a varias bodas y comuniones que había ese domingo, y cuyos pasteles los encargaron a ellos, hizo que Michelin estuviera desbordado por el trabajo que le venía encima.

—¿Qué llevas en esa cartera? —le preguntó.

—Una muda de ropa. Esta tarde acompaño a mi madre al médico, ya que mañana la operan y no quiero ir sucio de la pastelería.

Su respuesta ablandó el corazón del pastelero, que en ese instante sintió pena por él.

—Sí, tranquilo. Y tampoco hay problema si quieres irte antes. Ya le he dicho a José que puedo prescindir de ti, tu madre es lo primero.

A las diez y media, José se sentó en la mesa para almorzar un bistec con patatas que cocinó el mismo. Simón vio como abrió una botella de vino y troceó una barra de pan.

—Siéntate y cómete el bocadillo —le dijo cuando pasó por su lado, camino del aseo.

Caetana le había preparado un bocadillo de atún con anchoas, que dejó encima de la mesa. Simón calculó que José terminaría de comerse su plato sobre las once. Luego subiría al obrador a coger los encargos que Michelin hubiera preparado en cajas de cartón, y los cargaría en la furgoneta. Durante ese tiempo, ellos siempre hablaban cuando estaba él delante, por lo que Simón imaginó que si no estaba también hablarían y, quizá, dijese o comentaran el porqué estaban tan molestos con él.

Después de salir del lavabo, subió al obrador. Michelin estaba limpiando el interior de la amasadora. Simón pasó por detrás de él y sacó el radiocasete de la cartera. Elevó los brazos y lo dejó en una de las estanterías que había en la zona donde estaba la mesa de madera que usaban para extender la masa. Luego puso su cartera delante, para que desde fuera no se viera. Y apretó el botón de *Rec.*

A las once y quince minutos de ese viernes 6 de julio, Simón bajó por las escaleras hasta el salón, y se cruzó a José, que ya había terminado de almorzar. Sus ojos expelían el brillo característico de alguien que ha bebido. Al pasar por su lado sintió el pestilente olor de sudor, carne asada y vino.

—Se te va a enfriar el bocadillo de atún —dijo. Y seguidamente explotó en una ridícula risotada.

Luego lo vio subir las escaleras, con dificultad, y entre él y Michelin cargaron varias cajas de cartón en la furgoneta de reparto. Entretanto, Simón se comió el bocadillo.

A las once y media, el señor José se marchó del garaje conduciendo la furgoneta de reparto. Y Caetana dejó sola a Dorata y salió a la calle a fumarse un cigarrillo. Simón no podía confiarse demasiado, porque, como la chica nueva no tenía experiencia, Caetana no se alejaba mucho. Antes de bajar al salón, a comerse el bocadillo, subió hasta la segunda planta, asegurándose de que no había nadie. Accedió a la habitación de la señora Adoración y abrió el mueble donde estaba la caja. Giró la manilla hacia abajo y la puerta se desplazó hacia afuera. Supo que mientras nadie moviera la rueda de la combinación, la puerta siempre se abriría. En el interior, aparentemente, había más dinero que la otra vez.

Regresó al obrador, sin tiempo que perder, donde Michelin estaba barriendo el suelo.

—¿Ya has desayunado? —le preguntó.

—Sí —mintió.

—Me voy un momento a la plaza —le dijo el pastelero—. Necesito varias cajas de huevos más, ya que con los que tengo haré corto para mañana.

Se desató el delantal de la cintura y se quitó el gorro de la cabeza, que dejó con cuidado sobre una silla que había al lado de la terraza que daba a la parte trasera.

Apartó la cartera de la estantería y la dejó en el suelo. Seguidamente cogió el radiocasete, que estaba oculto detrás. La cinta seguía grabando, porque todavía quedaban varios minutos para que llegara a su fin. Pulsó el botón de *Stop*. Sacó la cinta. Cogió un bolígrafo que había encima de la mesa, que usaba Michelin para hacer los pedidos, y lo metió en uno de los rodillos. La balanceó hacia un lado para que rebobinara hasta el inicio. Luego metió la cinta de nuevo en el radiocasete y pulsó el botón de *Play*.

La grabación era muy precaria y se escuchaba excesivo ruido de fondo de la maquinaria del obrador, que dificultaba que se pudiese entender bien lo que decían. Pero identificó las voces de José y Michelin, mientras hablaban. Su eco se acercaba y se alejaba, lo que le indicó que conversaban mientras cargaban las cajas de reparto. De vez en cuando se perdía la voz, porque bajaban al garaje, pero luego los escuchaba de nuevo, cuando regresaban. Pero del extracto de la conversación que mantuvieron, Simón supo que al señor José le preocupaba un anillo de diamante de su madre, muy valioso, según comentó, que había desaparecido de la caja fuerte. Entonces recordó que fue el anillo que él cogió. Algo debió ver en esa joya, cuando le llamó tanto la atención. Abrió el monedero y comprobó, con espanto, que el anillo seguía allí.

José, en la grabación, llegó a comentar que a su madre le gustaba mucho ese anillo y solía ponérselo de vez en cuando, porque quería lucirlo y, a veces, por no subir a su habitación, lo dejaba en uno de los cajones de la librería del salón. Incluso alguna vez lo había visto en una repisa del baño. Pero, según dijo, por más que lo buscó no logró encontrarlo.

—¡Imbécil! —profirió Simón en voz alta, insultándose a sí mismo por ser tan alcornoque.

Si lo pillaran con ese anillo lo podrían acusar no solo de robo, sino de asesinato. Mentalmente repasó todo lo que hizo, y dónde estuvo, desde el domingo por la noche. Con quien habló. En qué momento pudo abrir el monedero. Y si había alguien cerca. Entonces se le ocurrió bajar al salón y dejar el anillo en algún cajón. Si lo encontraba José o Caetana, pensarían que la señora Adoración lo dejó allí el domingo por la tarde, antes de fallecer. Pero... ¿Y si no lo encontraban? Cuánto más tiempo tardaran en hallarlo, más sospecharían que alguien lo había robado. ¿Y de quién sospecharían? Se preguntó. De él, no le cabía ninguna duda.

Entonces tuvo una idea.

Salió corriendo del obrador y subió, por la escalera principal, hasta la segunda planta. Al llegar arriba, traspasó la puerta de la habitación de la señora Adoración. Abrió el armario. Abrió

la caja fuerte y sacó un buen puñado de billetes. Entre medio, en el montón, dejó el anillo que sostenía en su mano. Sabía que en cuanto José necesitara dinero y lo cogiera de la caja, el anillo caería y al verlo sabría que siempre estuvo allí.

Cuando regresó de nuevo al obrador, solo habían pasado diez minutos. El radiocasete seguía allí, encima de la mesa, y Simón no había escuchado el resto de la grabación. Pulsó el botón y siguió escuchando la cinta. José le explicó a Michelin que pensaban despedirlo el domingo al mediodía, en cuanto cobrase la semana. Por lo visto, según le dijo, no se fiaban de él, ya que habían comenzado a sospechar que les estaba robando dinero de la caja de proveedores. Michelin no salía de su asombro, incluso le preguntó a José si estaba seguro de su afirmación.

—Sí, estoy seguro de que ese chico nos roba —respondió.

Simón recordó que la señora Adoración le dijo lo mismo, por lo que ellos ya sospechaban que él les estaba robando. Pero, al no denunciarlo, supuso que no tendrían pruebas. Seguramente sumaron a sus sospechas la desaparición del anillo de diamante.

Recogió el radiocasete y lo guardó en la cartera. No podían haber escogido peor momento para despedirlo, porque ya estaban casi a mediados del mes de julio y la gran mayoría de empresas de la costa tenían contratados a sus trabajadores. ¿Dónde iba a encontrar otro empleo con el verano tan avanzado?

—¡Hijos de puta! —exclamó.

Esa tarde, antes de llegar a su piso, pasó por la cerrajería del centro comercial e hizo una copia de la llave de la puerta del garaje. Sabía que la iba a necesitar si le echaban de la pastelería. Cuando le entregaron la copia, y se giró después de pagar, se topó de bruces con Dorata, que iba acompañada de un hombre negro.

—¡Simón! —lo saludó con efusividad—. ¿Conoces a mi padre?

El hombre, que era extremadamente fornido, y no tendría más de cuarenta años, alargó la mano para estrecharla con la de Simón. Comprobó que era la mano de un trabajador, incluso pudo distinguir la callosidad de su palma y la fortaleza con la que le apretó los dedos.

—No tenía el gusto.

El chico se fijó en su pelo corto y en unos ojos penetrantes que parecía que quisieran traspasarlo.

—Etienne —pronunció su nombre, con acento francés. Simón recordó que tanto él como su hija eran originarios de Haití—. Tu padre y yo somos compañeros en la cementera de Iluro. ¿Qué tal está?

—Bien, bien —rechazó dar más explicaciones—. Bueno, ya sabe, lo de mi madre...

—Sí, tranquilo —apaciguó el padre de Dorata—. Espero que se recupere de su dolencia. Y que tu padre mejore también. Los debes querer mucho —comentó gratuitamente.

—Mucho —atinó a decir Simón—. Y les deseo lo mejor.

—Me ha dicho Dorata —la miró con cariño mientras hablaba— que sois compañeros en la pastelería.

—Sí, trabajo desde hace unas semanas.

—Que feliz coincidencia —anotó—. Tu padre y yo somos compañeros en la cementera y tú y mi hija lo sois en la pastelería.

El chico paseó la mirada por encima de los dos, sin añadir nada más al comentario del padre de Dorata. En ese instante pensó que ese hombre albergaba alguna posibilidad de que su hija tuviese un buen amigo. O puede que algo más.

—La muerte de la señora Adoración ha sido una lamentable desgracia —siguió hablando.

Al padre de Dorata le costaba componer las frases mientras hablaba, se le notaba excesivamente que era extranjero.

—Una gran desgracia —avaló Simón.

—¿La querías mucho? —le preguntó para su sorpresa. El chico no se esperaba una cuestión así por parte de ese hombre.

—Sí, claro. Era una buena mujer.

—En ocasiones, quien bien te quiere te hará llorar —suspiró nostálgico.

Dorata y su padre se fueron caminando por el largo pasillo del centro comercial. Simón los observó de espaldas y se preguntó qué habían ido a hacer allí, si no llevaban ninguna bolsa en las manos, y por qué dijo esa última frase.

Capítulo 47

La suerte solo favorece a la mente preparada.

Louis Pasteur

El viernes por la tarde viajó en tren hasta Iluro. Quería hablar con Magdalena de lo que había escuchado en la grabación y de que ya no podrían robar la caja fuerte de la pastelería, porque el domingo lo despedirían.

Llegó a la puerta de la tienda sobre las siete y se esperó en las inmediaciones hasta que Magdalena se dio cuenta de que él estaba allí, al verlo a través de la cristalera del escaparate.

—Simón —lo llamó desde la puerta.

Magdalena vestía con una falda corta de color azul y una camisa de hombre de color verde claro, que silueteaba una magnífica figura. Detrás de ella, en el mostrador, había una anciana que, supuso Simón, sería la dueña.

—Hola, Magdalena —la saludó sin acercarse.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—No me gusta que vengas a mi lugar de trabajo —le dijo la chica con el rostro serio y apoyando un pie en el marco de la puerta.

—¿A qué hora sales?

—La tienda cierra a las ocho y media. Espérame en la estación de tren y regresamos juntos a Roquesas.

Simón aceptó, retirándose a continuación.

Paseó por la zona centro de Iluro para hacer tiempo. Entró en un par de tiendas de discos, donde estuvo buceando por las estanterías. Las calles estaban llenas de gente. Una furgoneta de correos pasó por su lado, se detuvo, se bajó un cartero que no tendría más de veinte años y recogió una saca de color verde de un buzón. En la terraza de una granja, dos hombres trajeados fumaban frente a sus respectivas jarras de cerveza. Un anciano giraba el expositor de postales de un quiosco, mientras balanceaba un cigarrillo consumido en sus labios rojos. Un barrendero acumulaba en un pequeño recogedor varias colillas del suelo, ante la atenta mirada de un niño que no tendría más de ocho años. En una bocacalle observó, sentado en el suelo, a un borracho que vestía un traje sin corbata, roído y repleto de manchas oscuras. Su poblada y descuidada barba canosa se mezclaba con un enmarañado y despeinado pelo sucio.

Cerca de las ocho pasó por un estanco que había en un rincón de una plaza y compró un paquete de tabaco y un encendedor. Se sentó en un banco que había enfrente y se encendió un cigarrillo. Mientras el humo se dispersaba por el cielo limpio de nubes, pensó en todos los últimos acontecimientos y en como poco a poco se estaba hundiendo más en el fango.

A las ocho y media comenzó a caminar hacia la estación de ferrocarril, donde se encontraría con Magdalena.

—¿Qué ocurre para que tengas que interrumpirme en mi trabajo? —le preguntó ella cuando llegó a su altura.

Simón se había quedado quieto debajo del reloj de la estación. A través de la cristalera se podía distinguir como en el interior un par de siluetas rodeadas de humo conversaban mientras fumaban.

—Este domingo es el último que trabajo en la pastelería.

—¿Te despides?

—Me despiden.

—¿Ya te lo han dicho?

—Aún no, me lo dirán el domingo al mediodía cuando me paguen.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo he oído cuando el señor José se lo ha comentado al pastelero.

Simón obvió lo de la grabación del radiocasete, no creyó que Magdalena tuviera que saberlo.

—¿Y dónde está el problema?

—Si me despiden, y alguien roba la caja fuerte de la habitación de arriba, sospecharán de mí.

—No necesariamente —repuso Magdalena sacando un paquete de tabaco de su bolso—. El único inconveniente que veo es que si alguien te pilla dentro de la casa una vez te han despedido, difícilmente se creerán que entraste a recoger algo.

—Por eso te lo digo. Es mejor dejarlo correr.

—¿Dejarlo correr? ¡Tú estás gilipollas! Pocas veces tendremos la oportunidad de meterle mano a un millón de pesetas y de una forma tan sencilla. Robar ahí es como coser y cantar. Con ese dinero podría pagar la totalidad de las deudas de mi padre.

El hecho de que los dos quisieran robar para ayudar a sus respectivas familias, le quitaba todo atisbo de maldad a sus acciones.

—Sí, y yo podría pagar los médicos de mis padres —comentó Simón—. Pero si me detienen, entonces no pagaré nada y ellos sufrirán la vergüenza de saber que su hijo es un delincuente.

—Escucha —le dijo ella, bajando la voz. En la estación comenzaban a llegar pasajeros que esperaban el siguiente tren—. Hurtando dinero en la caja de la pastelería o en la caja de la tienda donde trabajo, jamás tendremos dinero suficiente para nada más que comprar tabaco o ir al cine. Y en esta vida, si no te espabilas la diñas.

Escuchando a Magdalena, Simón tuvo la sensación de estar hablando con una mujer de al menos cuarenta años. La chica hablaba como si ya estuviera de vuelta de todo y le importara un comino lo que los demás pensarán de ella.

—No podrá ser —repitió Simón.

—Sí. Podrá ser y lo haremos mañana.

—¿Por qué hablas en plural?

—Porque yo participaré. Ya que me voy a quedar la mitad, es justo que repartamos el trabajo.

El convoy se detuvo en el andén, y los dos subieron a la vez por las dos puertas que se abrieron frente a ellos.

—Necesitamos un plan —le dijo Magdalena, hablando tan bajo que casi susurraba—. Mañana investiga quién habrá por la noche en la casa. Si estará José. Si estará Matías. Si el padre se irá de putas, como hace los fines de semana...

—Suele irse de putas los sábados y los domingos —interrumpió Simón.

—Sí, pero tienes que comprobar si después de fallecer la vieja también se irá o le guardará luto.

Un esbozo de sonrisa en la boca de Simón fue suficiente como respuesta.

—El domingo no podrá ser —le dijo Magdalena—. Es el día que te despiden y entonces

podrían sospechar.

—He hecho una copia de la llave de la puerta del garaje y podré entrar igualmente —dijo Simón.

—Eso es igual. Con copia o sin copia, si te sorprenden en la casa una vez que te han despedido, te denunciarán y te detendrán.

—¿Dónde guardaremos el dinero?

—¿Das por hecho que lo vamos a robar? —sonrió la chica.

—Lo doy por hecho y me preocupa donde podemos ocultarlo.

—Lo guardaré yo.

—¿Tú? ¿Dónde?

—En la caravana.

—En la caravana no hay sitio para esconder nada —cuestionó Simón. En ese instante pensó en un sótano o un altillo, algo de lo que la caravana no disponía.

—Sí que hay sitio. Y es más segura que cualquier otro lugar —añadió—. ¿Quién cojones va a robar en el interior de una caravana?

—¿Y tu padre?

—¿Qué ocurre con mi padre?

—Verá que escondes dinero.

Magdalena comenzó a reír con ganas.

—Mi padre jamás hace preguntas.

—Es mejor que lo guarde yo en mi piso.

—¿Dentro del colchón?

—Sí.

—No hay un lugar más inseguro que ese, es donde primero mira la policía cuando registra una vivienda. Una cosa es que guardes cuatro pesetas que cojas de la caja y otra bien distinta es guardar un millón. Eso son palabras mayores. No, Simón, mejor que lo guarde yo.

—Creo que...

—En tu casa solo tú eres un delincuente, mientras que en la mía lo somos todos —concluyó Magdalena—. Mejor que lo guarde yo.

A Simón le dolieron sus últimas palabras.

Capítulo 48

*Para ser dichosa basta tener buena salud
y mala memoria.*

Ingrid Bergman

Simón no fue a trabajar el sábado, porque operaban a su madre en el hospital de Iluro y el señor José le dio fiesta. En principio era una operación sin complicación en el postoperatorio, pero su padre le dijo que lo mejor era que estuvieran todos juntos en el hospital, hasta que su madre se despertara de la anestesia.

La operación estaba programada para las once de la mañana y desde las nueve ya estaban todos allí. Un camillero se la llevó al quirófano, mientras su padre y él se quedaron en la habitación. El abuelo llegó sobre las once y media, mientras la operaban, y salió a una pequeña terraza que había en el pasillo del hospital, donde se fumó un cigarrillo. Simón lo miró con odio, porque últimamente ese hombre se le hacía insoportable. Tenía ochenta años y estaba pletórico. Se permitía el lujo de presumir de buena salud y, lo dijo en varias ocasiones, cualquier revisión médica que se hiciera le salía perfecta.

—Para enmarcar —sonreía.

El padre de Simón salió con él a la terraza. Estaba tan nervioso que todo su cuerpo parecía un balancín, oscilando de un lado hacia otro. Simón salió con ellos, pero se distanció lo suficiente como para no participar en la conversación.

—No he podido llegar antes —se disculpó el abuelo—. El tren ha salido con mucho retraso.

—No te preocupes, Aniceto —lo tranquilizó Jorge—. Tu hija está bien y el médico nos ha dicho que es una intervención sin complicaciones posteriores, ya que ha practicado muchas y tiene experiencia.

Simón los había escuchado hablar esos días, a su padre y a su madre, sobre lo que supondría que perdiera un pecho. Para una mujer, perder uno de sus senos significaba una mutilación difícil de aceptar.

Mientras pensaba en eso, se imaginó los pechos de Magdalena. Tan pequeños y tan erguidos. En verano, cuando vestía una fina camiseta, los había observado sobresalir por encima, marcando los dos botones oscuros de sus pezones. Siempre la había deseado, pero siempre, también, le pareció inalcanzable. Magdalena se mantuvo fuera de su alcance porque él nunca tuvo nada que ella quisiera. Pero esa situación había cambiado en el mismo instante que los dos se hicieron socios. Ella sabía su secreto, su participación en la muerte de la señora Adoración.

—¿No trabajas hoy? —le preguntó el abuelo, abstrayéndole de sus pensamientos.

—Me han dado fiesta —respondió.

—La operación de una madre es una causa de fuerza mayor —intervino su padre, para decir una obviedad.

El abuelo y su padre siguieron conversando, y Simón siguió con sus pensamientos, ajeno a lo que los dos hombres estaban hablando. Calculó que, cuando robaran la caja fuerte de la pastelería, tendría dinero suficiente para hacer frente a cualquier imprevisto. Magdalena zanjaría las deudas de su padre y él costearía los carísimos tratamientos médicos de su madre.

—¿Al final te vas a matricular en el instituto o no? —le preguntó el abuelo.

—¿Qué?

—Sí. ¿Si seguirás estudiando?

Su padre los observó a los dos, sin intervenir en la conversación y esperando a que fuese Simón el que respondiera. En ese momento cayó en la cuenta de que oculto en el colchón de su habitación ya tenía dinero más que suficiente como para pagar la matrícula. Pero, no sabía por qué, había perdido la ilusión por estudiar. Estudiando no llegaría a ningún sitio, como siempre afirmó el abuelo, pero trabajando tendría acceso a mucho dinero.

—No creo —respondió finalmente—. Pienso que ayudo más trabajando.

Su padre lo miró con orgullo.

El médico que operó a su madre se presentó en la habitación. Ellos lo vieron a través de las finas cortinas de la terraza, y entraron de prisa.

—La operación ha sido un éxito —les dijo, mostrando un rostro de felicidad—. Ahora la están monitorizando, pero no creo que tarden mucho en subirla a la habitación.

Ni el padre ni el abuelo preguntaron nada, porque tampoco sabían qué preguntar.

—Sean comedidos con ella —recomendó—. Ha perdido un pecho y no es fácil para una mujer asumirlo. Y mucho menos para una mujer joven, como ella.

En unos veinte minutos, un enfermero accedió a la habitación empujando la camilla donde iba la madre de Simón. Detrás de ella llegó una enfermera, que les dijo que no la molestaran mucho, porque todavía estaba sedada. Encajó la camilla en la pared y le colocó el suero en el brazo. Luego se fueron los dos, el enfermero y la enfermera, y los tres se quedaron en silencio alrededor de la cama.

Simón tuvo la sensación de estar en un velatorio.

Llegaron varias personas. Vecinas del bloque y del barrio. El administrador de la finca. Un matrimonio, compañeros de Jorge en la cementera. La habitación se llenó y Simón decidió salir a la terraza, para no agobiar a su madre.

Ellos estaban en la primera planta. La terraza era comunitaria y comunicaba varias habitaciones más, y una escalera de incendios que descendía desde las plantas de arriba. Estando allí, en la terraza, Simón sacó el paquete de tabaco y se encendió un cigarrillo. Hasta entonces no había fumado nunca delante de su padre, pero había llegado el momento de hacerlo, ya que la operación de su madre avanzó varios años su madurez. ¿Quién le iba a reprochar al hijo de una mujer, a la que acababan de mutilar un pecho, que fumara? Se preguntó.

—Simón —escuchó que alguien lo llamaba.

Se giró a su derecha y vio a Magdalena bajando por la escalera metálica.

—¿Qué haces aquí?

—No encontraba la habitación de tu madre y llevo veinte minutos recorriendo el hospital. La recepcionista no me ha dicho bien el número —se excusó—. He pedido fiesta en la tienda, para venir. ¿Qué tal está ella?

Simón percibió un atisbo de humanidad en Magdalena, a la que creía desprovista de cualquier sentimiento. En ese momento supo que no había ido allí para ver a su madre, a la que apenas conocía, sino que había ido allí por negocios.

—Me invitas a un cigarro —le pidió a Simón, alargando la mano—. Me he dejado el paquete en la tienda.

Simón abrió el paquete de tabaco y le entregó uno.

—He pensado que tenemos que robar la caja fuerte de la pastelería esta noche —le dijo—.

Como te dije, si mañana te despiden, será muy complicado que podamos acceder a la casa sin levantar sospechas.

—Si robamos esta noche, mañana también pueden sospechar de mí —contravino Simón.

—Eso no tiene sentido. ¿Cómo van a sospechar de ti si te presentas en la pastelería para trabajar al día siguiente del robo?

—¿Y quién más puede robar allí?

—Cualquiera, Simón. En cuanto José se dé cuenta de que han robado, llamará a la policía. Vendrán, investigarán, patatín, patatán, pero no sospecharán de alguien que está allí, trabajando. Y al final determinarán que quizá fue un robo simulado.

—¿Simulado?

—Sí. Estoy convencida de que el señor José tiene un buen seguro. Todos estos comerciantes, cuya vida depende de su negocio, aseguran el contenido y el continente de sus casas. Lo que hay en el interior de la caja fuerte estará asegurado, sobre todo las joyas, por un valor que a veces es superior al valor real. La policía es de quien primero sospecha, de los denunciantes. Si no hay pruebas claras del robo, concretarán que es el propio perjudicado el que se ha robado a sí mismo. Darán carpetazo a la investigación, desde el punto de vista policial, pero la aseguradora, que es la que más pierde, abrirá una investigación paralela para seguir el rastro del dinero y las joyas.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Me lo ha contado mi padre.

—¿Tu padre sabe lo que tramamos?

—No te preocupes, es de total confianza —sonrió.

Simón recordó cuando su madre le dijo que no le gustaba que se juntara con esa chica, porque su familia era poco recomendable.

—No lo veo claro.

—Llegaremos a la casa a las diez de la noche —siguió hablando Magdalena, ajena al rechazo de Simón—. Esta noche hay luna llena, por lo que no necesitarás linterna para verte. Accederás al garaje con tu llave. Saldrás al patio. Subirás hasta la segunda planta. Abrirás la caja. Cogerás el dinero. Y bajarás a la calle. En menos de diez minutos tendrás la pasta. Entretanto, yo me quedaré vigilando abajo. El único que puede interrumpirnos es el señor José. Pero, llegado el caso, en cuanto su furgoneta asome por la calle, yo pegaré un grito para que me oigas y bajes corriendo.

—¿Y si no te oigo?

—Me oirás, puedes estar seguro de ello. Porque gritando no me gana nadie.

—¿Y si entre que gritas y no, el señor José ya ha llegado al garaje?

—Lo distraeré mientras sales por la puerta.

—¿Distraerlo? ¿Cómo?

—Vamos, Simón. Soy una mujer y José es un putero. Ya me vestiré adecuadamente para que no tenga ojos para otra cosa que no sea yo.

Simón arrugó la frente.

—Me parece que...

—¿Cuánto ha costado la operación de tu madre?

—La cubre el seguro médico.

—¿Y los medicamentos? ¿Los cuidados? Ella ya no podrá trabajar, seguramente nunca. Y tu padre lo veo cada vez peor —lo señaló desde la terraza—. Y tienes medio millón de pesetas al alcance de tu mano.

—Me estoy arrepintiendo de haberte dicho lo de ese dinero.

—Y yo me estoy arrepintiendo de pensar que eres un tío con cojones.

Simón la miró con cierto temor en sus ojos. Conforme pasaba el tiempo, más desconocida se le hacía Magdalena. Ni siquiera la expresión de su en otro tiempo rostro angelical le parecía el mismo. Era como si ella ya no fuese ella.

—Ya verás como el domingo por la noche estaremos celebrando que tenemos todo ese dinero, tu despido de la pastelería y que la operación de tu madre ha salido bien. En tu piso no habrá nadie —añadió.

—¿En mi piso?

—Sí. Tu madre tendrá que estar al menos cuatro días en el hospital, en observación. Y, lógicamente, durante ese tiempo tu padre le hará compañía —aseguró Magdalena—. Tú estarás solo en tu piso. Y los dos, solos, celebraremos nuestra alianza. —La chica se acercó y le propinó un beso en los labios. Luego abrió el bolso y mostró un preservativo—. Sigo debiéndote una mamada.

Capítulo 49

Mejor una mala excusa que ninguna excusa.

William Camden

El sábado por la tarde Simón llegó a su piso directamente desde el hospital de Iluro. Al abrir la puerta percibió el vacío de una familia que se está yendo. El silencio. El olor de los muebles desprovistos de vida. Se fijó en la librería de melamina, sobre la que reposaba el teléfono. Al lado había un televisor en blanco y negro, tan pequeño que no podían verlo a más de un metro de distancia, si querían distinguir el rostro de los actores. Sintió la soledad que sabía le iba a acompañar para siempre, empujada por un presentimiento catastrofista de que todo puede ir a peor. Albergó la certeza de que su madre fallecería y de que su padre se estaba transformando en un ser inútil, incapaz de sobrevivir sin la ayuda de alguien. Vislumbró que, en ese minúsculo piso, del entresuelo de un avejentado bloque, ubicado en un paupérrimo barrio de un insignificante municipio, la vida transcurriría con los sobresaltos de no saber si tendría dinero suficiente para comer, si podría pagar la hipoteca, si podría hacer frente a los gastos derivados del día a día en una vida que sentía que no le pertenecía. Era como si estuviera en un sueño y el que estuviese allí, en medio de ese salón, no fuese él, sino que era alguien que se parecía a él, que vestía de idéntica manera, que se peinaba de igual forma, pero que ni por asomo era Simón.

Entonces lo vio claro y presintió el futuro que le esperaba. Sin madre y con un padre enfermo, no podría vivir allí. Él era un menor de edad y la Administración no lo dejaría solo, abandonado a su suerte. Lo recluirían en un centro donde cada día le darían de comer y tendría que dormir en una habitación donde habría otros chicos como él, o peores que él. Tendría que trabajar donde trabajan los que no tienen estudios. Tendría que cargar peso. Labrar campos. Recoger fruta. Madrugar y acostarse tarde. Y todo por un dinero que a duras penas costearía los cigarrillos que le ayudarían a sentir pena de sí mismo.

Y la solución, la única solución, pasaba por tener dinero. Con dinero no habría ni soledad ni penuria ni miedo. Se asociaría con Magdalena y llevarían a cabo ese robo. Si sacaban suficiente, quizá no tendría que robar más. Enseguida recapacitó en que su pensamiento no era real, porque es como si dijera que, si trabajaba mucho un día, entonces no tendría que trabajar más al día siguiente. Supo que Magdalena tenía razón cuando le dijo que robar es como trabajar, solo que se hace durante menos tiempo.

Mientras se duchaba, escuchó como el teléfono sonó varias veces, pero no pudo cogerlo. Cuando salió de la ducha, y mientras se secaba el pelo con una toalla, el teléfono volvió a sonar. Entonces sí que pudo descolgarlo.

—¿Quién es?

—¿Simón?

—Sí, soy yo.

Simón no reconoció la voz de la mujer que llamaba.

—Soy Dorata —le dijo finalmente—. Perdona si te molesto.

—No, tranquila.

—¿Qué tal ha ido todo?

Simón sabía que le preguntaba por la operación de su madre.

—Bien. O relativamente bien —se corrigió a sí mismo—. Le han cortado el pecho y de momento está en observación.

—Siento muchísimo que Águeda haya tenido que pasar por eso —le dijo como si la conociera—. Tu madre es una bellísima persona. Y tu padre no se merece ese sufrimiento.

Simón se sintió molesto porque desaprobaba que todo el mundo sintiera lástima de sus padres, pero no reconocieran que él tampoco lo estaba pasando bien.

—Bueno, la vida es lo que tiene —dijo sin saber muy bien qué decir.

—Pero por el que más lo siento es por ti —siguió hablando Dorata—. No soy capaz de imaginarme por lo que tienes que estar pasando. Es horrible que a la gente buena como tú os pasen estas cosas.

Mientras Dorata hablaba, Simón la imaginó de pie, en su piso, frente al teléfono, sola. Ella sabía lo que era no tener madre, entendía la discriminación y percibía el sufrimiento. La conversación con esa chica lo estaba tranquilizando, porque en cierta manera suponía hablar con alguien que lo comprendía.

—Gracias, Dorata.

—¿Estás solo?

—No. Bueno, sí. Pero mi abuelo llegará en cualquier momento —mintió.

No quería decirle que había quedado con Magdalena.

—¿Te apetece que nos veamos en la bolera?

Simón se incomodó, porque no se esperaba que Dorata le pidiera una cita.

—Quizá otro día —rechazó, sin dar más explicaciones.

—Tranquilo, Simón. Mañana te veo en la pastelería —se despidió.

Capítulo 50

*De lo que más me arrepiento en esta vida
es no ser otra persona.*

Woody Allen

Simón y Magdalena coincidieron el sábado por la noche al inicio de la calle Ancha. Al ser fin de semana, había bastante gente pululando por las inmediaciones. De un par de bares entraban y salían clientes y una pareja de enamorados se besaban apasionadamente sentados en un banco de piedra.

—No creo que sea un buen día para hacerlo —declaró Simón, con una voz tan fría como su mirada.

Colgada de su espalda llevaba la cartera del colegio, en su interior había introducido unos guantes de cocina.

—Al contrario, es el mejor día —le dijo Magdalena—. Al haber tanta gente y sobre todo turistas, las sospechas de la policía podrán recaer sobre cualquiera.

La chica vestía con una minifalda tan corta que dejaba muy poco a la imaginación. Se había puesto una chaqueta para tapar una camiseta de color naranja. Y se calzó con unos botines tan altos que parecía una alemana. El chico la contempló terriblemente atractiva.

Mientras caminaban hacia la pastelería, Simón palpó el llavero que tenía en el bolsillo de su pantalón, donde estaba enganchada la llave de la puerta del garaje, y se preguntó por qué accedía a lo que Magdalena le pedía. No necesitaba una socia, porque durante el mes anterior consiguió todo el dinero que necesitaba sin que nadie le ayudara. ¿Por qué acataba sus órdenes? Comprendió que ella y él no eran tan diferentes. Pertenecían a familias desestructuradas, cuyo futuro estaba sellado desde la infancia. Su único alivio era obtener un buen trabajo, pero trabajando, ya lo dijo Magdalena, nunca se llega a ningún sitio. Trabajar es una forma de subsistencia derivada en supervivencia. Se vive para trabajar o se trabaja para vivir, pero alguien proveniente de una familia humilde nunca llegará más lejos. Matías heredaría una casa, algo que ni los padres de Magdalena o Simón tenían. Heredaría un negocio y dinero, mucho dinero. Imaginaron que, si la vieja tenía un millón de pesetas en la caja de su habitación, tendría mucho más en el banco.

La chica caminaba delante, taconeando, con las piernas hermosamente rectas. Desprendía un perfume de mujer adulta, como ese que Simón olía cuando tenía ocho o nueve años y les visitaban amigas de su madre que por aquel entonces tendrían poco más de treinta años. Esa noche, después del robo, los dos se irían al piso de Simón. Ella le dijo que compraría un par de pizzas congeladas y las calentaría en el horno. Luego se fumarían varios cigarros. Y, finalmente, se acostarían juntos en la cama de sus padres. Simón se la imaginó allí, en su fastuosa desnudez. Con su mirada cándida y la alegría de saberse millonaria.

—No hay luz —le dijo Magdalena, señalando con su cabeza hacia la planta de arriba.

—Si no está la furgoneta, es que José no ha regresado —repuso él.

Sacó el manajo de llaves del bolsillo y abrió la puerta del garaje. La furgoneta era lo suficientemente grande como para que el morro llegara hasta la puerta, casi tocándola. Por lo que

al abrir enseguida se sabía si estaba aparcada dentro o no.

—No está —dijo Simón.

—¡Venga! —lo animó ella—. Te espero en la acera de enfrente.

Simón cruzó el garaje y traspasó la puerta del patio, que siempre estaba abierta. Al lado de la escalera había dos bolsas grandes de basura y una caja de cartón, también grande; gracias a la luna llena las pudo ver perfectamente. El dueño no se acordó de sacar la basura, como hacía cada noche, y la había dejado allí, arrinconada en el patio.

Mientras subía la escalera metálica se descolgó la cartera de la espalda y sacó los guantes, colocándoselos a continuación. En ese instante cayó en la cuenta de que no había cogido ninguna linterna.

—Estúpido —masculló. Pero enseguida pensó que con la luz de la licorera donde estaba oculta la caja tendría suficiente para verse.

Llegó hasta la segunda planta y accedió al descansillo. La puerta de la habitación estaba entornada, la empujó con la punta del pie. Tuvo un instante de desazón, como cuando te asalta un sentimiento de culpa asociado a una acción del pasado. Recordó que no mucho tiempo antes, allí, en ese mismo lugar donde se hallaba ahora, había muerto la señora Adoración. Pudo escuchar el sonido de su cabeza golpeándose contra la mesita de noche. La sangre. El chasquido de sus dientes cuando trató de incorporarse. El olor de la muerte. El miedo.

Se recompuso y localizó en la penumbra la licorera. Abrió la puerta, pero esta vez la luz no se encendió. Era como si la hubieran desconectado. Metió la mano en la oscuridad y cogió la manilla, accionándola hacia abajo, como hizo la semana anterior. Pero la palanca no cedió. Probó con más fuerza, pero no lo consiguió. Entonces se percató de que la llave no estaba puesta. El señor José la había quitado y sin ella era imposible abrir la caja. Pensó que quizá incluso había girado la rueda, descolocándola, por lo que tampoco la podía abrir si no conocía la combinación.

Sacó el mechero de gas de su bolsillo, lo encendió, y vio algo de lo que no se había dado cuenta hasta ese instante: la caja fuerte era distinta.

—¡Qué cojones! —exclamó.

Encendió la lámpara de la mesita de noche, porque en el interior de la habitación no podía ver bien, a pesar de la luz de la luna que entraba por la ventana. No era la misma caja fuerte. Esta era un poco más ancha, aunque igual de alta, y tenía una rueda con números de color oro, cuando la anterior era de color plateado. También, la anterior caja estaba fijada en la pared del interior del mueble, y no se podía mover. Pero esta, según pudo comprobar, se podía desplazar hacia los lados y hacia delante, si se empujaba con la mano. Era una caja nueva y todavía no la habían fijado. Pero estaba cerrada, lo que significaba que en su interior había dinero y objetos de valor.

Se volvió a colgar la cartera en la espalda y agarró la caja con ambas manos, no pesaría más de diez kilos, tiró de ella y la caja se desplazó hacia delante. La levantó y la cargó sobre sus antebrazos. Al hacerlo escuchó el sonido metálico de las monedas que había en su interior, moviéndose. Sin soltar la caja, apagó la lámpara con su rodilla, porque las manos las tenía ocupadas, y bajó la escalera principal con la caja a cuestas.

Desde el salón salió al patio. Dejó la caja en el primer peldaño de la escalera metálica, con cuidado de no hacer ruido, y abrió la caja de cartón que había en el suelo, junto a las dos bolsas de basura.

—Lo sabía —musitó.

Allí estaba la caja fuerte vieja, la que reemplazaron por la nueva. Estaba abierta y vacía, evidentemente. Entonces, pensó Simón, el señor José había comprado una caja nueva.

Cogió la caja de nuevo y con la rodilla abrió la manilla de la puerta del garaje.

—¿Qué haces? —le preguntó Magdalena, cuando lo vio salir con la caja fuerte en los brazos.
¿Has cogido la caja entera?

—Coge mis llaves del bolsillo del pantalón —ordenó—. Y cierra la puerta, que yo no puedo.

—¿Pero por qué has cogido la caja? —insistió.

—¡Haz lo que te digo! ¡Coge las llaves y cierra la puerta!

Magdalena metió su mano en el bolsillo del pantalón vaquero de Simón. Al hacerlo le rozó sus partes y él dio un respingo. La chica sonrió con malicia.

—Se te ha puesto dura, tío —le dijo sin dejar de sonreír.

—Cierra la puerta —repuso—. ¡Y vámonos antes de que alguien nos vea! Luego te cuento.

—¿Nos vamos con la caja?

—La han cambiado por otra y esta no se puede abrir. Y, como no está fijada, la he cogido entera.

La chica se quitó la chaquetilla, dejando al descubierto sus hombros desnudos, y con ella tapó la caja.

—Entra dentro un momento —le ordenó.

—¿Entrar?

—Sí.

—¿Para qué? —cuestionó Simón.

—Tú entra en el garaje y luego te lo explico.

Los dos entraron en el garaje por la puerta pequeña. Simón sostenía la caja, tapada con la chaquetilla de Magdalena, y le comenzaba a pesar. Los brazos se le estaban durmiendo. La chica encendió la lámpara del techo y se quitó la camiseta, dejando sus pechos blanquecinos a la vista. Él la miró entre inquieto y expectante, no sabía qué es lo que pretendía y por qué se había desnudado delante de él.

—Cuenta hasta diez antes de salir —le dijo.

—¿Qué? —preguntó en el instante que Magdalena salió a la calle, con los pechos al aire.

Simón le hizo caso, y salió afuera después de contar hasta diez. Ella cerró la puerta del garaje con la llave que le había cogido y, seguidamente, se colocó la camiseta.

Capítulo 51

*Un tonto ilustrado es más tonto
que un tonto ignorante.*
Molière

Callejearon por la zona próxima al puerto, avanzando por calles angulosas, evitando las zonas donde hubiera gente o bares abiertos, hasta que llegaron al piso de Simón. La caja no era muy grande, unos cuarenta centímetros por cada lado, pero no cabía en la cartera y Simón caminaba con ella en brazos, pero tapada con la chaquetilla de Magdalena. Por el tamaño, si alguien los viera pensaría que trasladaban un gato o un perro en un trasportín.

—¿Por qué te has quitado la camiseta? —le preguntó Simón, hablando con dificultad.

—No sabemos si nos ha podido ver algún vecino desde un balcón o una ventana —respondió la chica—. A esas horas, y los dos saliendo del interior de un garaje, si nos vieran pensarían que éramos una pareja que veníamos de follar.

Simón asintió con la cabeza. Le pareció una buena reacción por su parte.

En el vestíbulo de su bloque le dijo a Magdalena que abriera la puerta con las llaves que le había cogido en la pastelería.

—Date prisa —apremió—. No es que la caja pese mucho, pero ya llevo un rato con ella a cuestas y se me están durmiendo los brazos.

La chica abrió la puerta del bloque. Caminaron cuatro pasos hasta llegar a la entrada del piso. Abrió con la llave. Encendió la luz del salón de un manotazo. Y los dos entraron.

Simón dejó la caja sobre la mesa del comedor, dando un estruendoso golpe. Entonces se dieron cuenta de que la luz de la cocina estaba encendida.

—¿Hay alguien en el piso?

—Claro que no —repuso Simón—. Mi padre está en el hospital de Iluro, con mi madre.

Por la puerta de la cocina asomó la cabeza el abuelo, Aniceto. En una mano sostenía un trozo de salchichón y en la otra una rebanada de pan.

—¿Cómo es que vienes tan tarde? —le preguntó a Simón, mientras de reojo miró a la chica.

—¿Qué haces aquí, abuelo?

—He estado hasta las nueve en el hospital, haciendo compañía a mi hija. Y como ya era muy tarde para regresar a mi casa, y mañana tengo que volver al hospital, tu padre me ha dicho que me quede a dormir aquí y me ha dejado sus llaves.

—Bueno, Simón —le dijo Magdalena—. Mañana nos vemos. Dame el gatito, que me lo llevaré a mi casa.

Simón la miró desconcertado.

—¿El gatito?

—Sí, el trasportín del gatito —dijo señalando hacia la mesa, donde había dejado la caja tapada con la chaquetilla.

Magdalena alargó las manos y cogió la caja. Hizo un esfuerzo sobrehumano para que el abuelo de Simón no se diera cuenta de que esa caja pesaba demasiado para contener un gato.

—Espera, que quiero comentarte una cosa —le dijo Simón, antes de que la chica saliera del

piso.

—No te preocupes —repuso ella—. Mañana, como es domingo, y yo no trabajo, ya me pasaré por la pastelería a lo largo de la mañana y charlamos con calma.

—Pero...

—No te preocupes, Simón —insistió—. El gatito estará bien. Y mucho más seguro que aquí.

El abuelo sonrió mientras observaba a la chica, cuyos pezones traspasaban la fina camiseta.

—Te vas a enfriar —le dijo.

—Prefiero enfriarme yo a que pase frío mi gatito —dijo señalando la caja que aguantaba en los brazos.

—Te acompaño —le dijo Simón saliendo tras ella.

—Encantada de conocerlo, señor.

—El que estoy encantado de conocerte soy yo. —El hombre sonrió mostrando toda la dentadura postiza.

Cuando Magdalena salió a la calle, Simón la siguió hasta un seto que había entre su bloque y el de al lado.

—¡Espera! —gritó.

—¿Dónde vas?

—Te acompaño hasta la caravana, no sea que alguien te atraque.

—¿Quién me va a atracar en Roquesas? —cuestionó imprimiendo ironía en su voz.

—Deja que te acompañe, mujer.

—Es mejor que no. Hazme caso, de verdad —repitió—. Quédate en tu piso. Duerme. Descansa. Y mañana me pasaré por la pastelería a eso de las once y hablamos del gatito.

—Un gatito de un millón de pesetas —murmuró Simón, sin que ella llegase a oírlo.

Lo último que vio el chico fue la espalda de Magdalena, perdiéndose por la esquina de la calle.

—Esa lo que quiere es un buen... —le dijo el abuelo, sin terminar la frase, cuando lo vio entrar por la puerta del piso.

Capítulo 52

*No encuentres la falta,
encuentra el remedio.*

Henry Ford

Simón se levantó a las seis de la mañana del domingo. Esa noche apenas pegó ojo, porque el abuelo durmió en la habitación de sus padres y, como roncaba tanto, no pudo conciliar el sueño. Se vistió en silencio, con la luz apagada para no despertarlo. Y salió a la calle. Disponía de una hora para localizar a Magdalena y hablar con ella de cómo repartirían el dinero. Se disgustó mucho cuando la noche anterior ella se marchó llevándose la caja fuerte.

Cuando llegó a su caravana le llamó la atención que desde fuera no se viera luz en el interior. Recordó que Dimas siempre les había dicho que dormía con la luz encendida, porque eso garantizaba que cualquier asaltante supiera que había alguien dentro. En la puerta no estaba el cubo de basura donde arrojaban los desperdicios. También habían recogido el escalón plegable que utilizaban para descender. Una de dos, pensó, o estaban dentro durmiendo o no estaban.

Dio un par de vueltas completas alrededor, asegurándose de que no había nadie. Las cortinas estaban corridas y había un inquietante silencio. Se acercó con cuidado a una de las ventanas. No escuchó ningún ruido.

Con los nudillos dio varios golpes en la ventana que estaba en la parte donde dormía Magdalena. Se esperó unos treinta segundos, pero no hubo ninguna reacción. Luego propinó algún golpe más, con fuerza.

Nada.

Estuvo un rato dando vueltas, esperando que alguien saliera del interior. Se asomó por la ventana del otro lado, para ver si podía ver algo a través de la cortina. Incluso estuvo mirando por la ventanilla donde estaba el volante.

La sensación que tuvo fue que Dimas y Magdalena habían abandonado la caravana y en ese instante le asaltó un mal presentimiento y pensó que ellos se habían ido de Roquesas con el millón de pesetas de la caja fuerte de la pastelería. No sabía cómo, pero de alguna manera consiguieron abrirla y se fueron para no repartir el dinero con él. Sí, eso es lo que pasó, se dijo, el padre y la hija lo habían dejado en la estacada. Puede que incluso hubiera más dinero del que pensaron en un inicio.

¿Dónde estaban? ¿Dónde coño habían ido? Desde que los conocía nunca supo que se hubieran marchado, dejando la caravana sola. Y la primera vez que tiene constancia de ello es cuando Magdalena se lleva la caja fuerte.

Finalmente, a las siete menos cuarto, se fue a la pastelería, ya que no quería llegar tarde el último día en el que trabajaría allí. Y mucho menos cuando el señor José se diese cuenta de que le habían robado.

Cuando accedió a la calle Ancha, a lo lejos vio un coche de policía aparcado delante de la pastelería. El Manco estaba frente a la cristalera, fumando un cigarrillo que sostenía con su única mano. También había algún curioso en la acera. Simón tragó saliva y aligeró el paso.

Evidentemente, ya habían descubierto el robo de la caja.

Uno de los policías rondaría la treintena y tenía sobrepeso. Llevaba la camisa por fuera para ocultar su prominente barriga. En la parte derecha del cinturón abultaba la pistola. El otro era algo más joven y lucía una barba de cuatro días. La puerta principal estaba abierta, por lo que accedió por allí. En el salón había dos hombres de paisano que, sin ninguna duda, eran policías. José estaba hablando con ellos, mientras que las dos dependientas, Caetana y Dorata, se abrochaban los delantales en la cintura para disponerse a abrir la pastelería de cara al público. Le llamó la atención que para el robo de una caja fuerte hubiera más policías que para la muerte de la señora Adoración.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó forzando una mueca de preocupación.

—¿Es este el chico? —preguntó a su vez uno de los policías.

El dueño de la pastelería basculó la cabeza asintiendo, pero no dijo nada.

—¿Simón? —se dirigió a él uno de los agentes.

—Sí.

—¡Acompáñanos!

Los dos policías salieron al patio de la casa. Simón los siguió. Eran los mismos policías que vinieron cuando el accidente. Generalmente, cuando se cometía algún delito grave en Roquesas, se desplazaban a esa localidad. El hecho de que en la misma pastelería donde una semana antes falleció la dueña y después su hijo denunciara que le habían robado la caja fuerte, era motivo suficiente como para que reclamara la atención de esos investigadores.

Simón se fijó que allí seguían las dos bolsas de basura y la caja de cartón conteniendo la caja fuerte antigua. Los escalones de la escalera de incendios estaban limpios. Entonces se dio cuenta de que en el suelo de tierra había huellas profundas de zapatos. Estaba seguro de que las hizo él por la noche, cuando subió hasta la segunda planta. Pero cuando bajó cargado con la caja fuerte, lo hizo por la escalera principal. Si lo hubiera hecho por esa escalera, y cargado con los al menos diez kilos de la caja, las huellas de sus deportivas se habrían quedado impresas bajo el primero de los peldaños y los policías solo hubieran tenido que cotejarlas para saber que fue él el que estuvo allí la noche anterior, cargando un exceso de peso.

—Nos han dicho que tienes una copia de la llave que abre la puerta pequeña del garaje —le preguntó el inspector.

Simón cabeceó asintiendo.

—¿Estuviste ayer por la noche aquí, en la pastelería?

Recordó que la noche anterior Magdalena le dijo que, si alguien los hubiera visto, lo mejor era decir que fueron allí a follar. Supuso que ella corroboraría su coartada.

—Sí, señor.

—¿Estuviste aquí? —repitió la pregunta.

—Sí, en el garaje.

—¿Y qué viniste a hacer?

—Estuve con una chica.

—Entiendo —asintió el agente.

—¿Salisteis al patio?

—No.

Mientras Simón respondía las cuestiones del inspector, su compañero hacía anotaciones en una libreta que sostenía en la mano.

—¿Accedisteis a la casa?

—No, en ningún momento. Estuvimos todo el rato en el garaje. En el suelo del garaje —emitió una especie de mueca.

El otro policía miró el suelo y compuso un gesto de incompreensión. Le parecía inaudito que dos jóvenes pudieran hacer el amor allí.

—¿Y la chica, la viste subir a la casa?

—No, señor. Ella estuvo todo el rato conmigo.

—¿Escuchaste algún ruido extraño o viste alguna persona sospechosa en las inmediaciones de la pastelería?

Simón basculó la cabeza negando, pero sin hablar.

—Está bien —aceptó el inspector, dando unos golpecitos en su libreta con el lápiz—. Puedes seguir trabajando.

Simón subió las escaleras hasta el obrador, donde Michelin estaba batiendo nata para los pasteles de ese día.

Abajo, en el patio, se quedaron los dos policías. Eran agentes de la comisaría de Iluro y no conocían a los lugareños, al contrario de lo que le ocurría al Manco, que los conocía a todos. Pero los policías de la ciudad no permitían que los policías locales se metieran en sus investigaciones.

—¿Qué opinas? —le preguntó el subinspector a su compañero.

—Creo que entraron al garaje para follar, como nos ha dicho el chico, y que no es la primera vez que lo hacen. Pero no me creo que lo hubieran hecho en el frío suelo.

—¿En el coche?

—Mmmm, tampoco. Si aquí hubiese un coche, ellos no se podían haber estirado en el suelo. No tiene mucho sentido que entren aquí para follar en una furgoneta de reparto.

—¿Entonces?

—Creo que follar, follan, pero lo hacen en alguna de las camas de la planta de arriba. La pareja entra con la llave que tiene el chico, cuando saben que no hay nadie en la casa, desde que falleciera la abuela. Suben hasta la segunda planta y lo hacen en alguna de las camas.

—¿La de la anciana?

El inspector sonrió.

—¡Joder! Yo creo que eso le quita las ganas de follar a cualquiera.

—No creas. Estos chicos son capaces de echar un polvo entre las tumbas de un cementerio, si tienen ganas de hacerlo. ¿Y el robo?

—Lo del robo de la caja fuerte solo es una coincidencia. Pero no creo que tengan nada que ver. Ese chaval no es más que un crío.

—¿Y la chica?

—¿Qué pasa con ella?

—No la conocemos.

—Será una niña, como él.

—¿Crees que han tenido algo que ver con la muerte de la dueña?

—No. No tiene sentido. Si lo que sugieres es que la vieja los pilló y se deshicieron de ella, no parece probable. Los adolescentes solo piensan en follar, y no en matar viejas o en robar dinero. Si ella los hubiera sorprendido en su cama, como mucho hubieran huido. Y después se reirían de su hazaña.

—Entonces... ¿El dinero?

—Hay que comprobar el seguro del señor José. Será cuantioso y cubrirá el robo de la caja

fuerte y lo que había en el interior.

—¿Un robo simulado?

—Con toda seguridad. No hay forzamiento en ninguna de las cerraduras y, además, la caja fuerte aún no estaba fijada. Demasiadas casualidades.

—Pues si es un robo simulado, la aseguradora no tardará en descubrirlo. Esos tienen más interés que nosotros en aclararlo.

Capítulo 53

El placer supremo es obtener lo que se anhela.

Tales de Mileto

A las diez y media, cuando ya se habían ido los agentes de la pastelería, Caetana subió las escaleras hasta el obrador y le dijo a Simón que una chica le esperaba en la calle.

—¿Una chica? —preguntó, haciéndose el despistado.

—Sí. Me ha dicho que se llama Magdalena y que había quedado contigo.

Simón se quitó la bata, cogiendo antes el paquete de tabaco del bolsillo, y bajó hasta la calle. En la acera de enfrente estaba Magdalena, fumando.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó ella, mientras le daba un beso en la boca.

Simón se percató que desde el interior de la pastelería los estaba observando Dorata, con expresión aséptica.

—He pasado esta mañana por tu caravana y no había nadie.

—¡Qué raro! —exclamó—. Estaría durmiendo.

—He tocado varias veces la ventana y no se escuchaba ni ruido ni movimiento.

—Mi padre y yo somos dos marmotas y no nos despierta ni un bombardeo.

Simón no insistió más, pero creía que ella no le estaba diciendo la verdad.

—La policía me ha preguntado si estuve ayer por la noche aquí, en la pastelería. Y les he dicho que sí, como tú me aconsejaste.

—¿Te han seguido preguntando?

—No. Parece que se han conformado con esa respuesta.

—¡Ves! Es lo que te dije. Una vez que les hablas de follar, entonces ya no preguntan más. Es lo mismo que ocurre en las películas de cine negro cuando la pareja de ladrones es sorprendida en un coche, en las inmediaciones del lugar del robo, se besan y los policías ya no sospechan de ellos.

Escuchando hablar a Magdalena, Simón siempre tenía la sensación de que era una mujer mucho más mayor de la edad que tenía.

—¿Y la caja?

—No te preocupes, la tengo a buen recaudo.

—Hay que buscar alguna forma de abrirla.

—Ya está abierta.

Simón estrechó los ojos tanto que parecían dos líneas.

—¿Cómo la has abierto?

—Mi padre consiguió abrirla ayer por la noche.

—¿Tu padre? ¡Por Dios, Magdalena! ¿Cuánta gente sabe que robé una caja fuerte?

—Tranquilo, tío, solo lo sabemos tres personas. Y no tiene por qué saberlo más gente.

—¿Cuánto dinero había?

—Pues nos llevamos una enorme desilusión cuando vimos que en el interior de la caja no había mucho dinero.

—¿Cómo que no había dinero?

—Muy poco. Unas noventa mil pesetas, si sumamos las monedas sueltas que había en una bolsa de tela.

Simón la miró arrugando los ojos.

—Debería haber más de un millón.

—¡Ja! Noventa mil pesetas y alguna joya, pero de poco valor. La mayoría de plata.

Simón no podía hacer otra cosa que creer en lo que Magdalena le decía, porque no tenía forma de comprobar si era verdad o no.

—Ya hemos hecho las particiones.

El chico le pidió que se retiraran un poco hacia la esquina del estanco, donde nadie los podría escuchar.

—¿De qué particiones estás hablando? —interrogó visiblemente molesto.

—Hemos tenido que hacer tres partes, porque es justo que mi padre también obtenga la suya.

—Ese no era el trato —objetó Simón—. Con tu parte haz lo que quieras, igual que haré yo con la mía, pero no considero que sea equitativo que entre tu padre y tú os quedéis dos tercios de ese dinero.

—¿Qué trato? Nuestro trato era repartirnos entre tú y yo lo que hubiera en el interior de la caja. Pero ahora ha cambiado porque hay una serie de gastos extras que hay que cubrir —le dijo Magdalena, malhumorada—. Para empezar, hay que deshacerse de la caja fuerte para que nadie la encuentre, y esa parte se la lleva mi padre, que es quien la ha abierto. Y mi parte es por colaborar contigo ayer, tal y como lo habíamos hablado.

Simón arrugó los labios, como si creyera que Magdalena le estuviese mintiendo.

—Pero... ¡qué dices! Yo soy el que he corrido con todo el riesgo. Es a mí al que han interrogado esos policías y al que sitúan en el lugar del robo, en el momento del robo. Soy yo el que me la estoy jugando.

—Menos lobos, Caperucita —chasqueó los labios la chica—. Si no es por mí, no hubieses robado la caja.

—¿Qué quieres decir?

—Que nosotros también necesitamos el dinero, no creas que tú eres el único que tiene problemas. Mi padre tiene que pagar deudas y alquilar un piso, como Dios manda, en vez de vivir en esa mierda de caravana. ¿O es que pretendes que me pase la vida viviendo como una indigente?

Simón se dio cuenta de que Magdalena y su padre habían pasado la noche en un piso o en un hotel y por eso no había nadie en la caravana cuando la visitó por la mañana.

—Esto es alucinante. —Forzó una sonrisa de rabia—. ¿Quieres decir que tengo que conformarme con una tercera parte?

—Mira, no te enfades —apaciguó la chica—. En la caja no había mucho dinero. Seguramente el señor José lo cogió para pagar el entierro de su madre, para irse de putas o para pagar a los proveedores. Ni siquiera había joyas de valor.

—No me creo que no hubiera dinero y joyas.

—¿No me crees?

—No. Si el señor José ha comprado una caja fuerte más grande y más segura, es porque piensa guardar más dinero y más joyas.

—También es posible que ese dinero y esas joyas no estén en la caja fuerte que nos llevamos ayer.

—Pero me has dicho que había noventa mil pesetas, no tiene sentido que guarde una parte

ahí. Porque... ¿Dónde está el resto?

—¿No te fías de mí?

—Mira, no es que no me fie, sino que...

—Si te fías, ¿por qué me preguntas cuánto dinero había en la caja? ¿Por qué no te crees que había lo que te digo que había?

—Esa caja pesaba mucho ayer por la noche, cuando la paseé por todo Roquesas.

—¡Qué idiota eres! Los billetes no pesan. Ni las joyas. La caja pesaría lo mismo hubiera un millón de pesetas que si hubiera cinco.

En ese instante la miró con odio, se sentía engañado y se había dejado engatusar por ella. Él era el que más riesgo corría y el que estaba en el ojo del huracán, mientras que ella se aprovechaba de su ingenuidad.

—Venga, Simón. Esta tarde el abuelo irá al hospital a visitar a tu madre. Tu padre también estará allí, por lo que estarás solo en tu piso. A las seis me paso y te entregaré tu parte, por el robo de la caja.

Mientras hablaba, le pasó la mano por la cintura, deslizando levemente sus dedos alrededor. Simón se excitó. Pero enseguida se recompuso y recordó todas las veces que su madre le había dicho que no le gustaba que se juntara con esa chica. Le repitió que su padre no era de fiar. Esa chica no es trigo limpio, le dijo. Ella es como su madre, una cualquiera que hace lo que sea para sacar partido. Una interesada. Es de esa clase de chicas que usa sus armas de mujer para abobar a los hombres y sumirlos en un atontamiento tal que ya no saben ni lo que hacen ni lo que piensan.

—Creo que me engañas con el dinero que contenía esa caja —se sinceró Simón finalmente.

—Pues si crees que te engaño, lo mejor es que deshagamos nuestra pequeña sociedad. Toma —le dijo abriendo su bolso y cogiendo un sobre—. Esta es tu parte. Te la entrego ahora porque pensaba pasar esta tarde por tu piso y dártela allí, al mismo tiempo que... Bueno. ¡Ten!

Simón cogió el sobre que le entregó Magdalena. En la calle no podía contarle, pero por el tamaño no habría más de treinta mil pesetas.

—¿Cuánto hay?

—¡Treinta mil pesetas! Tu parte, ya te lo he dicho.

—Me siento estafado.

Magdalena le arrancó el sobre de la mano y se lo metió en el bolso de nuevo.

—¡No te mereces nada! —Explotó de rabia—. Porque si no hay confianza entre nosotros, no podemos seguir colaborando. ¡En esa caja no había más de noventa mil pesetas! Y cuatro joyas de oro. Que, entre todas, y con un poco de suerte, les podremos sacar diez mil. —La chica estaba realmente enfadada—. La planificación, no lo dudes, fue cosa mía. Y si no es por mí, tú no te hubieras atrevido a entrar en la casa. Y si no es por mí, no tendrías dónde dejar la caja. Ni hubieses sabido cómo abrirla. Y si no es por mí no tendrías nada. ¿Te enteras? No podrías haber explicado por qué estuviste ayer por la noche en el garaje de la casa, si no te hubiera sugerido que dijese que habías estado follando conmigo. —Simón pensó que, si ella decía que no estuvo con él, la policía sabría que les mintió cuando lo dijo—. Pero sin embargo quieres tu parte. ¿La parte de qué? La mitad de nada, es nada. Te voy a decir una cosa: no hay parte, no hay nada. Nosotros vivimos en una caravana miserable, sin teléfono, sin luz, sin agua, sin gas, aparcada en medio de la riera, con el riesgo que corremos cuando llueve. Y yo me tengo que matar trabajando cada día en una mierda de tienda de moda, aguantando piropos de los maridos babosos que acompañan a sus mujeres, para que el señor *don yolohagotodo* me diga que quiere su parte de un dinero que no había en la caja.

La cara de Magdalena se había amoratado y sobre su labio se dibujó una fina línea de sudor. Simón arrojó al suelo el cigarrillo que sostenía en la mano y se encendió otro enseguida. Pensó que quizá ella tenía razón y realmente en la caja no había tanto dinero como él creía.

—Lo siento —suspiró—. Creí que había más dinero en esa caja. Y mi familia tampoco está pasando por un buen momento. Mi madre está muy enferma y mi padre lleva el mismo camino.

Los dos se silenciaron unos segundos. Finalmente, Magdalena le dijo:

—Créeme, Simón. En la caja no había más de noventa mil pesetas, de las que treinta mil son tuyas. —Se metió la mano en el bolso y sacó el sobre de nuevo—. Y luego hay cuatro anillos de oro y dos de plata. Pero los de plata no valen nada y los de oro valdrán diez mil pesetas, como mucho, cuando los vendamos. Si conseguimos venderlos. El dinero no tiene dueño, pero las joyas sí. Hay que ir con mucho cuidado con eso.

—No me des el sobre ahora —rechazó cogerlo—. Solo faltaría que en la pastelería me vieran con ese dinero.

—Está bien. Me pasaré por tu piso a las seis de la tarde, y allí te lo entrego.

Magdalena se fue caminando por la calle Ancha, sin ni siquiera despedirse.

A las dos de la tarde el señor José subió hasta el obrador, donde Simón estaba terminando de limpiar unas ollas que habían usado esa mañana para preparar la repostería, y le entregó un sobre con ocho mil pesetas, el equivalente a un mes de sueldo.

—Toma, muchacho —le dijo—. Necesariamente tenemos que prescindir de ti. La muerte de mi madre, que era la que llevaba el negocio, y el robo de esta noche, como colofón, nos ha dejado en un estado de ruina del que tardaremos tiempo en recuperarnos.

Simón sintió un conato de rabia. Porque si la ruina de esa familia tenía que ver con las dos mil pesetas que le pagaban a la semana, entonces es que eran más miserables de lo que él creía.

—No es necesario que me dé tanto dinero —rechazó el sobre que sostenía en su mano—. Con las dos mil pesetas de mi jornal ya es suficiente —dijo, tratando de ser convincente.

—No, de verdad —insistió—. Acéptalo, por favor. Sé cuánto necesita tu familia el dinero y tú eres un chico trabajador. Estoy seguro de que encontrarás trabajo enseguida, en cualquier parte donde te necesiten. Y si requieres de unas referencias, no dudes en decírmelo y te haré, gustoso, una carta de recomendación.

El odio inicial de Simón comenzó a apaciguarse con las últimas palabras del señor José. Detrás de él, recogiendo una hilera de cruasanes de la mesa metálica, estaba Michelin, que, aunque no lo parecía prestaba atención a la conversación.

—Muchas gracias —le dijo Simón, guardando el sobre en el bolsillo trasero del pantalón.

En ese instante lamentó haber sido tan cruel con ellos. Por su culpa murió la abuela. Y por su culpa se quedaron sin el dinero y las joyas de la caja fuerte y sin los billetes que fue cogiendo de la caja de proveedores. Se preguntó si no sería él el culpable de su desgracia. Y se sintió miserable por ello. En el fondo era una especie de demonio que fue socavando la felicidad de una familia que lo tenía todo hasta que él pasó por sus vidas. Planeó que, en cuanto Magdalena le entregara las treinta mil pesetas de su parte del botín, procuraría devolverlas a la pastelería, de alguna forma que todavía no había ideado.

Al salir a la calle, y cuando pasaba por delante del estanco, en la siguiente esquina estaba de pie, como si le estuviera esperando, Dorata.

—Me he enterado de que te han despedido —le dijo a Simón cuando pasó por su lado.

—Sí —respondió de forma escueta, sin detenerse a hablar con ella.

La chica se puso a su nivel y caminó junto a él.

—Pues es una putada —le dijo—. A estas alturas del verano es difícil encontrar trabajo.

—Bueno, algo encontraré.

—Si necesitas dinero yo puedo dejarte de lo que tengo ahorrado —siguió hablando Dorata.

Simón frenó en seco y la miró directamente a los ojos. Sabía que la chica se lo ofrecía de buena fe, pero no le gustaba que lo tratara como si fuese alguien necesitado.

—Te lo agradezco, pero no necesito dinero.

—Sé lo duro que es perder a una madre —le dijo cuando retomaron el paso—. Es de las cosas más terribles que le pueden pasar a uno, y sobre todo a nuestra edad. La mía me dejó cuando tenía once años y creo que todavía no lo he superado.

—Mi madre aún vive.

—Cuando hablo de perder a una madre me refiero a que ya no está contigo en plenitud de facultades físicas —rectificó la chica—. Una vez que es presa de la enfermedad, es como si ya no estuviera.

Simón sabía a qué se refería, porque ese sentimiento le persiguió durante el último año.

—De momento le han cortado un pecho, pero el médico nos ha dicho que el cáncer no se ha extendido y saldrá de esta.

—Estoy seguro de que así será —afianzó Dorata.

Al llegar al puente de la vía del tren, Simón hizo el ademán de despedirse, porque sabía que la chica vivía hacia el otro lado. Pero ella siguió caminando a su lado, como si quisiera acompañarlo hasta su casa.

—Esta mañana te he visto hablando con Magdalena.

Simón detuvo de nuevo el paso y la volvió a mirar a los ojos. Presentía como si quisiera decirle algo, pero no se atreviera a hacerlo.

—Sí, tengo mucha amistad con ella.

—¿Estáis saliendo?

—No. Bueno, sí. La verdad es que no lo sé.

—Es muy mayor para ti.

—¿Y eso es un problema?

—No, no tiene por qué serlo. Solo digo que te saca muchos años.

—No creo que sea de tu incumbencia. —Simón se puso a la defensiva.

—Me preocupo por ti —suspiró.

—Pues si te preocupas por mí, no te metas en lo que yo hago.

—Descuida, no te molestaré más —le dijo antes de darse la vuelta e irse en dirección contraria.

Capítulo 54

*Si el hombre no ha descubierto nada por lo que morir,
no es digno de vivir.*

Martin Luther King

En su piso no había nadie. El abuelo estaría en el hospital, haciendo compañía a su madre y a su padre. Cogió media barra de pan duro que había en la bolsa de tela colgada detrás de la puerta de la cocina y lo calentó en el horno. Y con una lata de atún, y otra de anchoas, se preparó un bocadillo para comer.

Mientras devoraba el tentempié, comenzó a pensar en todo lo que le estaba ocurriendo ese verano. Los cambios hormonales de su adolescencia no solo se visibilizaban en lo físico, ya que Simón había crecido varios centímetros en ese último año. Y también detectó un aumento corporal relacionado con los pies, los brazos y las manos. En la Navidad del año anterior, 1978, se compró unas deportivas en el mercado de Roquesas, y entonces calzaba un 43. Y al inicio de ese verano tuvo que comprarse otras, porque su pie necesitó un 45. Su voz se había vuelto más grave, pero lo achacó al tabaco. Recordó que todos los cantantes y actores que tenían la voz cavernosa, eran grandes fumadores. Su piel incrementó un exceso de grasa que le obligaba a secarse el sudor de la cara y de la frente de forma constante. Y lo peor y que más molestias le causaba eran las constantes erecciones que experimentaba sin que ni siquiera hubiera una causa sexual en el origen. Constantemente tenía fantasías sexuales con Magdalena, a la que veía desnuda y en posiciones sugerentes. Fue por eso que toleraba lo que a todas luces era un engaño por parte de ella. ¿Quién se iba a creer que en la caja fuerte de la pastelería solo hubiera noventa mil pesetas? ¿Y las joyas? Si el señor José cambió la caja por una nueva, es porque no se fiaba de que la anterior fuese segura. Y si lo hizo es porque pensaba guardar más dinero. Pero Magdalena le dijo que no había tanto como él creía. Esas dudas se hubieran disipado si Dimas hubiera abierto la caja delante de él.

Todos esos pensamientos que lo atolondraban formaban parte del desarrollo inherente a la adolescencia. Simón comenzó a experimentar con la evolución del pensamiento abstracto, las preocupaciones filosóficas, las reflexiones a largo plazo y el establecimiento de metas propias en los profundos cambios físicos y mentales que percibía.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por el timbre de la puerta. Se levantó de la mesa, con el bocadillo a medias, y observó el rostro de Magdalena, que inundaba obscenamente la mirilla.

—Hola, Magdalena —la saludó al abrir la puerta.

—¿Estás solo?

—Sí.

La chica hundió su boca en la suya. No le importó que le oliera a atún con anchoas.

—¡Toma! —le dijo sacando de su bolso el sobre con el dinero.

Simón lo cogió y lo dejó encima de la mesa del salón. En ese instante llevaba una empalmada impresionante y su atención solo estaba enfocada al escote de Magdalena.

—¿Cuándo regresan tus padres?

—Mañana le darán el alta a mi madre. He llamado a la habitación hace un rato y me ha dicho

mi padre que los domingos rara vez dan las altas en los hospitales.

—¿Y tu abuelo? —le preguntó Magdalena, quitándose la camiseta.

—Ese ya no volverá hoy, porque desde Iluro se irá a su casa del pueblo.

—¡Pues vamos!

La chica le cogió la mano y tiró de él hacia una de las habitaciones. Abrió la puerta de un puntapié y vio, por la cama, que era la habitación de Simón. Luego, sin soltar su mano, abrió la otra puerta y comprobó que se trataba de la cama de sus padres.

—Oye, Magdalena —le dijo Simón, con el rostro contrariado.

—Ven y déjate de cháchara —repuso ella tirando fuertemente de su brazo.

—Es que te quiero decir una cosa.

Ella se quedó inmóvil, buscando en su mirada qué es lo que le preocupaba.

—¿Qué ocurre?

—No lo he hecho nunca —le dijo Simón, mostrándose avergonzado.

La chica se puso a reír de forma nerviosa.

—Por el amor de Dios, si solo tienes catorce años. Yo a tu edad tampoco lo había hecho.

La chica se quitó la falda. Luego las bragas. Y se quedó completamente desnuda en toda su esplendorosa juventud. Simón la había visto en biquini el verano anterior, algún día cuando coincidieron en la playa. Para entonces, Magdalena acababa de cumplir los dieciocho años y todavía la contempló como una adolescente. Pero la chica que tenía allí delante era toda una mujer.

La besó de forma apasionada, mientras acariciaba su pelo largo y liso con la mano derecha. Al hacerlo cerró los ojos y se entretuvo en saborear aquellos labios húmedos y carnosos. El olor que desprendía le recordó al mismo que surgía de una perfumería cuando pasaba caminando por delante. Era como si todos los aromas del universo se hubieran congregado en aquella chica.

Ella resbaló la mano por su cintura y se detuvo en su miembro erguido que pujaba por salir del interior del pantalón. Bajó la cremallera con cuidado y lo extrajo como si fuese un gorrión atrapado en una jaula de alambre. Luego, con suavidad, se estiró hacia atrás y cayó sobre la cama de matrimonio. Simón se incorporó encima y comenzó a besarle los pechos, pasando la lengua repetidamente por los pezones rosados. Ella le tuvo que decir que fuese más despacio, porque le estaba haciendo daño.

—Espera —lo detuvo con la mano cuando se colocó encima.

Alargó el brazo y cogió su bolso, que había dejado en el tocador de la entrada de la habitación. Del interior sacó un preservativo. Lo desenvolvió y le dijo a Simón que se lo pusiera. Él ya se había puesto alguna vez un preservativo porque, aunque no había tenido relaciones sexuales, sí que los había usado para masturbarse; le daba más morbo. Lo desenrolló a lo largo de su miembro y, cuando estuvo dispuesto, se situó encima de la chica y la penetró.

En un par de minutos no pudo aguantar más y eyaculó. Luego se sentó en la cama y le pidió disculpas.

—Lo siento, pero es que estaba como una moto.

—Tranquilo —lo apaciguó ella, acariciando su nuca con suavidad—. Es lo normal la primera vez.

—¿Quieres que te termine? —le dijo Simón, bajando la mano hasta tocar su sexo.

Ella cerró las piernas con brusquedad.

—No. No pasa nada, de verdad. La próxima vez saldrá mejor —le dijo guiñándole un ojo.

Él la besó en los labios con dulzura. Luego cogió su mano y la acarició repetidas veces. Fue

en ese momento cuando vio el anillo que llevaba en el dedo medio de la mano izquierda y lo reconoció enseguida. Era de oro y tenía un brillante tan grande que no podía pasar desapercibido, aunque no quisiera mirarlo. Reconocería ese anillo en cualquier parte que lo viera, porque lo había tenido en su mano y lo había estudiado con la mirada. Y no era casualidad que Magdalena lo llevara puesto, porque ese anillo lo dejó él en la caja fuerte de la señora Adoración.

—¿Qué ocurre? —le preguntó la chica mientras se vestía—. Parece que hayas visto un fantasma.

Simón estuvo a punto de decirle la verdad, que ese anillo que llevaba puesto era de la señora Adoración y que la última vez que lo vio estaba en la caja fuerte. En la antigua caja fuerte. Estaba convencido de que José lo traspasó a la caja nueva, junto con el dinero y las demás joyas, y ahora lucía en su mano. No entendía mucho de diamantes, pero ese anillo solo ya podría valer unas cincuenta mil pesetas. ¿Qué clase de reparto había hecho Magdalena con el contenido de la caja fuerte? Si dudaba de que las joyas se las hubiera quedado todas, ¿por qué no tenía que dudar de que no hubiera hecho una partición justa del dinero?

—No ocurre nada. Solo que estoy preocupado por mi madre, por que ya no tengo trabajo, por el dinero y por... Bueno, que me preocupo por todo.

Finalmente, no le dijo lo del anillo. Y ella no pareció percatarse de que él se había dado cuenta de que lo llevaba puesto. Los jóvenes creen que merecen aquello que desean y asumen que, si quieren una cosa con el suficiente empeño, tienen todo el derecho del mundo a conseguirla.

Capítulo 55

*Cuando tiene que decidir el corazón
es mejor que decida la cabeza.*

Enrique Jardiel Poncela

El lunes Simón se levantó temprano. La última vez que habló por teléfono con su padre, la noche anterior, cuando Magdalena se fue de su piso, le dijo que a su madre le darían el alta al mediodía, por lo que sobre las cuatro de la tarde ya estaría de regreso.

Esa mañana tenía que hacer varias cosas, que había estado meditando durante la noche. La primera era pasar por la pastelería y convencer a Caetana de que le dejase usar el baño. Ese instante lo aprovecharía para dejar las treinta mil pesetas, que le había entregado Magdalena el domingo por la tarde, en la caja de proveedores. Ese dinero no era suyo y por lo tanto no lo quería. Bastante daño había hecho ya a esa familia.

Lo segundo que tenía que hacer era buscar trabajo. Con su madre convaleciente y su padre enfermo, el dinero en casa comenzaría a escasear y él era el único que podía hacer frente a los gastos. Sin pretenderlo se había convertido en el hombre de la familia y esa responsabilidad le empujaba a evitar por todos los medios acabar como el padre de Magdalena, despojado de todo y viviendo en una caravana aparcada en la parte alta de una riera.

Y lo tercero, y último, así lo había estado meditando durante toda la noche, era olvidarse de Magdalena y de su padre, porque esa relación únicamente le traería problemas. Había confirmado que eran unos mentirosos y unos tramposos y que esa chica todo lo que tenía de bella, lo tenía de mala persona. No se podía fiar de ella, y lo mejor era que se alejara lo más posible de su compañía. Tiempo atrás había escuchado a su madre criticar lo que ella denominaba busconas, que eran unas mujeres que buscaban juntarse con hombres tontos que les podían solucionar la vida. Se quedaban embarazadas para amarrarse a ellos y vivían de su trabajo y de su esfuerzo. Y esa chica acumulaba todos los ingredientes para ser una de esas mujeres.

—¡Simón! ¿Qué te trae por aquí? —le preguntó Caetana, cuando lo vio asomar por la puerta de la pastelería.

—Dentro de una hora he quedado con un empresario que me dará trabajo —mintió— y me estoy meando. ¿Puedo usar el lavabo?

—¡Claro! Ya sabes dónde está —le dijo, ante dos clientas que esperaban su turno para comprar.

Simón accedió al salón cuando eran las once y media de la mañana. Sabía que a esa hora José estaba repartiendo por los pueblos con la furgoneta y, como vio a Caetana sola, supo que Dorata estaría en su rato de descanso, tomando un café en el bar. Abrió el cajón donde estaba la caja de proveedores de la librería del salón. Abrió la caja y dejó dentro las treinta mil pesetas que le había entregado Magdalena. Luego se metió en el baño y, sin mear, tiró de la cadena para que desde fuera Caetana creyera que lo había usado.

Mientras el agua del grifo del lavabo se escurría por sus manos, elevó la cabeza y clavó los ojos en la imagen que lo observaba desde el otro lado del espejo. Era la figura de un niño, cuya mirada todavía conservaba la frescura de la juventud. Sonrió sin motivo, porque esa era una de

las seducciones de la adolescencia. Enseguida modificó la expresión de su rostro y buscó una solemnidad de la que carecía.

Al salir se despidió de Caetana y le dio las gracias por dejarle usar el baño.

—¡Suerte en esa entrevista de trabajo! —le dijo la chica.

En la puerta se cruzó con Dorata, que regresaba de desayunar.

—Buenos días, Simón. ¿Qué te trae por aquí?

—Voy camino de una entrevista de trabajo y necesitaba usar el baño —respondió apresurado.

La chica desprendió una mirada inquisitoria, como si no le creyera.

—¿Y de qué es ese trabajo?

—Bueno, todavía no puedo decir nada —se excusó Simón, sin ofrecer credibilidad.

—¿Te gusta la jardinería? —le preguntó Dorata a continuación, para su sorpresa.

—Pues no. ¿Por qué quieres saberlo?

—Mi padre conoce mucho a Romero.

—¿Romero? ¿El banquero?

—Sí, tiene muy buena relación con él y sabe que está buscando un cuidador de su finca.

Simón sabía que el banquero tenía una finca enorme en la parte alta de Sinera, porque de niño había pasado cerca con otros chicos, cuando regresaban de alguna caminata por la montaña. Desde Roquesas se podía ir hasta Sinera, sin pasar por la carretera, caminando por una red de senderos que cruzaban el bosque.

—No creo que me guste ese trabajo —rechazó Simón, despidiéndose a continuación.

A las doce del mediodía pasó por el hostel del Mar, que estaba al final de la riera y casi tocando el parque. Había oído que el dueño, Timoteo, estaba buscando un camarero para que sirviera en el bar. Por lo visto, el chico que tenía contratado causó baja porque se cayó del espigón del puerto una noche que fue a coger mejillones y se había fracturado una pierna por tres sitios, y el dueño del hostel andaba buscando un sustituto, según supo.

El hostel disponía de varias mesas en una terraza que había en la acera que daba a la riera. Y arriba había habitaciones que alquilaba a los extranjeros, alemanes y franceses, principalmente, que venían a disfrutar de la playa.

Timoteo estaba sentado en la barra del bar, leyendo el periódico. Simón ya lo conocía de antes, pues Roquesas era lo suficientemente pequeño como para que todo el mundo, en algún momento, se hubiera visto. Era un solterón de cincuenta años, con una mirada sonriente, delgado, de pelo largo y lacio que le caía por detrás de la nuca.

—Señor Timoteo —lo saludó Simón.

Cuando el chico le dijo que sabía que él estaba buscando un camarero y que estaba dispuesto a trabajar allí, el hombre se contrarió.

—¿No trabajas en la pastelería de la calle Ancha?

—Ya no.

—Entiendo, la muerte de la señora Adoración ha supuesto un mazado importante. Está bien. Si quieres puedes comenzar a trabajar mañana, martes. El horario es de nueve de la mañana a nueve de la noche, pero al mediodía puedes comer aquí. Tendrás derecho a desayuno; la comida, como te he dicho; y la merienda. Y el sueldo es de dos mil quinientas pesetas a la semana. Diez mil pesetas al mes.

Simón cabeceó aceptando.

—Pero hay un inconveniente —siguió hablando Timoteo.

—¿Cuál?

—La temporada estival de la costa solo llega hasta el mes de octubre, porque para entonces dejan de venir los extranjeros y con el turismo nacional poco se puede hacer. Eso significa que solo podrás trabajar aquí hasta la última semana de septiembre.

—Menos de tres meses.

—Así es.

Simón calculó que, si ahorraba lo suficiente durante esos meses, ganaría veinticinco mil pesetas, lo que le permitiría matricularse en el instituto y ayudar a sus padres económicamente. Luego, a partir de esa fecha, podría buscarse un trabajo de fin de semana que le permitiera sufragar los gastos que le surgieran del año de bachiller, como el tren o los libros.

Ese día recuperó la ilusión por volver a estudiar y de que trabajando también se podía llegar lejos.

Capítulo 56

*Los dioses facilitan el primer verso;
los demás, los hace el poeta.*

Paul Valéry

El padre de Simón viajó solo en el coche desde Iluro hasta Roquesas. Quiso poner la radio para amenizar el trayecto, pero le fue imposible captar ninguna emisora. Solo se escuchaban ruidos.

Cuando llegó, aparcó el Simca frente a unos arbustos que había en la puerta del bloque de pisos. Simón lo esperaba sentado en la escalera, fumando. No le importó que su padre le viera con un cigarrillo en la mano, porque sabía que él no le daría ninguna importancia a que fumara. Esos días, nada de lo que ocurriera era importante, porque una especie de septicemia planeaba sobre su familia y la corrompía desde dentro. Por su culpa murió una mujer. Por su culpa se arruinó una familia. Pero Simón presentía que parte de esa culpa recaía en su relación con Magdalena. Ella era el demonio que echaba a perder todo lo que tocaba y en esa relación sexual que mantuvieron le traspasó su maldad.

—Mamá llegará enseguida —le dijo a Simón, cuando se bajó con torpeza del coche—. Una ambulancia la trasladará desde el hospital.

El aspecto de Jorge era deplorable. Esos días no había dormido bien. No se había afeitado. Incluso perdió un par de kilos que le perfilaron su barbilla. Simón observó que su mirada era triste. A su padre le merodeaba la muerte, mientras que a su madre ya la había atrapado. Percibió el rostro desencajado. Los ojos abiertos de forma exagerada y un temblor irritante en su mano derecha, lo que le impedía sujetar el cigarro. El cuerpo se le había encorvado, su nuca permanecía apretada y sus manos, cuando se las tocó, las notó frías. Pero lo que más destacó de él fue su rigidez. Todo él era una pieza informe y rígida, cuyo rostro se había desfigurado en una mueca horrible.

Pasaban unos minutos de las cuatro de la tarde cuando la ambulancia asomó por la esquina de la calle. Sus luces rotativas de color amarillo giraban y se estrellaban contra las fachadas de los primeros bloques que había justo pasado el puente. Se asomaron a la calle algunos vecinos de la escalera, y otros de los bloques de enfrente, haciendo un corrillo alrededor de Simón y su padre.

Los camilleros bajaron a la madre de Simón, que se retorció de dolor. Tenía la peluca mal puesta y ofrecía un aspecto desastroso. En ese instante sintió vergüenza.

«Pero, por el amor de Dios, ¿es que nadie le va a colocar bien esa peluca?».

La camilla pasó al lado del grupo de personas que estaban presenciando la escena. Simón percibió que los ojos de su madre miraban a todas partes, menos hacia donde estaban ellos. Parecía perdida, como si no supiera dónde estaba.

—Es la medicación —comentó un hombre que estaba detrás de ellos.

Al girarse, vio que era el médico de cabecera de Roquesas, que se había desplazado hasta el domicilio para comprobar la evolución de la paciente.

—Ahora no siente nada, está totalmente sedada —dijo, como si eso fuese un consuelo.

Simón pensó que ese hombre sonreía. Pero, en realidad, lo que estaba haciendo era poner una

espantosa cara de tonto.

Los camilleros subieron los tres escalones que había hasta la primera planta. Simón abrió la puerta con su llave. Accedieron dentro del piso y pusieron la camilla al lado de la cama de matrimonio. Luego sacaron a su madre como si fuese un saco de ropa y la colocaron con cuidado sobre la cama. Simón observó a su padre al fondo del pasillo, apoyado en el marco de la puerta de entrada. Su aspecto era el de un hombre derrotado. Aquel hombre ya no era su padre, sino que se había transformado en una caricatura de lo que un día fue. Desde que enfermó su madre, que apenas dormía, y se le notaba. El Parkinson lo atenazaba y lo destruía por dentro. Y Simón se sentía un miserable por no hacer más por él y por su madre, pero es que él ya no podía hacer más.

El médico de Roquesas les dijo que regresaría al día siguiente para evaluar la situación médica de su madre. Se despidió. Se despidieron los camilleros. Y el piso se quedó vacío de vida, como si allí, en ese instante, ya no hubiera nadie.

Esa noche Simón no pudo dormir. Su padre hablaba en sueños y en alguna ocasión gritó, como si su habitación se hubiera llenado de monstruos. Su madre no hacía otra cosa que gemir, emitiendo unos indescritibles sonidos que le surgían de lo más profundo de su garganta, como si la estuvieran despedazando.

Accedió a la habitación, alumbrándose con la llama de su mechero, y los contempló en el silencio de la penumbra. La frente de su padre se había perlado de sudor. Y su madre dormía tumbada boca arriba, con los ojos abiertos, como si en el techo hubiera un espectro que se deslizara de un lado hacia otro. La situación, para un niño de catorce años, no podía ser más desesperante.

Cogió el paquete de tabaco y salió al descansillo. Desde allí podía ver el tramo de la calle que pasaba por delante de su bloque. A esas horas no había nadie. Una leve brisa veraniega azuzaba las hojas de un árbol. Contempló una hilera de coches aparcados. Una motocicleta de gran cilindrada. Un gato surgió debajo de una rueda y se adentró en el seto que había delante. Simón contemplaba el mundo desde un agujero oculto, como si la vida pasara por delante de sus narices, burlándose de él.

A las tres de la madrugada, su madre lo llamó con la voz entrecortada.

—¡Simón! ¡Simón! ¡Simón!

Se levantó con torpeza del sillón del salón, donde parecía que se había quedado dormido, encendió la luz y se acercó a la habitación. Ella seguía echada boca arriba. Su padre dormía a su lado, recostado, ajeno a todo. En ese instante los contempló como dos cadáveres en el interior de un ataúd. Ellos no lo sabían todavía, pero hacía tiempo que se habían ido. Hacía tiempo que ninguno de los dos existía.

—¿Qué ocurre, madre?

—Tengo sed.

El vaso que había sobre la mesita estaba vacío. Lo cogió y lo llenó de agua del grifo de la cocina.

—Ten —le dijo.

Su madre se incorporó en la cama y atrapó el vaso con ambas manos. Al hacerlo emitió un chasquido de dolor. Tenía el pecho vendado. Había perdido mucho pelo y el poco que tenía se había despeinado.

Mientras le daba pequeños sorbos, Simón la examinó con espanto. Pensó que no tenía ningún

sentido que ellos siguieran ahí, resistiéndose a morir, soportando una vida de zozobra y dolor. En su recuerdo se entremezcló la imagen de la señora Adoración mientras se caía hacia atrás. Golpeándose la cabeza. La sangre. El olor a muerte. Su cuerpo deslizándose por el suelo mientras la arrastraba hacia la escalera metálica. La recordó desplomándose hacia el patio. El sonido que hizo al golpear contra la tierra. Y pensó que la muerte era lo mejor que le podía pasar a sus padres.

Capítulo 57

Con el persuasivo lenguaje de una lágrima.

Winston Churchill

Comenzó a trabajar en el hostel del Mar el martes 10 de julio. Cuando llegó, le esperaba Timoteo para explicarle cómo funcionaba todo, ya que, entonces lo supo, él estaría solo a cargo del bar durante todas las mañanas y las tardes que iban desde el lunes al domingo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Simón apenas había pegado ojo en toda la noche y se esforzaba para que no se le notara.

—Sí, claro —repuso con altivez.

En principio, su labor era sencilla. Incluso puede que más que lo que hacía en la pastelería. Había una nevera larga debajo de la barra, con cinco puertas en la parte superior, donde estaban las bebidas frías. Y varias estanterías detrás, donde estaban las bebidas alcohólicas. Debajo de la máquina registradora había un listado plastificado con los precios de los productos que se vendían en el bar. Lo más complicado, según le explicó Timoteo, era la cafetera. Aunque después de preparar tres cafés, como ejemplo, Simón vio que también era sencillo.

—¿Estaré solo? —le preguntó, con cierto temor en la voz.

—Sí. ¿Es que tienes miedo?

—No. ¿Pero a quién recurro si tengo un problema?

—No te preocupes —lo apaciguó—. Ya verás como no tendrás ningún problema. Si te piden algo que no hay, les dices que no lo tenemos. Los clientes, la mayoría extranjeros, son de fácil contentar y ya verás que a veces piden marcas como *Mirinda* o *Finley*, pero les dices que de esas marcas no tenemos y entonces te pedirán otras distintas.

Simón estaría todo el día despachando a los clientes de la barra y a los que se sentaran en las mesas de la terraza. Timoteo no regresaba hasta las nueve de la noche, cuando lo relevaba para que él pudiera irse a su casa. El bar, al ser un hostel, y en horario de verano, no cerraba hasta las dos de la madrugada, que era hasta cuando se quedaba el dueño a cargo. En principio era un trabajo simple, aunque tendría que estar doce horas metido allí. Pero el hecho de que ganaría diez mil pesetas al mes le hizo sentirse orgulloso. Con ese dinero podía ayudar a su familia y colaborar a sobrellevar los gastos originados por la enfermedad de sus padres.

La mañana de ese martes fue tranquila. Apenas atendió a una docena de clientes del propio hostel que se sentaron en los taburetes de la barra y pidieron un café. Los tres primeros se quejaron de que el café era demasiado flojo, por lo que en los siguientes se enmendó y puso más café en la carga. Hubo uno que pidió una copa de coñac, que Simón le sirvió con torpeza en un vaso de vino. Fue el propio cliente el que le dijo que el coñac se servía en copa, incluso le indicó la cantidad que tenía que verter.

—Hasta la línea —le señaló una fina línea roja que había pintada en el contorno.

Luego buscaba lo que había servido en el listado de precios y les cobraba, marcándolo en la caja registradora. Los nacionales protestaban en ocasiones por el precio, pero a los extranjeros todo lo que les cobraba les venía bien. Eran de buen conformar.

Al mediodía, cuando descendió el caudal de clientes, Simón se entretuvo en colocar el tabaco de varias cajas que le dejó Timoteo al lado del mostrador. Abrió las cajas con un cuchillo y después abrió los cartones, reponiendo el tabaco que faltaba en una enorme estantería que había detrás, en medio de dos estanterías más, una arriba y otra abajo, donde estaban las botellas de licor.

En la caja registradora había las teclas con los números que tenía que marcar cuando se cobraba. Consistía en una hilera que iba del 1 al 9; otra del 10 al 90; y otra del 100 al 900. Si un cliente pedía un café, que costaba 20 pesetas, y una copa de coñac, que costaba 30, Simón apretaba 20 y luego 30 y le cobraba al cliente 50 pesetas. Si había más productos, repetía la operación hasta apretar la tecla del total, y entonces la caja registradora escupía un tique con el importe que tenía que cobrar.

Por la noche, cuando llegó Timoteo para relevarle, y quedarse hasta el cierre del bar, se fijó que metió una llave en el lateral de la caja, la giró, y salió un tique muy largo, de varios metros, donde indicaba todo lo que se había marcado a lo largo del día y el cómputo total del dinero que tenía que haber en ese momento en la caja. Entonces, Timoteo lo contó delante de Simón y dijo en voz alta el importe total.

La cuenta salió exacta.

A las nueve y media llegó a su piso. Estaba tan cansado que las piernas le temblaban. Su padre estaba en la cocina, ya que había dejado de trabajar en el turno de noche, por la situación de su esposa, lo que supuso que ese mes se notaría el descenso de ingresos en la economía doméstica.

—No sé cómo vamos a hacer frente a los gastos —le dijo a Simón, que estaba calentando un vaso de leche.

—No te preocupes, papá, a partir del domingo cobraré dos mil quinientas pesetas cada semana y os podré ayudar.

El padre sonrió. Diez mil pesetas al mes era una ayuda, pero no lo suficiente como para hacer frente a los costes de los médicos especialistas de Barcino; algunos cobraban diez mil pesetas por visita. O la hipoteca. O el seguro del coche. La comida. El teléfono. El butano. La luz. El agua. Las basuras. La escalera y la comunidad. El seguro del piso.

—Siento no haberte dado mejor vida —le dijo su padre, antes de echarse a llorar.

Simón lo vio desvalido, como un niño al que le hubieran quitado injustamente su regalo de Reyes. Se dijo lo bien que le hubieran venido esas treinta mil pesetas que devolvió a la pastelería y pensó en que nunca tendría que haber hecho negocios con Magdalena. En ese instante todo el interior de la caja fuerte de la señora Adoración, seguramente más de un millón de pesetas, serían de él y de su familia.

El frágil equilibrio de voluntades se estaba desequilibrando de nuevo hacia el lado perverso. Se podría decir que el instinto delincencial de Simón avanzaba o retrocedía en virtud de la enfermedad de sus padres. En cierta manera, su situación la decidía la fortuna o el infortunio, pero no su conciencia.

Capítulo 58

La disciplina es la parte más importante del éxito.

Truman Capote

La segunda semana de trabajar en el hostel, Simón se percató de que muchos clientes, la gran mayoría, rechazaban el tique de la consumición. Eran clientes fijos, que venían cada día a tomarse el café, por la mañana; o la cerveza, por la tarde. Se sentaban en la terraza, se fumaban un cigarrillo y luego, si eran varios, uno de ellos se acercaba hasta la barra y pagaba lo que hubieran consumido. En aquella época no existía lo de pagar con tarjeta de crédito, por lo que siempre se pagaba en metálico.

Ese primer lunes, el del 16 de julio, un señor se sentó en la terraza y le pidió un café y una copa de coñac de la marca Soberano. Cuando le sirvió, le dijo que le cobrara. Simón se dirigió a la barra, se metió dentro, pero no marcó el importe en la caja. Es decir, no sacó el tique de la consumición. Salió de nuevo a la terraza y le dijo que costaba 50 pesetas.

—¿Necesita tique, señor?

—No es necesario. Gracias —rechazó, dejando una moneda de cincuenta pesetas sobre la mesa.

Simón recogió la moneda y al llegar a la barra se la introdujo en el bolsillo. Acababa de ganar cincuenta pesetas sin que nadie se hubiera dado cuenta del engaño.

Durante toda esa semana fue repitiendo la operación. Cada vez era más el importe que se guardaba en el bolsillo, lo que comenzó a ser una cantidad respetable. Había mesas donde se sentaban varias personas y no solo pedían cafés y copas de coñac, sino que algunos solicitaban cervezas, cubatas, bolsas de patatas o paquetes de tabaco.

Hubo una tarde que llegaron ocho personas y se sentaron en dos mesas, que juntaron para que cupiesen todos. Simón fue anotando en una libreta todo lo que pidieron y, cuando llegó el momento de pagar, el total ascendía a mil cien pesetas.

—¡Chico! ¡Dime qué te debo! —le solicitó el que llevaba la voz cantante, un hombre de unos sesenta años que vestía de forma elegante.

Se metió dentro de la barra, cogió la libreta donde lo había apuntado todo, y lo sumó. Seguidamente salió fuera y le dijo el importe:

—Mil cien pesetas.

El hombre se echó la mano al bolsillo y sacó un billete de mil y dos monedas de cien pesetas, dejándolas sobre la mesa.

—¡Toma! —exclamó.

Le dio las gracias, ya que le había entregado cien pesetas de propina. Y seguidamente le preguntó:

—¿Necesita el tique?

—¿Desgrava en Hacienda? —consultó, sonriendo.

—Creo que no —fue la respuesta de Simón, aunque lo desconocía.

El resto de personas que había en la mesa rieron, por lo que supo que ese hombre estaba bromeando.

—Si lo que tomamos en el bar desgravara, Hacienda me tendría que devolver un millón de pesetas al año —espetó.

Los demás explotaron en una sonora carcajada.

Cuando se fueron, recogió la mesa y, una vez en el interior de la barra, con su temblorosa mano se introdujo el dinero en el bolsillo del pantalón; ese día ya llevaba más de dos mil pesetas sustraídas. Se emocionó al pensar que, a ese paso, y cuando cumpliera los dieciocho y se sacara el carné de conducir, se podría comprar un Porsche 911. Esa idea, la de adquirir un deportivo, había comenzado a tomar forma en su cabeza. Con un Porsche podría tener tantas mujeres como quisiera y tan o más guapas que Magdalena.

Cuando llegó Timoteo, unos minutos antes de las nueve de la noche, introdujo su llave en la caja registradora y esperó a que escupiera el tique con la recaudación del día. Simón se fijó que su expresión mostraba enfado. Enseguida supo el porqué.

—¿Ha venido poca gente hoy? —consultó.

Simón movió la cabeza, negando.

—Como todos los días.

—Todos los días hay una recaudación de unas quince mil pesetas. Y hoy no hay ni la mitad.

Esa tarde no habían venido muchos clientes al bar, porque era mediados de julio y con el cambio de vacaciones muchos turistas estaban o yéndose o llegando, lo que hacía que se notase menos afluencia, especialmente en la zona de la riera. Pero eso, unido a la cantidad de dinero que Simón había dejado de ingresar en la caja registradora, al no marcar el importe de varias mesas, hizo que se notara mucho.

—No sabría decirte —comentó. Tratando de recomponer la expresión de su tez, que se había amoratado ligeramente.

Esa noche, cuando llegó a su habitación y vertió en el interior del colchón todos los billetes que llevaba en los bolsillos de su pantalón, supo que no tenía que ser tan ambicioso en el dinero que sustraía a diario, porque, si se diera cuenta, ningún bar o pastelería de Roquesas querría darle trabajo, con lo que se acabaría su línea de financiación extra que tanto necesitaba su familia.

Capítulo 59

El hombre honesto no teme la luz ni la oscuridad.

Thomas Fuller

Al lado del hostel había una tienda que vendía artículos de playa, regentada por un gitano de pelo largo y recogido en una coleta. Simón solía verlo debajo del toldo, fumando, mientras le lanzaba piropos a las extranjeras solas que pasaban por delante, dirección a la playa.

Más abajo, casi tocando el puente de la vía del tren, había un pequeño quiosco de prensa, donde comenzó a trabajar Andrés. El dueño del quiosco se había jubilado y decidió emplear a alguien para que le llevara el negocio, mientras que él solo pasaba por allí un par de veces al día, a ver qué necesitaba su empleado. La diferencia entre un quiosco de prensa y un bar consistía en que en el primero, al no tener productos perecederos, el mantenimiento era mínimo. Andrés abría la puerta por la mañana y sacaba a la calle, en la fachada, varios estantes donde colgaba la prensa diaria y revistas internacionales, en varios idiomas, para que se sirvieran los turistas extranjeros. Luego se sentaba en una silla de mimbre que dejaba al lado y, cada vez que alguien cogía algo, le cobraba. Simón sintió envidia de que su amigo tuviese un trabajo tan cómodo, ya que podía pasarse la tarde leyendo los cómics que él mismo vendía.

Andrés era menudo, no medía más de metro cincuenta y cinco. Y tenía el aspecto de esos chicos que, aunque pasaran los años, jamás crecerían. Su madre era una mujer extremadamente guapa, Simón se había fijado en ella las veces que la vio en la calle. Vestía elegante y tenía buenos modales, aunque en el fondo sabía que estaba pasando aprietos económicos. En caso contrario, no se entendía que su único hijo hubiera tenido que empezar a trabajar con catorce años.

Andrés comenzó a pasar cada tarde por el hostel a comprar un paquete de tabaco que Simón le entregaba, pero no se lo cobraba.

—¡Toma! —insistía dejando una moneda sobre la barra.

Simón se la devolvía de inmediato.

—No te preocupes —le decía—. Cada día dispongo de dos paquetes de tabaco para mí, para consumo propio. Y como solo gasto uno, el otro te lo puedes quedar.

Andrés sabía que era mentira, pero valoraba el altruismo de su amigo y aceptaba ese paquete diario de tabaco. Solo esperaba estar en disposición de devolverle todos esos favores algún día.

—¿Te la has follado ya? —le preguntó Andrés.

Toda la pandilla sabía que Simón y Magdalena habían quedado para ir al cine, a cenar en Iluro, y los habían visto juntos.

—¿Te refieres a Magdalena?

—Sí. La tía es guapa de cojones.

—No. Hemos quedado alguna tarde para ir al cine, pero nada más. Hace un par de semanas que no la veo.

—Ya no vive en la caravana —anotó su amigo—. Se ha mudado con su padre a un piso de alquiler en la zona del puerto, frente al paseo marítimo. ¿De verdad que no te la has follado?

—Ya te digo que no. No quiero saber nada de ella.

—¿No? —interrogó Andrés—. Pues cada vez está más tremenda. Va mucho a la playa que hay cerca del puerto, y cada día va con un *modelito* distinto. La tía, desde luego, sabe vestir bien. Desde el balcón de mi piso la puedo ver cuando se quita el vestido y se queda en bikini. Está buena, pero que muy buena.

Simón supo que toda esa ropa que se estaba comprando era del dinero de la caja fuerte de la pastelería. Dinero que le había robado a él.

—Paso, Andrés. No quiero saber nada de ella.

—¿Y eso? ¿Habéis cortado?

—No. Solo que no tengo ningún interés en esa chica.

Alguna tarde, a partir de la tercera semana de julio, pasaron por el hostel sus colegas del colegio, con los que se iba a distanciar ese invierno. Pedro se matricularía en el instituto de Iluro. Santiago lo haría en Barcino, ya que su padre estaba destinado en el cuartel de allí. Y Matías comenzaría formación profesional en Sinera, donde su madre tenía el puticlub. Por lo visto había llegado a un acuerdo con su padre y cedió para que él dejara de estudiar y se preparara para su futuro laboral.

Hubo alguna tarde en que la barra del bar la coparon los tres, bebiendo y fumando, sin que Simón les llegase a cobrar nunca.

—¡Jo, tío! —le dijo Santiago—. Aquí eres el puto amo.

El hecho de que sus colegas lo visitaran en el bar, le permitía invitarlos sin tener que gastar ni un duro. Y las tardes que pasaron por allí, y antes de que se fueran, siempre les entregaba un paquete de tabaco a cada uno. Algo que sus amigos agradecían.

—Lo dicho, Simón —exclamó Matías—. El puto amo.

Una tarde pasó Magdalena por el bar. Simón se puso rojo, porque no esperaba verla. Ciertamente, esa chica era realmente atractiva y no había olvidado que fue la primera con la que tuvo una relación sexual.

Ella se sentó en una de las mesas de la terraza del hostel, sacó un paquete de tabaco, que dejó encima, y cruzó las bronceadas piernas, que sobresalieron por debajo de un vestido rojo.

—¿Qué te sirvo? —le preguntó con frialdad forzada.

La chica se quitó las gafas de sol y las dejó sobre la mesa.

—Un refresco de naranja.

—¿Algo más?

—Sí. Me gustaría que me respondieras a una pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Cómo es que estás trabajando aquí, de sol a sol, cuando podías estar viviendo de puta madre?

Simón arrugó la frente y se puso rojo, pero esta vez de ira.

—Lo estaría si se hubiera repartido el contenido de la caja fuerte de forma equitativa.

Mientras hablaba, se percató de que Magdalena seguía llevando el anillo de diamantes de la señora Adoración.

—En una sociedad que se precie, a veces los repartos se hacen a largo plazo. Ya veo que te molesta que no te hayamos dado lo que tú esperabas, pero en este negocio, como en todos los negocios, al principio hay más pérdidas que ganancias.

Simón se metió dentro del bar, sin responder. Abrió la nevera que había dentro de la barra y

cogió un refresco de naranja. Al salir vio que en la mesa de al lado, de donde se había sentado Magdalena, había una pareja de franceses de unos cincuenta años. Más allá, a apenas unos metros, estaba el gitano de la tienda de artículos de playa, que no le quitaba ojo a Magdalena. Ella ni siquiera se dio cuenta, ya que estaba entretenida fumando un cigarrillo que saboreaba como si fuese un manjar.

—Aquí tienes tu refresco —le dijo, dejándolo encima de la mesa.

—¿Qué te debo? —le preguntó, abriendo el monedero.

—Nada.

—El que nada no se ahoga —comentó bromeando.

—Estás invitada.

—Llevo días queriendo llamar a tu casa, pero no llamo para no molestar. Sé que lo tenéis que estar pasando mal con lo de tu madre. Y lo de tu padre —añadió.

—Gracias —le dijo Simón, y seguidamente se dirigió a la mesa de los franceses.

Mientras los servía, se acercó Andrés desde el quiosco que, al ver que había llegado Magdalena, quiso saludarla. Se sentó en la misma mesa, ya que desde la terraza del hostel podía vigilar la puerta del quiosco, lo que le permitía estar allí sin dejar escapar ningún cliente. Los dos iniciaron una conversación distendida, mientras Simón atendía a los clientes franceses.

—Siéntate con nosotros —ofreció Magdalena, cuando vio que Simón había servido y cobrado la mesa de al lado.

El chico dudó un instante.

—No puedo sentarme.

—¿Y eso?

—El dueño no quiere que lo haga.

Timoteo le había insistido sobre eso cuando comenzó a trabajar en el hostel. No quería ni que se sentara con los clientes ni que jugara a las recreativas que había en el bar.

—¿Qué horario haces? —le preguntó la chica, mientras Andrés se encendió un cigarrillo.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Estás un poco raro. No quieres verme, no quieres hablarme... ¿Tienes algo contra mí?

Andrés asistía en silencio a la conversación que estaban manteniendo ellos dos, sin intervenir en ningún momento.

—Entro a las nueve y salgo a las nueve.

—¡Doce horas!

—Sí. Doce horas de trabajo honrado —dijo elevando la voz con la última palabra.

—Tus padres tienen que estar muy orgullosos de ti, de verdad. Doce horas de curro diario.

¿Tendrás algún día de fiesta?

—Oye, Magdalena, no quiero seguir con esto.

—¿Cuánto te pagan?

—Déjalo. De verdad, no quiero seguir hablando contigo.

—Cuatro, seis, ocho, diez mil pesetas al mes. ¿Cuánto?

Simón comenzó a enfurecerse.

—¡Qué me dejes! —gritó entrando en el bar.

La chica se puso en pie y lo siguió ante la mirada expectante de Andrés, que no sabía qué ocurría entre ellos dos.

—Trabajando, uno no puede hacerse rico —le dijo Magdalena, cuando lo pilló metiéndose dentro de la barra—. Trabajando lo que se hace es pagar facturas y vivir el día a día, pero para

hacerse rico hay que hacer otras cosas.

Simón demudó la expresión.

—No soy un ladrón —exclamó.

En ese instante, en el interior del bar no había nadie.

—Sí que lo eres. Eres un ladrón y un asesino.

Simón estuvo a punto de abofetearla, pero se contuvo en el último momento.

—¡No lo soy!

—Eso se lleva en la sangre. Tú eres como yo, no nos diferenciamos en nada. Tus pequeños hurtos de la caja y el robo de la caja fuerte. Tienes madera de delincuente, aunque no quieras reconocerlo. Podías haber llamado al médico para que atendiera a la vieja, pero entonces tenías que haber confesado que estabas robando su caja fuerte. Pero no lo hiciste, sino que elegiste ser un criminal y dejar que la tía se muriera allí, desangrada. Y luego la arrojaste por la escalera para cubrirte.

—¿Qué es lo que quieres?

—Te quiero a ti. Somos dos partes iguales de una misma pieza.

—No. —El chico negó basculando la cabeza con furia—. Yo no soy quien tú te crees. Robé en la pastelería porque lo necesitaba. Pero ahora ya no lo necesito. Con el dinero que ganaré aquí me podré matricular en el instituto y luego iré a la universidad. Seré un hombre honrado.

Magdalena comenzó a reír de forma aparatosa ante el enojo de Simón, que cada vez le gustaba menos su actitud.

Desde el interior del bar vieron como Andrés se puso de pie con celeridad, y salió corriendo hacia el quiosco. En la puerta había un turista que cogió una revista y buscaba al dependiente para pagarla.

—¿Por qué no me has cobrado el refresco?

—Porque quería invitarte.

Ella lo miró sin perder la sonrisa en ningún momento.

—¿Me vas a invitar tú?

—Sí.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

—¿El qué?

—Invitarme.

—No te entiendo. Te invito, ya está.

—¿Pagas tú?

Simón arrugó la frente. En ese momento se dio cuenta de a dónde quería ir a parar ella.

—Sí. Marcaré en la caja el importe de tu refresco y lo pagaré de mi bolsillo.

—Lo dices ahora porque te he pillado, pero en caso contrario no lo hubieras hecho y el que me habría invitado es el dueño del bar.

—¿Y qué quieres decirme con eso?

—Que todos, en algún momento, robamos. Y, si es necesario, asesinamos. A mí no me vengas con ese papel de víctima que no ha roto un plato, porque no me vas a convencer.

Simón no respondió. Se limitó a marcar en la caja el importe del refresco de Magdalena y metió las 20 pesetas, que sacó de su bolsillo, en el cajón.

Mi padre anda buscando un chófer —siguió hablando la chica.

—No tengo edad de conducir.

—Pero sabes conducir. Dimas nos enseñó a todos a conducir y tú eras el mejor.

—También nos enseñó a disparar y no por eso tengo que disparar.

Magdalena se encendió un cigarrillo y expulsó el humo con furia. Una columna se desplazó hacia el plafón del techo.

—Es un Seat 124 Sport, uno de los coches más rápidos que existen.

—No me interesa.

—No tendrás que hacer nada —insistió—. Solo conducir, y por eso te podrás llevar mucho dinero.

Simón hizo como que no la estaba escuchando y comenzó a secar unas copas con un trapo de tela.

—Cuando digo mucho dinero, quiero decir mucho dinero —dijo más despacio.

—¿De cuánto estamos hablando? —se interesó Simón.

—Puede que de unos doce millones de pesetas.

Las últimas palabras de Magdalena forzaron a que prestara atención.

—¿Doce millones de pesetas a repartir entre cuántos?

—Seremos tres.

—¿Tres?

—Tú, yo y mi padre.

—¿Nadie más?

—Nadie más.

—¿Lo repartiremos como se repartió lo que había en la caja fuerte de la pastelería? —preguntó con tono irónico.

—Me parece insólito que después del tiempo que hace que nos conocemos, sigas dudando de mí —espetó con furia—. Eres el tío más desconfiado que he conocido en mi puta vida.

—Nunca me tendría que haber fiado de vosotros —escupió con rabia.

—¿Crees que alguien que no es de fiar te ofrecería la oportunidad de ganar cuatro millones de pesetas en menos de una hora?

—Nadie da duros a cuatro pesetas. Estoy convencido de que si pensáis en mí es porque hay gato encerrado.

—¡No lo hay! —gritó Magdalena—. Creo que eres un buen chico y que te mereces algo mejor. Por eso queremos ofrecerte esta oportunidad.

—¿Y ese anillo?

Magdalena enseguida tapó el anillo, que llevaba en la mano izquierda, con su mano derecha.

—¿Qué pasa con él?

—Es el de la señora Adoración.

—No lo es.

—Sí que lo es. Lo tuve unas horas en mi monedero y sé que es el que la vieja guardaba en su caja fuerte. Ese anillo vale unas cincuenta mil pesetas.

—Es un anillo de mujer, tú nunca te lo pondrías.

—¿Por eso te lo has quedado?

—Mi padre me dijo que deberíamos venderlo y repartir el dinero en tres partes. Pero a mí me gusta y para quedármelo tendría que darte tu parte. Y no tengo tanto dinero.

La chica se lo arrancó del dedo y lo dejó sobre la barra.

—¿Es esto el origen de tu desconfianza?

—Me lo podrías haber dicho.

—No creí que fuese importante, porque no tenía intención de vender las joyas. El dinero no

deja rastro, pero las joyas sí. Y un anillo de diamante no se puede partir.

Simón cogió el anillo y le pidió a Magdalena que alargara la mano izquierda. Luego se lo colocó en su dedo medio.

—¿Me estás pidiendo en matrimonio?

—Quédate el anillo, es tuyo. Pero no quiero que vuelvas por aquí —le dijo con la voz rota—. No quiero saber nada más ni de ti ni de tu padre.

La chica cogió una servilleta de papel y anotó un número en ella.

—Este será mi número de teléfono a partir de la semana que viene. Mi padre lo ha pedido, pero todavía no han instalado la línea, aunque sí que nos han asignado el número. Llámame cuando estés harto de deslomarte trabajando, de estar de pie, de servir a los demás, de ganar una mierda de sueldo y de ver como tu vida se consume sin hacer nada ni por ti ni por tus padres.

Seguidamente se inclinó hacia delante para darle un beso, pero él apartó la cara.

—Espero tu llamada —le dijo antes de salir del bar.

Simón la contempló mientras cruzó la riera y luego torció hacia abajo, dirección al mar.

Capítulo 60

Las leyes, como las casas, se apoyan unas en otras.

Edmund Burke

Cuando faltaba una media hora para que Timoteo lo relevara, y mientras estaba recogiendo una mesa de unos franceses que se acababan de marchar, Simón se sorprendió al ver a Dorata en la calle, al lado de una de las sombrillas del hostel. La chica vestía con unos pantalones cortos blancos y una camiseta, también blanca. Se había calzado con unas sandalias rojas, que resaltaban sobremanera el color moreno de sus pies. El pelo se lo había recogido en un moño alto de donde sobresalían tiras de cabello rizado que le bordeaban el cuello. En ese instante, con la claridad del atardecer que se colaba por la cristalería, y el destello que manaba directamente de su ropa, Simón la contempló como si fuese un ángel mulato.

—¡Dorata! —la mencionó al salir a la riera.

—Hola, Simón.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a verte. Me quería disculpar contigo.

—¿Disculparte? ¿Por qué?

—El otro día me enfadé sin motivo y quería que me perdonaras.

Simón sabía que se refería a cuando ella lo acompañó a su piso y le dijo que podía prestarle dinero, si lo necesitaba. Pero no comprendía el porqué venía ahora a disculparse.

—No pasa nada, de verdad —quiso tranquilizarla.

—¿A qué hora terminas?

Simón miró su reloj de pulsera.

—En quince minutos viene el dueño a relevarme y yo ya me puedo ir.

—¿Te apetece que te acompañe hasta tu piso?

El chico dudó un instante.

—Sí, claro. Me encantaría.

—¡Vale! Me espero por aquí hasta que salgas.

Cruzó la riera y se sentó en un banco de piedra que había al otro lado del hostel.

Mientras Simón recogía las últimas mesas sucias de la terraza, antes de que llegase Timoteo, Elián se asomó a fumarse un cigarrillo.

—¿La mulata te está esperando a ti?

—Sí, es una amiga.

—Está buena.

—Es guapa —contravino Simón.

—¿Y la que estuvo en la terraza al principio de la tarde?

—¿Quién?

—La pequeñita esa que vivía en una caravana con su padre.

—Una amiga.

—¿Una amiga? —sonrió el gitano—. Me parece que estás hecho un casanova de cuidado.

Cuando llegó Timoteo, Simón cruzó la riera y recogió a Dorata. La chica seguía esperándolo sentada en el banco, mientras leía un libro de bolsillo.

—Lamento la espera —le dijo—. Hay días que el dueño llega un poco más tarde.

En ese momento pasaban diecisiete minutos de las nueve de la noche.

—No te preocupes, Simón.

Por la acera de la riera, en ambos sentidos, circulaban bastantes personas que en ese momento estaban yendo hacia el parque, en la parte de abajo, o subían hacia arriba, en el centro del pueblo. Muchos de esos viandantes observaron a la pareja, mientras estaba de pie al lado del banco.

—¿Quieres que vayamos por el paseo marítimo? —le preguntó Simón.

—¿No te importa que nos vean juntos?

—¿Importarme? ¡Qué tontería!

—La gente sigue mirando con asombro a las que son como yo.

Simón nunca había reparado en que esa chica era mulata. Había visto a su padre en contadas ocasiones, porque tampoco se dejó ver mucho por el colegio. El padre de Dorata trabajaba en la cementera de Iluro desde que llegaron a Roquesas. Su madre ya no vino con ellos, porque, según contó la chica, había fallecido cuando ella era una niña y vivían en Haití. Los dos se establecieron en un piso del puerto. En esa zona vivían las familias más pobres y con menos recursos, en unas viviendas que se construyeron a mediados de los años cincuenta con materiales baratos. Por regla general no estaba bien visto que las familias acomodadas se relacionaran con las familias pobres. Y tampoco lo estaba que los blancos se mezclaran con los negros o los gitanos. Por lo que Dorata manifestó su incomodidad de que los vieran juntos. Pero el chico, más allá del color de la piel o el estrato social, lo que vio fue que la situación familiar de Dorata y la suya era muy similar. Ambos residían en pisos económicamente baratos y los dos coincidían en que sus familias eran pobres.

—La gente es estúpida. —Simón chasqueó la lengua—. Si se mirasen más ellos, en vez de mirar tanto a los demás, se darían cuenta de lo insulsas que son sus vidas. —Dorata sonrió mostrando unos dientes tan blancos como el marfil—. ¡Ven! Regresemos dando un paseo por el parque.

Y le cogió la mano.

Pasaron por debajo del puente de la vía del tren, agachando la cabeza para no tocar en la parte de arriba. Después de subir una rampa de no más de diez metros, asomaron sus cabezas por el parque, desde donde se podía ver el mar al fondo. Abajo, en la playa, varios grupos de pescadores preparaban los aparejos para salir a pescar en alta mar.

Mientras caminaban, dirección al barrio de Simón, se cruzaron a algunos compañeros del colegio y algunos padres que los saludaron. Hubo quien compuso una mueca de disconformidad, porque ni Dorata ni su padre eran bien vistos en el pueblo. Sin embargo, Simón nunca escuchó decir a su madre que no se juntara con esa chica, todo lo contrario de lo que ocurría en el caso de Magdalena.

—Gracias por dejar que te acompañe —le dijo Dorata cuando salieron del parque y comenzaron a caminar por la acera del paseo marítimo.

—El que tengo que estar agradecido soy yo.

La presencia de esa chica le aportaba tranquilidad.

—He visto que estás saliendo con Magdalena... —comentó cuando casi estaban llegando al piso de Simón.

—No estamos saliendo —la interrumpió con brusquedad.

—Pero vais juntos.

—Hemos quedado un día para ir al cine y en alguna ocasión hemos conversado. Pero entre ella y yo no hay nada.

—¿No es tu novia? —interrogó Dorata con cierta ilusión en la mirada.

—Ni lo es ni lo ha sido nunca —zanjó Simón antes de despedirse.

Dorata dio media vuelta y regresó por el mismo camino por donde unos minutos antes habían estado paseando los dos juntos.

Capítulo 61

*La vida no es justa,
acostúmbrate a ello.*

Bill Gates

Cerca del hostel, al lado del puente que había debajo de la vía del tren, alguien abandonó un Renault 8. Dijeron que al dueño se le clavó el motor del coche y lo dejó allí hasta que viniera una grúa a recogerlo y llevarlo al taller. Simón recordaba haberlo visto los primeros días de empezar a trabajar en el hostel, pero no le había prestado atención hasta que una noche, unos minutos antes de que Timoteo lo relevara en el bar, vio como Andrés cruzó la riera, se aproximó al vehículo, abrió el maletero, y dejó algo en su interior. Luego lo cerró de nuevo y se marchó por el lateral de la calle, mirando hacia atrás para asegurarse de que nadie lo había visto.

En esos años era bastante habitual que hubiera coches abandonados en la calle, cuyos propietarios no podían costear la reparación de los mismos y los dejaban en el mismo lugar donde habían dejado de funcionar. Poco a poco, esos coches iban perdiendo piezas que alguien necesitado de ellas aprovechaba para sus propios vehículos. Si las ruedas estaban en buen estado, eran las primeras en desaparecer, ocupando su lugar un ladrillo que dejaban debajo, para que la carrocería no tocara el suelo. Después iban robando los faros, los retrovisores y piezas sueltas del interior, a las que todavía se les pudiera dar un segundo uso. En unas semanas el vehículo se convertía en un amasijo de hierros informes, cuyos cristales rotos dejaban que el barro de la riera se colara dentro y lo ensuciara. Los trámites del Manco, para agilizar el traslado del vehículo a algún desguace, eran inexistentes. Y las patrullas de la guardia civil, cuando pasaban por allí, no se inmiscuían al ser un asunto municipal cuya competencia era única y exclusivamente del ayuntamiento.

En el caso de ese Renault 8 no hubo expolio, porque su dueño lo dejó al lado del puente que cruzaba debajo de la vía del tren, entre la riera y el parque. Era un lugar tan visible que cualquiera que se entretuviera en quitarle piezas al coche sería visto desde el hostel, la tienda de artículos de playa, el quiosco, o por cualquier turista que fuese o viniese de la playa.

Simón estuvo pendiente, al día siguiente, para comprobar si Andrés realizaba la misma operación que el día anterior. Y, unos minutos antes de las nueve, lo vio cruzar de nuevo la riera y dirigirse al Renault 8. Abrió la puerta con llave y después, desde el interior, accionó el tirador para abrir el maletero, que estaba en la parte delantera, ya que ese modelo tenía el motor atrás. Vio como dejó algo y seguidamente cerro el capó. Después se fue por la misma acera, dirección a su casa.

Un día después, por la tarde, cuando Andrés entró en el bar a comprar su paquete de tabaco diario, Simón le preguntó:

—¿Qué hacías ayer por la noche en el maletero del Renault 8?

Andrés lo miró desconcertado, porque no se esperaba que alguien lo hubiera visto.

—Nada. Sentí curiosidad de saber qué hay en el interior de ese coche.

—Pero te vi abrir con llave.

—Está bien. —Aceptó—. Guardo el tabaco en el maletero para que mi madre no lo vea. Ella ha comenzado a sospechar que yo fumo y sé que por la noche registra mi habitación y los bolsillos del pantalón, porque no quiere que lo haga.

—¿Y lo guardas en ese coche?

—Lo guardo ahí porque en casa no lo puedo guardar. Mi madre se daría cuenta y se enfadaría conmigo.

—Pero yo he visto que tu madre fuma.

—Sí, lo hace. Pero siempre me recuerda que es un mal vicio y es mejor no comenzar para no engancharse.

A Simón le suscitaba una enorme curiosidad la relación tan afectiva que mantenía Andrés con su madre, muy alejada de la que mantenía él con sus padres. Mientras que la madre de su amigo era una espléndida mujer joven y atractiva, la suya era una mujer madura y enferma.

—Oye, Andrés, si quieres dámelos a mí y yo te los guardo.

Le parecía absurdo que su amigo guardara los paquetes de tabaco en el maletero de ese coche.

—Bueno, es que son varios paquetes. Los he ido acumulando, ya tengo bastantes, y me parece un buen sitio para dejarlos. No quiero molestarte.

—¿Y no tienes miedo de que alguien te los quite?

—¡Qué va! El dueño dejó las llaves puestas en el bombín y el maletero se abre desde dentro, tirando de una cinta. Después de dejar los paquetes, cierro el coche de nuevo con la llave y me la quedo para poder abrirlo al día siguiente.

—Pero ese coche, con toda seguridad irá al desguace. Cualquier día se lo lleva la grúa y te quedas sin el tabaco.

—Ya he pensado en eso —sonrió Andrés—. El desguace es el de la carretera de Sinera y la grúa, en ese caso, lo dejaría allí unos días hasta que alguien lo reclame o lo destruya para hacer chatarra. Y durante ese tiempo puedo ir cualquier noche, saltar la valla, y abrir el maletero con mi llave y coger el tabaco.

Simón se sorprendió de que Andrés lo tuviera todo tan bien planificado. Y en ese instante estuvo tentado de hacerle partícipe de un negocio que hacía días le rondaba la cabeza. Pero necesitaba más tiempo para saber si se podía fiar o no de él.

Capítulo 62

*El arte de vencer
se aprende en las derrotas.*
Simón Bolívar

El miércoles 1 de agosto, antes de salir de su piso para ir a trabajar al hostel, Simón contó el dinero que tenía guardado en el interior del colchón de su habitación. Comprobó que con la estafa del tique sin marcar de la caja registradora había acumulado bastante. El jornal que le pagó Timoteo se lo entregó íntegro a su madre, ya que lo necesitaba para los gastos del hogar y los derivados de las respectivas enfermedades, como los viajes a Barcino, las visitas a la curandera y las consultas al médico privado que le diagnosticó el Parkinson. Su padre ya no ingresaba el sueldo extra de trabajar por las noches, porque ya no podía acudir en horario nocturno. Y, a través del médico de cabecera de Roquesas, y el especialista de Iluro, estaba tramitando una larga enfermedad que le supondría un recorte del sueldo de casi el cuarenta por ciento.

La.

Ruina.

En el interior del colchón ya tenía acumuladas más de veinte mil pesetas. Y, teniendo en cuenta que un Renault 5 Copa costaba unas ochocientas mil, al ritmo que iba podía tener esa cantidad cuando cumpliera los dieciocho años. Pero, ¿qué ocurriría con el instituto? No podía cubrir todos los gastos con ese dinero, necesitaba más.

Durante la mañana, y después de limpiar con un trapo las sillas y las mesas de la terraza, se encendió un cigarrillo y observó el tramo de la riera que pasaba por delante, hasta que se perdía en los puentes que pasaban por debajo de la vía del tren, al lado del Renault 8 abandonado. Había montones de turistas que caminaban apresurados bajo los cálidos rayos de sol. Espectaculares chicas en bikini y bronceados jóvenes en pantalón corto. Simón observó su brazo desnudo, que desprendía una refulgente luz blanca. Eran los brazos de un adolescente. Nervudos de trabajar, pero blanquecinos. Lamentó que, viviendo en una zona de playa, apenas tuviese tiempo de disfrutar del mar.

Cerca de la puerta principal del hostel, en la parte baja de la riera, había un embarcadero que disponía de un nutrido grupo de pescadores que salían a pescar a diario en sus barcas. El estereotipo de marinero estaba bien definido, tanto que se distinguía a simple vista. Era sencillo identificarlos en cuanto asomaban por la puerta del bar. Solían entrar solos, o en parejas, nunca en grupo, porque llegaban al bar conforme anclaban sus barcas en la playa. Esos hombres eran fuertes, de tez descuidada, con barba de días y manos callosas. Lo más característico de todos era su voz ronca y, en algunos casos, afónica. Y tenían esa voz porque fumaban. Cuando entraban en el bar, lo primero que hacían era pedir un paquete de tabaco, que Simón les entregaba cogiéndolo de la estantería que tenía detrás.

—Oye, Andrés, ¿cuántos cartones de tabaco caben en ese Renault 8? —le preguntó, señalando el coche con la cabeza.

—No sabría decirte, quizá quepan cincuenta cartones. O puede que más.

—Cincuenta cartones está bien —aceptó Simón—. Son quinientos paquetes de tabaco.

—Tendrías que ver el maletero por dentro, porque no está vacío.
—¿Qué hay?
—Una manta, una caja de herramientas con alguna llave inglesa y una rueda desinflada.
—Entonces, ¿cuántos cartones cabrían? —insistió Simón.
—Supongo que unos veinte. ¿Para qué quieres saberlo?
—Un cartón son diez paquetes de tabaco, doscientos cigarrillos. Y veinte cartones son cuatro mil pitillos —murmuró como si estuviera pensando—. Creo que con esa cantidad me vale.

Durante las dos semanas siguientes, hasta el quince de agosto, Simón le estuvo entregando a Andrés varios cartones diarios de tabaco rubio y negro, que sustraía del bar, por las tardes, cuando había terminado de colocarlo en la estantería. Para mantenerlo al margen, le dijo que ese tabaco lo compraba a precio de coste y pretendía revenderlo para sacarse un sobresueldo. Le pidió, por favor, que no se lo dijera a nadie, ya que cuanta menos gente lo supiera, mejor. Andrés aceptó y los almacenaba por la noche en el maletero del Renault 8, procurando, como le había advertido Simón, que no le viera nadie.

Cuando el maletero estuvo lleno hasta los topes, entonces Andrés se paseó por el embarcadero y probó a ofrecerlo a un pescador que en ese momento estaba reparando una red de pesca junto a su barcaza.

—Señor, ¿quiere usted tabaco? Dispongo de cajetillas de rubio o negro, según prefiera.
—Gracias, chico. Pero ya lo compro en el bar de la bolera o en el estanco —respondió.
—Yo se lo puedo traer hasta aquí al mismo precio.
—¿Al mismo precio de venta del estanco? —cuestionó el pescador—. ¿Entonces dónde está tu ganancia?

—Lo adquiero a precio de coste —respondió Andrés, tratando de convencerlo.

El pescador, que tendría casi sesenta años, se quitó la gorra de visera que le cubría el poco pelo cano que le quedaba y dibujó una amplia sonrisa en sus ajados labios. A ese hombre le parecía loable que un niño de catorce años, que no tenía padre, se dedicara a vender tabaco para sacarse un dinerillo. Aceptó su ofrecimiento, pensó que Andrés lo compraba directamente a algún estanco y que lo que se sacaba era la diferencia entre el precio de coste y el precio de venta.

—Pues dame dos paquetes de Ducados —le dijo.

Andrés salió corriendo sobre sus piernas cortas, dirección al Renault 8. Cuando llegó, miró a ambos lados, para cerciorarse de que nadie lo estaba observando, abrió la puerta y luego el maletero. Cogió dos paquetes de Ducados, tal y como le pidió el pescador, y regresó en menos de diez minutos al embarcadero.

—Tenga, señor —le dijo mientras le entregaba los dos paquetes.

—Estás hecho un buscavidas —sonrió. Y seguidamente le pagó el importe del tabaco, más un duro que le dio de propina.

Otro pescador, que estaba limpiando el interior de su barca con una manguera, se interesó por lo que ese chico estaba haciendo allí.

—¿Quieres tabaco, Ezequiel? —le preguntó el pescador que acababa de comprar los dos paquetes—. Este chico te lo trae hasta aquí.

—¿Tienes Winston? —preguntó gritando.

—Sí, señor.

—Pues tráeme un cartón.

—Enseguida, señor.

Y Andrés salió corriendo de la playa dirección otra vez hacia el Renault 8. Antes de llegar, asomó la cabeza al quiosco, por si había algún cliente esperando, y viendo que no había nadie, realizó la misma operación de abrir el coche y coger el tabaco que le habían pedido.

A final del mes de agosto los pescadores habían ampliado los pedidos y, junto al tabaco, demandaban latas de cerveza. El hecho de que Andrés les proveyera de cigarrillos y bebida, conseguía que trabajaran más, ya que no tenían que desplazarse hasta el bar o el estanco, con la consiguiente pérdida de tiempo que eso les suponía.

—Niño, ve al bar y tráeme un paquete de Ducados. Y dos latas de cerveza.

—Enseguida, señor.

Andrés corrió como una bala hasta el coche y las cervezas se las pidió a Simón, que se las entregó frescas de la nevera. En aquella época Skol eran los únicos que la enlataban. No debía ser mala, porque a los pescadores les encantaba. Andrés contó que uno de ellos había llegado a beberse hasta 30 latas en una tarde. El pescador le entregó un billete de 100 pesetas: 27 del paquete de Ducados y 33 de cada lata de cerveza, lo que sumaba 93 pesetas. No hacía falta que le dijera que se quedara el cambio, porque las 7 pesetas sobrantes era el pago por ir al bar, pedir las cervezas y regresar.

Simón y Andrés sacaban en limpio la ganancia del tabaco, pero las cervezas tenían que pagarlas como si se hubieran adquirido en la barra. De cada paquete vendido le daba 7 pesetas a Andrés, que junto a las 7 que le daban los pescadores, se sacaba 14 pesetas por viaje.

A principios de septiembre, los dos habían conseguido unos ingresos que rondaban las treinta mil pesetas cada uno. El negocio del tabaco y la cerveza iba viento en popa.

Capítulo 63

*Nunca sabes lo fuerte que eres,
hasta que ser fuerte es la única opción que te queda.*
Bob Marley

Una tarde pasó Dimas por delante del bar a bordo de un Renault 12. Al ver a Simón sirviendo en la terraza del hostel, se detuvo en la riera y levantó la mano a través de la ventanilla, saludando. El rugido del motor era tan fuerte que tuvo que alzar la voz para hacerse oír.

—¡Simón! —lo llamó—. Cuánto tiempo sin verte.

Dimas paró el motor del coche y se bajó. Subió la acera y, de dos zancadas, llegó hasta la terraza del bar. Dos chicas extranjeras, que estaban tomando un vaso de horchata, lo miraron con temor. El aspecto de Dimas, con su tez ajada, el pelo largo por detrás, la ropa deslustrada, y la voz ronca, no les ofreció ninguna confianza.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó el chico.

—Sí, claro. Una cerveza estará bien.

—Vamos dentro —sugirió Simón.

En el interior del bar, en la barra, le podría invitar sin que nadie se diera cuenta.

—¿De jarra o de botella? —le preguntó.

—Siempre de botella, Simón —respondió Dimas—. Cuando bebas en un bar o en una discoteca, pide una botella y que te la abran delante, así te aseguras de que nadie te eche mierda dentro.

Mientras conversaban en la barra, entró Andrés y saludó a Dimas.

—¡Andrés, cojones! ¿Cómo tú por aquí?

Andrés le explicó que estaba trabajando en el quiosco de la esquina, y entonces Dimas se alarmó.

—¡Dios! Trabajando nunca haréis nada de provecho. Vosotros deberíais estar en el instituto.

—El instituto es para los ricos —refutó Simón.

—La educación debería ser igual para todos, los que la pueden pagar y los que no —comentó Dimas.

Andrés no podía entretenerse en hablar y le pidió un paquete de seis cervezas Skol a Simón, que las sacó de la nevera y se las entregó. A Dimas no le sorprendió, porque él mismo había invitado a esos chicos a tomar cerveza muchas tardes, incluso siendo más niños. Entonces, ante su expresión de asombro, fue el propio Simón el que le explicó que esas cervezas no eran para él, sino que las quería para vendérselas a los pescadores del puerto, a los que proveían de cerveza y tabaco.

—¿Habéis montado un negocio?

—Algo así. Ellos le hacen los pedidos a Andrés —respondió—. Él los recoge aquí, se los entrega y les cobra.

—¡Esos son mis chicos! —exclamó Dimas, sin perder su media sonrisa—. ¿Y cuánto ganáis?

Andrés se encogió de hombros, ya que no quería responder a esa pregunta. Pero Simón salió al paso, evitando dar más explicaciones de las necesarias.

—Los pescadores siempre redondean el pago, lo que es una comisión por nuestro servicio —explicó—. Y el precio de venta de la cerveza y el tabaco es el precio al público, pero nosotros lo adquirimos a precio de coste. La diferencia es nuestra ganancia —concluyó.

—Yo me voy —se despidió Andrés—. Tengo que entregar estas cervezas —las elevó por encima de su cabeza— y no me puedo ausentar mucho rato del quiosco.

Simón vio que Dimas ya se había bebido el botellín y le sirvió otro. El hombre dejó un billete de cien pesetas encima del mostrador, pero Simón lo apartó.

—Tu dinero no vale aquí —le dijo.

—No, coge el dinero —insistió—. No quiero darte problemas.

Simón recogió el billete y lo introdujo en la caja registradora.

—¿Qué te parece si yo os proveo de cerveza?

—¿Para el bar?

—No, me refiero para los pescadores. Me has dicho que el tabaco y la cerveza lo sacáis a precio de coste. Pero yo os podía conseguir la cerveza más barata.

—¿De dónde la sacarás?

—Tengo contactos. Os puedo conseguir paquetes de Skol a mitad de precio y vosotros solo tenéis que pagarme, digamos, 15 pesetas por lata. ¿Qué os parece?

—Me parece bien —aceptó Simón—. Pero el problema es que no sé dónde almacenar la cerveza.

—¿Dónde almacenas el tabaco?

Simón dudó antes de responder. Lo suficiente como para que Dimas se diera cuenta de que desconfiaba de él.

—Lo guardamos en el maletero del Renault 8 que hay al lado del puente —señaló con la cabeza hacia la riera.

—El maletero de ese coche es muy pequeño.

—Sí, ya. Pero no se nos ocurre otro sitio.

—Oye, podríamos hacer una cosa —comentó Dimas, ilusionado—. Yo te podría traer las cervezas en el maletero de mi Renault 12 y dejarlo aparcado en la calle de atrás. Te dejaría las llaves y así Andrés y tú las podríais coger de ahí directamente. Cuando se terminaran, o estuvieran a punto de terminarse, solo tendrías que decírmelo y me llevaría el coche y lo traería de nuevo, lleno de paquetes de cerveza. ¿Qué te parece?

Simón aceptó, porque así el margen de ganancia con las cervezas sería mayor. Pero le asustaba saber que desde entonces ya serían tres en el negocio y tenía la extraña sensación de que Dimas no pasó por allí por casualidad y que era conocedor del negocio de la venta de tabaco y cerveza.

Dimas regresó al bar a la tarde siguiente. En esta ocasión iba vestido con un traje que sin duda debió ser elegante en el pasado, pero ahora la chaqueta estaba gastada por los codos. A Simón le disgustó verlo tan seguido, ya que hacía varias semanas que no sabía nada de él y ahora se presentaba en el hostel donde trabajaba dos tardes sucesivas. No podía evitar relacionar esas visitas continuas con la última conversación que mantuvo con su hija.

—¿Qué te pongo? —le preguntó, mientras pasaba una bayeta por encima de la barra.

—Un café.

Mientras Simón preparaba el café, Dimas sacó un paquete de tabaco y lo dejó sobre la barra. Cogió un cigarrillo y se lo encendió. El chico conjeturó que había clavado los ojos en su nuca y

se sintió observado.

—Aquí tienes —le dijo mientras le servía el café.

Mi hija y tú siempre os habéis llevado muy bien. Hacéis buena pareja.

Simón salió a la terraza, cuando vio que dos chicas extranjeras iban a sentarse en una de las mesas que había más cerca de la cristalera. Ni siquiera se esperó a que lo hicieran, ya que no le apetecía seguir conversando con Dimas.

En el bar del hostel había dos máquinas recreativas en el pasillo que iba desde la barra a las habitaciones. Timoteo decidió colocarlas allí, porque dijo que la recaudación de esas máquinas pagaba el alquiler del bar. Mientras Simón preparaba los dos refrescos que le habían pedido las extranjeras, Andrés entró por la puerta y saludó al padre de Magdalena.

—¿Qué tal, Andrés? —le preguntó Dimas.

—Con mucho calor —respondió sudoroso—. Dame una lata de cerveza —le solicitó seguidamente a Simón.

Simón la sacó de la nevera y se la dejó encima de la barra. Andrés la cogió con la mano izquierda, mientras que con la otra extrajo una moneda de veinticinco pesetas del bolsillo de su pantalón y lo echó en la primera máquina, la que estaba más cerca de la barra. Los tres rodillos luminosos giraron unos segundos y se detuvieron sin que tocara ningún premio.

Dimas, que no le quitó ojo, le propinó un sorbo a su café y, seguidamente, dijo:

—Ese es un mal vicio, muchacho. Si no te controlas, al final el descontrol te volverá un descontrolado.

Andrés lo miró con sus serpentinos ojos, pero sin decirle nada.

—¡Espera! —exclamó Dimas, cuando Andrés salía por la puerta del bar.

El chico se detuvo en la puerta, se giró y lo miró extrañado.

—¿Qué?

—Dale una moneda de veinticinco pesetas —le dijo a Simón, pero sonó a orden.

—¿Una moneda?

—Sí —corroboró Dimas—. Coge una moneda de la caja registradora y dásela a Andrés para que la juegue en la tragaperras. —Mientras hablaba mostró una moneda en su mano—. No te preocupes, que yo la repongo.

—Me tengo que ir —insistió Andrés, desde la puerta.

—¡No te vayas! —rugió Dimas.

—¿Qué es esto, una especie de juego? —se molestó Simón.

—¡Está bien! —aceptó Andrés. Y se acercó hasta la barra y le cogió de la mano la moneda que le entregó Simón.

Sin tiempo que perder giró sobre sus pies y la introdujo en la tragaperras, la misma en la que minutos antes había echado una moneda. Apretó el botón y los rodillos giraron hasta detenerse en tres naranjas enormes. De la máquina surgió una música pegadiza y el cajón metálico de la parte inferior comenzó a llenarse de monedas.

—¡Toma! —le dijo Dimas a Simón, entregándole la moneda que sostenía en su mano.

—¡Joder! —exclamó Andrés—. Menuda potra tienes.

—No, la suerte es tuya. Porque tú eres el que has jugado.

—De eso nada, tío, porque la moneda era tuya.

Ninguno de los que había en ese instante dentro del bar se percataron de que, en la acera de enfrente, al otro lado de la riera, los observaba Etienne, el padre de Dorata.

El hecho de que Andrés sacara el premio gordo de la tragaperras, hizo que durante los días siguientes echara dinero cada vez que pasaba por allí. Y no se conformaba con echar una moneda, como había hecho antes, sino que incluso descambiaba un billete de quinientas pesetas para perderlo en la máquina.

—No juegues tanto —protestó Simón— o te quedarás sin un duro.

—Tranquilo, que yo controlo —repuso Andrés.

Simón, en el tiempo que llevaba trabajando en el hostel, había escuchado a muchas personas decir lo mismo, que se controlaban cuando jugaban a la máquina tragaperras. Pero lo que vio fue ludópatas que no podían evitar arruinarse mientras echaban una moneda detrás de otra.

Y luego otra.

Y otra.

Había visto hombres que se dejaron el sueldo en una tarde. Y mujeres que mientras el carro de la compra permanecía aparcado en la puerta del hostel, habían echado en la máquina el dinero de su sustento. Pero a él nunca le apeteció jugar, pese a que una vez le tocó el premio gordo en la recreativa de la bolera y hacía unos días había visto como Andrés, con una moneda que él le entregó, sacó el gordo también. El juego, no sabía por qué, no le tentaba.

Capítulo 64

La vida es una calle de sentido único.

Agatha Christie

Un domingo por la tarde pasó Dorata por delante del bar, acompañada de su padre. Los dos se detuvieron justo enfrente de la cristalera y esperaron a que Simón reparara en ellos. Ella, al verlo, lo saludó con efusividad.

—¡Simón! ¡Qué alegría verte!

—Hola, Dorata —le devolvió el saludo.

—Hola, muchacho —lo saludó su padre.

—¿Os apetece tomar algo?

—Sí, claro, estaría bien. ¿Verdad, papá?

Los dos se sentaron en una mesa de la terraza, ante la atenta mirada del gitano de la tienda de al lado, que no le quitó ojo a la chica.

—¿Qué os sirvo? —les preguntó Simón, pasando un paño húmedo por la mesa y limpiando los restos de unas botellas que acababa de recoger.

—Una cerveza de botella —solicitó Etienne.

—Una horchata —pidió Dorata.

—¿Quieres algo más con la horchata? Como un cruasán, por ejemplo.

—Vale —aceptó la chica.

—¿Te lo caliento?

—Sí, perfecto.

Mientras Simón preparaba las consumiciones en el interior de la barra, reparó que los dos, padre e hija, estaban hablando bajito, ya que incluso se habían acercado para que nadie más los pudiera escuchar. De vez en cuando, al menos en dos ocasiones, el padre de Dorata miró hacia donde estaba él, pero no pudo verlo porque el reflejo de la cristalera se lo impedía. Parecía como si estuviera pendiente de cuándo saldría Simón para dejar de cuchichear. En ese instante tuvo un mal presagio y pensó que esa chica se había encaprichado de él.

—Aquí tenéis —les dijo mientras dejaba sobre la mesa los dos vasos, con la cerveza y la horchata, y el plato con el cruasán caliente y un cuchillo y un tenedor envuelto en una servilleta de papel.

—¿Te puedes sentar con nosotros? —le preguntó Etienne.

—No, lo siento. Me lo tienen prohibido.

—Entiendo.

—Si te apetece paso más tarde —le dijo Dorata—, cuando hayas terminado tu jornada.

Simón no estaba seguro de seguir con esa relación, aunque eran de la misma edad y pensó que quizá le vendría bien salir con ella, porque era una buena chica. Y esos días le interesaba distanciarse de gente nociva como Magdalena y su padre.

—Sí, sería estupendo. A las nueve y cuarto seguro que estaré.

Dorata sonrió.

—Te esperaré allí enfrente, donde la otra tarde. —Y con su cabeza señaló hacia el otro lado

de la riera.

—¿Qué te debo? —le preguntó Etienne, metiendo la mano en el bolsillo de su pantalón.

Simón estuvo tentado de decirle que estaban invitados, pero sabía que un hombre trabajador y honrado se sentiría molesto.

—Noventa pesetas —le dijo.

Cuando Etienne le fue a pagar, golpeó sin darse cuenta el plato donde estaban los cubiertos para cortar el cruasán, con tan mala suerte que el cuchillo cayó de punta, directamente al suelo. Simón no tuvo tiempo de retirar su pie y el cuchillo se le clavó en los dedos.

—¡Maldita sea! —gritó el padre de Dorata—. ¡Maldita torpeza la mía!

Un matrimonio que había en la mesa de al lado se escandalizó y el hombre se puso en pie de inmediato. En su precario castellano parecía que les estaba diciendo que era médico. Simón, repuesto del susto inicial, se dio cuenta de que no sentía ningún dolor. Se agachó con celeridad y cogió el cuchillo, extrayéndolo de la bamba. Seguidamente se descalzó, quitándose el calcetín.

—¡Jo! —gritó el gitano que se había acercado al escuchar el jaleo que se formó en la terraza del bar—. ¡No he visto nunca a nadie con tanta suerte!

El cuchillo había atravesado el calzado, pero se coló entre medio del dedo gordo del pie derecho y el segundo dedo. Fue tal la precisión, que ni siquiera rozó la piel de ninguno de los otros dedos.

Capítulo 65

*No hay dinero en la poesía,
tampoco hay poesía en el dinero.*

Robert Graves

Un día, Andrés se había gastado en las tragaperras todo el dinero de la venta del tabaco y la cerveza, y le solicitó un anticipo a Simón.

—¡Joder, Andrés! —protestó—. Al final te van a echar del quiosco.

Mientras estaba allí, jugando a la tragaperras, el quiosco estaba desamparado sin nadie que lo atendiera. Pero Andrés ya le había dicho al gitano de la tienda de al lado que le avisara si venía algún cliente.

A Simón no le gustaba que su colega echara dinero a la máquina recreativa. Que un adolescente de catorce años, que trabaja en un quiosco de prensa, estuviera tanto rato jugando, era un foco lo suficientemente inquietante como para que alguien se preguntara de dónde sacaba el dinero.

—Estás llamando la atención —le reprochó.

—Con mi dinero puedo hacer lo que quiera —repuso Andrés de malos modos.

—Pues si te gusta jugar, en vez de hacerlo en una máquina, que como mucho te dará diez mil pesetas, juega a la lotería, que al menos te tocarán cinco millones.

Y señaló el periódico de la barra, abierto por la segunda página, donde publicaron la noticia de que había tocado el gordo a una peña de trabajadores de una fábrica de Iluro.

—Es más fácil que te caiga un rayo que te toque la lotería —anotó Andrés.

La primera semana de septiembre, Andrés se había dejado tanto dinero en la máquina, que llegó al extremo de pedirle a Simón que desenchufara la tragaperras hasta que terminase su jornada y pudiera regresar para seguir echando monedas. Simón no le permitía jugar cuando estaba a punto de marcharse, porque entonces llegaba el dueño del hostel y objetaría que un adolescente estuviera jugando a la máquina. Pero Andrés estaba tan obsesionado que no le hacía caso. Desenchufaba la máquina para que nadie pudiera jugar y, en cuanto podía escaparse de nuevo del quiosco, regresaba con más dinero.

—¿De dónde lo has sacado? —le preguntó Simón.

—¿El qué? —replicó haciéndose el despistado.

—Ese dinero, el que estás echando ahora en la máquina.

—Es mío.

Simón sabía que le estaba mintiendo y que esas monedas las había cogido de la caja registradora del quiosco, lo que suponía un problema para ambos. Si le pillaban, quizá el negocio de la venta de tabaco y cerveza se iría al traste. La ludopatía de Andrés amenazaba la sociedad de truhanes que habían formado.

Capítulo 66

*Ama hasta que te duela.
Si te duele es buena señal.*
Teresa de Calcuta

El miércoles 12 de septiembre, mientras Simón estaba secando vasos con un trapo en el interior de la barra, el teléfono sonó. Al descolgar escuchó la voz temblorosa de su padre.

—Simón, hijo. Ven para el piso.

—¿Qué ha ocurrido?

—...

—¡Papá! ¿Qué ocurre?

—Ven. Tu madre se ha puesto peor —exclamó a punto de echarse a llorar.

Simón sabía que su madre no se podía poner peor, porque peor de lo que estaba era la muerte. Y eso es lo que entendió que había ocurrido: su madre había muerto.

En cuanto interrumpió la conversación con su padre, llamó por teléfono a un número que le había facilitado Timoteo por si tenía alguna urgencia. Nada más descolgar le dijo que tenía que ausentarse porque su madre se había puesto peor.

—No hay problema. Márchate sin esperar a que llegue yo, que estaré ahí en diez minutos.

—No, te espero.

—¡Vete, Simón! —insistió el dueño del hostel.

—¿Y la caja?

—¿Qué caja?

—No quiero dejar la caja registradora sola.

—No te preocupes. Ahora mismo llamo a Elián para que vigile la puerta del hostel hasta que yo llegue. No te preocupes, de verdad. Lo importante es que se mejore tu madre.

Al salir por la puerta se cruzó con el gitano, al que Timoteo ya había avisado.

—Que no sea nada lo de tu madre, chaval —le dijo el gitano.

Simón aligeró el paso mientras se dirigía a su piso. Cuando llegó, en la calle estaba aparcado el coche del médico de Roquesas y una ambulancia que llegó directamente desde Iluro. La puerta del piso estaba abierta de par en par y desde la calle se veía como su padre estaba sentado en una de las sillas que había alrededor de la mesa. A su lado, un enfermero le tomaba la tensión. La puerta de la habitación de sus padres también estaba entreabierta y pudo percibir a varias personas en su interior.

—Hola, Simón —lo saludó el médico al percatarse de que había entrado en el piso—. ¡Ven! ¡Salgamos fuera! —Simón supo en ese instante que su madre había fallecido.

En la calle se arremolinaron varios vecinos. El Manco estaba dirigiendo el tráfico que detenía su paso al ver el tumulto. A Simón siempre le arrancó una sonrisa ver a un policía con un solo brazo apañándose las manos para hacer indicaciones a los coches.

—No hemos podido hacer nada por ella —le dijo finalmente el médico. Su rostro mostraba zozobra.

En ese instante, Simón supo que tenía que llorar. Llorar era la forma de demostrar que la

muerte de su madre le afectaba. Que esa muerte suponía un descalabro que requería de tiempo para subsanarse. Pero, por más que lo intentó, no le salió ninguna lágrima. Sus ojos estaban tan secos como si acabara de despertarse. Lo único que atinó a meditar es qué cambiaría en su vida con la muerte de su madre. En ese momento se había convertido en el cabeza de familia. Sobre sus hombros descansaba el peso de la hipoteca, los gastos de alimentación, los seguros y, lo más inquietante, su padre. Jorge se había convertido en un pelele abochornado por una enfermedad paralizante al que la muerte de su esposa le dio el estoque final. El hombre estaba hundido y su hijo sabía que jamás se recuperaría.

Capítulo 67

*Es mejor quemarse
que apagarse lentamente.*
Kurt Cobain

El entierro fue el viernes 14 de septiembre, en la iglesia principal de Roquesas. Antes de la misa, el padre de Simón se desmayó en el suelo y, entre varios asistentes, lograron sentarlo en un banco de madera. El abuelo estuvo llorando, aunque Simón lo conocía lo suficiente como para saber que sus lágrimas eran falsas; a ese hombre no había nada que lo conmoviera. Vinieron familiares a los que hacía mucho tiempo que no veía, algunos de ellos ni siquiera los recordaba. Alguien comentó que las familias solo se reunían en las bodas y los entierros.

Todos los compañeros del colegio, sin excepción, asistieron acompañados de sus padres. Allí estaba Pedro, Santiago, Matías y Andrés. Los chicos pasaban por al lado de Simón, como una procesión silenciosa, y le acariciaban el hombro.

Magdalena se acercó hasta él. La chica vestía de negro y se había recogido el pelo en un moño alto, que le realzaba la belleza de unos rasgos aniñados.

—Te acompaño en el sentimiento —le susurró al oído.

—Gracias, Magda.

—Tiene que ser muy duro perder a una madre. Quiero decir, perderla para siempre —añadió de forma gratuita.

Simón no sentía ninguna pena por la muerte de su madre. Por quien sentía pena era por él, porque sabía que su vida cambiaría a partir de ese momento. A su padre le estaban tramitando la larga enfermedad y, cuando se la concedieran, pasaría a cobrar unas dieciocho mil pesetas al mes, como mucho. Sabía que si no conseguía ganar más dinero acabarían por echarlos a la calle. Y la única opción que les quedaría, sería la de ir a vivir a casa del abuelo. Y Simón no contemplaba esa posibilidad ni en sus peores pesadillas.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió Magdalena, buscando sus ojos con la mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Sin tu madre y con tu padre enfermo, os faltará el dinero.

—Trabajo —dijo con arrogancia.

—Trabajas en una mierda de hostel por diez mil pesetas al mes —anotó la chica—. Pero con la muerte de tu madre te has convertido en el cabeza de familia. Y con ese sueldo no podrás ni siquiera pagar la hipoteca.

Simón sabía a dónde quería ir a parar, pero se negaba a darle la razón.

—Buscaré otro empleo.

—Si tus padres, trabajando los dos, apenas podían pagar los gastos y llevar un plato de comida a la mesa, ¿cómo esperas hacerlo tú, trabajando solo?

—Lo haré —insistió.

—Me preocupo por ti —le dijo, cogiéndole las muñecas con suavidad.

—Pues si te preocupas no quieras buscarme la ruina.

—Es un trabajo sencillo, ya te lo dije. No tendrás que hacer otra cosa que conducir. No hay

ningún riesgo.

—Hoy no es el día de hablar de eso —se molestó Simón.

—Lámame cuando puedas —le dijo Magdalena antes de despedirse.

El cielo se nubló como si amenazara lluvia y, poco a poco, el cementerio se quedó vacío, en una inquietante soledad. Simón observó la espalda de todos los que se iban yendo. Había familias que se subían a coches aparcados en las inmediaciones. Otras se fueron caminando por la pista de tierra que bordeaba las hileras de pinos. A lo lejos escuchó las risas de unos niños pequeños, que comentaban que si no se daban prisa se mojarían. Era como si su vida se hubiera detenido mientras que la de los demás reanudaba su marcha.

—¿Nos vamos? —le preguntó un vecino del bloque con el que apenas habló unos minutos en los últimos años.

Simón lo contempló como si fuese un desconocido. Pero recordaba a ese hombre de habérselo cruzado en el vestíbulo. Tendría unos cincuenta años y siempre vestía con un mono de trabajo de color azul. Ese mono era como una extensión de él mismo. Alguna vez se lo había cruzado al mediodía en la calle, y siempre llevaba un palillo en la boca.

—¿A dónde nos vamos? —le preguntó Simón, extrañado.

Entonces vio que el hombre sostenía las llaves de un coche en su mano y detrás de él estaba aparcado un Renault 4 de color verde, en cuyo interior se había sentado su padre.

—Os acompaño a vuestro piso —le dijo.

—No se moleste —rechazó Simón—. Yo prefiero ir dando un paseo.

—Claro —aceptó—. No hay problema, pero no dejes a tu padre mucho tiempo solo —susurró, acercándose para que Jorge no los oyera desde el coche.

El guarda del cementerio se esperó a que saliera Simón para cerrar la verja. Afuera, cerca de unos pinos, vio que había un Seat 131 de color negro. De pie, al lado, estaba Dorata y su padre.

—¡Simón! —lo llamó la chica—. ¿Quieres que te acompañemos a casa?

Seguidamente se acercó hasta él y le acarició la mejilla, mientras Etienne se sentó en el coche y arrancó el motor.

—Prefiero ir dando un paseo.

Etienne se bajó del coche, sin apagar el motor, y se fue caminando por la pista de tierra.

—¡Anda! —lo animó Dorata—. Acompañame a casa.

El chico miró el coche, que estaba en marcha y con la puerta abierta, y tuvo la sensación de estar inmerso en un sueño. Como si todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor no fuese real. Quizá, se dijo, no lo era. Y ni Dorata, su padre o ese coche estaban allí.

—No tengo carné de conducir.

—Pero sabes conducir —insistió la chica—. Sé que aprendiste en el terreno de Dimas, junto a Magdalena, y que conduces muy bien.

—Si nos parase la policía me multarían.

—Sabes que si hoy te para la policía no te dirá nada; nadie multa a un chico que acaba de perder a su madre.

Simón recordó que ella se había ofrecido a ayudarlo cuando pasó un mal momento económico y en ese intervalo se sintió afortunado de tenerla como amiga. Y de que ella estuviera allí, a su lado, dándole apoyo. Le reconfortaba que Dorata estuviera cerca. Y, sin saber por qué, se acercó y le dio un beso en los labios. Estaban húmedos y destilaban un aroma embriagador. Era un calor que al presionar su boca contra la suya se transformó en frío, como si la chica tuviera un cubito

de hielo en la lengua.

Se subió al coche por el lado del conductor y Dorata hizo lo mismo en el del copiloto. Cerraron la puerta. Metió la primera y arrancó, despacio. El 131 circuló por la pista de tierra mientras la chica apoyó su mano izquierda en la pierna de Simón.

Capítulo 68

*Yo soy una parte de todo aquello
que he encontrado en mi camino.*

Alfred Tennyson

La madrugada del lunes 17 de septiembre, dos coches de policía de la comisaría de Iluro entraron por la fuerza en el piso de alquiler de Dimas y lo detuvieron ante su hija, que no pudo hacer nada para evitarlo.

Los agentes le imputaron varios robos cometidos en bares de la zona donde, además de la recaudación de la caja fuerte y de las máquinas tragaperras, se llevaba todos los paquetes de cerveza Skol que hubiera en ese momento. La Policía Judicial lo estuvo investigando y comprobaron que los paquetes de cerveza los cargaba en el maletero de su Renault 12 y posteriormente lo dejaba aparcado en la calle trasera del hostel. En la investigación constataron que Simón y Andrés, dos menores de edad, cogían los paquetes de cerveza y los vendían a los pescadores del puerto. El inspector encargado del caso, Castillo, había recopilado toda la información que consiguieron sus agentes, y decidió no intervenir en la actuación de los menores, porque consideró que una vez hubieran detenido a Dimas, el autor material de los robos, ellos cejarían de seguir vendiendo cerveza. Castillo llegó a la conclusión de que los dos menores desconocían de dónde sacaba la cerveza, por lo que no se les podía imputar ningún delito. Ellos, con toda seguridad, pensaban que Dimas conseguía la cerveza a mitad de precio, tal y como les dijo, pero en ningún momento se podían imaginar que lo que hacía, realmente, era robarla.

La detención de Dimas fue noticia en Roquesas, y durante unos días todo el mundo lo estuvo comentando.

—Ya se veía que ese tío no era trigo limpio —comentó el padre de Santiago—. En el cuartel ya me dijo un teniente que sabían que se dedicaba al robo. Incluso el dueño del bar de la bolera lo estuvo comentando y por eso lo echó a la calle.

José también le dijo a su hijo que sospechaba de Dimas, porque un día lo vio irse de su tienda sin pagar una bolsa de cruasanes que había cogido al descuido de una estantería. En su momento no le pareció lo suficientemente importante como para denunciarlo, pero desde entonces les dijo a Caetana y a Dorata que no se fiaran de él si lo volvían a ver entrar en la pastelería.

El miércoles fueron citados en la comisaría los dos menores, Simón y Andrés, junto a uno de sus progenitores; la madre en el caso de Andrés, y el padre en el caso de Simón, para tomarles declaración sobre la relación que mantenían con Dimas. Era una declaración rutinaria que no suponía en ningún caso una acusación. Los dos contaron lo mismo, que conocían a Dimas de visitar su terreno en la parte alta de la riera, pero obviaron que fue quien les enseñó a conducir y a disparar. Referente a la cerveza que entregaba a bordo del maletero del Renault 12, confesaron que desconocían que era robada. Los agentes no indagaron más sobre para qué querían ellos esas latas de cerveza, porque no formaba parte de la investigación.

El revuelo de la detención de Dimas, mezclado con la declaración de Simón y Andrés, impactó en la biempensante mentalidad de los vecinos de Roquesas, que comenzaron a

desconfiar de los dos menores. Hubo quien dijo que a Simón lo habían despedido de la pastelería porque robaba. Los padres de Pedro, Santiago y Matías prohibieron que sus hijos se juntaran con Simón y Andrés, a los que etiquetaron de pequeños delincuentes. Algunos pescadores estuvieron comentando que Andrés vendía tabaco y cerveza a mitad de precio, y aseguraron, cuando sospecharon que eran productos de robo, que dejaron de adquirirlos; aunque no era cierto. Pero nadie quería relacionarse con unos delincuentes.

La detención de Dimas les salpicó, aunque fuese de forma indirecta.

Capítulo 69

*Es mejor acostarse sin cenar
que levantarse con deudas.*
Benjamin Franklin

El lunes 24 de septiembre, después de casi dos semanas del fallecimiento de su madre, Simón comenzó a trabajar de nuevo en el hostel.

Cuando llegó, Timoteo lo estaba esperando en la puerta. Por la expresión de su mirada intuyó que había ocurrido algo. Simón lo saludó y le ayudó a levantar la persiana metálica. Los dos accedieron al interior, en silencio. Y mientras Timoteo encendía las luces, y ponía en marcha la máquina del tabaco y las dos tragaperras, Simón sacó a la terraza las mesas y las sillas, que cobijaban por la noche en el interior.

Timoteo se preparó un café, se sentó en la barra y se encendió un cigarrillo.

—El fin de semana estuvo aquí ese amigo tuyo, Andrés —comenzó a hablar, mientras tamborileaba los dedos en la madera. Simón supo entonces de dónde le venía esa expresión áspera de su cara. Algo había ocurrido con su colega, y sabía que no tardaría en averiguar el qué —. Quiso jugar a la máquina tragaperras, pero no es legal que un menor de edad lo haga, por lo que no le dejé. Ya sé que tú sí le dejas.

Simón no sabía que era ilegal que los menores de edad jugaran a las tragaperras, pero no pensó que ese detalle fuese importante.

—No sabía que era ilegal —se excusó.

—Cuando salió del hostel —siguió hablando Timoteo—, en la puerta se cruzó con un pescador del puerto que lo reconoció. Luego, ese pescador me dijo que Andrés les vendía tabaco y cerveza. Yo le dije que ya lo sabía, para que no sospechara de él. Pero imagino que tú también tendrás algo que ver.

Simón asintió con la barbilla.

—¿Está prohibido?

—Si el tabaco y la cerveza es robada, sí.

Simón dedujo que Timoteo sabía que el tabaco que vendían era el que le robaban a él. Pero como no estaba seguro, decidió negarlo.

—¿Tienes pruebas de que te robamos el tabaco? —le preguntó.

Timoteo lo observó con cierto temor. Quizá no se esperaba esa agresividad por parte de un adolescente.

—No sé de dónde sacáis el tabaco, pero sí sé de dónde sacáis las cervezas.

—Nosotros no sabíamos que Dimas las robaba.

—Pero si no lo sabíais, algo teníais que sospechar. ¿Quién vende cerveza a mitad de precio? Ni comprándola directamente en la fábrica os puede salir tan barata. Mira, Simón, te considero un chico muy despierto. Y lamento profundamente el fallecimiento de tu madre, y la situación por la que estáis pasando con la enfermedad de tu padre. Pero creo que eres lo suficientemente inteligente como para saber que Dimas era un ladrón y tú y tu amigo hacíais negocios con él.

—No lo sabíamos —repitió Simón más despacio, como si estuviera deletreando.

—Yo no quiero problemas —le dijo con tono paternalista—. Y tampoco quiero buscarte problemas a ti. Creo que eres muy joven y hay cosas que se hacen a tu edad que luego con el tiempo te darás cuenta de que están mal hechas. Es evidente que Dimas os entregaba el tabaco y las cervezas que robaba, y vosotros las vendíais a los pescadores. —Simón comprendió que Timoteo no sabía que el tabaco que vendían se lo robaban a él—. Conozco a tu familia desde hace mucho tiempo, pero dadas las circunstancias no puedes seguir trabajando aquí. Lo siento, pero no puedo emplear a ladrones.

La palabra «ladrón», dicha así, de esa forma, cayó en la conciencia de Simón como una pesada losa. Desde que dejó el colegio se había empleado en dos trabajos, y de los dos lo habían echado. Y por el mismo motivo, por robar.

Capítulo 70

*El día que la mierda tenga algún valor,
los pobres nacerán sin culo.*
Gabriel García Márquez

—Tú y tu puta manía de jugar a la máquina tragaperras —le recriminó Simón a Andrés, cuando lo pescó solo en el interior del quiosco.

Andrés lo miró con el temor dibujado en su mirada. No sabía por qué su amigo estaba tan enfadado.

—¿Qué ocurre?

—Me han echado del hostel.

—¿Echado? ¿Por qué?

—Timoteo dice que le estamos robando.

—¡Pero eso es mentira! —exclamó Andrés.

Simón rebajó la expresión de odio en su mirada. Su amigo tenía razón, ya que él nunca le dijo que el tabaco que vendía a los pescadores lo robaba en el bar. Y tampoco podía saber que las cervezas que les traía Dimas eran producto de robo. En ese sentido, Andrés era completamente inocente.

—¡Me cago en mi puta vida! —Simón estaba colérico—. Timoteo sospecha de nosotros por tu culpa, porque te ha visto echando dinero en la máquina tragaperras. Te dije que no lo hicieras, que es un mal vicio. Pero tú, erre que erre.

La expresión de Andrés no podía ser más desoladora.

—Pero... Nosotros no hemos hecho nada. ¿O sí? —le preguntó arrugando la frente.

—¿De dónde crees que saco el tabaco?

—Del hostel.

—Sí, eso está claro.

Los dos se silenciaron unos segundos que parecieron horas.

—El tabaco no lo comprabas. ¿Verdad?

—¡No, cojones! No lo compraba porque entonces el margen de ganancia sería ridículo.

—Lo robabas —musitó Andrés, arrastrando la última consonante—. Tú robabas el tabaco, mientras Dimas robaba las cervezas. Por eso te han echado del hostel y han detenido a Dimas. No me lo podía creer cuando mi madre lo insinuó. Le dije que era mentira, que tú no podías ser un ladrón.

—Todos robamos en algún momento. ¿O acaso no coges dinero de la caja registradora del quiosco?

—Jamás he hecho eso. ¿No sé por quién me tomas? Pero yo no soy un ladrón. Ni lo soy ni lo seré. Me has engañado.

—¡No me jodas! ¿Ahora me vas a decir que no sospechabas que el tabaco que vendíamos era robado?

—No. No lo sospechaba porque confiaba en ti. Creía que éramos amigos. Y los amigos no se ocultan nada. Me hiciste vender tabaco y cerveza producto de robo.

—¿Y de dónde sacas el dinero que echas en las máquinas tragaperras?

—De mi sueldo. Mi madre no me lo pide y me lo quedo todo para mí. Y de la comisión que me dabas por la venta de tabaco y cerveza a los pescadores. Pero ahora sé que ese dinero estaba manchado.

—Podíamos haber hecho grandes cosas juntos. Pero veo que no tienes lo que hay que tener.

Andrés lo miró directamente a los ojos.

—Tío, no te conozco. No sé qué te ha pasado estos últimos meses, pero no eres el Simón que conocí en el colegio. Ni siquiera tu mirada es la misma. Es como si te hubieran abducido unos extraterrestres y te hubieran cambiado por otro.

—¡Eres un cobarde! —escupió Simón con fuerza, mientras salía por la puerta.

Se marchó antes de hacer un disparate. Si hubiera seguido allí un minuto más, seguramente le hubiera dado un puñetazo en la cara. Odiaba a Andrés con todas sus fuerzas. Lo vio como alguien asustadizo, incapaz de secundarlo en su determinación para ganar dinero.

Capítulo 71

*Cuando debemos hacer una elección
y no la hacemos, esto ya es una elección.*

William James

Simón estuvo paseando el jueves por la tarde por la zona del puerto, necesitaba airearse y pensar muy bien lo que iba a hacer. Todavía no le había dicho a su padre que lo echaron del trabajo y tampoco le había dicho, no podía hacerlo, los motivos por los que Timoteo lo despidió. Calculó que con los ahorros que tenía guardados en el interior del colchón aún podría sobrevivir unas cuantas semanas, hasta que encontrara otro trabajo u otra forma de ganar más dinero.

Al pasar por la zona de bares, escuchó que alguien lo nombró a su espalda. Al girarse vio que era Dorata, que sonreía de pie debajo de una sombrilla tan grande que parecía una carpa.

—¡Simón! —lo llamó chillando, como si estuviera lejos. Cuando en realidad estaba a unos pocos metros de distancia.

—Dorata. ¿Qué tal estás? —simuló una ilusión que no tenía, porque no le apetecía que ella le viera en ese estado de desánimo en el que se había sumergido esos días.

—¿Qué haces por mi barrio?

—¿Tu barrio?

—Sí. Nos hemos mudado aquí —le dijo la chica, señalando hacia unas casas que había en la parte trasera de donde ella estaba.

Simón elevó los ojos y contempló el conjunto de ocho casas que habían construido hacía un par de años. Las casas estaban muy cerca de la playa, en primera línea de mar, y se erigían majestuosas en una de las zonas más privilegiadas de Roquesas.

—¿Habéis alquilado una casa aquí?

—Sí —sonrió la chica, como si hubiese sido pillada en una travesura—. Han ascendido a mi padre en la fábrica y ahora es jefe de planta. Con el incremento de dinero en su nómina nos podemos permitir un alquiler más caro.

Detrás de Dorata, en la calle, vio aparcado el Seat 131 con el que él la acompañó el día del entierro de su madre.

—Es un lujo vivir aquí —suspiró Simón.

—¿Quieres que te la enseñe? —le preguntó la chica—. Mi padre está en la fábrica y no llega hasta la noche.

Simón accedió y los dos franquearon la puerta.

Era una vivienda muy grande, aunque decorada con austeridad. Una vez cruzaron el recibidor, se abrió ante ellos un salón enorme que posiblemente, calculó Simón, sería más grande que su piso. La chica le mostró la cocina, un baño y una habitación, que estaban en la planta inferior, y luego subieron por la escalera a la segunda planta, donde le mostró un baño enorme y tres habitaciones más; una de ellas la utilizaba su padre como despacho, ya que tenía previsto matricularse ese invierno en la universidad para mayores de veinticinco años y sacarse una carrera, según comentó la chica.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó—. Tenemos de todo: cerveza, naranjada,

limonada... Lo que quieras.

Simón se encontraba como en un sueño de *Las mil y una noches*. Veía a Dorata increíblemente bella y sugerente. La chica vestía con un pantalón corto y unas manoletinis de color marrón. Y en la parte de arriba solamente llevaba una fina camiseta que le transparentaba los dos botones de sus pezones, que se remarcaban lujuriosamente.

—Una cerveza estaría bien —aceptó el ofrecimiento.

—¡Mira! Desde aquí se ve el mar —le dijo cogiéndole la mano y acompañándolo hasta la terraza de la planta superior.

Simón se sentía sucio, por el calor, y porque llevaba todo el día caminando por la calle, sin pasar por casa. Y esa suciedad sudorosa le hizo estar incómodo en presencia de Dorata, que tan bien lo estaba tratando.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó la chica, al percatarse de su incomodidad.

—Perdona, es que llevo todo el día fuera de casa y creo que huelo a rayos.

Ella se acercó hasta su cuello y posó su nariz encima, arrancándole un cosquilleo que le erizó el vello de la espalda.

—Me encanta tu olor. ¿Quieres ducharte?

Simón no sabía si ella se estaba insinuando. Pero aceptó el ofrecimiento.

—Sí, gracias.

—¡Ven! —le dijo Dorata, estirando de su mano.

La siguió por la planta de arriba, hasta que llegaron a la habitación de la chica. Al lado había un baño con ducha.

—En el armario tienes toallas y ahí —señaló una repisa que había dentro de la ducha—, tienes gel y champú.

El chico peinó su rostro con la mirada. Esa chica era una belleza mulata, con unos ojos expresivos. Tenía un cuerpo duro y liso y su boca era grande y carnosa. También, y no le cabía ninguna duda, era una buena chica. Del tipo de mujeres con el que un hombre se podía hacer acompañar toda su vida. Se preguntó si después de ducharse harían el amor.

—Gracias —le dijo cuando Dorata salía de la habitación.

Mientras Simón estaba dentro de la ducha, ella accedió al baño, sin hacer ruido, y dejó sobre la tapa del váter una muda que le cogió a su padre: unos calzoncillos y unos calcetines. No hay nada más desagradable que ponerse la misma ropa interior después de ducharse. El chico, cuando salió, supo que esa ropa se la había dejado para él y se vistió con ella. Secó el vaho del espejo pasando una mano y se peinó lo mejor que pudo. Al salir del aseo, Dorata lo esperaba de pie en medio del pasillo. Sonrió abiertamente cuando lo vio.

—¿Mejor? —le preguntó.

—Mucho mejor.

—¿Te apetece tomar esa cerveza ahora?

Simón asintió.

Dorata lo acompañó hasta la planta de abajo, donde estaba la cocina. Abrió la nevera y sacó dos botellines de cerveza, que abrió enseguida, entregándole uno a Simón. Luego se fueron hasta el salón principal.

—Tenéis unos muebles preciosos.

—No son nuestros, son los que venían con el piso en el alquiler. Aunque sí, tienes razón, lo cierto es que son unos muebles muy bonitos.

Sobre un tresillo de color azul había un muñeco de trapo que, por el tamaño, cabía en una

mano. Sus ojos eran dos botones grandes, no tenía nariz y en el pecho llevaba un corazón tejido en tela roja.

—¿Y ese muñeco? —lo señaló Simón con el botellín de cerveza que sostenía en su mano.

Dorata lo miró sonriendo.

—Cosas de mi padre, ya sabes cómo son los haitianos. No me he acordado de quitarlo. — Parece que se disculpo.

—Bueno, supongo que no pueden evitarlo. —Simón aceptó sus disculpas veladas—. Mi madre era una creyente ferviente y siempre estaba rezando. De niño me obligaba a ir a misa cada domingo y hasta me tuve que confesar. Era tan devota que se puso en manos de una curandera cuando su enfermedad avanzó. Pero, a la vista del resultado, no le sirvió de nada.

El rostro de Dorata se conmocionó, como si lo que le estaba explicando Simón le afectara gravemente.

—¿Y tú crees?

—No. Lo cierto es que yo no creo en nada ni en nadie.

—¿Has pensado en aquello que te dije?

Ella dejó su botellín medio lleno encima de la mesa de cristal del salón.

—¿El qué?

—Lo de trabajar de cuidador en la finca de Romero.

—Ah, sí. Bueno, no sé si valgo para ese empleo.

—Mi padre lo conoce mucho. —Dorata se puso a hablar atropelladamente—. Es una casa enorme y buscan a alguien de confianza que se encargue del cuidado de la finca. Ya sabes, un jardinero, lampista, barrendero y albañil. Por lo visto no solo pagan bien, sino que también mientras estás trabajando te dan de comer y alojamiento.

—¿Y por qué yo?

La chica lo miró con expresión sonriente.

—Porque buscan a alguien de muchísima confianza. Es una familia pudiente y no quieren meter a ningún extraño en su casa.

Simón comprendió que ella había mediado por él.

—Yo no creo que...

—¿Piénsatelo bien? —interrumpió—. Es una oportunidad única de tener un buen trabajo y un hogar al mismo tiempo.

—De momento no digas nada, estos días tengo varias entrevistas de trabajo —mintió—. Pero si no encuentro nada antes, es una buena opción la que me ofreces. Y no sabes cuánto te agradezco que hayas dado la cara por mí.

—Es porque creo que no hay nadie mejor que tú para ese puesto —concluyó Dorata.

Capítulo 72

*El que no sienta ganas de ser más,
llegará a no ser nada.*
Miguel de Unamuno

En octubre de ese año, Jorge se puso peor. Ni siquiera podía ir a trabajar y comenzó a encadenar bajas laborales que le suponían un recorte importante del sueldo. Sin las horas extras nocturnas, que tan bien le venían económicamente, y con la disminución de los ingresos, les llegó la primera carta del banco. El cartero se la entregó en mano a Simón. Por la expresión de su mirada, el chico supo que esa carta no traía buenas noticias. Era una reclamación referente al retraso de dos recibos de la hipoteca. A la tercera, según amenazaba, se iniciarían acciones legales.

Simón cogió todo el dinero que tenía en el interior del colchón y le pidió la cartilla de la caja de ahorros a su padre. Para hacer ingresos no solicitaban ningún documento, por lo que podía hacerlo aún siendo menor de edad. El cajero, un hombre de unos cincuenta años, vistiendo un elegante traje de color azul, actualizó la libreta y se la devolvió. Entonces vio que las cuentas estaban peor de lo que creía. Habían rechazado varios recibos de la luz y del teléfono, por falta de saldo. Y dos meses consecutivos de la hipoteca. El importe del descubierto ascendía a quince mil pesetas. El chico disponía de ese dinero en metálico, pero si lo entregaba en el banco entonces no le quedaría nada para pasar el mes.

—Dile a tu padre que se pase por aquí en cuanto le sea posible —le dijo el hombre que le atendió.

Simón se marchó del banco sin responder.

Se dirigió caminando a un pequeño bosque que había en la parte alta de Roquesas. Desde allí se podía ver la práctica totalidad de la costa, parte del puerto y, al fondo, los grandes buques que cruzaban el Mediterráneo. Se sentó apoyando la espalda en un árbol y sacó el paquete de tabaco, que dejó al lado, en el suelo. Mientras fumaba comenzó a pensar cómo es que tenía tan mala suerte. No tenía sentido que alguien al que todo el mundo siempre le estaba diciendo que tenía tanta suerte, le fuesen las cosas tan mal. Y por más que buscaba en sus recuerdos, no hallaba en qué momento falló. Si comenzó a hurtar dinero de la caja de proveedores de la pastelería, era porque lo necesitaba. Quizá, se dijo, la muerte de la señora Adoración fue un castigo divino. Y todo lo que ocurrió después no fue más que una concatenación de castigos por su mal comportamiento.

—¡A tomar por culo! —exclamó poniéndose en pie.

Rechazó que en todo lo que le ocurría hubiera una intervención divina, como siempre había creído su madre. Se dijo que todo dependía de él, y era él el que tenía la llave para solucionar sus problemas.

Durante varias mañanas de esa semana salió del piso bien pronto, antes de las ocho, con intención de buscar trabajo.

Los primeros días estuvo probando en Roquesas, visitando bares, ya que en las semanas que

estuvo en el hostel se había introducido en el oficio. Luego estuvo hablando con los contratistas de algunas obras, pero todos le dijeron que no le podían emplear hasta que no fuese mayor de edad. Argumentaron que la normativa era muy estricta y no querían problemas con la Inspección de Trabajo. También se puso en contacto con agricultores de los campos que envolvían la población, ofreciéndose a recoger fruta, pero de igual forma le dijeron que ya tenían las cuadrillas completas.

A la semana siguiente cogió el tren cercanías y se desplazó hasta Sinera. Allí habló con varios bares de la zona del paseo marítimo y con las dos discotecas de la zona de la riera. Pero se acercaba el invierno y el trabajo comenzaba a menguar en el sector turístico. Algunos locales ya habían colgado el cartel de que en unos días cerrarían hasta pasadas las navidades.

Una semana después probó suerte en Barcino que, al ser la capital de la provincia, supuso que habría más trabajo. Pero después de cuatro días recorriendo las calles comerciales y preguntando en cuantas tiendas, comercios, obras, locales, empresas o lo que fuese, tampoco nadie lo quiso emplear. O no necesitaban empleados o no contrataban menores de edad o le decían que se pasara al mes siguiente, por si surgía alguna plaza.

Las noches comenzaron a ser un suplicio. Su padre hablaba en voz alta en sueños. Chillaba. Se retorció en la cama. Entre las tres y las cinco de la madrugada podía llegar a despertarse varias veces. Entonces llamaba a Simón, gritando, porque tenía ganas de mear y no se podía incorporar. Comenzó a dormir con una botella orinal, pero su parálisis le impedía sostenerla y la mayoría de las veces se le caía, por lo que mojaba toda la cama.

Por la mañana, cuando se levantaba, Simón tenía que cambiar las sábanas y fregar el suelo. Luego se encargaba de comprar, hacer la comida, y cuidar de que su padre se tomara las ocho pastillas diarias, repartidas en tres tandas, para que los escasos instantes de movilidad le permitieran desayunar, comer y cenar.

El abuelo, al morir su hija, dejó de visitarles. En el último mes solo llamó por teléfono una vez y ni siquiera les preguntó cómo estaban. Se limitó a comentar que había adquirido un terreno en la parte trasera de su casa, donde tenía previsto plantar verduras que usaría para alimentarse.

Pero la mayor preocupación de Simón era que falleciera su padre. Si ocurriera antes de que él alcanzara la mayoría de edad, y al no tener a nadie que se responsabilizara de su tutela, las autoridades lo entregarían a servicios sociales para que se hicieran cargo de él hasta que cumpliera los dieciocho años. Había oído que en esos centros la gran mayoría de chicos y chicas acababan por convertirse en delincuentes. Y él luchaba para no serlo.

Su padre cada vez estaba más deteriorado físicamente. Cuando se sentaba en la silla para comer, su culo salía por debajo del respaldo trasero. Cuando caminaba, dando pequeños saltos, su barriga basculaba de un lado hacia otro, como si llevara un pequeño barril de vino escondido debajo. Las veces que lo acompañó al médico de Iluro, cuando regresaban, ya de noche, el interior del taxi se inundaba con la luz de los faros del coche que los seguía inmediatamente detrás, y le arrancaba destellos amargos al rostro conmovido de su padre. Era como si él ya supiera que le quedaba poco de vida.

El sábado 13 de octubre, Simón sufrió un ataque de ansiedad al comprobar que el dinero que guardaba en el interior del colchón se había acabado. Ya no le quedaba ni una peseta de todo lo que ganó y robó ese verano. A su padre tampoco le quedaba nada en la libreta de ahorros. Si no conseguía dinero en quince días, el banco iniciaría los trámites de desahucio de su piso.

Cerró la puerta de su habitación.
Se sentó en la cama.
Hundió la cabeza en sus rodillas.
Y se echó a llorar.
—¡Putá vida! —exclamó.

Capítulo 73

*Es fácil hablar claro
cuando no va a decirse toda la verdad.*
Rabindranath Tagore

El domingo llamó, desde una cabina telefónica, al teléfono que le apuntó Magdalena en una servilleta de papel.

—¿Quién es? —preguntó la chica al descolgar

—Simón.

—¿Qué es de tu vida?

—¿Dónde podemos vernos?

—Espera... —Interrumpió la comunicación unos segundos, como si estuviera hablando con alguien—. Pásate por mi piso y hablamos.

—¿En tu piso? ¿Estás sola?

—No, estoy con mi padre. Pero ya te dije que no tengo secretos para él. ¿Sabes dónde vivo?

—Sí, en el bloque blanco que hay entre el paseo marítimo y la lonja de pescadores.

—Aquí te esperamos.

Simón cogió el paquete de tabaco y salió a la calle. Jorge se había sentado en la butaca que había frente al televisor, mientras desayunaba una rebanada de pan con mantequilla. Durante las dos horas siguientes podría valerse por sí mismo, ya que era el tiempo de margen que le daba la medicación que se tomaba. El Parkinson lo paralizaba durante todo el día, pero, los ratos inmediatamente después de tomarse las pastillas, se podía mover lo suficiente como para salir a la calle y pasear. Tenía que calcular el tiempo del que disponía, porque cuando pasaba el efecto de los comprimidos se quedaba clavado y ya no podía moverse. Hubo algún día que casi no llega a casa al quedarse paralizado en medio de la calle.

De camino al bloque de Magdalena, pasó cerca de la nueva residencia de Dorata. Entonces cayó en la cuenta de la coincidencia de que las dos chicas vivieran muy cerca una de la otra. Cuando las conoció, una vivía en una caravana aparcada en un terreno de la parte alta de la riera y la otra vivía en un piso de la zona portuaria limítrofe. Las dos provenían de familias pobres y las dos, por distintas circunstancias, no tenían madre. Meditó en que mientras que a él las cosas le iban cada vez peor, a ellas, sin embargo, les iban mejor. Al pensar en eso tuvo un conato de envidia y de odio, a partes iguales. Todo a su alrededor era felicidad y dicha, mientras él y su familia se consumían sin remisión.

Cuando llegó se encendió un cigarrillo y, mientras fumaba, dio un par de vueltas alrededor de la manzana. Necesitaba aclarar sus ideas, porque sabía qué es lo que la chica y su padre le iban a proponer. Y quería estar seguro de cuál sería su respuesta.

Magdalena le abrió la puerta. Ya desde el recibidor se percató de que era un piso muy grande. Ese bloque no tenía más de cinco años y se percibía fastuoso. La chica se aproximó y le dio un beso en la cara, que Simón no rechazó. Detrás de ella, al fondo de un pasillo largo, se apreciaba la silueta de su padre. Estaba sentado alrededor de una mesa redonda. Sobre esa misma mesa había una botella de licor, un cenicero, y una columna de humo que se estrellaba contra el techo.

Mientras caminaba por el pasillo, detrás de Magdalena, distinguió el rostro de Dimas. El ambiente, en general, era parecido al que habría en una timba de póquer.

—Hola, Simón —lo saludó el padre de Magdalena con cordialidad.

—¿Te habían detenido? —preguntó el chico.

—Sí. Estoy pendiente de juicio, pero no podrán demostrar nada.

A Simón le sorprendió que dijese que no podrían demostrar nada y no que no fue él el que robó en el bar de la bolera. En cierta forma era como una confesión.

—Tenemos algo que proponerte —habló Magdalena, mientras se echó un poco de licor de la botella que había sobre la mesa—. Ya sabes que te aprecio mucho y no te metería en ningún sitio del que no pudieras salir —añadió para inquietud de Simón.

—Es muy sencillo. —Dimas retomó la conversación—. Y no tendrás que hacer nada que ya no hayas hecho antes.

Magdalena le acarició la nuca, como si lo estuviera tranquilizando.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó inquieto.

—Lo que mejor se te da: conducir —repuso Dimas.

—¿Conducir?

—Sí. Es un Seat 124 Sport, de dos mil centímetros cúbicos —comentó, como si el hecho de escuchar el tipo de coche tuviese que influir en su decisión de participar en lo que sea que tenían que proponerle.

—Lo conozco —asintió el chico.

—El objetivo es un bar que hay en Iluro, en la calle Rosellón —comenzó a explicarle Dimas—. Se llama bar Parada y el dueño es Camilo, un obrero que montó el bar hace un montón de años. Durante un tiempo fue un bar de barrio. Ya sabes: cafés, cervezas, tapas y menús baratos. Pero hace un año esa zona creció mucho y construyeron dos discotecas y varios locales de ocio alrededor —Simón basculó la cabeza asintiendo, pues sabía de qué le estaba hablando—. Ahora, por lo que parece, el negocio le va bastante bien. En ese bar hay una máquina tragaperras al lado de la barra, donde está la caja registradora. El bar tiene dos puertas: una da directamente a la máquina y otra a una calle lateral, en la parte donde está la cocina. Ese garito está situado en un barrio muy poblado, de gente obrera, lo que consigue que tanto la registradora como la tragaperras funcionen a tope. De lunes a viernes ingresan cada mañana la recaudación en una caja de ahorros que hay dos calles más arriba, en la avenida Cervantes. Pero desde el viernes por la tarde hasta el domingo por la noche el dinero lo acumula en el bar.

—¿Y sabéis dónde guarda el dinero?

Magdalena apoyó la mano en el hombro de Simón.

—No te preocupes de la planificación del robo, que de eso ya se encarga mi padre —espetó la chica—. Tú concéntrate en llevarnos hasta allí y en salir cagando leches cuando todo termine.

—Partiremos los tres en el 124 Sport —siguió hablando Dimas—. Saldremos desde el garaje de este piso. Conducirás hasta Iluro y aparcarás el coche en un lateral de la avenida Cervantes, desde donde se pueda divisar la esquina de la calle Rosellón. En esa calle, y por la noche, hay mucho aparcamiento libre. Os quedaréis dentro del coche. En silencio. Sin fumar. Si alguien se acerca o veis pasar un coche de la policía nacional o de la policía local, ya sabéis qué tenéis que hacer. Os acurrucáis y hacéis lo que hacen las parejas en el interior de un coche, pegarse el lote. —Magdalena sonrió—. Cuando haya terminado, que calculo que no tardaré más de diez minutos, saldré y me dirigiré al coche. Si tienes alguna duda es mejor que me la consultes ahora.

Simón miró a Magdalena, esperando alguna reacción por su parte.

—Ya lo hemos hablado y se harán tres partes iguales —le dijo.

—¿El coche? —interrogó Simón.

—¿Qué pasa con el coche? —le preguntó Dimas.

—Tengo que probarlo antes.

—Sí, no te preocupes. El robo será el próximo domingo, el 21 de octubre, y a lo largo de la semana que viene te hartarás de probar el coche. En Barcino hay un polígono industrial cerca del puerto, conocido como La fuente de la pólvora —le explicó el padre de Magdalena—. Hace años trasladaron las fábricas a la zona nueva y allí han quedado los edificios viejos. Nos servirá para que practiques conduciendo por las calles estrechas, como si estuvieras callejeando por Iluro. Ten en cuenta que, si la policía nos persigue, tendrás que sacarnos de allí como sea.

Simón se conmocionó cuando nombró a la policía. Hasta ese momento ni siquiera había caído en la cuenta de que una patrulla les pudiera sorprender.

—Todo saldrá bien —le dijo Magdalena, acariciándole la barbilla con los nudillos—. Ya lo verás.

Simón los observó a los dos al mismo tiempo, con cara de circunstancias. Había algo que no encajaba, por mucho que ellos quisieran revestir ese robo de normalidad. En principio se trataba de desvalijar las máquinas tragaperras de un bar ubicado en un barrio humilde de Iluro. Pero... ¿Por qué le ofrecían a él la oportunidad de ser el conductor del coche con el que se fugarían?

—¿Qué ocurre? —interrogó Magdalena, cuando percibió que el rostro de Simón se había demudado.

—Hay alguna cosa que no me ha quedado clara —musitó—. ¿Por qué yo?

—Porque sabemos que necesitas el dinero —respondió Dimas—. Y eres nuestro amigo y queremos ayudarte —añadió, forzando una sonrisa.

—¿Dinero? —cuestionó—. ¿Cuánto dinero puede haber en el interior de dos máquinas recreativas de un bar cualquiera de barrio y a cuánto puede ascender la recaudación del fin de semana?

Magdalena y su padre se observaron de reojo, como si los dos hubieran sido pillados en un embuste. Quizá creyeron que no le podían engañar.

—Está bien —aceptó Dimas, encendiéndose un cigarrillo que cogió de uno de los paquetes que había encima de la mesa—. No robaremos las tragaperras, porque ahí solo hay monedas. Y lo que pueda contener la caja registradora tampoco es importante. Nuestro interés está en una caja que hay en la bodega, escondida en un falso suelo, en la parte trasera de un enorme congelador. Es una caja metálica, de unos cincuenta centímetros de lado, de color negro y cerrada con llave. Nadie, a excepción del dueño y personas de su confianza, conocen la existencia de esa caja. —Simón lo escuchaba con expectación—. El porqué sé lo que te voy a contar, es lo de menos, lo importante es que lo sé. Pero hay mucho dinero. Muchísimo —añadió—. El dueño de ese bar no solo se dedica a la hostelería, sino que es el amo y señor de todo el tráfico de hachís de esa parte de la ciudad. Posiblemente, en el interior de esa caja, hay doce millones de pesetas.

Abrió los ojos de par en par al escuchar esa cantidad. Coincidió con la que le dijo Magdalena cuando le habló de ese robo.

—De los que cuatro millones, como ya te comenté, serán para ti —interrumpió la chica.

Simón alargó la mano y cogió un cigarrillo de un paquete de la mesa y lo encendió con un mechero de gasolina que había al lado de una botella de coñac. Magdalena se fijó que su mano temblaba levemente.

—Cuatro millones —repitió en voz alta—. Es mucho dinero. Pero de nada sirve si nos pillan. Dimas y su hija se miraron de reojo.

—Por eso queremos que tú seas el conductor —le dijo la chica—. Porque eres menor de edad.

—Es lo mismo que en las multas de tráfico —siguió hablando Dimas—. Cuando un coche comete una infracción, el responsable es el conductor. Nunca los pasajeros. El coche circula en dirección contraria por una calle y cuando le para la policía la multa es para el conductor. Lo mismo si va borracho. Las pruebas de alcoholemia siempre son para el que conduce, jamás para los pasajeros.

—No me lo puedo creer —espetó Simón con enfado—. Me queréis para que me coma el marrón si nos pillan.

—Tú eres menor de edad. Por lo tanto, irresponsable de tus actos. Si nos pillaran, cosa que ya te avanzo que no va a ocurrir, como conductor serías el responsable del robo —le dijo Magdalena—. La policía te tomaría declaración en la comisaría y te dejarían en libertad inmediatamente. Como mucho te harían hacer trabajos sociales para la comunidad, nada más. Ser menor de edad es un chollo —exclamó.

Simón no quiso ni imaginarse lo que esa chica habría hecho cuando era menor de edad.

—Cuatro millones de pesetas por conducir un coche —habló Dimas—. Cuatro millones de pesetas por llevarme hasta allí y sacarme de allí cuando termine el robo.

—¿Y luego?

—Nada. Tendrás dinero para una buena temporada y ni tu padre ni tú os tendréis que preocupar por los gastos —afirmó Magdalena.

Al nombrar a su padre, Simón recordó que, si le tomaban declaración en la comisaría, tendría que hacerlo, al ser menor, en presencia de su progenitor. Y él no quería que Jorge pasara por ese mal trago.

—A mi padre no lo metáis en esto —protestó colérico—. Él es un tío de puta madre y no se merece un hijo como yo.

—Nunca he dudado de que tu padre fuese una buena persona —comentó Magdalena, rebajando la tensión que se había creado en ese instante—. Por eso, porque es una buena persona, se merece vivir sin complicaciones y con la suficiente holgura económica.

Simón decidió que participaría en el robo.

Capítulo 74

*Un perro hambriento
solamente tiene fe en la carne.*
Antón Chéjov

El martes y el jueves por la tarde, había quedado con Dimas para probar el Seat 124 Sport que utilizarían para el robo del bar de Iluro. Pero el miércoles, que no tenía nada que hacer, decidió visitar la casa del banquero. Le atraía la idea de emplearse a trabajar en una finca tan grande, ya que en cierta manera suponía recluirse en un lugar alejado de todo y de todos.

Sin decirle nada a Dorata, porque rechazaba sentirse auspiciado por nadie y prefería ver con sus propios ojos el lugar que le había dicho su amiga, se acercó hasta la finca que ocupaba la práctica totalidad de la montaña que había en la parte alta de Sinera, desde donde se podía ver el mar. Ya desde fuera se apreciaban parte de los árboles frutales que asomaban desde el interior, separados por un muro de ladrillo de color blanco, sobre el que había una verja metálica. La puerta principal consistía en una valla amplia, de color blanco también, desde la que se distinguía un camino de setos que llevaba hasta la residencia.

Pulsó el timbre y escuchó el sonido de una campanilla que provenía del interior de la casa. Vio como la puerta se abrió y asomó el cuerpo una mujer negra, con la cara redonda y afable, que seguramente tendría unos cuarenta años. Sonriente, comenzó a caminar con paso firme hasta llegar a la verja.

—¿Qué quieres?

—Buenas tardes, señora. Soy amigo de Dorata y vengo porque me ha dicho que está buscando un cuidador.

La mujer abrió la verja accionando la manilla.

—Correcto, estamos buscando a alguien que cuide la finca. Pasa, no te quedes ahí como un pasmarote. Yo soy Shaira —se presentó—. ¿Quién eres tú?

—Simón.

—Como el apóstol.

La mujer circuló por el camino de los setos, y el chico se puso a su altura.

—¿Tienes experiencia cuidando jardines?

—No. Pero aprendo rápido.

—Eso está bien. Mi esposo siempre dice que lo importante no es saber, sino tener la capacidad de aprender.

Al decir que el propietario de la finca era su esposo, Simón trató de evitar que se le notara la sorpresa que le causó. Hasta ese instante, pensó que esa chica era una sirvienta.

Shaira abrió la puerta de la casa con una llave que extrajo del bolsillo de una chaquetilla. El estrecho recibidor se abría a un vestíbulo más amplio, desde donde una elegante escalera alfombrada ascendía en espiral. Tanto el pasamanos como la barandilla eran de madera. Arriba se distinguía una claraboya redonda de cristal, que reflejaba un cielo libre de nubes. Al pie de la escalera había un carillón tan grande que casi tocaba el techo.

Cruzaron una puerta alta y pasaron por enfrente de un espejo plateado, alrededor del cual

había dos jarrones con plantas. Finalmente llegaron a una puerta que estaba entreabierta y Shaira la empujó, abriéndola del todo. En lo que parecía un despacho había un hombre sentado, que rondaría los setenta años, aunque se le veía en buen estado físico. Al ver entrar a Simón se puso en pie con dificultad y lanzó la mano para estrechársela.

—Este es el patrón —le dijo Shaira, sonriendo—. Romero, mi señor marido.

Simón lo recordaba de haberlo visto en la tele, ya que el señor Romero tenía la costumbre de anunciar él personalmente los productos de su banco. En su memoria lo escuchó hablando de las hipotecas a bajo interés o de los préstamos personales más beneficiosos del mercado.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó con voz profunda.

—Catorce.

—¿Catorce años? Pareces mayor.

—Siempre me lo dicen, debe ser por mi altura.

—¿Estás estudiando?

Simón dudó un instante antes de responder.

—No.

—¿No, porque no quieres? ¿No, porque no puedes?

—Necesitamos el dinero en casa y no puedo pagar los estudios.

—¿Estás trabajando actualmente?

—Ahora no.

—¿Y antes?

—Estuve trabajando unas semanas en una pastelería de la calle Ancha de Roquesas y luego en un hostel.

—¿La pastelería de la señora Adoración?

—Sí.

—Un lamentable accidente —suspiró el señor Romero.

—Así es —asintió Simón—. Fue a raíz de su muerte que no pudieron seguir empleándome en la pastelería.

—¿Y por qué no empiezas a trabajar con nosotros?

Simón se extrañó del ofrecimiento tan apresurado. Apenas lo conocían y tampoco le pidieron credenciales.

—Bueno, es que...

—Aquí no tendrás problemas con tu edad, si es lo que te preocupa, porque al ser una finca privada nadie puede meter las narices. —Romero sonrió como si hubiera dicho una sagacidad.

Simón se quedó mirándolo en silencio. Sentía cierta incomodidad por la confianza que exportaba ese matrimonio, lo que le hizo dudar de que no hubiera algo oscuro que no quisieran que él supiera.

—Hay una cosa que... —se detuvo mientras hablaba.

—¡Dime! No te quedes a medias.

—¿Por qué se fía de mí? —le preguntó directamente—. ¿Cómo sabe que no soy un ladrón y que quiero trabajar aquí para robarles?

—Tú no eres un ladrón, muchacho. He levantado un banco de la nada. He tenido miles de trabajadores bajo mi mando. Un centenar de sucursales repartidas por todo el país y una docena en el extranjero. Y he creado más de un centenar de empresas. Créeme, solo he tenido que darte la mano y mirarte a los ojos para saber que eres de fiar. Piénsatelo estos días y cuando estés convencido de qué es lo que quieres, regresa. Aquí necesitamos a alguien como tú y tú necesitas

a alguien como nosotros.

Capítulo 75

Cree a quien lo ha intentado.

Virgilio

—¿Estás bien? —le preguntó Magdalena, acariciándole la pierna.

Los dos se habían citado en el piso de ella el sábado por la tarde, aprovechando que su padre no estaba.

—Sí.

—Mañana es el gran día.

—El súper gran día.

—¿No te irás a echar atrás?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—No te veo convencido.

—Lo estaré cuando esto acabe. Esta semana he ido un par de días a Barcino y he quedado con tu padre para probar el Seat 124 Sport. Y ya sé a dónde tengo que ir, donde tengo que estar y qué he de hacer...

—¿Pero...?

—Pero no sé si hago bien.

—Haces lo correcto, porque todo lo que hagamos por nuestras familias estará bien hecho. — Parecía que ella se incluía y que también robaba por agradar a su padre—. Ten en cuenta que hay mucho dinero en juego. Aunque no lo sabremos hasta que no lo tengamos y lo hayamos contado.

—Sí —dijo arrastrando la ese—. Lo que ocurre es que... Bueno, que espero que haya lo suficiente como para no tener que robar nunca más.

—¿El golpe de tu vida?

—Más o menos.

Si crees que con este robo se solucionarán todos tus problemas, ya te digo que esto no funciona así. Por mucha pasta que saquemos, el dinero es para gastarlo y se agota. Y luego necesitarás más. Lo que le hace a uno rico no es tener dinero, sino ganarlo de forma continua. Por eso la gente trabaja y tiene planes de pensiones, para que nunca les falte. No sé cuánto sacaremos, pero seguramente haya unos doce millones de pesetas, como te dije. Esa cantidad, a repartir entre tres, nos da cuatro millones por cabeza, como te avanzó mi padre. —La chica endureció la mirada.

—Es mucho dinero —musitó Simón.

—Es mucho dinero —corroboró Magdalena—. Pero para nosotros es como un trabajo. Tanto para mi padre como para mí, robar es un modo de vida. No es tan distinto a tus padres. ¿Te imaginas que tu padre trabajase un día para luego no trabajar nunca más? ¿A que dicho así te parece ridículo? Pues lo mismo nos pasa a nosotros, que tenemos que seguir trabajando en lo nuestro si queremos que el dinero no se agote. La diferencia, y es una diferencia importante, es que nosotros no trabajamos ocho horas al día, seis días a la semana, sino que trabajamos cuando lo necesitamos. Es como las camadas de leonas, que cazan cuando tienen hambre y el resto del tiempo disfrutan de la vida. Nuestro estado es más natural que el vuestro. ¿Crees que tus padres

se lo han pasado bien trabajando?

Simón no respondió.

Magdalena abrió un cajón del mueble del salón. Del interior sacó una bandeja de plata y la colocó encima de la mesa.

—Hace miles de años que nuestros antepasados formaban grupos para salir a cazar. Se juntaban varios hombres y se armaban con lanzas, flechas, puñales, comida, agua y ropa de abrigo. Durante días, incluso semanas, cruzaban bosques, campos, ríos, detrás de presas que huían o se ocultaban. Finalmente, cuando tenían la suerte de cazar, regresaban para alimentar a sus familias. Pero mientras iban detrás de las presas, desconocían si esa sería su última salida. Algunos hombres perecían por enfermedad o al ser atacados por una tribu rival o en la lucha por la caza. Pero ese riesgo solo lo corrían una vez al mes o, a veces, durante más tiempo si tenían la suerte de cazar una presa muy grande. Ahora, en nuestra avanzada sociedad de mierda, lo que nuestros ancestros hacían cuando lo necesitaban, nosotros lo hacemos a diario y durante un montón de horas. Nos levantamos pronto y nos vamos a trabajar. Al mediodía volvemos a casa, comemos, y por la tarde regresamos al trabajo. Trabajar, trabajar y trabajar. Ese es nuestro futuro. Hasta que enfermamos y morimos.

Mientras la chica hablaba, Simón la observó en silencio. Ella abrió su bolso y sacó una bolsita de plástico. La rompió y el polvo blanco se esparció por encima de una bandeja de plata estrecha. Luego, con una navaja pequeña con la palabra *Toledo* escrita en el mango, cortó la coca en dos líneas y enrolló un billete de mil pesetas dándole la forma de un canuto.

—Ya verás como esto te anima —le dijo, entregándole el billete enrollado.

—Paso —rechazó—. A mí no me va esto.

Ella se sentó sobre sus piernas. El chico sintió el calor de su vientre terso apoyándose sobre el suyo. Se acercó a su oreja y la mordisqueó de forma apasionada.

—¡Venga! Fóllame con dureza.

Simón inició una erección descomunal que amenazaba con romper la cremallera del pantalón. Magdalena se giró, dándole la espalda, y se metió las dos rayas seguidas. Luego se dejó caer hacia delante, apoyando las manos en una alfombra pequeña que había debajo de la mesa de vidrio del salón y le ofreció su culo, que quedó delante de sus ojos en todo su esplendor. El chico quiso bajarle los pantalones, pero se lio con el botón y ella le tuvo que ayudar.

Se situó detrás.

Y.

La

Penetró.

Con.

Suavidad.

Capítulo 76

*Muchos que equivocaron el camino,
culparon al camino.*

José Narosky

Abrió los ojos con torpeza y miró el reloj que había colgado en una de las paredes del salón, eran las siete de la mañana. Magdalena dormía estirada en toda su resplandeciente desnudez sobre la alfombra. El cenicero de vidrio que había encima de la mesa se llenó de colillas y en el suelo había dos paquetes de tabaco arrugados, rodeando una botella de licor de hierbas medio vacía. La bandeja de plata con los restos de la coca estaba sobre la mesa, al lado del billete de mil pesetas que se había desarrugado, pero seguía conservando su forma cilíndrica. Se incorporó y atrapó ambas rodillas con los dos brazos, hundiendo la cabeza en medio.

Aún estaba a tiempo de no ir al robo. Pensó que le iría mucho mejor si encontrara un buen empleo, en vez de aliarse con esos delincuentes que no le traerían nada bueno. Si aceptara el trabajo en casa de los Romero y se alejara de Magdalena y se aproximara a Dorata. Si su madre no hubiera muerto o su padre no estuviera enfermo o no hubiera asesinado a la señora Adoración. Si hubiera mantenido su amistad con Andrés y no hubiera ni robado en el hostel ni vendido tabaco y cerveza a los pescadores. Le hubiera ido mejor si no hubiera hecho todas las cosas malas que hizo y sí hubiera hecho otras buenas. Pero ya era tarde.

Demasiado.

Tarde.

En ese mismo instante, Dimas aparcaba el Seat 124 Sport en el interior del taller de Barcino para que le cambiara las placas de matrícula.

—¿Sabes? —le dijo Magdalena desperezándose sobre la alfombra—. Creo que eres un tío de puta madre, pero que no has tenido suerte en la vida.

Simón la contempló con los ojos cansados, parecía como si ella hablara de sus últimos días en la tierra.

—La suerte es para quien la encuentra, no para quien la busca —repuso Simón, mientras alargaba la mano y cogía un cigarrillo del paquete que había encima de la mesa.

—¿Qué tal te va con esa chica?

Magdalena se puso en pie y se acercó hasta la ventana del balcón.

—¿Qué chica?

—No me hagas tonta, por favor. Esa chica, la morenita. Te he visto con ella.

—Somos amigos.

—¿Amigos como tú y yo?

—Más o menos.

—O sea... ¿Amigos de follar?

Simón negó en silencio.

—No he tenido nada con ella.

—¿No ha querido ella o no has querido tú?

—Porque no hemos querido ninguno de los dos.

—No te conviene.

—¿Por qué?

—Esa chica y su padre no son buena gente.

—¿Lo dices por que son negros?

—¡No me jodas, Simón! Sabes que yo no pienso así.

—Entonces... ¿Por qué no son de fiar?

—Son mala gente. ¿Sabes que Etienne es originario de Haití?

—Sí, lo sé. ¿Qué quieres decir con eso?

Magdalena se vistió con una camiseta y se puso unos pantalones cortos, hasta ese momento se había estado paseando por el salón completamente desnuda.

—El tío trabaja en la cementera de Iluro.

—Sí, lo sé. En la misma donde trabaja mi padre.

—Comenzó a trabajar como peón y ahora ya es jefe de planta. Ese hombre ha progresado mucho, en poco tiempo. La gente comenta algunas cosas.

—Es un currante.

—Hay gente que tiene el don de robar la suerte a los demás y los convierte en desgraciados.

El chico clavó su mirada en la de Magdalena. Le parecía increíble que ella estuviera hablando de la forma que lo hacía en ese instante.

—¿Qué quieres decir?

—Solo te digo que tengas cuidado con esa chica y con su padre. Ellos no son como nosotros.

Simón comenzó a sudar de forma aparatosa. La frente, la espalda y hasta el vientre se le mojaron.

—¿Y cómo somos nosotros?

—Normales.

—No me has dicho por qué sabéis que en el Parada hay más de doce millones guardados en una caja en la bodega.

—No es relevante para el golpe que vamos a dar.

—Lo es —contradijo Simón—. Porque si esa información os la ha dado alguien, luego reclamará una parte de ese dinero. Pasará como con la pastelería, que al final habrá más a repartir y tocará menos por cabeza.

—La información de ese dinero y donde se encuentra, la apporto yo.

—¿Tú?

—Sí. Estuve trabajando unas semanas en el bar, hasta que encontré el empleo de la tienda de moda. Yo era la que entregaba la droga a los compradores y por eso sé dónde guarda el dinero y qué cantidad hay.

—¿Has pensado que el dueño del bar sospechará de ti cuando le robemos?

—Sí. Pero también sé que no denunciará. Ningún traficante de drogas presenta una denuncia ante la policía, por mucho dinero que le hayan robado.

Capítulo 77

*Lo que no es útil para la colmena
no es útil para la abeja.*

Marco Aurelio

Simón aparcó el 124 Sport en un lateral de la avenida Cervantes, esquina con la calle Uruguay, cuando eran las once y media de la noche del domingo 21 de octubre. Magdalena se bajó del coche para que pudiera salir su padre desde la parte de atrás, ya que ese modelo solo tenía dos puertas. Pero lo escogieron porque era un coche muy veloz y maniobrable.

Dimas caminó agazapado por un lateral de la acera, dirección al bar. Llevaba dos bolsas grandes de deporte, una en cada mano. Cuando llegó a la esquina levantó los ojos y leyó el letrero: «Bar Parada». Dejó las dos bolsas en el suelo y de una de ellas extrajo una pata de cabra, con la que apalancó la persiana de la puerta lateral, donde estaba la cocina. Cuando escuchó el sonido del candado al partirse, siguió haciendo fuerza hasta que consiguió que la persiana subiera lo suficiente como para dejar un hueco de un palmo en la parte de abajo. Seguidamente cogió un gato tipo tijera y lo colocó entre el candado partido y la acera. Movié la palanca hacia arriba y hacia abajo hasta que un fuerte crujido le indicó que se habían roto los cierres de seguridad. Los vecinos de la zona ya estaban acostumbrados al barullo de la calle, por lo que nadie se asomó a la ventana.

Cuando accedió al bar encendió una linterna de mano y se dirigió, cargado con las dos bolsas, hacia la portezuela que había en el interior de la barra, la que llevaba directamente al sótano. La abrió y descendió por la estrecha escalera de madera. Cuando localizó la caja metálica, que había detrás del congelador, la destrozó con un mazo, propinándole varios golpes hasta que la puerta se dobló. La apalancó con la misma pata de cabra con la que había abierto la persiana del bar y la desencajó, arrancándola de cuajo. Había montones de billetes, tantos que era imposible contarlos en ese momento. Introdujo la mano con cuidado de no lastimarse y los fue repartiendo en las dos bolsas.

Cuando terminó subió hasta la barra, y volcó las dos máquinas tragaperras al suelo; quería simular que el robo fue para robar la recaudación que hubiera en sus cajones. Luego guardó la linterna y cogió las dos bolsas, en una de ellas además estaban las herramientas. Antes de salir echó un último vistazo para asegurarse de que no se había dejado nada en el interior del bar que pudiera delatarle. Y salió a la calle.

Caminó deprisa, cargado con las bolsas, en dirección hacia el coche donde le esperaban Simón y su hija.

—¡Ya viene! —le dijo la chica.

Simón se había quedado inmóvil, como si no se creyera que pudiera estar ahí, al volante de ese coche, en compañía de Magdalena, mientras esperaba que Dimas regresara. En un fogonazo recordó la época en que conducía el Seat 1430 por la riera de Roquesas, con Magdalena a su lado, sonriendo. No había pasado tanto tiempo desde entonces, pero ahora lo percibía como un tiempo lejano.

La chica se bajó del coche y abrió el maletero, para que su padre arrojara las bolsas en el

interior. Una vez se sentaron todos, Simón arrancó y condujo despacio por la calle de la República Argentina, para torcer hacia la calle México y salir a la carretera secundaria que los llevaría hasta Barcino, donde esconderían el coche en un taller y le cambiarían de nuevo las placas de matrícula, tal y como habían planificado.

—¿Cuánto dinero hay? —le preguntó Magdalena.

—¡Ha salido de puta madre! —chilló Dimas—. Quizá haya más de doce millones de pesetas. Pero no lo sabremos hasta que lo contemos todo.

—¡Doce millones?! —preguntó la chica, como si estuviera poseída—. Al final era cierto que había ese dinero.

—¿Vas muy despacio? —le preguntó Dimas a Simón, cuando conducía por la calle México.

—Es para no llamar la atención —dijo, después de aclararse la garganta.

—¡Acelera, hombre! Que no hay nadie en la calle.

Simón pisó el acelerador, justo después de cruzar uno de los últimos semáforos en ámbar que había antes de salir de Iluro. Al sobrepasar el puente de la carretera secundaria, vio a través del retrovisor que detrás llevaba un Seat 132 de color gris. El coche se iba aproximando, como si fuese a adelantar, y los faros llenaron de luz el interior del 124 Sport.

—¡Deja que pase ese memo! —le dijo Dimas.

Simón disminuyó la velocidad y se orilló ligeramente, esperando que ese coche los adelantara. Pero en vez de eso, se pegó más al maletero.

—¡Hijos de puta! —gritó el padre de Magdalena, cuando giró la cabeza hacia atrás—. Son maderos.

Los agentes colocaron la sirena encima, pero no la debieron pegar bien porque saltó y se estrelló contra la carretera.

—Sácatelos de encima —le ordenó a Simón—. ¡Por lo que más quieras, déjalos atrás!

Simón aceleró cuando entraba en la comarcal. Pero en esa carretera había muchas curvas, y algunas muy cerradas, y no podía pisar a fondo si quería que el coche no se saliera y cayera por un lateral de la montaña.

—¿No puedes correr más? —le preguntó Magdalena.

El chico estaba paralizado y sus pies no respondían.

—Es mejor que nos entreguemos —musitó.

—Quiero que me escuches —le dijo Dimas, apoyando ambas manos en el respaldo de su asiento—. Y quiero que me escuches bien. Tú eres menor de edad, por lo que no te pueden detener. Como mucho te tomarán declaración y te dejarán en libertad. ¿Entiendes lo que te digo? Ya lo hablamos cuando decidimos dar este golpe.

Simón basculó la cabeza asintiendo, en el mismo momento que salía de una curva cerrada. El 132 se había pegado tanto que ya no se le veían los faros.

—Tienes que decir que el robo lo has cometido tú. Confía en mí, porque no te pasará nada. Les dirás que lo planificaste y lo hiciste tú solo.

Mientras Dimas hablaba desde el asiento de atrás, Magdalena tenía los ojos puestos en la carretera.

—Esto es lo que va a ocurrir —siguió hablando Dimas—. Ahora detendrás el coche. Los agentes nos identificarán a todos, pero tú les dirás que eres el que ha robado en el bar. Nos llevarán a comisaría. Pero, al no poder demostrar nuestra participación, nos dejarán libres. ¡A todos! —elevó la voz—. A ti, como mucho, te citarán una vez al mes para tenerte controlado. Pero ni tendrás antecedentes penales ni entrarás en prisión, ni nada por el estilo.

—Me dijisteis que no nos pillarían —boceó mirando de reojo a Magdalena.

La chica ni siquiera torció los ojos para devolverle la mirada.

—¡Eh! ¿Me estáis escuchando? —insistió Simón—. Me asegurasteis que era un golpe seguro.

Magdalena desvió los ojos de la carretera y los clavó en los de Simón.

—¿Cómo cojones querías que supiéramos que nos iba a seguir la policía?

El coche de la policía seguía pegado detrás y comenzó a lanzar ráfagas de luces. El copiloto avisó por megafonía de que se detuvieran o abrirían fuego.

—¡Imbéciles! —profirió Dimas—. Saben que no pueden disparar porque se les caería el pelo. No te preocupes, Simón, que no van a disparar —le dijo tocándole la nuca.

—Detén el coche —le ordenó Magdalena.

Y Simón disminuyó la velocidad, hasta que se detuvo en el arcén de la carretera.

Capítulo 78

El éxito es fácil de obtener.

Lo difícil es merecerlo.

Albert Camus

—No se muevan del interior del coche —gritaron desde fuera—. Y coloquen las manos donde podamos verlas.

Llegaron dos coches patrulla de la policía de Iluro y un tercero desde la comisaría de Sinera. Cuando aseguraron la zona, hicieron bajar a los ocupantes del Seat 124 Sport de uno en uno y los colocaron en un lateral, en una hilera perfecta.

—De rodillas en el suelo y con las manos por encima de la cabeza —ordenó uno de los agentes.

El policía que sostenía la escopeta en sus brazos no les quitaba los ojos de encima.

—El primero que hable se lleva una hostia —gritó.

A lo lejos escucharon como los policías hablaban en voz baja. Luego se acercaron hasta ellos y se situaron detrás.

—Las manos en la espalda —le ordenó a Dimas el que se había situado a su lado.

Dimas bajó las manos de la cabeza y se las echó a la espalda por la parte de la cintura. Sintió como el policía le colocaba los grilletes metálicos y los anclaba con el sonido característico del cierre. Después repitió la operación con Magdalena.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó a Simón.

—Catorce, señor.

La luz de los faros del coche que tenía delante jugueteaba en sus piernas.

—¿Catorce? ¡Mis cojones!

El policía que sostenía la escopeta se situó delante y le alumbró la cara con una linterna tan potente que Simón se vio forzado a cerrar los ojos.

—Quizá diga la verdad, tiene cara de ser joven. Además, es el que conducía —añadió.

—Estos hijos de puta se las saben todas —profirió otro agente que estaba inspeccionando el interior del Seat 124 Sport con una linterna—. Ponen al menor de edad de conductor, porque saben que no es responsable penalmente.

—¡Bien! —dijo un policía que había permanecido oculto en la sombra—. Subidlos por separado en los coches, para que en ningún momento se junten o puedan hablar entre ellos. Tú —señaló a otro policía con la barbilla—, conduce el coche con el menor de edad a tu lado, pero no le pongas los grilletes. Nos vemos todos en la comisaría.

La Ley prohibía que los menores de edad fueran custodiados en vehículos con distintivos policiales, por lo que el jefe de la patrulla dispuso que a Simón lo acompañara un agente en el propio Seat 124 Sport hasta la comisaría.

—Alguien se ha ido de la lengua —le murmuró Dimas a su hija.

—¡Silencio ahí! —les increpó uno de los policías cuando los escuchó murmurar.

—¡Sube al coche! —le ordenó a Simón—. Siéntate en el lugar del copiloto y no me compliques la vida.

Era un agente de nueva promoción, que seguramente no tendría ni los treinta años cumplidos. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y sujeto con algún tipo de laca que se lo encrespaba. Su tez morena y perfectamente rasurada le indicó al chico que era un policía coqueto.

—¿Te estarás quieto?

—Sí, señor.

—Vamos a ir a la comisaría principal de Iluro —le dijo.

Desde ese tramo de la carretera, hasta la comisaría, había unos veinte minutos. Tenían que circular por la comarcal hasta llegar a la ciudad y luego conducir por la avenida principal. La ausencia de tráfico, ya que eran las dos de la madrugada, facilitaría que la comitiva policial llegara directamente, sin ni siquiera detenerse en los semáforos que, a esas horas, estaban todos en ámbar.

—¿Puedo fumar? —le preguntó al agente que lo custodiaba.

—Luego, cuando lleguemos a la comisaría.

Entonces reparó en que ese chico estaba muy asustado, incluso su cabeza comenzó a bascular con inquietud.

—Está bien, chaval —le dijo entregándole un cigarrillo.

Simón se puso el cigarro en la boca y el agente se lo encendió con un mechero de gasolina.

—No te entretengas —ordenó el jefe de la patrulla, acercándose hasta ellos.

Los tres Seat Ritmo comenzaron a incorporarse a la carretera. El primero llevaba a Dimas y el segundo a Magdalena. El tercero lo conducía un policía solo, ya que su compañero era el que conducía el 124 Sport donde iba Simón.

—¡Ve terminándote el cigarrillo, que no tenemos toda la noche! —le dijo, visiblemente enfadado por la tardanza de Simón.

Los dos se habían quedado solos en el arcén de la carretera, iluminados por la linterna del agente y por los faros del vehículo. Simón deshizo el cigarrillo en su mano, apagándolo, y lo arrojó al suelo. El policía vio que era un buen chico, porque incluso tuvo en cuenta que estaban cerca del bosque y procuró no arrojar el cigarrillo encendido.

—¡Sube al coche!

Simón se subió en el asiento del copiloto y se colocó el cinturón de seguridad. El agente apagó la linterna y se sentó en el puesto del conductor. Arrancó el motor, sin colocarse el cinturón, y se incorporó a la carretera.

—¿Cómo te llamas?

—Simón.

—¿De dónde eres?

—De Roquesas.

—¿Y tus compinches?

—De Roquesas, también.

—La chica está buena.

Le sorprendió el comentario de ese policía respecto al atractivo físico de Magdalena, pero supuso que lo dijo para relajar el ambiente. Ciertamente, ella era una chica muy guapa.

—Vamos con mucho retraso —comentó el policía, observando su reloj de muñeca—. A este paso hoy no terminamos ni al mediodía. Por vuestra culpa tenemos trabajo de cojones. Hay que identificaros a todos, comprobar si ha habido algún robo esta noche. —Simón supo entonces que los policías todavía no sabían qué es lo que habían robado y dónde—. Escribir un atestado, declaraciones, abogados y toda esa mandanga... En fin, que hoy no nos iremos a casa hasta las

tantas —protestó.

Entonces, meditó, su detención había sido aleatoria. Seguramente vieron circular el coche por la avenida principal, ocupado por tres personas, y sospecharon que eran ladrones. Se trataba de un control rutinario. Hasta que no llegaron a la comisaría y registraran el coche, no sabrían que esa noche habían robado en un bar. Un hombre, una chica joven y un menor de edad, conduciendo un Seat 124 Sport por Iluro, de madrugada, fue suficiente para que los policías sospecharan.

—Hay que ser ignorantes para poner una placa falsa a un coche y que esa placa sea de otro modelo —habló el policía—. Si al menos hubierais cambiado la placa por una del mismo modelo, pero la que lleva este coche corresponde a la de un camión de la marca Ebro.

Entonces supo por qué los policías sabían que eran ladrones, porque detectaron que la matrícula del 124 era falsa. El culpable de que los hubieran detenido era el tío del taller donde Dimas llevó el coche.

—¡Cojones! —chilló el policía de repente.

El Seat 124 Sport dio varios bandazos de un lado hacia otro. Había entrado demasiado rápido en una de las últimas curvas antes de salir de la comarcal y acceder a la avenida principal de Iluro y el conductor no pudo controlar el vehículo.

Finalmente impactó contra el tronco de un árbol. Por suerte, Simón se había abrochado el cinturón de seguridad y únicamente sintió un fuerte dolor en el pecho, a causa del impacto. El conductor se había destrozado la cara contra el volante y un hilo de sangre se deslizaba por su barbilla.

Capítulo 79

La victoria fue siempre para quien jamás dudó.

Aníbal

Se desabrochó el cinturón. Cogió la linterna que había al lado del freno de mano y abrió la puerta, dándole varios golpes con el pie.

Salió a la oscura carretera.

Necesitaba un cigarrillo, pero su paquete se lo había quitado el policía. Y no podía abrir su puerta porque del impacto se había arrugado y quedó completamente desencajada. Pero llevaba la ventanilla del conductor bajaba y podía meter la mano y acceder al bolsillo de su camisa. Al hacerlo, para coger el paquete de tabaco, se dio cuenta de que...

El.

Policía.

Había.

Muerto.

Le asaltó una inquietante sensación de que se volvía a repetir lo que ocurrió en la pastelería cuando falleció la señora Adoración. Era como si dos hechos separados en el tiempo estuviesen misteriosamente relacionados.

Y fue cuando tuvo un arrebato de miedo tan fuerte que le empujó a no quedarse allí. La policía diría que el accidente fue por su culpa. Quizá, investigarían más a fondo la muerte de la señora Adoración y sabrían que él también tuvo que ver con ese accidente. Puede que Magdalena lo delatara, como venganza porque el robo del bar hubiera salido mal. Dijese lo que dijese, estaba perdido.

Se situó detrás del Seat 124 y le propinó un fuerte rodillazo a la matrícula, la puerta del maletero se abrió. Sabía que en ese modelo se podía abrir así, sin necesidad de introducir la llave. Cogió las dos bolsas, cargando una en cada hombro. Encendió la linterna que le había quitado al cadáver y comenzó a descender por el camino de la montaña, en dirección al mar. La luz iluminó una casa de campo con las paredes pintadas de blanco, pero ni siquiera se detuvo. Durante una media hora, mientras descendía por la ladera, se preguntó si no hubiera sido mejor pedir auxilio en esa casa en vez de huir.

Cuando parecía que iba a amanecer, el cielo cambió de color de repente y se vació la escasa luz que había en ese instante, como ocurre momentos antes de desatarse una tormenta. Simón llevaba un par de horas caminando por el bosque y sabía que, si seguía haciéndolo en línea recta, en no demasiado tiempo llegaría al mar. Desde allí podía desplazarse hacia Roquesas por algún camino de las huertas que había entre la carretera comarcal de Iluro y la vía del tren. Calculó que la policía ya habría localizado el accidente y los agentes, en ese instante, lo estarían buscando. Magdalena y su padre seguirían en la comisaría, custodiados en un calabozo hasta que tramitaran las diligencias. Pero llevándose el dinero les había hecho un favor, porque si no había dinero no había robo. Los dos se acogerían a su derecho de no declarar y en ningún momento contarían qué es lo que estuvieron haciendo en Iluro ese domingo por la noche, ni quién era el adolescente que

los acompañaba.

Se detuvo en una zona frondosa, donde detrás de un árbol alguien se había desecho de una lavadora vieja. El electrodoméstico estaba arrinconado, como si hubieran querido apartarlo de la vista. Pero era imposible que no se viera si alguien pasaba cerca. Simón dejó las dos bolsas en el suelo. De una de ellas extrajo las herramientas que había usado Dimas para acceder al bar y las arrojó detrás de la lavadora. La pata de cabra y el gato de tijera emitieron un ruido metálico cuando se golpearon contra la chapa.

Cogió las bolsas y siguió caminando hasta que asomó la cabeza por entre unos arbustos y distinguió la carretera nacional. Ya eran las siete de la mañana y había bastante tráfico de vehículos. No podía saber en qué tramo de la carretera estaba, porque no vio ninguna referencia que se lo indicase, pero podía caminar dirección norte y en algún momento llegaría a Roquesas. Entre el aspecto de cansado que tenía, la suciedad de su ropa, después de haber estado caminando por el interior del bosque, y las bambas llenas de barro, cualquiera que lo viera pensaría que era un extranjero de tantos que pululaban en verano por esa parte de la costa.

Se sentó encima de un mojón y se encendió un cigarrillo. Mientras daba caladas cortas, procurando que el humo lo inundara, leyó, cincelado en color negro, el kilómetro 651. En un cálculo mental acelerado llegó a la conclusión de que esos eran los kilómetros que había desde la capital del estado. Arrojó el cigarrillo encendido a la calzada, cogió las bolsas y siguió caminando dejando el mar a su derecha. Los brazos le comenzaban a flaquear, pero no podía entretenerse si quería llegar a su piso y ocultar el dinero.

Cuando llevaba aproximadamente un kilómetro, distinguió a lo lejos el letrero del hotel Florida. Entonces supo que, una vez lo hubiera rebasado, solo le quedarían tres kilómetros para llegar a Roquesas. Tres kilómetros cargando con esas bolsas era mucho tramo, pero tenía que sacar fuerzas de donde fuera.

Capítulo 80

*Viviendo todo falta,
muriendo todo sobra.*
Lope de Vega

En su calle había bastante movimiento de gente, el que correspondía a un lunes por la mañana del mes de octubre. Un vecino de su bloque sonrió al verlo cargado con las bolsas e incluso le preguntó:

—¿Te vas de viaje?

No respondió y se limitó a resoplar por el esfuerzo y el cansancio de la caminata que se había pegado durante toda la noche.

Su padre no estaba en el piso, ya que tenía por costumbre salir a comprar el pan a esa hora. Sin tiempo que perder se dirigió a su cuarto y dejó las bolsas al lado de la cama. ¿Dónde podía guardarlas sin que se vieran? Se preguntó. No cabían en el interior de su armario ropero, a no ser que sacara fuera toda su ropa. Se arrodilló y, con ambas manos, las empujó con fuerza hasta meterlas debajo de la cama. Tuvo que chafarlas un poco desde arriba para que encajaran bien y les dio dos puntapiés hasta que las centró en medio. Desde fuera, a simple vista, no se veían.

Ese dinero sería su moneda de cambio para convencer tanto a Magdalena como a su padre de que obraba de buena fe. Y les diría que gracias a él no les podían culpar del robo del bar.

—¡Simón! —lo llamó su padre desde el salón—. ¿Estás en casa?

Asomó la cabeza por la puerta de su habitación y vio a su padre de pie, en medio del comedor, con la bolsa de pan en su mano derecha. La expresión de sus ojos era de felicidad. Simón sabía que la medicación que ingería para el Parkinson le daba unas dos horas de movilidad, durante las cuales hasta su rostro era distinto.

—Aquí estoy.

—¿Dónde has pasado la noche?

—En casa de un amigo. De Andrés.

—¿Por qué?

—Estuvimos jugando al Monopoly y se nos hizo tarde. Andrés me ofreció quedarme a dormir en su piso y acepté.

Su padre lo miró con la misma expresión que ponen los que saben que les están contando una mentira.

—Te ha llamado por teléfono esa chica.

—¿Qué chica?

—Tienes que decirle que no llame tan pronto, porque me ha asustado. No eran ni las ocho cuando ha sonado el teléfono varias veces y al final lo he cogido pensando que eras tú y que te había pasado algo.

Por la explicación de su padre, Simón supo que se refería a Magdalena.

—¿Qué quería?

—Me ha preguntado si estabas.

—¿Qué le has dicho?

—Pues la verdad. Que no estabas en tu habitación y que no habías dormido aquí.

Simón descolgó el teléfono y buscó en su cartera el número de Magdalena.

Y lo marcó.

Al segundo tono descolgó.

—¿Quién es?

—Simón.

La chica conoció su voz enseguida.

—¿Dónde estás?

—En un bar de Iluro. —Su padre demudó la expresión de sus ojos.

Luego tapó el auricular y le susurró:

—Es que no quiero quedar con ella.

Jorge balanceó la cabeza, asintiendo, y se metió en la cocina, donde tenía previsto prepararse el desayuno con el pan recién hecho.

—¿Qué bar? —le preguntó ella.

—Uno del puerto.

—¿Y el dinero?

Simón tenía que pensar muy bien lo que iba a decir y lo que iba a hacer. Con ese dinero podría pagar las deudas de su padre. Y, si se lo entregaba a Magdalena, ellos se lo quedarían todo. Al igual que hicieron con el de la caja fuerte de la pastelería.

—Se quedó en el maletero del Seat 124 Sport —mintió.

Al otro lado del hilo telefónico no se escuchó nada, la chica enmudeció. Simón comprendió que había tapado el auricular y estaría hablando con su padre.

—Nos estás engañando —expulsó con rabia—. Nos has robado.

—Yo no he robado nada —se defendió—. Lo que te digo es la verdad. El policía se estrelló con el coche y yo me asusté y salí huyendo campo a través. No sé nada más. Además, ellos no saben nada del robo, porque nos pararon en un control rutinario.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo contó el policía antes de estrellarse con el coche. Me dijo que nos delató la matrícula falsa del coche, porque pertenece a un camión Ebro. —Magdalena se silenció de nuevo—. Vamos, Magda. Soy yo, Simón, ¿de verdad crees que os he engañado?

—¿Dónde está? —insistió.

—No lo tengo.

—¡Júramelo!

—Te lo juro.

—¡Júramelo por tu madre!

—Te lo juro, Magdalena. No tengo el dinero —repitió despacio antes de colgar.

Su padre asomó la cabeza por el marco de la puerta de la cocina. Su rostro estaba pálido.

—¿Todo bien, hijo? —le preguntó.

—Todo bien, papá.

Capítulo 81

*Si vives lo suficiente,
verás que toda victoria acaba en una derrota.*
Simone de Beauvoir

Simón caminó por las calles húmedas de Roquesas, sin haberse recuperado todavía de la impresión de ver el rostro espantado de su padre, con la tez pálida y aterrorizada, con las ojeras oscuras y marcadas, como si se las hubiera cincelado un marmolista. En cierta forma, su padre cada vez se parecía más a una caricatura de lo que un día fue. No podía entregarle el dinero a Magdalena, porque ese dinero no era de ella. Y sabía que, si lo hacía, volvería a ocurrir lo mismo que con el de la caja fuerte de la pastelería. En la conversación que mantuvieron, en ningún momento ella le dijo que le entregara las dos terceras partes o que lo repartirían, por lo que sabía que ella y su padre pensaban quedárselo todo.

Al mediodía se acercó hasta el piso de Dorata, necesitaba hablar con ella. Era en la única persona en la que podía confiar y contarle la verdad sin temor a que lo delatara.

—¿Quién es? —preguntó cuando Simón pulsó el botón del interfono de la portería.

—Soy Simón.

Y la puerta se abrió.

La chica lo esperaba bajo el marco, con una de sus manos apoyada en el pomo.

—Estoy sola.

Simón la miró con cansancio, su aspecto era desastroso.

—Quiero hablar contigo —le dijo, mientras que con una mano la empujó levemente para que entrara en el piso.

—¿Te encuentras bien?

—No.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ayer por la noche, el padre de Magdalena robó en un bar de Iluro —soltó de repente, sin pensar muy bien lo que iba a decir. Dorata lo contempló como si fuese un desconocido—. El robo no ha salido como estaba planificado, porque cuando salíamos de Iluro nos interceptaron varias patrullas de la policía antes de acceder a la carretera comarcal.

—¿Salíamos?

—Yo era el que conducía.

Dorata se desplazó hasta el salón y le hizo un gesto para que bajase la voz, porque Simón estaba gritando demasiado y los vecinos podrían oírlo.

—Entonces... ¿La policía te está buscando?

—No, creo que no saben que yo era el conductor. —Dorata lo analizó con la mirada. Se esforzaba por confiar en él, pero cada vez le costaba más hacerlo—. No lo saben porque, al ser menor de edad, no tengo documentación. Me subieron al mismo coche que usamos para el robo y el policía que lo conducía tuvo un accidente de regreso a la comisaría de Iluro.

—¿Qué clase de accidente?

—El coche se salió de la carretera e impactó contra un árbol.

La chica lo examinó con la mirada.

—¿Tú estás bien? No se te ve malherido.

—Estoy perfectamente. Lo único que tengo es mucho cansancio de estar toda la noche caminando cargado con las bolsas.

—¿Y el policía?

—Murió.

—¿Estás seguro?

—Creo que sí.

La chica se sentó en una silla del salón y colocó sus manos encima de la mesa.

—Estás implicado en la muerte de un policía —murmuró despacio.

—No. Porque nadie sabe quien soy yo.

—Lo sabe Magdalena y su padre.

—Ellos no dirán nada.

—¿Y por qué estás tan convencido de que no dirán nada? Es posible que a estas alturas te esté buscando toda la policía de Iluro como autor del robo y de la muerte.

—No dirán nada, porque yo tengo el dinero. Y mientras yo lo tenga, estaré a salvo.

—¿Dónde está?

—En mi piso.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Doce millones de pesetas. Puede que más, no lo sé con exactitud.

—¡Doce millones de pesetas! Eso es una fortuna.

Parecía que a Dorata le impresionaba más el dinero que había robado que la muerte del policía.

—¿Crees en mi inocencia? —le preguntó mientras se encendía un cigarrillo.

—¿Participaste en el robo?

—Me limité a conducir el coche.

—¿A cambio de qué?

—Una tercera parte.

—Entonces no eres inocente.

—Necesitaba el dinero.

—Podías haber aceptado el empleo que te sugerí, en la casa de Romero.

—Ahora ya es tarde para eso.

—Nunca es tarde —le dijo Dorata.

Capítulo 82

*Quien no sabe disimular,
no sabe reinar.*

Luis XI de Francia

El padre de Simón tenía hora con el médico especialista de Iluro, ese mismo lunes 22 de octubre. La visita estaba concertada desde hacía quince días y Jorge le pidió a su hijo que le acompañara, porque por las tardes el efecto de la medicación era menor y necesitaba de su ayuda para desplazarse, subirse al tren o incluso caminar. Pero Simón no quería acompañarlo hasta Iluro, porque temía que algún policía lo pudiera reconocer.

—¿Y no puedes venir, entonces?

—No. De verdad, papá. He quedado con un señor que posiblemente me dé trabajo.

Jorge sabía que su hijo mentía. Al igual que sospechaba que estaba teniendo algún tipo de problema. Pero confiaba que las cosas se solucionaran cuanto antes y que él, en su estado y enfermo, poco podía hacer por ayudar.

—¿Es de aquí?

—¿Quién?

—El hombre ese con el que has quedado.

—No, es de Sinera.

—¿Y de qué es el trabajo?

—Un trabajo.

—Sí, ¿pero de qué?

—Es en una finca. Buscan a alguien para que la cuide.

A Simón no se le ocurrió otra cosa que mencionar al banquero que le había recomendado Dorata.

—Un masovero.

—Algo así. Alguien que se encargue de la limpieza, el jardín, las compras, etcétera.

—Eso está bien —aceptó su padre—. Y tengo entendido que los masoveros suelen residir donde trabajan, por lo que también tienen casa y comida.

Parecía como si su padre se alegrara de que él encontrara un trabajo donde le dieran vivienda y comida. En cierta forma, para Jorge era como si su hijo ya no dependiera de él.

—¡Acéptalo! —exclamó, para sorpresa de Simón. Su padre rara vez alzaba la voz.

—Bueno, todavía tengo que saber las condiciones. El sueldo, el horario, el trabajo que tengo que hacer...

—¡Acéptalo! —repitió su padre—. Alguien que busca a un chico para que cuide su finca y le ofrece comida y alojamiento, no tiene que ser una mala persona. ¿Y de quién se trata, si puede saberse?

—Es el banquero ese, Romero.

Su padre bosquejó una sonrisa grotesca, por culpa del Parkinson.

—Romero es el dueño de la cementera de Iluro, la misma donde he trabajado los últimos veinte años.

Simón recordó que en esa misma cementera también trabajaba el padre de Dorata.

—Nunca me has hablado de él.

—Porque no lo conozco personalmente. Es un hombre poderoso, con muchos negocios, no solo el banco que le dio fama y prestigio. Es el dueño de la fábrica y de muchas otras empresas.

Capítulo 83

*Nunca es demasiado tarde
para ser lo que podrías haber sido.*
George Eliot

El lunes por la tarde, mientras su padre visitó al médico de Iluro, Simón decidió que pasaría por la finca de Romero y aceptaría el empleo, fuese el que fuese. En su situación no podía estar negociando ni el salario ni las horas ni el trabajo que tuviera que hacer.

No se fiaba de coger el tren. Porque cuanta menos gente le viera, mejor. Así que se fue hasta Sinera caminando. Al llegar, no se introdujo en la ciudad y subió por el lateral de la montaña escarpada que llevaba directamente hasta los terrenos de Romero. Se acercó hasta la verja y llamó al timbre. Enseguida se abrió la puerta y Shaira asomó su cuerpo. La mujer sonrió al verlo, como si lo estuviera esperando. Transitó por el camino hasta llegar a la verja y la abrió con una llave que extrajo del bolsillo de su bata.

—No te esperaba tan pronto.

—Si vengo en mal momento puedo pasarme otro rato —se disculpó Simón.

—No. De eso nada. Pasa, pasa —animó, posando su mano en el hombro.

Simón circuló detrás de ella, hasta que llegaron a la casa.

—¡Mira quién está aquí! —chilló Shaira, nada más traspasar la puerta.

Romero hizo acto de presencia. Sujetándose por dos muletas enormes, sobre las que se apoyaba.

—¿Quieres que hablemos de las condiciones? —le preguntó mostrando seriedad.

—Sí —aceptó Simón, balanceando la cabeza.

El empresario lo hizo pasar a un pequeño despacho que había cerca de la cocina y le dijo que se sentara. Simón se sintió excesivamente halagado con las atenciones de esa familia, pero no mostró su malestar porque en cierta forma es lo que estaba buscando.

—Bien —comenzó a hablar—. Lo primero que quiero que sepas es que tendrás que vivir aquí, con tu padre —añadió.

—¿Mi padre?

—Sí. En la finca dispones de una vivienda completa para ti solo, lo suficientemente amplia como para que pueda vivir tu padre. Como comprenderás, exigimos que estés cerca para cada vez que te necesitemos. Esta finca es muy grande y un día se funde una bombilla, otra se rompe una manguera del jardín y al día siguiente se inunda el pozo. Si estás conforme, Shaira te la enseñará.

—Pues...

—Espera, que todavía no hemos hablado de dinero. El sueldo será de treinta mil pesetas al mes. Vamos, que cobrarás como un adulto. El único inconveniente es que no puedo hacerte un contrato de trabajo, por tu edad, pero te cobijaremos en casa como si fueses de la familia. La única condición que te pido es que, si alguien te pregunta, nunca podrás decir que trabajas aquí, sino que eres un invitado.

—No entiendo. —Simón arrugó la frente—. ¿Por qué yo? ¿Por qué me hacen esa oferta que

saben que no puedo rechazar?

—Tenemos cierta amistad con Dorata —repuso—. Y hace tiempo que buscamos a alguien de total confianza para cuidar de nuestra finca. Estos terrenos son muy grandes y necesitan de un mantenimiento continuo y constante. Y no vamos a meter en nuestra casa a cualquiera. Dorata nos ha dicho que tú eres de total confianza y nosotros la creemos sin ningún atisbo de duda. Por eso hemos pensado en ti. ¿Hay alguna cosa que quieras preguntarme? —le dijo a Simón, cuando vio que había enmudecido.

—¿Cuándo empiezo?

El señor Romero mostró una sonrisa tan amplia que sus ojos se empequeñecieron.

—Veamos —dijo mirando un calendario que había colgado en la pared, detrás del sillón donde se había sentado—. Hoy es lunes 22 de octubre. ¿Qué te parece el jueves 1 de noviembre? Así cobrarías por meses completos. Si aceptas, que espero que sí, durante esta semana y la que viene podéis mudaros aquí. ¿Qué te parece?

Simón se puso en pie y le estrechó la mano.

—Shaira te enseñará la casa.

—No es necesario, señor Romero, cualquier casa que me muestre será infinitamente mejor que la que vivo yo.

El banquero sintió una punzada en el pecho por las últimas palabras del chico, ya que le indicaron qué tipo de vida llevaba.

Capítulo 84

*El que mira afuera sueña,
el que mira adentro despierta.*

Carl Gustav Jung

Simón estaba tan pletórico que creyó que se había quedado atrapado en un sueño. Por primera vez parecía que las cosas comenzaban a ir bien. El trabajo en la finca de Romero le daría los mismos ingresos que cobraba su padre cuando trabajaba, pero con la ventaja de que no tendría gastos, ya que la vivienda y el desembolso mensual, derivado de ella, corría a cargo del banquero. Se imaginó a su padre paseando por los enormes terrenos de la finca, sin preocuparse si alguien lo veía dando saltos mientras daba esas grandes zancadas para no caerse, por culpa del Parkinson. No se preocuparían por los recibos, ni la hipoteca, ni los gastos de comida. Y Simón no tendría que dejarse ver demasiado por la calle, con el temor de que algún policía, de los que participó en la redada de la noche que robaron el bar, lo reconociera. Y todo, absolutamente todo, se lo debía a Dorata. Ella fue la que medió para que el señor Romero se fijara en él.

Cuando regresó al piso, su padre ya había vuelto del médico, porque la puerta estaba entreabierta. Pensó que seguramente llegó tan cansado del viaje en el tren, que no tuvo ánimo ni de entornarla.

—¡Papá!

Al acceder al salón se quedó perplejo. Las estanterías de la librería se habían vaciado y todos los libros y figuras estaban desparramados por el suelo. Parecían los cascotes de un edificio bombardeado en una guerra.

Entró en la habitación de su padre y vio que los cajones estaban abiertos. Su mesita de noche la habían volcado en el suelo, junto a ropa interior, camisetas y cajas de pastillas.

Entonces tuvo un terrible presentimiento. Un presagio que se confirmaría en cuanto accediera a su cuarto. Su mesita de noche estaba destrozada, como si le hubieran estado dando martillazos durante más de una hora seguida. Habían apartado las fotografías de forma brusca y el rostro de su madre le sonreía desde el suelo, como si fuese un espectro surgido en la noche, que le estuviera recordando que los actos, tarde o temprano, se pagan. Se arrodilló y su peor temor se materializó cuando vio que las bolsas con el dinero no estaban.

No podía denunciar, porque el Manco avisaría a la policía de Iluro. Y los investigadores sospecharían que el robo tendría otras connotaciones más allá de las que podían presuponerse de unos rateros que buscan dinero o joyas. Era evidente que, por la forma que habían destrozado todo, los autores de ese robo buscaban algo y el ensañamiento con los muebles era, al mismo tiempo, una advertencia.

Hizo un intento de llamar a Magdalena, para pedirle una explicación, pero habían cortado el cable del teléfono. Supo que se sentía engañada porque él le juró que no tenía el dinero, pero ahora ella sabía que él mintió.

Sin el dinero estaba a merced de que ella lo delatara y le dijera a la policía que él era el que conducía el coche. Y el que tuvo que ver con la muerte del policía que se accidentó con ese

mismo coche. Y el que asesinó a la señora Adoración. Y el que robó la caja fuerte. Y el que robó en el bar.

—¡Dios mío! —gritó, sentado en el suelo de su habitación y hundiendo la cabeza en sus rodillas.

Luego miró la foto de su madre, cuyo cristal se había hecho añicos, y le suplicó:

—¡Mamá, ayúdame!

No tenía tiempo de recoger el piso antes de que llegara su padre. Hiciese lo que hiciese, él se daría cuenta de que habían entrado a robar. Entonces tuvo una idea que quizá los salvaría a ambos: la de trasladarse esa misma noche a la finca de Romero. En principio se podían ir con lo puesto y las semanas siguientes completarían la mudanza.

Abrió su cartera y contó el dinero, para saber si le llegaba para un taxi hasta Sinera. Tenía de sobra. Comenzó a levantar los muebles que había esparcidos por el suelo, los cajones de las mesitas y las figuras, algunas rotas, que habían tirado durante el robo. De su armario cogió una muda completa: un pantalón, una camisa, un par de calzoncillos y varios calcetines. Lo metió todo en la única maleta que tenían, que cogió de la parte de arriba del ropero de la habitación de matrimonio. Después recolectó ropa al tuntún del armario de su padre y la apretujó en la maleta.

En la guía buscó el número de teléfono de los taxis de Roquesas y lo anotó en un papel. Salió al rellano y llamó a la puerta del piso de enfrente.

—Señor Cándido —le dijo a su vecino—. ¿Me deja usar el teléfono?

—Sí, claro. ¿Ocurre algo?

—No, solo que nuestro teléfono no funciona y tengo que hacer dos llamadas.

—Tú mismo —le dijo señalando el teléfono que estaba sobre una pequeña estantería en el salón.

Cuando el vecino iba a entornar la puerta de su piso, Simón se lo impidió.

—No la cierre, por favor. Estoy esperando a mi padre y quiero verlo cuando llegue.

Simón marcó el número que le dio Shaira. Al tercer tono descolgó la propia mujer.

—¿Dime, Simón? —le preguntó al reconocer su voz.

—¿Quería preguntarle si nos podemos mudar esta misma noche a su casa?

—¿Ahora?

—Sí, llegaríamos dentro de un rato.

La mujer dudó un instante.

—Sí, claro. No hay problema. Bueno, hay uno —rectificó. Simón esperó a que ella siguiera hablando—. Como no os esperábamos todavía, no hemos preparado las habitaciones.

—No se moleste, señora. No se preocupe por nosotros, que tanto mi padre como yo somos todoterreno y nos adaptamos a lo que sea.

—Está bien. Os esperamos.

Justo en el momento en que colgó, a través de la puerta entreabierta vio llegar a su padre. Parecía agotado y su espalda se había encorvado exageradamente. Tanto que sus brazos casi le llegaban a la rodilla.

—¡Papá! —lo llamó—. Estoy aquí.

El padre lo observó contrariado.

—¿Qué haces ahí?

—Buenas noches, Jorge —lo saludó el vecino.

—Espera un segundo —le dijo Simón a su padre—. No te muevas de ahí. ¿Puede pasar y sentarse en su piso? —le preguntó seguidamente a Cándido.

—Sí, claro —aceptó con un mohín de disgusto.

Simón llamó al número de los taxis y pidió un coche para ir a Sinera. Entretanto, su padre no dejaba de mirar la puerta abierta de su piso. Y el rostro sudoroso de su hijo. Y la expresión confusa del vecino.

—¿Qué ocurre, Simón? —le preguntó.

—Nos tenemos que ir de aquí ahora mismo.

—¿Ir? ¿A dónde?

—A la finca de Romero, ya que he aceptado el trabajo —fue su respuesta.

Cándido ayudó a Jorge para que pudiera subir al Seat 1500, mientras Simón metía la maleta en el maletero. Ajustó la puerta del piso, porque los ladrones habían destrozado la cerradura y no se podía cerrar con llave.

—¿A dónde? —inquirió el taxista.

—A la finca de Romero, en Sinera —respondió Simón, justo cuando se sentaba detrás.

Eran las nueve y media de la noche cuando el taxi se incorporó a la carretera nacional.

—Ya me contarás qué ocurre —le dijo su padre, con la mirada derrotada.

—Te lo contaré todo, papá. Te juro que te lo contaré —repitió—. Pero ahora, más que nunca, tengo que pedirte que confíes en mí.

El taxista los observó con indiferencia a través del retrovisor.

Cuando el coche llegó a Sinera, subió el tramo de la riera hasta el desvío de la zona alta. Allí torció y se dirigió a la casa de Romero. En el primer cruce, justo antes de torcer para encararse a la finca, había un coche de la policía. El taxista, al pasar por al lado, disminuyó la marcha. La puerta del copiloto del vehículo policial se abrió y un agente salió disparado con la mano levantada.

—¡Alto! —gritó.

El taxista frenó en seco.

El otro policía también salió del vehículo, con una linterna en la mano. A esa hora comenzaba a anochecer y no se distinguía bien el rostro de los ocupantes del taxi.

—¡Los de atrás, bajen la ventanilla!

Simón, que iba sentado detrás del copiloto, bajó la suya. Uno de los policías enfocó la linterna.

—¡Es él! —exclamó.

Su compañero se acercó cogiendo la culata de la pistola con la mano, pero sin desenfundarla.

—¡Baja del coche! —ordenó.

—¿Qué ocurre? —preguntó el padre de Simón.

—¡Baja del coche! —insistió el policía—. Y despacio, con las manos en alto. Donde pueda verlas.

A los lejos se vieron las luces de un coche. Por la carretera que venía de la finca llegó el señor Romero, acompañado de Shaira, a bordo de un Mercedes de color negro que conducía ella. Los agentes ya conocían al empresario y se esperaron hasta que el coche aparcó delante del taxi.

—¡Un momento! —dijo Romero, bajándose con dificultad y cogiendo una de las muletas para apoyarla en el suelo—. Ese chico trabaja para mí.

Los dos policías se miraron de reojo, sin saber muy bien cómo actuar.

—Lo tenemos que trasladar a la comisaría de Iluro —le dijo uno de ellos—. Está implicado en la muerte de un policía.

Al taxista le entró la prisa.

—Señores —dijo asomando la cabeza por su ventanilla—, yo me tengo que ir que me esperan unos pasajeros en la estación.

El padre de Simón salió del coche con enorme dificultad, agarrándose con las dos manos a la carrocería.

—Papá, no salgas del taxi. Que te lleve a la finca de Romero.

—No te preocupes —le dijo Shaira a Simón, mientras subía al coche de policía— Cuidaremos de tu padre hasta que te suelten.

Ellos sabían que Simón, al ser menor de edad, no estaría mucho tiempo retenido en la comisaría.

Capítulo 85

*Ayudadme a comprender lo que os digo
y os lo explicaré mejor.*

Antonio Machado

A las cinco de la tarde de ese lunes, el fiscal de menores se disponía a tomarle declaración a Simón, en presencia de un letrado del turno de oficio. Le acusaban de la muerte del policía que conducía el Seat 124 Sport, cuando lo trasladaba a la comisaría. Una vez le hubieran tomado declaración, lo pondrían en libertad hasta que se celebrase el juicio que, previsiblemente, sería pasados unos meses. La acusación se basaría en el atestado policial y en cuantas pruebas pudiesen reunir los agentes durante ese tiempo.

El chico cambió varias veces de posición en la incómoda silla de color beige, atornillada al suelo, mientras cruzaba y descruzaba las piernas, inquieto, hasta que, justo iba a comenzar la declaración en la sala de Fiscalía, hizo acto de presencia uno de los letrados más reputados de Barcino, enviado directamente por el señor Romero. El abogado se identificó y aseguró que se encargaría de su defensa.

En la declaración tenía que estar obligatoriamente uno de los progenitores, por lo que hizo acto de presencia el padre de Simón, el cual llegó acompañado de Shaira, en el mismo coche. Antes de entrar a declarar, el chico y su padre estuvieron conversando en la sala de espera durante unos minutos.

—¿Mataste a ese policía?

—No, papá. Únicamente me limité a acompañarlo mientras él conducía el coche.

—¿Y por qué lo hiciste, hijo? ¿Por qué conducías ese coche?

—Por lo que se hace todo, por dinero. Dimas y Magdalena me pagaron por conducir.

—Ya te dije que no te juntaras con ellos, porque no te traerían nada bueno. Tu madre siempre te lo repetía y al final se ha visto que teníamos razón. Esa familia son unos delincuentes y de los delincuentes uno no se puede fiar. —Simón agachó la cabeza y no replicó—. Pero huiste del lugar del accidente y por eso sospechan de ti.

—Huí porque tenía miedo.

Un secretario judicial accedió a la sala y les dijo que en cinco minutos pasarían dentro para declarar ante el fiscal.

—Hay una cosa que no acabo de comprender muy bien —siguió hablando Simón— y es por qué ese hombre, Romero, se preocupa tanto de mí. El abogado que ha enviado es de los más reputados y caros de Barcino. La casa donde nos han alojado es lujosa a más no poder. Y me han dicho que se harán cargo de todos los gastos derivados del juicio y que entretanto nos cobijarán en su finca. Lo único que piden es que cumpla mi parte del trato y trabaje para ellos en el mantenimiento, por el cual me pagarán. ¿No te parece raro, papá?

—¿Raro en qué sentido?

—No sé, me pregunto por qué Romero tiene tanto interés en mí. Fui a verlo porque Dorata me lo recomendó y me dijo que estaba buscando a alguien para el mantenimiento de su finca. Pero por la forma en que me recibió tuve la sensación como si ya me estuviese esperando. No

quiero ni pensar que ese hombre tenga intenciones perversas.

Jorge lo miró con una mueca dibujada en los labios.

—Creo que, si esas fuesen sus intenciones, ya te habrías enterado. ¿Crees que si quisiera algo de eso que sugieres me hubiera dado cobijo a mí también?

—Entonces, ¿qué busca?

—Pienso que es una buena persona, solo eso. Y te quiere dar una segunda oportunidad. Una oportunidad que, por otra parte, te mereces. Ya es hora de que tengas un poco de suerte.

Su padre, con las últimas palabras que pronunció, se echó a llorar.

Capítulo 86

*No a todos gusta lo mismo:
unos cogen espinas, otros rosas.*

Petronio

El juez fijó fecha para el juicio, que sería el martes 15 de enero del año siguiente, 1980, tres meses después de la detención de Simón y la correspondiente toma de declaración. Durante esos meses, Simón y su padre vivieron en la casa de la finca de Romero, donde se encargó, tal y como se había comprometido, del mantenimiento. Lo tenían tan ocupado que le sobraba poco tiempo para pensar, y eso era bueno. Se encargaba del control de acceso de la finca, a través de las cámaras de vigilancia que había instaladas en el perímetro. Y, entre sus tareas diarias, estaba la de la limpieza de los extensos terrenos, quitando hierbajos; la recepción de paquetes y sobres; sacar y recoger los cubos de basura y hacer pequeñas chapuzas de mantenimiento. Al estar en un recinto cerrado, nadie cuestionó que un menor de edad estuviese trabajando, tal y como había apalabrado Simón con el dueño.

Mientras tanto, su padre era el hombre más feliz del mundo, ya que vivía como un marqués. Se levantaba sobre las nueve y desayunaba en la cocina de la casa que compartía con su hijo. Luego se tomaba la medicación que le permitía un par de horas de movilidad, en las que aprovechaba para pasear por los caminos de la finca. Por la tarde se echaba una buena siesta y por la noche se dedicaba a ver películas en VHS de la colosal biblioteca del señor Romero.

A principios de noviembre le encargaron a Simón que pintara toda la valla que rodeaba los terrenos. Era de hierro y estaba enclavada sobre un muro de dos metros de altura, por lo que tenía que valerse de una escalera que fue desplazando conforme necesitaba pintar los diferentes tramos. El color elegido era un gris rosado, bastante llamativo, que Simón cogía de unos enormes botes de cinco kilos que había en uno de los almacenes, el más próximo a la puerta de entrada. Durante dos semanas, hasta el domingo 18 de noviembre, estuvo pintando cada día un promedio de once horas, por lo que su brazo derecho y la muñeca correspondiente se resintió y necesitó asistencia médica. Romero se opuso a que saliera y le dijo que él llamaría a uno de los mejores médicos de Sinera para que lo visitara en la propia finca.

—No se moleste, señor —comentó Simón—. Ya me acerco yo al médico. Me vendrá bien, porque llevo más de un mes sin salir de aquí.

—Es mejor que no te vean por ahí afuera hasta que no se celebre el juicio —insistió Romero—. Piensa que estás acusado de un delito muy grave... —Se detuvo un instante, como si quisiera estar seguro de lo que iba a decir—. Por otra parte, te puedes cruzar con esa chica, Magdalena, y su padre, y no sería plato de buen gusto.

Durante al menos dos veces a la semana, Dorata se pasaba por la finca. La chica era muy bien recibida tanto por Shaira como por el señor Romero. Cuando venía se quedaba a comer con ellos y luego, si el trabajo de Simón lo permitía, daban un prolongado paseo por la parte más alejada de la casa, pero siempre dentro del recinto. En alguna ocasión los vieron besarse en la clandestinidad que daba un conjunto de árboles frondosos que había en la zona más pegada a la

ladera de la montaña que había frente al mar. Fue Dorata la que le dijo que no había vuelto a ver ni a Magdalena ni a su padre. Incluso la caravana tenía aspecto de estar abandonada. Y tampoco vivían en el piso que alquilaron en el puerto. Era como si se los hubiera tragado la tierra. Simón pensó que con todo el dinero que le habían robado, más el que se quedaron de la caja fuerte de la señora Adoración, seguramente se habían fugado al extranjero. Doce millones de pesetas daba para mucho.

—A mí no me asusta esa gente —repuso Simón, con altanería—. Miedo ha de tener el que tiene algo que ocultar, y no es mi caso.

En cierta forma le apetecía hablar con Magdalena, porque los dos habían tenido una excelente relación durante varios años y le dolía que las cosas se hubieran torcido de esa manera. La última vez que la vio fue la noche que robaron en el bar de Iluro. Y la última vez que hablaron fue al día siguiente, cuando la llamó por teléfono. Desde entonces no había vuelto a saber nada de ella. Probó a llamarla varias veces al teléfono de su piso, pero la línea estaba cortada y no había señal.

La tarde que le visitó el médico, en la casa de la finca, y le dijo que tenía codo de tenista, Simón se sorprendió porque era la primera vez que oía algo parecido.

El doctor, demasiado joven para infundir confianza, le explicó que se trataba de una inflamación de los tendones que unen los músculos del antebrazo con la parte exterior del codo.

—Se produce al repetir con el brazo los mismos movimientos una y otra vez, de forma continua.

Simón comprendió que se lo había producido el exceso de horas pintando la valla. Pero como ya había concluido esa tarea solo necesitó unas friegas y un tiempo de descanso, sin mover el brazo constantemente, para recuperarse satisfactoriamente.

Capítulo 87

*No hacen el periódico sus redactores,
sino sus abonados.
Émile de Girardin*

Jorge le había dicho a su hijo, en un par de ocasiones, que le sonaba mucho la mujer de Romero, Shaira, pero que no sabía de qué. Como su memoria flaqueaba a causa del Parkinson, no insistió más. Pero es que a Simón le pasaba exactamente lo mismo. Los dos conocían a Shaira, pero no conseguían acordarse de dónde. Era una mujer increíblemente servicial y trabajadora. Ligeramente rechoncha, siempre vestía elegante, aunque no saliera de la finca. Llevaba el pelo impecablemente peinado, pese a tener esos cabellos revoltosos característicos de las negras. Y su lenguaje era estudiosamente rebuscado, como si se recreara en hablar bien. Signo, por otra parte, de la gente pudiente.

Durante las primeras semanas de noviembre, la prensa local publicó varios artículos referentes al resurgir de las empresas de Romero. La cementera de Iluro aumentó los pedidos con un incremento del que no había precedentes en el sector de la construcción y su Banco se asoció con un banco chino que buscaba expandirse por Europa, lo que hizo que las acciones se cotizaran al alza.

Pero el auténtico pelotazo fue el secarral de varios kilómetros cuadrados que tenía Romero en la parte alta de Sinera, casi tocando la carretera comarcal, donde la red de autopistas, dependiente del Estado, anunció que la próxima variante pasaría por en medio de esos terrenos, en cuanto iniciaran el procedimiento de embargo. El Estado pagaba muy bien las expropiaciones y ese terreno, que en otro tiempo no tenía utilidad, le supondría unos cuantiosos ingresos. Y con el tramo de esa autopista surgirían los contratos de construcción de un área de servicio, un hotel, varias tiendas, y todos los negocios relacionados directa e indirectamente. Lo realmente sensacional es que todos esos futuros comercios se enclavarían sobre los terrenos de Romero.

—Menuda suerte tiene el jodido —comentó Jorge, una mañana que estaba leyendo uno de los periódicos que llegaban a la finca.

Los dos estaban en la cocina de la casa y el chico se preparaba una rebanada de pan tostado con mantequilla, sobre el que colocaba una pieza de chocolate negro.

—¿En qué sentido? —se interesó Simón, al que los negocios de Romero no le causaban ninguna inquietud.

—Cuando trabajé en la cementera ya comentaron que el tío estaba arruinado y muchas veces se habló de que iban a cerrarla. Por lo visto, para salir del paso, compró varias tiendas de alimentación, pero tampoco le funcionaron. De hecho, dijeron que en no demasiado tiempo el Estado iniciaría el embargo de sus negocios, porque no podía hacer frente a los pagos de la Agencia Tributaria, ya que las deudas eran cuantiosas. Pero, por lo que leo en la prensa, ahora todo le va viento en popa. Esta gente siempre tiene la suerte de cara —concluyó.

—A mí no me importa lo que haga Romero y su esposa —intervino Simón—. Cuanto mejor les vayan las cosas a ellos, mejor nos irán a ti a mí. Piensa, papá, que vivimos en su casa. Ese hombre, como me dijiste una vez, se porta muy bien con nosotros.

Capítulo 88

*No es mas rico el que más tiene,
sino el que más da.*
Erich Fromm

A finales del mes de noviembre, una noche cerrada, como le corresponde a ese mes, Simón sacó los cubos de basura a la calle. Los dejó ordenados en una hilera perfecta al lado de la verja, cuando todavía no eran las nueve, ya que el camión de la basura pasaba a las diez. Por lo general eran cuatro cubos enormes, de color negro, que transportaba sobre un palé enganchado en las paletas de una carretilla elevadora con motor diésel, que usaba en la finca para diferentes labores. Habitualmente dejaba los cubos al lado izquierdo de la verja y sobre las once de la noche regresaba a retirarlos, cuando los había vaciado el camión. Mientras regresaba a cenar, dejaba la carretilla elevadora aparcada en la parte interior de la puerta. Después de la cena iba dando un paseo de nuevo hasta la puerta principal, momento que aprovechaba para fumarse un cigarrillo. Al llegar la abría, cargaba los cubos en el palé de la carretilla, y los regresaba al interior, en la puerta de la cocina de la casa.

Romero le contó que hacía unos años, en esa zona, se acumulaban drogadictos y vagabundos que se colaban por la noche. Los empleados del ayuntamiento, que se encargaban de la limpieza, se encontraban billeteras despojadas de dinero, condones y centenares de agujas hipodérmicas. Fue cuando el empresario hizo un pacto con el consistorio y les dijo que, si le dejaban cercar esa parte con una valla, sus empleados se encargarían de vigilarla. Con ese trato consiguió arañar unos metros más desde la finca hasta el acantilado. Desde allí, desde ese montículo, se podía ver el tramo de la carretera nacional, la vía del tren, la playa y el extenso mar.

Y estando allí, a punto de cerrar la verja, después de parar el ruidoso motor de la carretilla, fue cuando escuchó que alguien lo llamaba en susurros. Asomó la cabeza por la puerta y vio que, en la primera encina que había al torcer la esquina de la valla, sobresalía la cabeza de Magdalena. Su corazón le dio un vuelco al verla.

—¡Simón! —lo llamó cuando distinguió que él la había visto—. ¡Ven hasta aquí!

Él, que estaba a cargo del cuidado de la finca, sabía que en la verja principal había una cámara de seguridad que pillaba toda la puerta. Esa cámara grababa las veinticuatro horas del día y las cintas se cambiaban cada semana. Cualquier cosa que ocurriera en la puerta era registrada, por si era necesario denunciar a la policía un robo, por ejemplo, y tuvieran que aportar pruebas. Desconocía si Romero veía esas cintas. Pero no podía arriesgarse a que lo hiciera, porque sabía que él desaprobaba que se viera con Magdalena, por lo que optó por decirle a la chica que se desplazara hacia la esquina que había más cerca del acantilado.

—¿Hacia allí? —le preguntó ella señalando hacia su izquierda.

—Sí, pero agáchate que no te vean las cámaras —señaló hacia la parte más alta de la verja.

El chico se esperó a que ella se desplazara hacia donde le había indicado, ya que sabía que las cámaras no enfocaban en los cinco primeros metros, hasta que la imagen no la captaba la cámara siguiente, que había en uno de los laterales, donde el viento soplaba horizontalmente. Y, cuando la perdió de vista, se encendió un cigarrillo y caminó hacia donde estaba Magdalena, simulando

dar un corto paseo mientras fumaba.

Al llegar a su altura, vio que la chica se había maquillado. La contempló terriblemente hermosa. Y, pese al frío, daba la impresión de que sudaba. Entonces, sin mediar palabra, ella le propinó un bofetón que hizo que el cigarrillo le saltara de los labios.

—¡Eres un imbécil! —exclamó en voz alta.

—¿A ti qué cojones te pasa? —le preguntó Simón, acariciándose la mejilla.

El frío cortante hizo que sus mofletes se enrojecieran. La hilera de farolas del muro relucía la escarcha en la penumbra. A lo lejos, en la parte de abajo, se distinguían los destellos de los coches que circulaban por la carretera nacional. Pero sentirse tan cerca de Magdalena, y poder observarla, le resultaba excitante.

—¿Dónde está el dinero? —le preguntó la chica.

—¿El dinero? ¡Ja! Esta sí que es buena. El dinero lo tenéis tú y tu padre.

Magdalena se retiró un par de pasos hacia atrás, como si quisiera tener una perspectiva más amplia de su rostro.

—¿De qué coño estás hablando?

—De que no me chupo el dedo y sé que fuisteis vosotros los que robasteis en mi piso.

—¿Qué robamos?

—Las bolsas del bar Parada.

La chica clavó sus ojos en los suyos, como si quisiera traspasarlo.

—¿Había doce millones?

—O puede que más.

—Dijiste que no lo tenías.

—Ya sabes que sí que lo tenía.

—¿En tu piso?

—Sí. Sí.

—¿Dónde?

—Dejé las bolsas debajo de mi cama.

—Me refiero ahora. ¿Dónde lo guardas?

—¿El qué?

—El dinero, capullo. ¿Dónde lo tienes? ¿Aquí, en la casa de Romero?

—¡No lo guardo en ningún sitio, porque no lo tengo! ¡Lo robasteis tú y tu padre!

Magdalena se acercó a Simón hasta que su boca se situó al lado de su oreja. El chico pensó que se la iba a arrancar de un mordisco.

—Escucha, idiota. Y escúchame bien. Nosotros no hemos robado el dinero, porque no sabíamos ni que lo tenías. El que pienses eso de mí o de mi padre, significa que no nos conoces bien.

—¿Y quién iba a robar ese dinero? —interrogó Simón con los labios apretados.

Magdalena no lo estaba escuchando, ya que sus ojos se perdieron por la inmensidad de la valla que rodeaba la finca.

—¿Qué haces aquí?

—Trabajo.

—¿De qué?

—Cuido la finca. Son muy buena gente y dejan que mi padre viva conmigo.

—¿Cuánto te pagan?

—Me pagan lo que a ti no te importa —respondió Simón con grosería.

—Te pagan, te dan vivienda a ti y a tu padre y te mantienen alejado de las malas compañías —susurró Magdalena, mientras seguía observando la enorme valla—. ¿Por qué lo hacen?

—No sé, quizá son buena gente.

—Mi coño también es buena gente y no lo cuidan tanto —expulsó la chica con ordinareiz—. ¿Tu padre o tú tenéis alguna relación con el dueño de todo esto?

—¿Romero?

—Sí.

—Es el dueño de la cementera.

—Sí. Pero te pregunto si tu padre tiene buena relación con él, aparte de la de empresario y trabajador.

—Creo que no lo había visto en su vida.

—¿Y por qué hace esto por vosotros? —insistió Magdalena.

—Ni puta idea. Ya te he dicho que ni lo sé ni me importa.

—¿Has cantado a la policía? —interrogó, cogiéndole las muñecas.

—Ya te he dicho que no. No soy un soplón. —Luego la miró con expresión cariñosa—. Mi abogado me ha asegurado que no me pueden meter en prisión, al ser menor de edad, y que como mucho tendré que presentarme en la fiscalía una vez al mes, a firmar, para que ellos constaten que no me he fugado. Y vosotros, ¿dónde estáis?

Ella lo miró con cierta desconfianza.

—Hemos alquilado un piso en Barcino, en un barrio que mi padre conoce muy bien. Por aquí no queremos volver hasta que pase más tiempo y la gente se olvide de nosotros. Es posible —dijo evitando un nudo en la garganta—, que no podamos regresar nunca. El tío del bar Parada no deja de hacer preguntas por el barrio, porque sospecha que fui yo quien dio el soplo del dinero que guardaba en la bodega. Y la gente de Roquesas ya nos ha marcado para siempre y nos consideran unos delincuentes.

—Lo que sois —dijo Simón a modo de despedida.

Magdalena descendió por la empinada cuesta de la finca de Romero, hasta que llegó a la última calle asfaltada que ascendía desde Sinera, y se subió al Seat 127 con que viajó desde Barcino. Al sentarse en el puesto de conductor, agarró con fuerza el volante y se echó a llorar.

—¡Mierda! —gritó.

Condujo por la carretera nacional hasta la capital. Al llegar, aparcó el coche en la calle, y subió hasta el tercer piso, donde vivía con su padre. Dimas la esperaba sentado en la mesa del salón, alrededor de un paquete de tabaco y una botella de coñac, del que se había servido una copa.

—¿Lo has localizado? —le preguntó nada más verla acceder por el pasillo.

—Sí. Está, tal y como has dicho, en la finca de Romero.

—¿Y qué hace ahí?

—Trabaja, según me ha explicado. Su padre vive con él.

Sobre la mesa, al lado de la botella, había tres periódicos abiertos y subrayados. Las noticias eran referentes a Romero y sus empresas. Su banco había crecido en la bolsa y se cotizaba al alza. Uno de los titulares hacía referencia a que la última operación de cadera, a la que se sometió el empresario a mediados de ese mes, había sido un éxito y su cuerpo aceptó la prótesis de titanio.

—El puto viejo tiene más suerte que un zorro que se cae en un gallinero —comentó Dimas,

sin dejar de ojear los periódicos—. En el último mes y medio, desde que Simón está en su finca, sus empresas han salido de la quiebra y su salud está cada vez mejor. ¿Te ha dicho algo del dinero?

—Cree que lo hemos robado nosotros.

El rostro de Dimas se contrajo.

—¿Nosotros? ¿Y por qué piensa eso?

—Me ha contado que lo cogió del maletero del 124 Sport cuando se accidentó el policía y lo ocultó en su habitación, debajo de su cama. Lo ha tenido allí hasta que alguien lo ha robado.

—¿Y quién ha podido ser?

—Ni idea. Él insiste en que hemos sido nosotros, pero ya le he dicho que no.

—¿Le crees?

—¿En lo del robo?

—En todo.

—Le creo, papá. Mientras hablaba lo he mirado a los ojos. Lo conozco. Ya sabes cómo es y te puedo asegurar que no miente. Y, aunque lo tuvo, ahora no lo tiene.

—Está bien, Magda. Lo primero que tenemos que averiguar es quién lo ha podido robar y dónde está el dinero. Lo segundo, por qué Romero tiene tanto interés en Simón.

—Ya te dije que me parece descabellado lo que propones —lo interrumpió Magdalena.

—Lo sabremos cuando lo hayamos comprobado —concluyó Dimas.

Capítulo 89

*Sin desviarse de la norma,
el progreso es imposible.*
Frank Zappa

Magdalena y su padre visitaron una tienda de disfraces de la rambla de Barcino. Allí adquirieron dos pelucas, una para ella y otra para él, y dos carteras de piel negra, como las que utilizan los policías. Luego compraron ropa en un centro comercial y se equiparon con unas gafas oscuras que adquirieron en un bazar paquistaní.

El lunes 3 de diciembre viajaron a bordo del Seat 127 hasta Roquesas. Ambos se habían disfrazado lo suficiente como para que ningún vecino pudiera reconocerlos. Dimas se había vestido con una chaqueta de color azul y una peluca de pelo rizado de color negro. Magdalena se había vestido con un traje chaqueta de color gris y una peluca de color castaño que le llegaba hasta los hombros. El hecho de que en el mes de diciembre alguien fuese con gafas de sol era un reclamo que llamaba la atención, pero al ocultar sus ojos también evitaba que alguien pudiera reconocerlos.

—¿Ha visto a alguien sospechoso por aquí? —le preguntó Dimas al vecino de enfrente del piso de Simón.

El hombre lo observó con desconfianza, como si no supiera si podía sincerarse con él o no.

—¿Ha ocurrido algo, agente? —preguntó como respuesta.

—Nada de lo que usted deba preocuparse.

Mientras los dos hombres conversaban, Magdalena permanecía medio metro detrás de su padre, expectante a lo que hablaban los dos, como si fuese una policía sigilosa que no se entrometía en lo que hacía su jefe.

—Sé que Jorge y su hijo se han trasladado a la finca de Romero —explicó—. Desde que falleciera Águeda que los notó muy cambiados. Algo normal, por otro lado, ya que la pérdida de una esposa y una madre es un mazazo muy duro.

—¿Sabe si han vendido el piso? —inquirió Dimas, torciendo la cabeza hacia atrás.

—Creo que no. Y si lo han vendido, no ha venido a vivir nadie. El piso está vacío.

—Recuerda si antes de irse a la finca de Romero, vio por aquí a alguien sospechoso —insistió Dimas, ya que ese hombre parecía reticente a responder.

—Yo no quiero meterme en líos, pero... Bueno, hubo un día que los dos no estaban, ni Jorge ni su hijo, y escuché mucho ruido que provenía del piso. Como si estuvieran haciendo obras —explicó—. Estos pisos son pequeños y las paredes son muy finas y cualquier ruido que haga el vecino, se escucha. Destapé la mirilla y observé el rellano y en ese instante vi como salía alguien del piso. En sus manos llevaba algo, no sabría decirle.

—¿Bolsas de deporte?

—Es posible, aunque no las vi bien —se disculpó el vecino—. Estas mirillas son muy sencillas y se ve muy mal. El enfoque ese de ojo de pez impide que se pueda ver bien la parte media del cuerpo, por lo que no podría asegurarle si lo que llevaba en las manos eran bolsas. Pero es posible que así fuera.

—¿Reconocería a la persona que salió del piso?

—No, creo que no lo he visto nunca. Pero lo que sí le puedo asegurar es que era negro.

—¿Negro? —intervino Magdalena, que hasta ese instante había permanecido en silencio.

—Así es. Al principio pensé que llevaba algún tipo de pasamontañas en la cabeza. Pero, observando mejor a través de la mirilla, deduje que era un hombre negro.

Capítulo 90

*Es mejor haber amado y haber perdido
que jamás haber amado.*

Alfred Tennyson

Al mediodía viajaron hasta Iluro y comieron en un restaurante del puerto. Por la tarde se desplazaron hasta Sinera y aparcaron en la zona de la riera. Desde allí fueron caminando hasta una tienda enorme que había enfrente de un parque, donde sabían que Romero compraba todo lo que necesitaba para la finca. Cuando llegaron, les atendió un hombre de unos cincuenta años, de barba larga y desarreglada, que vestía un mono de color azul. Sobre el bolsillo había inscrito su apellido: Gómez. Dimas y su hija supieron que se trataba del dueño.

—¿En qué les puedo ayudar?

—Somos agentes de la comisaría de Barcino —se presentó Dimas. Esgrimió la cartera, pero sin abrirla—. Le ruego que sea discreto respecto a lo que hablemos aquí, porque es un asunto delicado.

El señor Gómez los hizo pasar a una sala contigua, donde en ese instante no había nadie. Dimas se percató de que no le quitaba ojo a su hija, y le hizo un guiño para que fuese ella la encargada de interrogar a ese hombre.

—Llevamos una investigación —comenzó a explicar Magdalena—, referente a los empleados del señor Romero. Tenemos razones para sospechar que le están estafando.

El señor Gómez los observó como si no diera crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Y eso lo investiga la policía de Barcino?

—Cuando se trata de estafas a alto nivel, la policía también tiene que investigarlo. Piense que estamos hablando de mucho dinero.

El señor Gómez aceptó como buenas las palabras de Magdalena.

—¿Y qué quieren saber exactamente?

—¿Romero adquiere aquí los productos para su finca?

—Sí, aunque desconozco si todos o algunas compras las hace en otros comercios.

—Su tienda es la más grande de Sinera —comentó Dimas, para orgullo del señor Gómez.

—Si no la más grande, sí la que tiene más de todo —repuso con altivez.

—¿Podemos ver el listado de compras de los últimos dos meses?

El señor Gómez se giró sobre sus zapatos y abrió un enorme archivador metálico que tenía a su espalda. Luego estiró de un cajón y sacó una carpeta que por el grosor les indicó que al menos contenía cincuenta folios. Dejó la carpeta sobre una repisa de madera que había al lado del archivador y extrajo varias hojas que ordenó en su mano, conforme las cogía.

—Aquí está lo más importante —dijo—. Para otros productos, de los que compra menos cantidad, tendría que buscarle el listado en otro archivador que tengo en mi despacho.

—A ver. —Magdalena le cogió el listado de su mano, y seguidamente esbozó una amplia sonrisa. La chica quería mostrar amabilidad, porque sabía que eso ablandaría al señor Gómez.

La lista de productos estaba ordenada por cantidad. El primero era pintura de color blanco, de la que Romero había adquirido diez botes de cinco kilos cada uno. Había brochas, barniz,

aguarrás, rasquetas metálicas y un amplio surtido de tacos de madera, brocas, un taladro, martillos y diversas herramientas de albañilería y carpintería.

—¿Para qué tanta pintura? —preguntó Dimas.

—Para pintar la valla de la finca —respondió Magdalena, adelantándose al señor Gómez, que iba a hacer el mismo comentario.

Dimas le quitó el listado de la mano de su hija y lo peinó con la vista, deteniéndose en la penúltima línea, donde había escrito «Sal.N».

—¿Qué es esto? —consultó.

—Sal negra —respondió el señor Gómez.

—¿Sal negra?

—Sí. Yo no la tengo, pero la compré a un minorista de Barcino que me la trajo expresamente para Romero. La sal negra se vende en botes de plástico de un kilo.

—¿Y eso para qué se usa?

—Supongo que para la cocina —repuso el señor Gómez.

Se despidieron y fueron caminando hasta el coche, con la extraña sensación de haber perdido el tiempo. Dimas se había encendido un cigarrillo y se rascó la cabeza de forma maniática, ya que la peluca le hizo coger calor.

—¿Te fijaste en el color de la valla de la finca? —le preguntó a su hija.

—Creo que era de color rosado.

—¿Rosado? —chasqueó los labios, como si estuviera meditando.

—¿En qué piensas, papá?

—Vamos al coche —repuso—. De camino a Barcino te contaré lo que creo que está pasando.

Capítulo 91

*Quien nunca tuvo almohada,
no la echa de menos.*
George Eliot

El viernes 7 de diciembre, Simón había terminado de pasar el cortacésped por la zona ajardinada que rodeaba la casa de Romero. Su padre se había sentado en uno de los bancos de madera, mientras leía con mucha dificultad el periódico. El frío invierno se había hecho fuerte en esa parte de la montaña de Sinera y el hombre apenas podía estar media hora seguida afuera, sin que le comenzaran a doler los huesos.

—¡Papá! —lo llamó su hijo—. Entra dentro de la casa que te vas a enfriar.

Shaira estaba arreglando unos geranios que había en la parte más próxima a la ventana de su habitación, mientras los tocaba con mimo. El empresario se pasaba la mayor parte del día fuera de casa y solo regresaba por la noche, y a veces muy tarde. Simón no comprendía cómo ella podía estar con un hombre como Romero, que le sacaba al menos treinta años.

Justo en ese momento, el rostro de Jorge se descompuso en una horripilante mueca, como si acabara de sufrir un infarto.

—¡Papá! —elevó la voz Simón, mientras caminaba hacia él—. ¿Te encuentras bien?

Jorge se había desvanecido sobre el banco y se recostó de lado. Shaira se acercó hasta ellos, sosteniendo una pequeña regadera de plástico en la mano.

—¿Se encuentra bien? —se interesó.

El padre de Simón tenía los ojos abiertos y no dejaba de mirar a su hijo, como si quisiera decirle algo. Pero no podía hablar.

—Me duele mucho el pecho —atinó a decir, casi susurrando.

—Hay que llevarlo al hospital —comentó Simón, mientras se dirigía a la casa.

Al llegar vio que la puerta estaba cerrada.

—¿Qué buscas? —le preguntó Shaira.

—Las llaves del coche.

El chico sabía que en el garaje de la casa había un Ford Capri, porque lo había visto aparcado allí muchas veces. Y también sabía que las llaves estaban colgadas en el cuadro de llaves de la casa, pero no podía acceder porque la puerta estaba cerrada.

—Ese coche no se puede coger —rechazó Shaira—. Romero no quiere que se toque.

—Pero es una urgencia —aceleró Simón.

Ella lo miró con expresión hierática, como si le hiciese gracia ver a ese chico allí, aturdido, apresurado, queriendo trasladar a su padre al hospital.

—Llamaré al médico —dijo finalmente—. Y enseguida vendrá a casa.

—No hay tiempo —protestó Simón, acercándose de nuevo a su padre—. Hay que llevarlo al hospital.

Shaira, aprovechando que Simón se había alejado de la puerta, se metió dentro de la casa y cerró por dentro. A través de la cristalería de la cocina, el chico vio como descolgaba el teléfono. Supo que estaría llamando al médico.

—¡Tranquilo, papá! —le dijo mientras le ponía su jersey debajo de la cabeza—. El médico llegará enseguida.

—Ya me acuerdo —murmuró en voz baja.

Simón se acercó a su boca, porque no distinguía bien sus palabras.

—¿De qué te acuerdas?

—Ya me acuerdo —repitió—. De quién es esa mujer.

—¿Qué mujer?

—Ella estaba en las visitas que hicimos a la curandera de Barcino. Era la mujer negra que la acompañaba.

Pensó que su padre deliraba. No era posible que el señor Romero, uno de los empresarios más importantes de toda la comarca, se hubiera casado con una chacha que antes de eso fue la ayudante de una curandera.

Mientras tapaba a su padre, para que no cogiera frío, vio como la verja de la puerta principal se abrió al fondo. Para que lo hiciera, sin que nadie la abriera desde dentro, tenía que ser alguien que tuviese llave.

El morro de un 131 asomó por la puerta y en un primer momento pensó que era el médico. Pero, para su asombro, quien estaba accediendo a la finca era Dorata, que iba de copiloto en un automóvil que conducía su padre. El coche circuló despacio, hasta que llegó donde estaban ellos. Entonces Shaira salió de la casa y gritó:

—¡Quieren irse de aquí!

Etienne era un hombre extraordinariamente fornido, como le corresponde a un negro que ha trabajado en el campo. Simón estaba seguro de que no duraría ni un asalto si tuviese que enfrentarse a él. No entendía qué estaba ocurriendo, pero sabía que ni Shaira ni Etienne ni Dorata eran sus amigos. No en ese momento.

No.

Allí.

—No puedes salir de la finca —le dijo el padre de Dorata, mientras se bajaba del coche.

Simón se fijó en la puerta entreabierta de la casa, donde justo debajo del marco estaba Shaira. Detrás de ella, en la parte derecha, estaban las llaves del Ford Capri. Correr a la casa, coger las llaves, ir al garaje, y arrancar el coche, le llevaría un par de minutos de los que no disponía. Y no disponía de ese tiempo si el que estaba allí delante era Etienne. Pero sí que dispondría de ese tiempo, si lo distraía. Y, sin pensárselo dos veces, salió corriendo hacia la parte trasera de la casa, donde estaba el tramo de la valla que se juntaba con una almena de ladrillo que unía los dos tramos con la verja. Etienne, tal y como había sospechado, salió corriendo tras él.

Su juventud, unida a que el miedo da alas al que huye, hizo que Simón diera una vuelta completa alrededor de la casa y Etienne se quedó en la parte de atrás cuando él ya había regresado de nuevo a la puerta principal. Shaira mostró expresión de espanto, cuando la sorprendió en la puerta.

—¡Detente, Simón! —increpó Dorata desde el Seat 131 de su padre, que seguía con la puerta abierta después de que se bajara para salir tras él.

Simón ni siquiera la escuchó. Empujó con su cuerpo a Shaira, entró en la casa, alargó la mano y cogió las llaves del Ford Capri. Entre la puerta de la casa y la del garaje apenas había veinte metros. Solo tenía que arrancar el coche y salir disparado por la puerta. Antes de circular hacia la verja, que seguía abierta, recogería a su padre del banco de piedra, donde se había sentado después del jaleo que percibió a su alrededor. Su aspecto era el de un hombre asustado.

El Capri, tal y como había imaginado, arrancó a la primera. Su potente motor de dos mil centímetros cúbicos resonó en el interior del garaje. Era uno de los vehículos más rápidos del mercado. Una vez hubiera traspasado la verja principal de la casa, nada los detendría. Simón calculó que en unos veinte minutos llegarían al hospital de Iluro.

Mientras subía a su padre en el coche, se dio cuenta de que Dorata se había sentado en el puesto del conductor del Seat 131. El coche se movió ligeramente hasta que quedó centrado en el tramo del camino que llevaba hasta la verja. Simón supo que su intención era obstaculizar el paso. Pero no le importó, podía conducir por la zona de los setos, arrasándolos todos, hasta salir afuera.

A lo lejos vio la espalda de Etienne mientras corría hacia la puerta. Sabía lo que pretendía hacer: la iba a cerrar.

—¿Qué ocurre, hijo? —le preguntó Jorge, con la mirada desvalida.

Su rostro se había amoratado por el frío y no entendía qué estaba ocurriendo. ¿Por qué Dorata y su padre no les dejaban salir de la finca?

—Si quieres que te diga la verdad, papá, no tengo ni puta idea de qué está pasando. Pero lo que sí sé es que nos vamos de aquí cagando leches.

El Capri comenzó a circular por encima de los setos, arrasando el extenso escaparate de decoración primaveral que Shaira mimaba con esmero. Las ruedas pisotearon la alfombra de hierba y destrozaron parte de los narcisos y tulipanes. Unos cuantos enanos de jardín saltaron por los aires y se hicieron añicos.

Una vez sortearon el vehículo de Dorata, se reincorporó al camino y se dirigió hacia la verja. Etienne ya había llegado y la estaba cerrando. Simón sabía que esa puerta metálica era lo suficientemente resistente como para que el morro del Capri no pudiese tumbarla. Al menos no podría hacerlo en el primer impacto, aunque si insistía es posible que llegara a traspasarla.

Etienne se había interpuesto entre la verja y el coche de Simón. La única manera de salir de allí era pasando por encima.

—¿Qué quiere ese negro? —interrogó Jorge, mientras hacía un esfuerzo titánico para colocarse el cinturón de seguridad.

—Quiere que no salgamos de aquí —respondió Simón—. Pero no sé por qué.

A través del retrovisor vio como Shaira y Dorata llegaban por la parte de atrás a bordo del Seat 131. En quince segundos harían una pinza entre ellos y Etienne, que seguía inmóvil frente a la verja.

—¡Agárrate, papá! —chilló Simón—. Vamos a salir de aquí como sea.

El morro del Capri se quedó a medio metro del cuerpo de Etienne. El negro apoyó sus enormes manos sobre el capó, como si quisiera hacer fuerza para frenar el coche.

—Señor Jorge —gritó—. Dígale a su hijo que no puede salir de la finca. Es por su bien.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Jorge, sin escuchar muy bien las palabras de Etienne.

—No quiere que salgamos de aquí.

—¿Por qué? ¿Por qué no quiere que salgamos?

—Ya te he dicho que no tengo ni idea —insistió Simón.

—Espera, hijo. Espera un momento. ¿Y si nos impiden salir por nuestro bien?

—¿Qué bien hay en no dejar que te lleve al hospital?

—Shaira nos ha dicho que había llamado al médico —comentó su padre—. Solo tenemos que esperar a que llegue.

Parecía que Jorge se encontraba mejor. Simón pensó que quizá era por la adrenalina que en

ese momento lo inundaba.

—¿Qué queréis de nosotros? —le preguntó Simón a Etienne, sacando la cabeza por la ventanilla.

—¡Protegeros! —gritó el negro, sin separar las manos del morro del Capri.

—¿Protegernos, de quién?

—De ellos —habló Dorata desde la parte trasera.

En ese instante, a través de la verja rosada, se veía el color rojo de un coche que Simón conocía perfectamente. Era el Seat 127 de Magdalena y su padre.

Dimas accedió a la finca por la portezuela que había al lado de la valla. En sus brazos sostenía una escopeta de dos cañones y apuntó directamente a la cabeza de Etienne.

—¡Abre la verja! —le ordenó.

El negro no se movió.

—Sabes que la abriremos igualmente —insistió Dimas—. No nos lo pongas más difícil.

Simón y su padre se quedaron perplejos, hasta que Magdalena accedió por la puerta pequeña y se dirigió hacia el Ford Capri.

—Escucha, Simón. No tenemos tiempo de explicaciones. Lo que mi padre y yo tenemos que contarte es muy largo y seguramente no nos creerás —le dijo tocándole el brazo que asomaba por la ventanilla—. Tienes que salir de aquí y venir con nosotros. Por el camino mi padre te lo explicará.

—¡No la escuches! —gritó Dorata desde atrás.

—¡Cállate! —increpó Magdalena—. ¡Putos brujos!

—Menos cháchara —habló Dimas sin dejar de apuntar a Etienne—. Abre la verja de una puta vez.

—Simón —siguió hablando Magdalena—. Tienes que creerme. Venid con nosotros a un lugar seguro y allí, con más calma, os lo contaré todo.

Jorge había enmudecido y se quedó inmóvil, sin soltar la agarradera que había en la puerta del Capri. En su estado no podía salir corriendo y dependía totalmente de lo que hiciera su hijo.

—Si sales, tu padre morirá —gritó Dorata.

—¡Cállate de una puta vez! —increpó Magdalena, cada vez más colérica—. ¡Papá, pégale un tiro a esa bruja para que se calle!

—¿Bruja? —inquirió Simón.

—Escucha, no tenemos tiempo. —Magdalena le había cogido la muñeca izquierda con su mano—. No te lo puedo explicar ahora, pero tienes que confiar en mí.

—¿Confiar en ti, dices?

—Sí, y sé que te pido mucho. Pero esto es muy serio, Simón.

—¿Todo esto es por los doce millones de pesetas?

—No. No es por el dinero.

—¡Magda, tenemos que irnos! —apremió Dimas, sin dejar de apuntar a Etienne.

—El dinero ya lo tenemos nosotros —dijo la chica.

El negro abrió los ojos.

—¿Dónde está? —preguntó Simón.

—Lo tenían ellos en su piso —los señaló a los dos con la mirada—. Ellos son los que lo robaron, pero ahora lo tenemos nosotros. Esta mañana hemos asaltado su piso y lo hemos recuperado.

Y como Magdalena necesitaba que Simón la creyera, salió afuera por la puerta pequeña que

había en la valla y abrió el maletero del Seat 127. Del interior sacó dos bolsas de deporte que Simón reconoció enseguida. Entró de nuevo con las bolsas, las dejó en el suelo y metió la mano en una de ellas, sacando un puñado de billetes.

—¿Qué coño estás haciendo? —interrogó Dimas.

—Convencerlo para que venga con nosotros.

En ese instante, Magdalena desarmó el único impedimento que evitaba que Simón y su padre los acompañaran. Porque, si ya tenían el dinero, ¿qué es lo que querían de ellos?

—¡Subid al coche! —les dijo mientras se bajaba y accionaba su asiento hacia delante, para que ellos pudieran subir a las plazas traseras.

Magdalena metió las bolsas en el maletero y Dimas se esperó, sin dejar de apuntarle, a que Etienne abriera la verja. Al salir, Simón tuvo que darle un golpe con el morro del Capri al Seat 127, que estaba frente a la puerta. Por el retrovisor vio a Etienne, Dorata y Shaira, parecían tres espectros surgidos de la noche.

Al pasar por el tramo de la carretera nacional de Iluro, Dimas le dijo a Simón que entrara en la ciudad y que dejara a su padre en el hospital.

—Está muy mal —comentó, mirándolo desde la parte trasera del Capri.

—No lo voy a dejar solo —bramó Simón, con rabia contenida.

—Has de hacerlo —insistió Magdalena—. Si lo quieres, y me consta que así es, debes dejarlo en el hospital. No te preocupes, los médicos lo cuidarán bien.

De la manera que hablaba Magdalena, parecía como si Simón no fuese a volver a ver a su padre nunca más.

—¡Este hombre necesita ayuda! —gritó Dimas en el aparcamiento del hospital.

Dos enfermeros se acercaron hasta ellos, arrastrando una silla de ruedas, y se hicieron cargo de Jorge, cuyos ojos estaban tan desorbitados que parecía que hubiese visto un fantasma.

Dimas aprovechó que el padre de Simón se había bajado del Capri, para pasarse al asiento de delante.

—¡Arranca! —ordenó—. Tira hacia Barcino. Cuando lleguemos ya te indicaré hacia donde tienes que ir.

Capítulo 92

Cada uno está solamente atento a su negocio.

Calderón de la Barca

—¿Conoces la historia del rey Midas? —le preguntó Dimas.

Simón basculó la cabeza, negando. Magdalena se había encendido un cigarrillo y le dijo a su padre que bajara unos centímetros su ventanilla para espantar el humo que se había acumulado en el interior del Ford Capri.

—No, no la conozco.

—Era un tío de la antigüedad, que todo lo que tocaba se convertía en oro. Al final se murió de hambre. —Dimas sonrió con ganas—. Tú eres como el rey Midas, pero a la inversa: destruyes todo lo que quieres. Hace años que te conozco y ya me di cuenta de que eras especial, pero nunca le había dado importancia. Hasta ahora. ¿Te has fijado que todos tus seres queridos enferman? Y algunos mueren. Tu madre arrastró un cáncer hasta que sucumbió sin remedio. Tu padre, pese a ser un hombre relativamente joven, ha sido apresado por una enfermedad que por lo general ataca a los ancianos.

—¿Y mi abuelo? —lo cortó Simón, antes de que siguiera hablando—. ¿Por qué está sano como una rosa?

Dimas miró a través del espejo lateral de su lado, para asegurarse que no los seguía nadie.

—Porque lo odias.

Simón observó a través del espejo interno el rostro contraído de Magdalena. La chica se había repantigado en su asiento, mientras se fumaba un cigarrillo.

—La gente que odias —siguió argumentando Dimas— es inmune a la mala suerte que despiden.

—Buena suerte, mala suerte. ¿De qué coño me estás hablando?

—De tu suerte, de la suerte del debutante. Nunca he conocido ningún caso como el tuyo y he tenido que comprobarlo para cerciorarme de que estaba en lo cierto. La suerte del debutante desaparece con los años y solo se da una vez, y por lo general en el juego. Tú siempre has sido un tío con suerte. Aquella vez que jugaste a la tragaperras de la bolera. La vez que le entregaste una moneda a Andrés para que la jugara en la máquina del hostel. Cuando disparaste en mi terreno y le diste de lleno a la letra de la lata, sin apenas apuntar. Tienes tanta suerte que esos cabrones de mierda se han fijado en ti.

—Shaira —murmuró Simón, tan bajo que apenas se escuchó su voz.

—Shaira trabajaba en la curandera de Barcino, cuando la visitaste con tus padres.

—Cordelia.

—Esa misma.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque he hecho los deberes y la he visitado. Estos últimos días le he seguido la pista a Shaira y me he enterado de muchas cosas que no han hecho más que confirmar mis sospechas iniciales. ¿Sabías que Shaira es hermana de Etienne, el padre de Dorata?

Simón despegó el pie del acelerador y el coche disminuyó la marcha ostensiblemente.

—Acelera, tío, que nos van a multar por ir tan despacio —protestó Magdalena.

—Todo comenzó cuando visitaste a esa curandera —siguió hablando Dimas—. La tía ya advirtió de que tú eras especial, pero no dijo nada. Fue Shaira la que se dio cuenta de que el deterioro de tus padres tenía un origen, digamos, mágico. Solo utilizo sus propias palabras, ya que yo no me terminaba de creer toda esta mierda, hasta hoy, cuando he visto como Etienne no quería que salieras de la finca de Romero. Ese empresario es un pájaro de cuidado. Seguramente fue su esposa la que le habló de tu poder y por eso, mediante Dorata, te convencieron para que te mudases a su finca. Un vistazo a la prensa para darse cuenta de lo bien que le van las cosas...

—Eso no tiene ningún sentido —lo interrumpió Simón, mientras alargaba la mano para coger un cigarrillo del paquete que había sobre el tablero—. Dices que doy mala suerte a la gente que quiero y yo odio a esa familia... —Se detuvo en seco, cuando se dio cuenta de que estaba diciendo lo mismo que le argumentaba Dimas.

—Por eso tienen tan buena suerte, porque los odias. Como a tu abuelo. Y por eso la gente que quieres enferma y se destruye poco a poco.

—¿Y por qué no tenemos mala suerte ahora? —consultó, encendiendo el cigarrillo con la mano derecha, mientras con la izquierda sujetaba el volante.

Dimas torció la cabeza y miró a su hija, que se encogió de hombros. Le iba a decir algo, cuando Simón frenó de repente y los tres se echaron hacia delante. En el último cruce que había antes de entrar a Barcino, la policía había montado un control con varios coches distribuidos en hilera. Un agente ataviado con un chaleco antibalas y sujetando una escopeta, les hacía indicaciones para que detuvieran el coche.

—Ahí tenemos nuestra mala suerte —musitó Magdalena.

Otro policía, distinto al que les hizo parar el vehículo, se acercó hasta la ventanilla del conductor. Sabían que los estaban buscando, porque seguramente Romero denunció el robo del Ford Capri. Iban en un coche robado, le habían quitado doce millones de pesetas a Etienne, que llevaban en el maletero, que a su vez eran fruto del robo de un bar, y el conductor era un menor de edad que no tenía permiso de conducir, y que se fugó después de un accidente donde murió un policía. ¿Qué podía salir mal?

El policía observó detenidamente a Simón. Luego posó los ojos sobre Dimas, que iba de copiloto. Y después miró hacia atrás, donde estaba sentada Magdalena. La chica sonrió, tratando de ganarse la confianza del agente.

—¿A dónde van?

—A Barcino —respondió Simón, tartamudeando ligeramente.

—Denme sus documentos —les ordenó.

Simón miró a Dimas de reojo, y este le dijo que le hiciera caso. Magdalena y su padre tenían el documento, pero Simón no, por lo que no podía mostrarlo.

—Diles que abran el maletero —escucharon que ordenó otro policía, que tenía mayor rango que el que estaba hablando con ellos. Parecía que el asunto de la documentación dejó de ser importante.

Simón descendió del coche y abrió el portón trasero. Allí, en medio, estaban las bolsas con los doce millones de pesetas. El policía solo tenía que asomarse para verlos, porque ni siquiera estaban tapados.

Pasaron un par de eternos minutos, en los que el agente que les había hecho parar se entretuvo en registrar otros coches que estaban al lado. A la izquierda había un Renault 12 de color verde, conducido por un señor de aspecto marcial, al que un poblado bigote le llenaba la cara. Mientras

registraban el maletero de su vehículo, se encendió un puro tan grande que necesitó varios segundos para que prendiera. A la derecha había un Renault 4, conducido por una chica que no tendría más de veinte años. Al bajarse del coche se puso un abrigo de piel encima, ya que el frío de diciembre era intenso. Ese abrigo les indicó a los agentes que era una mujer acomodada.

El tiempo pasaba y el policía no se acercaba hasta el maletero del Capri. Simón comenzó a impacientarse, al igual que Magdalena y su padre, que no veían el momento de ser detenidos por los agentes.

—¿Has cacheado ya ese coche? —le preguntó el que mandaba al policía que los había hecho parar, refiriéndose al Capri.

Su aspecto era de agotamiento, ya que el jefe de policía no paraba de dar órdenes. En ese momento estaba ocupado registrando el interior de un Seat 133, ocupado por dos chicos jóvenes, que parecían soldados.

Levantó la cabeza, miró hacia Simón, y dijo:

—Sí, ya se pueden ir.

—¡Venga! —apremió el jefe—. Circulando, que es gerundio.

Simón cerró el portón del maletero y se subió al coche. Al sentarse introdujo la llave en el contacto, la giró y arrancó. Dimas le tocó la pierna, mientras que Magdalena, desde atrás, le tocó el hombro.

—Conservas tu suerte —le dijo.

Capítulo 93

Muchos viven en una muda desesperación.

Thoreau

Aparcaron el Ford Capri en un callejón de la zona vieja de Barcino y caminaron hasta el piso que habían alquilado Dimas y Magdalena en el centro. Si Romero había denunciado el robo de su coche, la policía lo hallaría en cualquier momento, aunque dudaban de que lo hubiera hecho. De lo que estaban seguros es de que Etienne no iba a denunciar el robo del dinero.

—Escucha una cosa —le dijo Dimas a Simón, después de que le indicara que se sentara en el sillón de su piso—. No sé por qué ocurre, ni cómo ocurre, pero todas las personas que te importan acaban jodidas. Bien jodidas.

—Me parece mentira que puedas creer esas cosas —repuso Simón con furia—. Eso son historias de abuelas y me parece patético que vosotros —señaló a Dimas y a Magdalena con la cabeza— os las creáis. Todo son casualidades, como esa mierda de suerte del debutante que tanto comentáis. Si Romero y su esposa, al igual que Etienne y Dorata, se lo quieren creer, pues bien. Ellos son de un país donde creen en brujas y demonios y el vudú ese de los cojones, pero nosotros pertenecemos a otra cultura. Un día se lo cuentan a Romero y este se lo cree a pies juntillas. Luego me llevan a su finca y las cosas les van bien, y creen que es porque yo estoy cerca. Y porque los odio, como dices tú —le dijo a Dimas—. Pero no me digáis que mi madre murió y mi padre enfermó porque yo los quería. No me lo digáis más, porque me cagaré en vuestra estampa. —Simón había montado en cólera—. Y si fuese cierto, ¿por qué os van las cosas tan bien a vosotros?

La chica se acercó hasta la ventana que daba a la calle y se encendió un cigarrillo. La abrió ligeramente y el humo se escapó hacia el cielo.

—No tengo ni puta idea —exclamó—. Quizá es porque nos odias.

—No. No os odio, y lo sabes.

—Entonces, ¿qué es lo que ha ocurrido en el control de carretera? Los policías nos han dejado continuar, sin registrar el coche —comentó Magdalena—. Con que solo hubieran echado un vistazo al interior del maletero, habrían visto las bolsas con los doce millones. ¿Qué ha pasado ahí?

—Que hemos tenido suerte —respondió Dimas.

—¡Lo veis! —asintió Simón—. Yo te aprecio —le dijo a Dimas—. Y a ti... Bueno, a ti te quiero. —Magdalena sonrió mientras apagaba el cigarrillo a medio consumir en el cenicero de la mesa—. Todo ese cuento de la suerte del debutante no es más que un rollo que os habéis sacado de la manga.

—Puede que tengas razón —intervino Dimas, sentándose en una silla que había delante de él—. Pero es un hecho que desde que te mudaste con tu padre a la finca de Romero, a ellos les comenzaron a ir bien las cosas. Y luego está ese empeño de Dorata y su padre de que no salieras de la finca.

—Me dijeron que era para protegerme —cortó Simón, sin dejar que Dimas siguiera hablando. Magdalena y su padre se miraron de reojo, en un gesto que no pasó desapercibido para

Simón.

—¿Protegerte de qué? —le preguntó la chica.

—Eso me lo deberíais decir vosotros —los retó.

El silencio fue la única respuesta que obtuvo el chico.

—Tengo que irme —se puso en pie.

—Es mejor que no salgas en unos días —aconsejó Dimas—. Es posible que la policía nos esté buscando.

—¡No nos está buscando nadie! Si nos estuvieran buscando, ya nos habrían encontrado. Tengo que ir a ver a mi padre. Necesito saber cómo se encuentra.

—¡Espera! —Dimas se interpuso entre Simón y la puerta de su piso—. Cuanto más quieras a tu padre, más sufrirá.

—¡Idos a tomar por culo! ¡Los dos!

Capítulo 94

Hasta en el exceso existe una moderación.

Benjamin Disraeli

Simón viajó en tren hasta Iluro. Nadie en ningún momento le pidió el documento ni se fijó en él. Al llegar a la estación, se fue caminando hasta el hospital. En recepción preguntó por su padre. Una chica joven, de menos de veinticinco años, le dijo, después de consultar unos papeles que tenía delante, que su padre estaba en la habitación 113.

—Las visitas terminan a las nueve —advirtió, mirando su reloj de pulsera.

Simón se dirigió a la escalera que le indicó y subió hasta la primera planta. En ese instante eran las ocho y media de la tarde.

En la habitación su padre estaba tumbado boca arriba en una de las camas, la que había más cerca de un televisor que funcionaba con monedas. La otra estaba ocupada por un señor que, aparentemente, dormía.

—¡Papá!

Jorge giró la cabeza y lo miró con cariño.

—¿Estás aquí? —preguntó como si hubiera visto un fantasma.

—Sí. Y no me voy a mover de tu lado.

En ese momento recordó las últimas palabras de Magdalena y de su padre, cuando le dijeron que destruía a las personas a las que quería. Pero por mucho que se lo propusiera, no podía odiar a su padre. Entonces supo que jamás lo había odiado, incluso cuando lo vio desvalido y torpe. Era su padre, y lo quería con todo su corazón. Igual que quiso a su madre.

Echó una moneda de veinticinco pesetas en el cajetín del televisor y lo puso en marcha. A esa hora estaban echando un avance informativo de las noticias de la segunda edición. El locutor habló de la Navidad, que estaba próxima, de la subida de los precios del carburante, y del último Consejo de Ministros.

—¿Qué te han dicho? —le preguntó Simón a su padre.

—De momento nada, hasta que no venga el médico mañana y me explore. Les he dado el nombre de mi doctor, porque él sabe qué es lo que me ocurre. Pero han rechazado que haya sufrido un infarto.

—¿Te has tomado la medicación?

—Creo que no.

Simón observó detrás de él y vio que no había ninguna botella de suero colgada de la pared, ni ninguna vía en la vena de su padre. Jorge estaba sorprendentemente lúcido y sus movimientos eran coordinados y fluidos, algo que contrastaba con el avance del Parkinson.

—Te veo bien —anotó.

Dos minutos antes de las nueve, un celador pasó por la puerta de la habitación y le recordó a Simón que tenía que irse. El otro hombre, el que estaba tumbado en la otra cama, seguía durmiendo plácidamente.

—Regresaré mañana —le dijo a su padre, a ver qué te ha dicho el médico.

Cuando salió del hospital se dirigió a la estación y tomó el tren hacia Roquesas. Esa noche

dormiría en su piso, de donde no debió irse nunca.

Capítulo 95

*Donde hay mucho sentimiento,
hay mucho dolor.*
Leonardo da Vinci

Jorge comenzó a notar una insólita recuperación, que se hizo patente al día siguiente de ser ingresado en el hospital de Iluro. El médico, ante la repentina mejoría, le dio el alta y se trasladó a su piso.

Aniceto los visitó un día, cuando faltaba poco para la Navidad. Simón encargó varios platos en una casa de comidas de Roquesas y le dijo al abuelo que se quedara a comer con ellos.

—¿Qué vais a hacer? —se interesó.

—¿Qué vamos a hacer con qué? —repuso Simón, poniéndose a la defensiva.

—Jorge no está para estar solo.

—Mi padre no está solo —replicó Simón—. Me tiene a mí.

Después de comer, Aniceto se marchó y nunca más lo volvieron a ver. Tanto Jorge como Simón comprendieron que el único lazo de unión con ese hombre era Águeda.

En enero de 1980, Simón no se pudo matricular en el instituto de Iluro, pero adquirió algunos libros de primero de BUP, de segunda mano, y se propuso que el resto del año, hasta septiembre, avanzaría en los estudios para comenzar el siguiente curso con los temarios al día.

En la estación se cruzó con Magdalena. Supo que no fue un encuentro casual, sino que la chica lo estaba esperando.

—Simón —lo llamó desde el pequeño jardín que había en la parte trasera del bar.

Él, al verla, trató de disimular una cierta alegría que lo invadía. Aunque no quisiera reconocerlo, sentía algo especial por ella.

—Magda —farfulló.

—Esto es tuyo —le dijo mostrándole una bolsa de deporte, mientras la elevaba con ambas manos delante de sus ojos.

—No lo quiero —respondió cuando comprendió qué es lo que contenía.

—No seas tonto, Simón. Este dinero te pertenece.

El chico cogió la bolsa y se giró, sin ni siquiera despedirse. Magdalena lo observó de espaldas, mientras salía del andén. Fue la última vez que se vieron.

Los negocios de Romero volvieron a caer en picado y sus empresas, incluida la cementera, entró en números rojos. Hubo un fatal accidente, donde un trabajador de origen haitiano se había cortado una pierna en una de las prensas de la fábrica, cuando la gigantesca maquinaria lo pilló desprevenido mientras preparaba un palé para entregar a una constructora de Barcino. El banco de Romero fue el que sufragó las pérdidas y, a finales de febrero, se habló de que iba a entrar en bancarrota y terminaría por cerrar, ya que ningún otro banco quiso comprarlo y los accionistas chinos se retiraron al percibir que era perjudicial hacer negocios con él.

A finales de enero se celebró el juicio por la muerte del policía y a Simón lo declararon inocente, al no poder probar que él tuviese algo que ver con el accidente. El dueño del bar no denunció el robo, ya que lo que le habían quitado era fruto del tráfico de drogas. Ese dinero...

Nadie.

Lo.

Buscó.

Capítulo 96

*La suerte es la salvación de unos pocos,
pero un demonio para la mayoría.*

Michael Titorenko

Dimas llamó al interfono del piso de Cordelia, la curandera del barrio de la Salud de Barcino. Era la segunda vez que la visitaba y necesitaba hablar con ella urgentemente. Había algo que no encajaba, por mucho que él se esforzara en pensar que todo tenía que ver con la buena o la mala suerte de Simón.

La mujer, que en ese momento estaba sola, le abrió la puerta y le hizo pasar. Seguidamente le preguntó si le apetecía beber algo, a lo que Dimas aceptó y ella le sirvió una taza de café.

—¿Se acuerda de aquel chico del que estuvimos hablando? ¿Simón?

Cordelia basculó la barbilla asintiendo.

—Lo recuerdo. ¿Qué ha sido de él?

—Estuvo trabajando en una casa de Iluro —mintió para que la curandera no pudiera relacionarlo con Romero o su esposa—. Y desde entonces, de forma misteriosa, ha recuperado su suerte. Todo, absolutamente todo lo que él hace, le va bien. Y a las personas para las que estuvo trabajando, les va como el culo.

—Bueno, la suerte es como un reloj de péndulo —trató de explicar—. Unas veces va hacia un lado y otras hacia otro.

—No lo entiendo —insistió Dimas—. Ese chico, tal y como usted me comentó la última vez que hablamos, tenía suerte en el juego, pero a los seres a los que quería, como su madre o su padre, los destruía. De hecho, ¿recuerda que hablamos de que el cáncer de su madre pudo ser producido por su influencia?

Cordelia se incomodó con la presencia de Dimas, al que contempló como si él quisiera hacerla culpable de lo que había ocurrido con Simón.

—Recuerdo que lo hablamos, pero yo en ningún momento le dije que ese chico tuviera la culpa. De hecho, él no es responsable de lo que ocurre a su alrededor. Hay personas que de forma incompresible tienen mucha suerte. Son los antagonistas de los gafes, los cuales disponen de capacidades para alterar la suerte de personas de su entorno, transmitiendo negatividad. Esa suerte no es gratuita, sino que la roban. Por eso, como ya comentamos cuando mantuvimos esta conversación, ese chico influye en los que están a su alrededor, que no necesariamente tiene que querer, para que tengan mala suerte tanto en lo que hacen como en la salud.

—Pero desde que se fue de esa casa, el infortunio se ha cebado con esa familia.

—Me habló usted de que esa gente le hizo pintar una valla enorme que rodeaba la finca.

—Sí, incluso estuve hablando con la tienda donde compraron la pintura.

—¿De qué color era la pintura?

—¿Para qué quiere saberlo?

—Simple curiosidad —repuso Cordelia.

—Blanca, pero ese no es el color de la valla.

—¿Y de qué color es?

—Ligeramente rosada.

—Entonces es porque la mezclaron.

—En el detalle de la factura indica que adquirió sal negra.

Cordelia se echó hacia delante en su silla, apoyando los codos sobre sus rodillas. Su cara quedó tan cerca de la de Dimas, que por un momento pensó que le iba a dar un beso.

—¿Sal negra, ha dicho?

—Sí, junto con la pintura y las brochas adquirió un paquete de un kilo de sal negra.

—¿Y pintó la valla con esa mezcla?

—Eso lo desconozco. Aunque es posible que así fuese, por el color del resultado.

—Eso lo explica todo. —Cordelia sonrió ampliamente—. Los que tienen tan buena suerte, también tienen una parte de mala suerte. Y la proporción tiende a ser equitativa: cuanto más poderosa es la buena suerte, más fuerte es la mala. Generalmente oscila de un lado hacia otro o solo afecta a determinadas personas. Por ejemplo, pueden dar buena suerte a un compinche, en el caso de que hagan una fechoría, y al mismo tiempo aportar muy mala suerte a una amante, con la que han mantenido una relación fugaz. Y días después se puede invertir esa suerte, y perderla quien la tuvo y recuperarla quien la había perdido previamente. La suerte es caprichosa y actúa sin motivo aparente. Pero eso que usted me cuenta, lo de la sal negra, es más peliagudo. El hecho de que alguien haya pintado una valla de una casa con una mezcla de sal negra, seguramente es para atrapar la suerte en su interior. Ese mineral tiene compuestos de azufre y hay determinados creyentes que aseguran que impiden que la buena suerte se escabulla. Quizá, su objetivo era atraparla. Pero, y esa es la parte que muchas personas desconocen, también sirve para aprisionar la mala suerte que todos tenemos. Por lo que me cuenta, deduzco que la mala suerte de ese chico se ha quedado en el interior de esa finca, mientras que la buena suerte le sigue acompañando.

—Bueno, no la molesto más —le dijo Dimas, poniéndose en pie.

—Espero que conocer a ese chico le haya traído a usted, y a su hija, buena suerte —se despidió la curandera.

—Sí. Lo cierto es que tuvimos mucha suerte en conocerlo.

—Una cosa más —lo interrumpió Cordelia, cuando Dimas salió al descansillo—. No sé si usted es creyente o piensa que todo esto de lo que hemos hablado no son más que habladurías de gente inculta. Pero, si no es así, le sugiero que vigile que nadie destruya esa valla.

—¿Qué valla?

—La que protege esa casa, la que está pintada con sal negra.

—¿Por qué?

—Porque si esa valla desaparece, la mala suerte que está contenida en su interior se esparcirá de forma imparable y afectará a todos los que han tenido relación con ese chico. En especial a los que él quiso.

Capítulo 97

*Cuando miras largo tiempo a un abismo,
el abismo también mira dentro de ti.*

Friedrich Nietzsche

En el mes de septiembre, del año 1980, Simón comenzó el curso en el instituto de Iluro. A partir de entonces, cada día, de lunes a viernes, viajaría en el tren desde Roquesas y asistiría a las clases. Durante todo ese período, el que iba desde finales de 1980, hasta junio de 1981, Simón sería un estudiante más de los miles de estudiantes que luchaban por cursar una carrera universitaria.

Cada día, su padre se levantaba a las siete y se vestía rápido para salir a la calle a comprar el pan. Luego le preparaba a su hijo un bocadillo, que envolvía en papel de plata, para que se lo comiera en el descanso del instituto. Él se sintió arropado por su progenitor y tuvo un arrebato de culpabilidad por todos esos años que no supo quererle. La rebeldía de la adolescencia comenzaba a dejar paso a la clarividencia de una madurez que se percibía sensata.

Jorge sobrellevaba el Parkinson con estoicismo, mientras disfrutaba de su merecida jubilación. La medicación que le recetaron funcionaba bien y se ampliaron los plazos de independencia entre unas pastillas y otras, por lo que podía salir a la calle y dar largos paseos hasta la zona del puerto. Había días en los que se sentaba en un banco frente al mar y, sin que nadie lo viera, fumaba un cigarrillo a escondidas. Fue el propio médico de Iluro el que le dijo que, porque se fumara algún cigarrillo de tanto en tanto, tampoco se agravaría su enfermedad.

Ese invierno, Simón dejó de fumar y se dijo que nunca más encendería un pitillo. Con lo que ahorraría en tabaco, dispondría de dinero suficiente para adquirir ropa e ir al cine los domingos. El contenido de la bolsa de deporte, que le entregó Magdalena, lo guardó en una caja fuerte que se hizo instalar en la pared maestra del salón. Quería proteger esos cuatro millones de pesetas para que nadie se los robara. De ahí, es de donde iba cogiendo el dinero que necesitaba para pagar los recibos, la comida y los estudios. Su padre comprendió de donde salió ese dinero, pero jamás se lo comentó.

Simón se fue olvidando de los hurtos en la pastelería y en el hostel. Y de la muerte de la señora Adoración. Y en ese verano turbio que incrementó sus ganancias con el contrabando de tabaco, involucrando a Andrés en sus negocios. Y del robo en el bar de Iluro. Y en los doce millones de pesetas que guardó debajo de su cama. Y de las semanas que pasó con su padre en la finca de Romero. Y en el juicio por la muerte del policía.

Y se olvidó de Magdalena, la primera chica con la que hizo el amor. Y en los veranos en el terreno de Dimas, donde aprendió a conducir y a disparar. Y de Dorata y su padre. Y de Romero y de Shaira. Todos esos recuerdos pertenecían a su pasado y él quería centrarse en su futuro. Sentía como si el Simón que hizo todo eso, fuese alguien distinto.

Una tarde pasó por su piso el Manco, porque tenía que entregarle una citación judicial. Cuando Simón abrió la puerta, el viejo policía sonrió, porque lo conocía desde que era un niño,

desde cuando se escondía debajo de la cama cuando él pasaba por la calle.

—¿Está tu padre?

—Ha salido a pasear por el puerto.

—Cuando venga, enséñale este documento del juzgado. Como eres menor lo tendría que recibir él en mano, pero me fio de ti y sé que se lo entregarás.

Cuando el Manco se fue, Simón abrió el sobre y leyó que el juez había sobreseído de forma definitiva la denuncia que pesaba sobre él por la muerte del policía nacional que conducía el Seat 124 Sport. Sin soltar el papel, se sentó en una silla del salón y reprimió las ganas de llorar que le asaltaron en ese instante. Pero las lágrimas que pujaban por asomar a sus ojos fueron tan fugaces como la infancia que una madurez sobrevenida había aniquilado.

Cuando regresó su padre, y se lo dijo, no daba crédito a lo que estaba oyendo. Al fin, los cargos que pesaban sobre su hijo por la muerte de ese policía se iban a olvidar. Los dos se abrazaron con ternura hasta que Jorge se separó un momento y buscó en los ojos de Simón a su hijo. Aquel chico que tenía delante no era el mismo que él había criado junto a Águeda. Era otra persona. Intentó bucear en su mirada, pero tuvo que apartar la vista al darse cuenta de que era insondable.

La Policía Judicial de Iluro, en colaboración con la Brigada de Estupefacientes de Barcino, detuvieron a Camilo, el dueño del bar Parada. Una investigación de varios meses dismanteló el tráfico de hachís de toda la zona. Alguien dijo que esa detención fue posible a un chivatazo, pero nunca se supo quién fue. En la puerta del bar colgaron el cartel de traspaso y los clientes que adquirirían el hachís allí tuvieron que buscar otro lugar.

Un par de semanas después, la finca de Romero entró en concurso de acreedores, al no poder el banquero hacer frente a las deudas, y la Agencia Tributaria decretó el embargo de todos sus bienes. Shaira había abandonado al empresario unos días antes, al cual le unía únicamente un interés económico, y se trasladó a vivir a Barcino, junto a su hermano, Etienne, y su sobrina, Dorata. El haitiano cobró la indemnización por despido de la cementera y se acogió a los dos años de paro que le correspondían. Dicen que nunca más los volvieron a ver ni por Roquesas ni por Iluro ni por Sinera. Era como si se los hubiera tragado la tierra.

Cuando se publicó la subasta de la finca de Romero, Dimas y su hija se endeudaron para adquirirla, según comentaron en el pueblo, pero jamás se trasladaron a vivir allí. Desde entonces velarían que nadie, nunca, derribara la valla que pintó Simón. Estaban convencidos de que su existencia les guarecía para siempre de la mala suerte de esa casa maldita y, mientras existiera esa valla, ellos estarían seguros. Desconocían que la buena o mala suerte no existe, solo las buenas o malas acciones.

* * *

Nota del autor

Querido lector, querida lectora, espero y deseo que haya disfrutado de esta novela y, de ser así, le agradecería que la valorara y/o comentara en amazon.es o amazon.com, para que de ese modo otros lectores y lectoras puedan conocer y compartir sus opiniones.

estebannavarrosoriano.blogspot.com

esteban.orravan@gmail.com

twitter.com/EstebanNavarroS

www.facebook.com/esteban.navarrosoriano

www.instagram.com/estebannavarrosoriano/

www.youtube.com/c/EstebanNavarro65

Gracias, y nos vemos en la próxima aventura.

Otros títulos que te gustarán

[LA SUERTE DEL DEBUTANTE](#)

[UN AÑO DE PRÁCTICAS](#)

[EL ALTRUISTA](#)

[ROCK ISLAND](#)

[VERDUGOS](#)

[NATASHA](#)

[EL AJEDRECISTA](#)

[LA RUBIA DEL TÍVOLI](#)

[EL CÓNSUL INFILTRADO](#)

[EL APAGÓN](#)

[PENUMBRA](#)

[LA MARCA DEL PENTÁGONO](#)

[EL CLUB DE LA ÉLITE](#)

[UNA HISTORIA DE POLICÍAS](#)

[ÁNGELES DE GRANITO](#)

[LA GÁRGOLA DE OTÍN](#)

[DIEZ DÍAS DE JULIO](#)

[LA PUERTA VACÍA](#)

[LOS CRÍMENES DEL ABECEDARIO](#)

[LA NOCHE DE LOS PEONES](#)

[LOS OJOS DEL ESCRITOR](#)

[LOS FRESONES ROJOS](#)

[EL BUEN PADRE](#)

[EL REACTOR DE BERING](#)

[LA CASA DE ENFRENTA](#)